

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
BIBLIOTECA CENTENARIA

DESCRIPCIÓN
DE
LA PATAGONIA

Por el P. TOMÁS FALKNER, S. J.

VIDA ENTRE LOS PATAGONES

Por G. CH. MUSTERS
Comandante retirado R. N.

TOMO I



BUENOS AIRES
IMPRENTA DE CONI HERMANOS
684, CALLE PERÚ, 684

1911

VIDA ENTRE LOS PATAGONES

UN AÑO DE EXCURSIONES POR TIERRAS NO FRECUENTADAS, DESDE EL ESTRECHO
DE MAGALLANES HASTA EL RÍO NEGRO

POR G. CH. MUSTERS

Comandante retirado R. N.



Cacería del guanaco y del avestruz en el valle del río Chico

PREFACIO ¹

Al presentar al público las siguientes páginas, me doy cuenta de que algunos lectores, los que desean descripciones exactas y científicas de la geografía y geología de la Patagonia, verán frustradas sus esperanzas; pero hay que aducir como disculpa que, por las circunstancias del caso, no se podía llevar instrumentos ni usarlos con seguridad. El trayecto recorrido ha sido determinado lo más cuidadosamente posible por medio de la brújula; y el mapa del territorio es correcto en tal sentido, y, aunque incompleto, no es, al menos, imaginario. Á otros, á los que tal vez esperan ávidamente relatos de impresionantes aventuras y de *escapadas* milagrosas, por el estilo de las que se acostumbra presentar como casos corrientes de la vida salvaje, sólo puedo decir que espero que esta relación fiel de vida hecha entre los indios durante todo un año, aunque no muy sensacional, servirá al menos para familiarizarnos realmente con los Tehuelches.

Más agradable tarea es consignar aquí mi gratitud á las personas cuya ayuda ha hecho que puedan ser aprovechados los resultados de mi viaje; la primera de ellas es el venerable ex presidente de la Sociedad real geográfica, sir Roderick Murchison, á quien agradezco debidamente su bondadoso recibimiento, y su presentación á ella, del viaje de regreso. Muy poco menor es mi agradecimiento á Clemente Markham, C. B., cuyo incomparable conocimiento de la historia primitiva y de la geografía de Sud América ha sido puesto liberalmente á mi disposi-

¹ GEORGE CHAWORTH MUSTERS, *At home with the Patagonians, a year's wanderings over untrodden ground from the straits of Magellan to the Rio Negro*. Un volumen en 8º, XIX + 340 páginas, con mapa é ilustraciones. Londres, 1873. Traducción de Arturo Costa Álvarez.

ción ; y al doctor Hooker, director de los Jardines reales, en Kew, por su cortés ayuda en la tarea de identificar algunas de las plantas observadas; así como estoy reconocido á Mr. Rudler, del Museo de minas, por su esmerada clasificación de las diferentes muestras de rocas y minerales recogidas en el país. Por fin, el lector compartirá mi gratitud á Mr. Zwecker, cuyo hábil lápiz ha creado, mediante toscos diseños trazados en un librito de apuntes, las vívidas y fieles ilustraciones que ponen ante sus ojos el panorama y los incidentes de la vida en Patagonia.

Septiembre 1º de 1871.

G. C. M.

INTRODUCCIÓN

Trescientos cincuenta años hace que el gran navegante Magallanes ancló en un puerto del lado oriental de una costa desconocida, parte del litoral del vasto continente de Sud América, al que dió el nombre de San Julián. Partiendo de este punto, el piloto Serrano exploró la costa hacia el sur y descubrió un río que llamó Santa Cruz. Su buque naufragó cerca de la desembocadura, dejando sus vigas sobre las rocas; era el primero en la larga lista de los que iban á perderse en esa costa brava, que, desde la boca del río Negro hasta el estrecho, ofrece sólo uno que otro puerto seguro, mientras que arrecifes sumergidos, furiosos vendavales, fuertes marejadas, corrientes y rompientes, se conciertan para hacerla casi la más peligrosa que los navegantes conocen.

Magallanes permaneció en puerto San Julián y en Santa Cruz desde abril hasta octubre de 1520, en cuya fecha se hizo á la vela hacia el sur y descubrió el estrecho que lleva su nombre. Á los dos meses de su arribo á puerto San Julián, un hombre de gigantesca estatura apareció en la playa, « más grande y más alto que el hombre más corpulento de Castilla ». Diez y ocho naturales llegaron después, cubiertos con mantas de pieles, y calzados con zapatos de cuero de guanaco, que hacían enormes huellas, por lo que los españoles los llamaron « patagones »; de modo que el nombre del país, Patagonia, tiene su origen en un mote. Esos hombres usaban arcos y flechas, y llevaban consigo cuatro guana-cos cachorros, con los que atraían á los adultos hasta ponerlos á tiro. Dos de los hombres fueron traidoramente apresados y arrebatados; aullaban y clamaban á su dios Setebos. Naturalmente, los indígenas se resintieron de esa manera de corresponder á su espontánea disposición amistosa, y, atacando á una partida que había sido enviada tras ellos, mataron á un español con sus flechas. Sin embargo, lo que se vió de ellos

bastó para suministrar á Pigafetta algunos detalles. « Sus tiendas eran armazones livianas y movibles, cubiertas de pieles; sus caras estaban pintadas; su andar era muy rápido; tenían instrumentos de pedernal con filo, y comían la carne casi cruda. »

Los versos de Caliban en *La tempestad* :

He could command my dam's god Setebos

sugieren la idea de que la narración de Pigafetta fué lo que difundió en Inglaterra las primeras nociones de la Patagonia; pero sólo en 1578 fué visitado por ingleses el país recién descubierto.

Sir Francisco Drake ancló ese año en Seal Bay, probablemente un poco al sur de puerto Deseado, y vió varios indios. Su capitán narra el método de éstos para cazar, al acecho, los avestruces : « Tienen en un palo largo un penacho de plumas de avestruz lo bastante grande para ocultar al hombre que está detrás, y con eso cazan á los avestruces. » Dice, además : « No querían estar con ninguno de nosotros sino cuando se consideraban garantizados por su dios *Settaboth*. No se cortan nunca la meleta, de la que hacen un depósito para todas las cosas que llevan consigo : un carcaj para flechas, una vaina para cuchillos, un estuche para escarbadientes, una caja para palos de encender fuego, y qué sé yo; les gusta bailar con sonajas puestas alrededor de la cintura; su cuerpo es limpio, garboso y fuerte, y son ágiles de pie, y gente muy activa, jovial y buena. Magallanes no estuvo tan equivocado al llamarlos gigantes, pero no son más altos que algunos ingleses. » Drake visitó luego puerto San Julián; y, cosa curiosa, así como Magallanes había hecho dar muerte en ese lugar á dos de sus capitanes que se habían amotinado, y había abandonado allí á un tercero por igual causa, de la misma manera ese puerto fué la escena de la ejecución de Mr. Doughty, que prefirió la decapitación al abandono. Al año siguiente, Sarmiento fué enviado del Callao para que explorara el estrecho en busca del intrépido inglés. Vió naturales que hacían sus cacerías á caballo y volteaban la caza con bolas. Pero habían transcurrido ya cincuenta años desde que los españoles del Río de la Plata habían importado caballos, y los indios del extremo sur se habían hecho entonces jinetes y parecían haber cambiado sus arcos y flechas por boleadoras.

En 1581, Sarmiento fué enviado de España con 2500 hombres en 23 buques, para fundar nuevas colonias en el estrecho; y fundó una, en la que se dejaron 400 hombres y 30 mujeres con provisiones para ocho meses. En su viaje de regreso, el buque fué apresado por los ingleses, y los infortunados colonos fueron desatendidos y totalmente olvidados por su gobierno.

Cinco años más tarde, Tomás Cavendish echó anclas en una bahía

al sur de San Julián, llamada por él puerto Deseado, nombre que perpetúa el de su pequeña embarcación de 120 toneladas. Allí, los naturales atacaron á sus habitantes con arcos y flechas. Visitando el estrecho, llegó á la colonia y se encontró con que sólo sobrevivían en ella doce hombres y tres mujeres; el resto había muerto de inanición y de enfermedad; y el nombre de ese lugar, puerto Hambre, puesto por él, recuerda todavía la miserable suerte de los desgraciados colonos.

En su viaje siguiente, en 1591, Cavendish murió; pero Juan Davis visitó dos veces puerto Deseado y exploró el río en una extensión de veinte millas. Durante su estadía, unos 1000 naturales visitaron á los extranjeros, y Knyvet los describe como de quince ó dieciseis palmos de estatura.

Pasando por alto las visitas de Van Noort y de Schouten, en el reinado de Carlos II, sir John Narborough tomó posesión del país, cerca de puerto Deseado, en nombre del rey. Pero pocos naturales se vieron entonces, y el segundo comandante, Mr. Wood, decía jactanciosamente que él era más alto que cualquiera de ellos.

En el siglo XVIII, Byron y Wallis visitaron sucesivamente las costas de Patagonia, y se hicieron amigos de los naturales, cuya estatura resultó ser de cinco pies diez pulgadas á seis pies, aunque algunos tenían cerca de siete pies de alto.

En 1774, el padre jesuita Falkner publicó su obra sobre la Patagonia, con todas las informaciones conseguidas por él y por los demás misioneros jesuitas que habían procurado establecerse en sus confines occidental y septentrional. Su relación sobre los tehuelches, ó indios tsonecas, tenía evidentemente por base el trato personal con ellos, pero su conocimiento de la topografía del país ocupado por esos indios, parece tener origen en informaciones ajenas. Esta obra, que causó gran sensación, despertó los recelos del gobierno español, que se apresuró á despachar una expedición para establecer colonias en la costa de la Patagonia.

Francisco, uno de los hermanos Viedma que fueron enviados al mando de esa expedición, fundó á Carmen en la desembocadura del río Negro; y Antonio, que había elegido, al principio, puerto Deseado para asiento de otra colonia, resolvió al fin establecerla en puerto San Julián. Desde allí emprendió la primera exploración del interior, en busca de madera para construcciones, y en el curso de ella llegó al gran lago, situado al pie de la cordillera, de donde procedía el río Santa Cruz. Tanto en la costa como en el interior, recibió mucha ayuda amistosa de los indios, de los que se formó una opinión muy favorable.

Bajo los auspicios de su hermano, subió el río Negro hasta las montañas de Villarino, expedición á que nos referiremos en el momento oportuno.

Ningún otro conocimiento se obtuvo del interior de la Patagonia hasta

la expedición hidrográfica del Beagle, tan hábilmente realizada y tan admirablemente descripta por Fitz Roy y Darwin, y en la que la ascensión del río Santa Cruz, en un trayecto de 200 millas, permitió al último de los nombrados observar las notables formaciones que con tanto acierto ha explicado en su obra sobre la geología de la América del Sud.

Esta relación breve, pero aburrida tal vez, tiene por objeto demostrar que, á pesar de que las costas de la Patagonia habían sido exploradas y demarcadas, el interior del país, no obstante las expediciones de Viedma y de Fitz Roy, seguía siendo hasta hace poco casi desconocido. Sus habitantes, los tehuelches, habían sido tratados muchas veces, se había anotado su estatura y se había encomiado su carácter amistoso; pero sus verdaderas prácticas de vida en sus andanzas á través del país, y sus afinidades ó diferencias con los indios araucanos y pampas, se mantenían casi en el mismo misterio en que estaban el siglo pasado.

Durante los últimos treinta años, los gobiernos de Chile y de Buenos Aires han estado manifestando tendencias á reivindicar la posesión de la costa; el primero, tratando de avanzar del estrecho al norte, y el último, de Patagones adelante; y los naturales han reconocido siempre la influencia de alguno de los dos gobiernos, según el punto donde se encontraran, ya en la parte norte, ya en la parte sur del país. Nuestros misioneros, por su lado, no han dejado de hacer en la Patagonia algunos esfuerzos para instruir y evangelizar á los patagones; y, aun cuando estos empeños se han limitado necesariamente á la costa, los frutos de la estancia de Mr. Schmidt subsisten entre los Tehuelches, tanto en los sentimientos amistosos de éstos, como en el duradero esfuerzo que representa el vocabulario del lenguaje tsoneca publicado por él. El trato de esos indios con argentinos y chilenos, y sobre todo con oficiales ingleses — loberos y misioneros sucesivamente — que han dado todos un testimonio favorable de su carácter, ha tendido á hacerlos más accesibles y á facilitarles el trato con los extranjeros; por lo que bien puedo pensar que, al nombrar á todos los que he citado como antecesores míos, no he hecho más que cumplir un deber de viajero que ha experimentado los sentimientos amistosos de los naturales para con los extranjeros, muy particularmente siendo éstos de nación inglesa.

Mientras estaba ocupado en preparar para la imprenta las páginas siguientes, tuve la oportunidad de leer la obra de M. Guinnard, publicada en francés primero y dada recientemente al público inglés en una vigorosa traducción, titulada: *Three years' slavery among the Patagonians*. Este título me atrajo, naturalmente; pero un examen atento del libro me llevó, con gran sorpresa, al convencimiento completo de que la experiencia personal del autor se limitaba por entero á los indios pampas del norte del río Negro. Por sus propias declaraciones y omisiones

es evidente que ninguno de los amos que tuvo lo hizo atravesar ese río, al que define clara y exactamente (pág. 40) como el límite septentrional de la Patagonia. El nombre de patagones en su libro es, por lo tanto, un nombre totalmente equivocado; y su curiosa relación (pág. 72, 73) de los «Tchéouelches», ó nómadas pedestres, que se vestían con pieles de foca y acostumbraban alimentarse con pescado, y que estaban absolutamente desprovistos de caballos, no puede aplicarse á ninguna tribu del este de la cordillera; los fueguinos son la única raza que presenta algunas de las costumbres características atribuídas á la titulada tribu patagónica.

Espero que no se me supondrá deseoso de poner en duda la exactitud del relato que hace M. Guinnard de las penurias que sufrió en su cautiverio, ó de las costumbres de los indios en cuyas manos cayó, muchas de las cuales puedo corroborar; pero es de lamentar que, inducido por otros, probablemente, dicho autor haya presentado bajo el nombre de patagones á los indios pampas, á quienes, por su país, su raza, su lenguaje y su carácter, hay que considerar completamente distintos de los Tehuelches de la Patagonia.

CAPÍTULO I

DEL ESTRECHO Á SANTA CRUZ

Viaje en proyecto. — Preparativos. — Travesía desde Stanley. — El estrecho. — Primeros pasos en la Patagonia. — Los canales. — Punta Arenas. — El comandante Viel. — La colonia. — La población. — Chilotes y presidiarios. — Recursos. — Visita á la mina de carbón. — El teniente Gallegos. — La partida. — Río Chaunco. — Las pampas patagónicas. — Nuestra partida. — Cabecera del mar. — Puerto Oazy. — Una caza inútil. — Noche sin fuego. — Colinas volcánicas. — Cuentos pampeanos. — Río Gallegos. — Primeros indios. — Sam Slick. — Río Cuheyli. — Encuentro con tehuelches. — Caravana de mujeres. — Cortesía *english*. — Desierto. — Santa Cruz al fin.

En abril de 1869, el azar me llevó á nuestra remota colonia de las islas Falkland con el propósito de tomar allí un pasaje para Buenos Aires, donde debía arreglar unos asuntos comerciales. Mientras estuve en esa colonia, la costa de Patagonia, en cuya demarcación estaba ocupado entonces el buque de guerra británico *Nassau*, era un tema frecuente de conversación. Yo había leído ya con delicia, durante mi estancia en la costa suboriental de América, la obra de Mr. Darwin sobre la América del Sud, así como la admirable *Narración del viaje del «Beagle»* por Fitz Roy; y abrigaba desde entonces un fuerte deseo de penetrar, si era posible, en el poco conocido interior del país. En esa circunstancia pareció que al fin se presentaba una ocasión favorable para realizar el acariciado proyecto de atravesar el país desde Punta Arenas hasta el río Negro, Valdivia ó Buenos Aires. Los informes que me habían dado sobre el carácter tehuelche y sobre la gloriosa diversión de la caza del guanaco, gráficamente descripta por un marinero, Sam Bonner, que había estado mucho en la costa y había residido en el establecimiento de Santa Cruz, me hicieron ansiar más que nunca la realización de ese plan; y, como conocía medianamente el español, lengua que muchos de los indios saben bien, me parecía imposible cruzar sin peligro el país en compañía de algunas de las partidas errantes de indígenas. Por consiguiente, emprendí una activa campaña en busca de informaciones sobre la mejor manera de conseguir una recomendación para los indios, que

aseguraría probablemente su beneplácito; en este sentido me prestó muy importante ayuda Mr. Dean, de Stanley, que tuvo la bondad de darme una carta de presentación para el capitán Luis Piedra Buena, inteligente argentino muy conocido en Stanley, propietario de una goleta, con la que explotaba las pesquerías de lobos de la costa, y dueño también de una factoría establecida en la isla del Medio, sobre el río Santa Cruz. Mr. Dean opinaba que era casi seguro que encontrara yo á don Luis en el estrecho de Magallanes, y que éste pondría en juego gustosamente su influencia con los indios para que pudiera realizar yo mi proyectado viaje. Se me proveyó además de cartas de crédito para la firma social de los señores Aguirre y Murga, de Patagones, ó, como se le llama más comunmente en Stanley, Río Negro.

Armado así de credenciales, y pertrechado con una manta de piel de guanaco, un lazo y una boleadora, aproveché el ofrecimiento de un pasaje hasta el estrecho, que me hizo un viejo amigo que se dirigía á la costa occidental.

En la primera semana de abril salimos de Stanley, y, después de una borrascosa travesía de once días, dimos fondo en la bahía Posesión, dentro mismo de la entrada del estrecho, para esperar la vuelta de la marea; porque la rapidez extrema con que se produce el flujo y reflujo de las aguas en esos canales hace imposible la marcha á todo buque que no esté dotado de gran fuerza de vapor, á menos que la marea le sea favorable. La primera perspectiva que tuvimos del estrecho no me impresionó satisfactoriamente. Á uno y otro lado, la costa ofrecía un aspecto yermo y helado, aunque á lo lejos, al sur y al oeste, podían verse claramente las montañas de la Tierra del Fuego. Como anclamos en las primeras horas de la tarde, se propuso que hiciéramos una bajada á la costa de Patagonia; un grupo se ofreció inmediatamente, bien provisto de fusiles y otras armas, para fines de sport, y de defensa en caso necesario; y pronto nos encontramos en el bote. Como la marea estaba en menguante, el agua baja no nos permitió llegar á la costa; de modo que tuvimos que salvar vadeando, por sobre bancos de afiladas almejas, una distancia de 200 ó 300 yardas, y trepando luego una empinada escarpa, nos encontramos al borde de un llano estéril que parecía totalmente desprovisto de vida.

Echamos á andar, y, después de recorrer un buen trecho, llegamos á la orilla de una cárcava que bajaba hacia la costa; como encontráramos allí el cuerpo destrozado de un guanaco, nos detuvimos á examinar lo que para la mayor parte de nosotros era un animal desconocido; y nuestras reflexiones sobre la curiosa forma híbrida del grotesco «camello-oveja» terminaron con el descubrimiento, junto á aquel sitio, de las huellas frescas de un puma. Las seguimos ávidamente, con la esperanza de entretenernos un poco; pero, después de una tediosa pesquisa aban-

donamos la empresa, y, reanudando nuestra excursión, seguimos adelante por entre hierbas altas y duras, y matorrales espinosos esparcidos aquí y allá; algunos de los *sportsmen* rompían la monotonía con uno que otro tiro á alguna becasina. El día era muy alegre, el calor del sol brillante estaba templado por un viento fresco, lo suficiente apenas para hacer delicioso el paseo, y todo el mundo declaró agradable el clima patagónico. Íbamos abriéndonos paso por un trecho de terreno abrupto cuando, con gran sorpresa y delicia nuestra, el amigo puma saltó de un matorral; pero en el primer momento la sorpresa fué tan grande que se perdió la oportunidad de dispararle un buen tiro. Á un tiempo partimos todos en su persecución, esperando poder seguirlo con la vista desde una pequeña eminencia adyacente. Después de un buen sofocón, dos de la partida consiguieron verlo dirigiéndose á un sitio próximo al borde de las escarpas; esos dos iban guiados principalmente por un perro cobrador, que parecía tan deseoso como el que más de ver de qué estaba hecho el cuero del león americano. Al llegar á la escarpa, un marinero vió sus huellas en la arcilla blanda, sobre el inclinado borde, y poco después proclamaba su descubrimiento del puma, en un agujero ó pequeña cueva situada al pie, con la exclamación de « ¡Aquí está! »; al mismo tiempo blandía el palo con que había estado golpeando y lo metía casi en la boca del « león », que parecía á punto de abalanzarse sobre el perro que lo había rastreado. Se hicieron dos disparos, uno tras otro, pero al parecer sin resultado, porque el animal emprendía la retirada; y nos suministró un lindo espectáculo al alejarse, dando grandes saltos, por la costa. Se organizó la persecución, naturalmente; pero la noche, que estaba ya cerca, no nos facilitó la oportunidad de hacer un estudio más detenido de ese ejemplar de la raza felina; y, por lo tanto, partimos, de regreso al buque, después de disparar uno que otro tiro á las bandadas de ostreros y cormoranes instalados en las rocas y por las escarpas. El número de éstas y de otras aves marinas era incalculable; la gran cantidad de bancos de almejas les suministraba alimento constante.

Á la mañana siguiente echamos á andar con el flujo de la marea, y atravesamos rápidamente los canales con una velocidad de diez y ocho millas por hora. El panorama del lado norte del estrecho ofreció poca variedad hasta que avistamos las barrancas de San Gregorio, una cadena de colinas un tanto pintorescas, que se extendía algunas millas en dirección al este. Del lado sur ó fueguino del estrecho, la tierra era baja hasta cierta distancia de la costa, y se parecía á la del lado norte; pero se veían altas montañas en el fondo. Pasamos el segundo canal, y una ó dos horas de marcha, con el flujo de la marea y una buena presión en la caldera, nos llevó frente á la isla de Santa Isabel; y, al dejarla atrás, se presentaron á nuestra vista, en la parte sur de la Tierra del Fuego, los picos nevados del monte Sarmiento, que parecían surgir del agua á noventa

millas de distancia, si no más. Navegando á lo largo de la costa, por entre numerosos bancos de la característica alga marina ancha y negruzca, que se impuso á nuestra atención de la manera más violenta trabando la hélice y reteniendo al buque como una ancla por cerca de una hora, pasamos el cabo Negro y descubrimos un panorama completamente distinto. En vez de llanos ondulados se veían colinas enteramente cubiertas de árboles; al pie de una de ellas, en un pedazo de terreno bajo y llano, había un numeroso grupo de jinetes, con ponchos de vivos colores, corriendo carreras.

Era la tarde de un domingo, día de fiesta más ó menos apropiado para las carreras de caballos en todos los países sudamericanos. Sin embargo, la llegada de un vapor parecía ser allí una diversión, porque signió á eso una carrera general á la colonia, como si todos estuvieran deseando algo nuevo ó extraño. Pronto echamos el ancla, cerca de una goleta americana fondeada frente á Punta Arenas, de la que la colonia chilena toma su nombre.

No había señal alguna del *Nassau*, ocupado entonces en levantar la carta hidrográfica del estrecho, y al que esperábamos en ese fondeadero; pero, por el oficial chileno que vino á bordo en seguida, supimos que el buque había partido con rumbo al oeste uno ó dos días antes de nuestra llegada, y que se esperaba su vuelta inmediatamente. El resultado de las esmeradas observaciones hechas por Mr. Cunningham sobre el aspecto y la historia natural del estrecho ha sido publicado mientras se preparaban estas páginas para la imprenta; y es para mí un placer indicar esa obra á los que deseen tener sobre la botánica y la zoología de la Patagonia meridional al menos, informaciones más científicas que las que ha estado en mi mano conseguir.

Mi único objeto al visitar á Punta Arenas era seguir viaje de allí hasta Santa Cruz con los indios, ó por cualquier otro medio que resultara practicable; pero la verdad es que no veía de una manera clara cómo iba á hacerse eso. Para mí fué, pues, un gran alivio saber, por el teniente chileno, que el gobernador estaba por despachar para Santa Cruz una pequeña partida en persecución de unos desertores, de los que estaban cumpliendo su condena en la colonia, que se habían evadido. El oficial opinó que el comandante daría indudablemente permiso para que me agregara yo á esa expedición; lo acompañé sin dilación á tierra, y fuí presentado al comandante, señor Viel. Nada podría superar á la bondad y cortesía con que el comandante entró en mis planes; no sólo me dió permiso inmediatamente para que acompañara la partida, sino que, sin que yo se lo pidiera, me ofreció un caballo prestado y me dijo que no me ocupara de las provisiones para el camino. Pero podía ser que los desertores fueran alcanzados en las pampas, en cuyo caso la partida regresaría sin seguir hasta Santa Cruz; y, por lo tanto, me aconsejó que asegu-

rara los servicios de alguno que conociera el camino y que pudiera hacer de guía en caso de que tuviese que seguir yo adelante sin el resto de la partida.

Fuí presentado después á la señora Viel, una simpática limeña dotada de todos los encantos proverbiales de las damas de Lima, y que se quejaba amargamente de la vida aislada y aburrida que se hacía en Punta Arenas: entre las personas de su sexo, la señora no tenía literalmente iguales, y, entre las del otro, casi no había una con quien pudiera conversar. El señor Viel había estado antes al mando de un buque blindado chileno, y en cambio de ese puesto había aceptado el gobierno de la lejana colonia; su celo y su energía para cumplir los deberes de su cargo eran infatigables, y sus hábitos marinos se revelaban en la estricta disciplina que mantenía y que era absolutamente necesaria para tener en orden á la abigarrada población. Pero como residencia, considerada desde el punto de vista social, Punta Arenas debía ser inconcebiblemente triste. El comandante me instó bondadosamente á que me instalara en su casa, prometiéndome albergue para la noche en otra adyacente, pues sus limitadas comodidades no le permitían otra cosa. Dos días después, agradablemente pasados en cambiar atenciones y visitas, me despedí de mis compañeros de buque, que iban á partir al amanecer para el estrecho oriental, y me trasladé con mis efectos á una casa de madera contigua al cuartel, habitación del señor Centeno, el ingeniero encargado de las obras del gobierno. Á la mañana siguiente, acompañado por el capitán Cushing, de la goleta *Rippling Wave*, salí en busca de unas cuantas cosas que necesitaba, y también á hacer averiguaciones con respecto al guía. Dirigimos nuestros pasos hacia el almacén de un tal Guillermo, y allí, después que hube comprado tabaco y otros artículos, la conversación giró sobre el oro, del que don Guillermo nos enseñó unas muestras, conseguidas en las orillas de un arroyo cercano. Uno de los tripulantes de la *Rippling Wave* se excitó mucho entonces y exclamó: «¡Ah! ¡eso es lo mismísimo que solíamos desenterrar en una caleta de California; me parece que, si el viejo armatoste deja sus huesos en alguna de estas costas, me quedaré aquí para ponerme á escarbar otra vez!» Colgadas en el almacén había varias boleadoras indias y un cinto de cuentas con tachones de plata, cinturón de mujer, según me dijo el dueño, que, junto con las boleadoras, había sido dejado en prenda por los indios. Hacía unos cuantos meses, sin embargo, que éstos no visitaban la colonia, al menos con propósitos comerciales, porque estaban resentidos á causa de una disputa ocurrida entre un chileno y un indio, en la que consideraban que su compañero había sido tratado con injusticia. La partida descrita por Mr. Cunningham llegó evidentemente con intenciones equívocas, y el tacto desplegado por el señor Viel hizo desaparecer el resentimiento. La información de don Guillermo explicó lo

que al principio me había intrigado, esto es, que no se viera ni se oyera decir nada allí de los indios, con quienes yo había esperado hacer relación. Aprecié entonces mucho más vivamente mi buena suerte al llegar en vísperas de la partida de la expedición, y la cortesía del comandante; porque, de otra manera, habría ido á encallar simplemente en Punta Arenas. La solución de la dificultad del guía no duró mucho, aunque, á causa de la natural repugnancia que la mayor parte de los pobladores no oficiales sentían para tomar parte en la captura de prófugos, la cuestión había parecido un poco ardua. Al salir del almacén, se nos acercó un hombre llamado Jaria, que venía á ofrecer sus servicios. Un breve examen de sus conocimientos y de sus recomendaciones resultó satisfactorio, y se le contrató en condiciones que seguramente estaban lejos de ser exorbitantes, y el hombre, merece que se haga constar, ganó cumplidamente su paga. Completó luego mis pertrechos y preparativos para el viaje la obsequiosa bondad del capitán Cushing; fuí con éste á bordo de la goleta, y allí me dió de sus reservas, obligándome á aceptarlos, varios artículos muy útiles; y me place poder expresar en público mi reconocimiento por estas atenciones recibidas de uno de nuestros primeros americanos, siempre dispuestos á interesarse por un británico y á ayudarlo, por lo menos según mi experiencia.

Alargamos una caminata de inspección alrededor de la colonia hasta el aserradero, no muy distante, movido por fuerza hidráulica; allí, bajo la dirección de Mr. Wells, un americano, se convertía á los árboles cortados en tablas para construir las casas que ocupan el lugar de la selva. Seguimos hasta las orillas, medio despejadas, y encontramos al comandante vigilando á un gran número de trabajadores, principalmente de la clase de los convictos, que estaban activamente ocupados en voltear árboles y en sacar tocones, y en preparar en otras formas el terreno para el futuro desarrollo de la colonia.

Para todo el que no estaba familiarizado con las poblaciones fronterizas, el aspecto que la colonia ofrecía en conjunto era el de una agrupación irregular y caprichosa de casas de madera; pero el plan que empezaba á bosquejarse había sido trazado de acuerdo con el estilo usual hispanoamericano, tal como lo prescribió originariamente el Consejo de Indias. Una calle principal corría cerca de la playa, y paralelamente á ella, cruzando un gran cuadro vacío, la plaza; de ésta salían, á distancias regulares de la calle principal, otras calles embrionarias que se entrecruzaban con ella en ángulo recto, por lo que las casas, dondequiera que se construyesen, formarían siempre manzanas, ó «cuadras». En la plaza estaba la iglesia y una gran escuela sin terminar. Las ideas chilenas sobre el deber público de la educación son adelantadas, y el maestro de escuela es un funcionario del estado, que en Punta Arenas combinaba entonces los deberes de secretario del gobernador con las tareas propias

de su cargo. El excelente dibujo del comandante de estado mayor Bedwell (Cunningham, *Straits of Magellan*, pág. 70), presenta la casa del gobernador casi en el extremo de la calle principal; detrás de ella estaba el cuartel, un cercado de palizada que contenía las cuadras, el presidio ó cárcel, y el cuerpo de guardia, irrespetuosamente llamado «el Guignol» por los oficiales del *Nassau*, y que aparece también en el citado dibujo.

Allí hay constantemente un vigía, y á la noche se enciende una luz. Las calles transversales, que se prolongan casi hasta la selva virgen, no estaban indicadas más que por casas diseminadas; y en dirección á la calle principal, á una milla de distancia, había dos ó tres habitaciones aisladas, sólo separadas de los árboles por plantíos de papas.

La primera colonia penal que el gobierno chileno estableció en el Estrecho fué fundada en 1843, en Puerto Hambre, nombre ominoso que recuerda la miserable suerte de los colonos dejados allí por Sarmiento en 1581. Su excelente fondeadero fué lo que indujo á elegir ese mismo lugar para la nueva colonia, pero el mismo destino aciago parecía estar aferrado á ella. Después de una vida penosa de unos cuantos años, en el curso de los cuales los habitantes se vieron reducidos frecuentemente á grandes miserias por falta de provisiones de boca, que no les enviaban de Chile, la colonia fué saqueada y destruída por los presidiarios, que se amotinaron y mataron al gobernador y al «padre». Se apoderaron luego de una embarcación, en la que intentaron escapar, pero fueron perseguidos por un buque de guerra y recibieron un castigo merecido.

La colonia fué trasladada después á su posición actual, y la formaron junto con los inmigrantes involuntarios, desertores del ejército en su mayor parte, colonos atraídos por concesiones liberales de tierra, y un gran número de chilotes, ó naturales de Chiloé, introducidos por el gobierno. Estos hombres, mestizos de español é indio, son de una raza sufrida y vigorosa, y se habitúan al manejo del hacha en su país, que es muy boscoso, y del que se exportan cantidades de madera. Son muy irlandeses en su comida, pues viven casi únicamente de papas; éstas se desarrollan bien en Chiloé, pero en Punta Arenas no alcanzan gran tamaño. Aparte de la tierra, los chilotes reciben del gobierno salario por sus trabajos, y constituyen la parte más industriosa de la población; los hombres son muy trabajadores, pero muy bebedores también, y se dice que las mujeres no tienen muy arraigadas sus nociones de fidelidad. Á algunos de los presidiarios se les permitía, por su buena conducta, vivir en sus casas; aunque con ciertas restricciones, pero muchos de ellos eran unos perdidos completos y había que mantenerlos bajo la más estricta vigilancia y encerrarlos en el cuartel todas las noches. Á pesar de todas las precauciones, continuamente están maquinándose evasiones; los prófugos afrontan las dificultades de las pampas: á veces logran juntarse

con los patagones, pero con no menos frecuencia se extravían, y perecen de hambre ó víctimas de los pumas. Diez ó doce de ellos habían conseguido evadirse así, poco antes de mi visita, y eso hacía necesario el envío de una expedición que les diera caza. La guarnición se componía de unos cincuenta ó sesenta soldados de línea, aparte de los empleados irregulares, que cazan ganado salvaje ó desertores, según sea necesario. Ese número es enteramente suficiente para defender la plaza contra un ataque de los indios, pero los Tehuelches del sur no son por naturaleza aficionados á las correrías, y, si se les trata bien y lealmente, están muy dispuestos á aprovechar las facilidades comerciales que ofrecía la media docena de almacenes con que contaba la colonia y cuya existencia sólo podía explicarse, á mi juicio, por la esperanza de cambalachear con los indios, por cuanto excedían en mucho á las necesidades de la población. Pero ésta, la parte permanente de ella, era con seguridad sedienta, y parecía hacer lo posible por estimular el comercio, el de aguardiente al menos; sin embargo, la embriaguez en las calles es allí una ofensa punible con prisión, y en el tiempo de mi visita el herrero estaba *in carcere duro*, de la que acababa de salir el médico irlandés por el mismo delito venial.

Parecía haber pocos cultivos, con excepción de las papas. El clima no permite la siembra del trigo ó de la cebada, pero la avena y el centeno darían tal vez buen resultado. El ganado vacuno doméstico parece enteco y miserable, pero en los bosques hay otro, de raza salvaje, animales que, según dicen, son grandes y de excelente calidad. Estos, así como el ciervo, dan ocupación durante una parte del año á unos cuantos cazadores, que obtienen altos precios por esa carne, pero el abasto es demasiado escaso é irregular, y no impide que la carne fresca sea allí un lujo raro. Naturalmente, los recursos y las perspectivas de la colonia eran el tema de la conversación en casa del señor Viel, y don Centeno, que estaba á cargo de la mina de carbón recién descubierta en las inmediaciones, me invitó á acompañarlo al otro día en una visita de inspección.

Á la mañana siguiente, pues, partimos; y, cruzando un pequeño arroyo, llegamos en breve al linde del bosque, en el que estaba en obra un camino recto que lo atravesaba. Numerosas cuadrillas de chilotes trabajaban por todas partes, unas nivelando el camino ya despejado, otras volteando árboles, y aplicando el fuego en vez del hacha. La madera consiste principalmente en haya chilena (*Fagus antarctica*) y en *Winter's bark*, descriptas ambas por Mr. Cunningham; la primera se corta con facilidad y tiene aplicación en la mayor parte de los casos.

Cuando don Centeno hubo terminado su inspección, con algunos detalles menores, entramos en el espeso bosque y seguimos por una tortuosa vereda hasta llegar al lecho del arroyo que desemboca junto á la colo-

nia. Seguimos la corriente por un tiempo, y á poco dimos con un barranco, de paredes tan regulares como si hubieran sido cortadas por la mano del hombre, en el cual, como á sesenta yardas arriba de nuestras cabezas, se veía la veta de carbón. Desmontamos allí y trepamos por un sendero resbaladizo hasta un punto donde se había cavado un pozo, en la veta de una madriguera, de unos cincuenta ó sesenta pies de hondura, quizá, al parecer, con el objeto de poder examinar la calidad y la continuidad, etc., del filón. El carbón no me pareció entonces de muy buena calidad; pero más tarde supe que había dado resultados en extremo favorables. Mi compañero me indicó también un lugar en la orilla opuesta, donde algunos hombres habían estado lavando oro, cuyas muestras había visto yo en la población; y se decía que sus trabajos habían dado un buen rendimiento. Como el día avanzaba y era un poco glacial, se encendió una fogata, y después de habernos calentado con ella, montamos los caballos y emprendimos el regreso por el barranco abajo. Al salir del bosque, vimos un vapor grande que estaba precisamente por echar anclas; apresuramos la marcha entonces, para tener noticias y despachar nuestras cartas si ese buque era el *Magalhaens*, de la línea de paquetes de Liverpool á Valparaíso.

En la playa encontramos al comandante y á la señora Viel; esta última había visitado el buque y había conseguido algunos diarios ingleses. Después de la comida, aceptando el ofrecimiento del gobernador, me dirigí en su bote á bordo, y ví que se trataba de un magnífico vapor de gran poder y buenas comodidades. El establecimiento de esta línea de vapores va á ejercer indudablemente una influencia muy benéfica sobre la prosperidad de Punta Arenas; porque, aun cuando no es probable que la agricultura y el comercio con los indios lleguen á recompensar á los inmigrantes industriuosos ó especuladores, el descubrimiento de la mina de carbón tiene la más obvia importancia en lo que se refiere al porvenir de esa colonia. Gracias á ésto podrá haber remolcadores poderosos que ayuden á los buques de vela á pasar el Estrecho, evitándoles la vuelta por el cabo de Hornos, pues hasta ahora la navegación del Estrecho ha estado casi cerrada para los buques de esa clase. Por otra parte, á causa de la gran presión que se requiere, hasta los vapores, sean buques de guerra ó mercantes, frecuentemente tienen que comprar madera en Punta Arenas; y, debido á la enorme cantidad que necesitan para sostener la presión, no pocas veces tienen que volver á detenerse, antes de entrar en el Pacífico, para renovar su provisión de leña donde puedan cortarla. Ahora, todo esto va á cambiar, y probablemente habrá una lancha de vapor para remolcar de aquí para allá á los lanchones, lo que facilitará positivamente el embarqué del carbón. Á medida que la población y la colonización aumenten, estimuladas por la comodidad de los vapores del Pacífico, que

en esta fecha andan todos los meses, poniendo al Estrecho de Magallanes casi al alcance de la voz, podrá ir abriéndose el interior del país, en cuyo caso probablemente se descubrirán y se explotarán otras fuentes de riqueza mineral.

Como nuestra partida había sido fijada definitivamente para el siguiente día, procedí á revisar y á arreglar mis efectos para el viaje, cuya lista puede ser útil para los que se propongan explorar la Patagonia. Dos alforjas contenían mi equipo y las cosas necesarias, que consistían en un par de camisas y una ó dos tricotas, unos cuantos pañuelos de seda, y jabón, pajuelas fosfóricas, útiles de escribir, sedales y anzuelos, quinina y cáusticos, y un frasquito de estriénina. La armería comprendía un fusil completo en su caja, dos pistolas de dos cañones y de retrocarga, cuchillos de caza, un cajoncito de municiones lleno de cartuchos vacíos, y una provisión de pólvora. El único instrumento que me aventuré á llevar fué una pequeña brújula. Mis prendas personales eran un traje de cazador, de lanilla, un gorro escocés y un excelentísimo par de botas fabricadas por Thomas, á lo que, rara comodidad, se agregaban una manta de piel de guanaco, dos ponchos y una tela impermeable. Á la noche, el señor Viel me presentó á mi futuro compañero de viaje, el teniente Gallegos, que iba á mandar la partida. Era un hombre bajo y grueso, de tez morena, casi india, y que de pies á cabeza parecía realmente lo que el comandante dijo que era: «un hombre para el trabajo duro». En su provincia nativa de Arauco, había pasado muchos años en la frontera, en guerra frecuente con los indios, y podía manejar el lazo ó la lanza con una destreza maravillosa. Habló con gran cordialidad de los oficiales del *Nassau*, y parecía agradecerle la compañía de un oficial del mismo servicio. En verdad, me inclino fuertemente á creer que este hombre está presentado en primer término en el dibujo del comandante Bedwell; en todo caso, diré al lector interesado en saber cuál era la figura del teniente Gallegos que el ocupante del árbol caído, que se ve en este dibujo, ofrece un fuerte parecido con él. Se discutieron ampliamente nuestros arreglos y perspectivas; y después de despedirnos del capitán Cushing, que iba á salir al día siguiente, y de mis muy bondadosos y atentos dueños de casa, nos separamos, conviniendo en encontrarnos al amanecer, listos para la marcha.

Á una hora temprana, en la mañana del 19 de abril me despertó Jaria, y con él y con mis pequeñas pertenencias salimos para el Corral, donde se estaban tomando y cargando los caballos. Allí se nos reunió Gallegos; y, cuando todo estaba ya casi listo para la partida, fuímos á su casa, situada cerca de allí, para tomar una taza de café. La señora pareció mirarme con gran conmiseración y contó varios cuentos lúgubres de los terribles cierzos, de las penurias, de los indios y de otras cosas desagradables con que se tropezaba; sus consuelos fueron interrumpidos

por la entrada de Jaria con la noticia de que todo estaba pronto. Después de un vaso de despedida, lleno de algo que era más fuerte que el agua, montamos nuestros caballos; y la cabalgata, compuesta de Gallegos, yo, un soldado de línea, tres irregulares ó empleados del gobierno y Jaria, con veintiún caballos, salió de la ciudad. Al pasar por el cuartel, la guardia apareció en el balcón y presentó las armas, y el corneta ejecutó un saludo musical. Era una linda mañana helada, y marchábamos alegremente, acompañados por dos ó tres jinetes que iban á pasar su fiesta dominguera cazando patos, y que habían salido temprano para escoltarnos hasta corta distancia. Apenas hubimos cruzado el arroyo, uno de los caballos de carga se desprendió á coces de sus bultos; en seguida estuvieron éstos de nuevo en su sitio. Pero cuando la confusión hubo pasado y la cabalgata estuvo otra vez formada, se advirtió la desaparición de Jaria y de uno de los empleados, á quienes yo había confiado cándidamente una botella de *ron*; ellos tardaron un tiempo en reaparecer, pero la botella no volvió nunca. Seguimos á lo largo de la costa hasta llegar á un puesto avanzado llamado Tres Puentes, donde cierra un estrecho paso entre el bosque por un lado y el mar por el otro, una casa con portón habitada por dos hombres, apostados allí para impedir las desertiones; salieron ellos, y nos demoró allí un rato una charla de despedida, durante la cual uno de los *sportsmen* acechó y mató unos patos; al oír el disparo, el caballo del soldado de línea, que no estaba acostumbrado á las detonaciones, se espantó y arrojó al jinete, volcándole las alforjas y sembrando la playa de tortitas y café, con que su «ella», indudablemente previsora y solícita, las había provisto. Gallegos, sentado en su silla, se reía de la escena, pero, como los otros no pudieran apresar el caballo, él nos dió una prueba de su destreza con el lazo. Después de esta pequeña diversión proseguimos nuestro camino á lo largo de la costa hasta el cabo Negro, donde terminaban los bosques. Allí, los amigos que nos acompañaban se separaron de nosotros después de tomar todos en círculo un vaso de despedida; Jaria y el otro ausente nos habían alcanzado á tiempo para asistir también á esta parte de la representación.

Entonces se hizo que los caballos desviarán la cabeza de la costa para dirigirla hacia el noroeste, y al cabo de media hora de marcha se dió la voz de alto para almorzar al abrigo de una protectora colina. Veíamos al sur la contraescarpa de las colinas boscosas, al pie de las cuales, en la otra parte, estaba Punta Arenas. Una densa maraña de arbustos cubría el suelo, pero se veían hermosos claros de lozano pasto; uno de ellos se abría justamente al sur de nuestro campamento, y otros aparecían al este y al oeste, como oasis. Su aspecto me hizo decir que, si fuera colonizador, elegiría ese lugar para mi choza. Pero Gallegos observó que el ganado de la colonia no podía aprovechar esos pastos durante el ve-

rano porque no era posible confiar en los indios ni en los hombres propios; estos últimos desertarían, y los otros robarían los animales. Después de fumar una pipa volvimos á montar y cruzando la colina, bajamos al valle de un arroyo pequeño pero profundo, llamado río Chaunco, al que vadeamos, para subir el repecho de la orilla opuesta. Entramos entonces en la pampa, nombre universalmente empleado en la Patagonia para designar los altos llanos ondulados, ó mesetas, frecuentemente entrecortados por valles y quebradas, ó que se elevan en colinas sucesivas ó aisladas, y que por lo general ocupan la región más alta del país. Los indios, que saben un poco el castellano, aplican la palabra « pampa » indistintamente á toda extensión de tierra en que hagan sus correrías. Después de un día de deporte afortunado, y en medio del contento que sigue á una comida animada, preguntan con gran satisfacción: « ¿ Muy buena pampa, no ? » en el sentido de « ¿ no es la vida salvaje la mejor ? » Pero los lectores ingleses que hayan formado su idea de una pampa por la deliciosa obra de Head, ú por otras experiencias en los ilimitados llanos herbosos ó cubiertos de cardos que se extienden millas y millas en los estados argentinos, sin ofrecer obstáculo alguno al galope tendido del infatigable gaucha, no deben transportar ese agradable cuadro á la Patagonia. Las pampas, propiamente dichas, de la Patagonia presentan, ocasionalmente es cierto, una sucesión pasablemente pareja y uniforme de llanos quebrados cubiertos de hierba dura; pero con más frecuencia la superficie, aun cuando no esté cortada por colinas y barrancos que se abren de improviso, es estéril, tiene una vegetación rala que consiste en arbustos achaparrados y en grupos redondos de cardos, y á veces hasta esto falta y nada cubre las peladas extensiones de arcillas ó de cascajo. En otras partes, está sembrada de enormes peñas redondas, y vuelven á hacerla escabrosa confusos montones ó crestas de rocas desnudas y afiladas, muchas de ella de origen volcánico; pero esto se aplica más particularmente á la parte norte del país. La única uniformidad de aspecto es la que da el invierno, cuando la blanca sábana de nieve cubre rocas, hierba y cascajo. Pero sea cual fuere la naturaleza del suelo ó superficie, hay un acompañamiento que es siempre el mismo: la palabra « pampa » recuerda invariablemente á nuestra mente, que se estremece, los lacinantes y vientos que casi sin interrupción barren toda la altiplanicie desde varios puntos, pero principalmente desde el oeste, hasta que, al llegar á la calentada atmósfera de Buenos Aires, el frío viento patagónico se convierte en el pampero, cuyas repentinas y terribles ráfagas tantos desastres causan en la navegación. La bajada de estas pampas á los valles, ó á un terreno llano más abrigado y fértil que borda las orillas de los arroyos y ríos, se denomina comunmente « barranca »; son cuestras más ó menos altas y escarpadas, cuya altura varía entre cincuenta y dos ó tres pies y cuyo declive va desde lo cómodo hasta lo per-

pendicular, pero á menudo están hendidas por barrancos ó cárcavas que ofrecen caminos, por todos los cuales, sin embargo, los jinetes del país galopan con la misma indiferencia.

La pampa que atravesábamos entonces era una extensión de llanos ondulados ó quebrados cubiertos por una vegetación uniforme de hierba dura, entremezclada con arbustos de agracejo, y provista de una que otra laguna en las hondonadas. Ningún ser viviente, fuera de nosotros, se veía en el desierto. Hacia el oeste, los nevados de las montañas que bordan el estrecho Sarmiento nos saludaban con un viento glacial que hacía volver mis pensamientos saudosos al abrigado camarote y á mis últimos compañeros de buque, que, indudablemente, estaban recorriendo la maraña de esos canales. Pero la buena manta de guanaco mantuvo fuera al viento, y nuestra abigarrada partida aceleró vivamente la marcha, en buen orden. El teniente Gallegos ha sido presentado ya. En cuanto á los otros, Jaria era bajo, de aspecto rudo, de origen dudoso, y de antecedentes más dudosos todavía; parecía bueno para todo menos para el bien, pero me sirvió solícitamente y con un cuidado que no se habría previsto. El soldado era un individuo de figura delicada, nuevo en las pampas, cuya carabina, que llevaba debidamente, resultaba causarle gran dificultad; y como su caballo no era por cierta demasiado dócil, el hombre estaba considerablemente fastidiado, con gran delicia de los demás. Otros dos eran híbridos, entre gauchos y marineros, gente que, como nuestros soldados de marina, estaba igualmente acostumbrado al servicio *per mare, per terram*; y, como ellos también, eran positivamente útiles y de buen carácter. El último de la partida era del tipo de Jaria. Todos iban bien montados y tenían un caballo de repuesto. Llevábamos como provisiones, bizcocho, charqui, torta de trigo asada y café y azúcar; y, por un lujo insólito pero bienvenido, contábamos con una pequeña carpa, debajo de la cual nos importaba poco la dura helada exterior.

Después de una marcha de tres ó cuatro horas por las pampas, acampamos, para pasar la noche, en una hondonada al lado de una laguna, eligiendo un sitio conveniente para plantar la tienda en la abrigada cuesta bien á cubierto del paso del viento. La laguna estaba llena de cisnes de cuello negro y otras aves silvestres; de modo que, tan pronto como se hubo descargado y atendido los caballos, y encendido una fogata, y terminado todos los arreglos para acampar, dos ó tres de nosotros salimos á tratar de cazar algunas de esas aves. Pero nuestros esfuerzos deportivos no fueron coronados por muy buen éxito, y poco antes de obscurecer regresamos, para participar en una sopa de charqui; y después de conversar un rato junto al fuego, nos metimos en la carpa y dormimos bien y abrigados, aunque afuera el frío era riguroso. Mi ánimo estaba muy intranquilo, en primer lugar por haber descubierto que la caja de cartu-

chos para el fusil que Jaria llevaba, se le había caído á esta buena pieza en la escena de las coces del caballo de carga, y también por haber notado la ausencia misteriosa de todo mi dinere, consistente en una onza y varios soberanos, que había guardado en el cinturón de mi cartuchera. No dije nada, sin embargo, hasta la mañana siguiente, cuando me puse á buscar tranquilamente las monedas, recordando que me había quitado las prendas antes que se plantara la carpa; y, caídas en el suelo, encontré las piezas perdidas. La historia suministró á Jaria un gran tema para bromas, y repetidas veces se refirió á la mucha suerte que tendría el que heredara mi onza, en una forma que habría podido hacer sospechar á un viajero tímido alguna mala pasada en proyecto, pero nada estaba más lejos que eso de los pensamientos de mi guía. Á las siete, después del café con un bizcocho, estábamos otra vez en marcha, y como á las tres llegamos cerca de la cabecera de puerto Peckett. Allí, uno de la partida descubrió un caballo, al que se arreó hasta donde estaba nuestra tropa; pero, como el animal parecía manco, no se hizo fuerza para que siguiera con nosotros, probablemente había pertenecido á los indios. Como en los viajes largos, también en una excursión de este género la menor novedad sirve para aliviar lo que, inútil es decirlo, llega á ser tarea ligeramente monótona de trotar y más trotar, detrás de una tropa de caballos, por desiertos áridos, de modo que siempre estábamos alerta para cazar alguna cosa. Uno de los hombres llevaba un perro, y poco después del incidente del caballo levantamos unos avestruces, pero los bípedos resultaron demasiado veloces para el degenerado perro, y se escaparon por unos terrenos pantanosos próximos á Cabecera del Mar. Esta es una ancha ensenada, ó brazo de mar, que se extiende hasta algunas millas de distancia desde puerto Peckett, con el que comunica por un canal muy estrecho, que sólo puede ser cruzado en aguas bajas; tuvimos la buena suerte de llegar en este período, y evitamos así un largo rodeo en torno de la ensenada. Pero la travesía no se hizo sin trabajo, porque la marea montante subía violentamente como el agua en el saetín de un molino, y casi resultó demasiado fuerte para la seguridad de uno de los caballos de carga. Dejamos atrás el canal, pasamos más adelante varios arroyuelos de lecho pantanoso que probablemente desembocan todos en puerto Oazy, y llegamos al caer la tarde á un viejo campamento indio situado al pie de una sierra que corría de norte á sur, poco más ó menos, formando la barrera de un ancho y regado valle limitado al este por las conocidas barrancas de San Gregorio.

Nuestro vivaque quedaba dentro mismo del abra del valle, que, á cubierto como está de los vientos, es el sitio preferido para sus cuarteles de invierno por los tehuelches meridionales; estos, por lo general, plantan su campamento cerca de puerto Oazy, al que llaman «Oazy Saba».

Hacia el oeste, las bajas llanuras que bordaban las costas de Cabecera del Mar terminaban en cerros irregulares, detrás de los cuales se alzaban picos más altos, sobre los que descollaban á su vez, en el horizonte, las distantes cimas nevadas. Entre los azulados cerros del medio flotaban festones de niebla tenue, tan parecida al humo que Gallegos, siempre á caza de señales de los desertores, propuso que nos desviáramos de nuestro camino para investigar eso, y sólo mi opinión, que declaré terminantemente, de que se trataba de niebla y no de humo, lo indujo á abandonar su idea. El gobierno argentino había proyectado anteriormente una colonia en ese valle, plan que no se realizó, y los misioneros se habían propuesto también fundar un establecimiento en esos alrededores, con puerto Oazy por depósito; pero los chilenos de Punta Arenas hicieron valer sus derechos y obligaron á los misioneros á desistir de su propósito.

Cuando el arreglo del campamento hubo terminado, el tiempo, que desde nuestra partida había sido excelente, con vientos fríos y moderadas heladas de noche, se hizo lluvioso, y Gallegos me propuso, en caso de que el mal tiempo continuara, nos dejáramos estar al abrigo de la carpa. Pero, aun cuando la noche fué desapacible y lluviosa, el día amaneció lindo y el sol apareció brillante y vigorizador; de modo que partimos, siguiendo una senda que corría al pie de la citada sierra, hasta eso de las 10, cuando, después de pasar un bonito arroyuelo, donde ví peces que saltaban de un lado á otro en los charcos, se presentó á la vista una manada de guanacos que nos había ocultado hasta entonces una pequeña eminencia. Se emprendió la caza inmediatamente, pero la mayor parte de los caballos se nos cansaron en seguida; y el soldado y yo, después de subir los cerros por donde los guanacos habían huído, como parecía inútil continuar la caza, nos detuvimos en la cresta para observar los animales, que iban subiendo en hilera por un cerro frontero. Faltaba uno de los de la partida; y, de pronto, una exclamación del teniente: «¿Qué es eso?» nos hizo volver los ojos hacia el punto que señalaba él y en el que algunos creyeron divisar un hombre. La idea de que aquello fuera un indicio de los desertores se les ocurrió en seguida, y partieron precipitadamente, pidiéndome que dijera á Jaria, que se había quedado con los caballos, que siguiese hasta un punto determinado, en la cabecera del valle. Bajando el cerro, que estaba horadado por cuevas de *Ctenomys magellanicus*¹, cuyos terrenos, al ceder bajo los cascos del caballo, formaban una serie de peligrosas trampas, me junté con Jaria, y seguimos andando unas cuantas millas hasta que llegamos á una pequeña laguna, en la cabecera del valle, cubierta por millares de patos silbadores

¹ Cunningham, pág. 133.

y comunes. El espectáculo hacía pensar que nadie tenía por qué morir de hambre en ese país, tan abundante parecía ser la provisión de vida animal. Allí nos quedamos esperando, y al cabo de media hora llegó el resto de la partida con los caballos cansados; uno de los hombres traía colgado de la montura un pedazo de carne de guanaco. Este era José Marinero, uno de los mestizos, que había conseguido enlazar un guanaco, por lo que demostraba una alegría intensa. Como me lo había figurado desde el primer momento, el «hombre» no había sido más que un ente imaginario. Lamenté no haberme encontrado presente en el momento de la caza, pues resultó que José había estado cerca de nosotros, pero oculto á nuestras miradas por una elevación del terreno. Después de un descanso agradable y vigorizador, y de un trago de café quillota (harina de maíz tostada y agua) reanudamos nuestra marcha hacia el norte. Más allá de la laguna, subía del valle una loma casi imperceptible y atravesamos un terreno más quebrado hasta llegar á un pequeño barranco; poco á poco hasta hundirse entre paredes de cien pies de altura, que se alzaban en pendiente á cada lado y terminaban en una cima redondeada, al borde de la altiplanicie. «Aquí, dijo Jaria, no hay con qué hacer fuego, y esas *estúpidas* indias se llevan cargas enteras de leña de la primera parada». Pero luego resultó que los indios eran más cuerdos que nosotros. Costeamos ese barranco y llegamos á otro que lo cortaba perpendicularmente, corriendo de este á oeste, y en uno de cuyos costados herbosos vimos un par de caballos pastando en un hoyo que parecía más verde que el resto del terreno; pero, cuando se hubo dado caza á estos animales, se les examinó y se vió que eran achacosos é inservibles. Por el fondo del barranco circulaba una corriente de agua pequeña, pero profunda, que de trecho en trecho se esparcía formando lagunas. Cruzamos este arroyuelo y acampamos en la parte septentrional; entonces, con gran disgusto comprobamos la exactitud de las palabras de Jaria á propósito de que no se podía encontrar leña en ese valle. Al declinar el día salimos á cazar unos patos; pero, como no teníamos fuego para prepararlos, nos contentamos con apelar una vez más á la harina con agua. Durante la noche, el poste de la carpa, al congelarse en él el agua de la lluvia que lo había calado, se partió en dos, y abajo se vino el cobertor de lona mojada, por lo que todos en general pasamos un rato muy agradable,

Las desgracias nunca vienen solas; al amanecer, ninguno de los caballos andaba por allí, y tuvimos que esperar hasta cerca de las diez, á cuya hora volvieron. Durante este intervalo quemamos las estacas de la tienda y algunas astillas del palo partido, con lo que tuvimos fuego suficiente para hacer café. Jaria me dijo que ese barranco corría desde la cordillera hasta el mar, pero de una manera tortuosa; la verdad es que después volvimos á tropezar con él, ó con algún otro que salía de él.

Escalamos sus empinadas orillas y enderezamos hacia una cadena de puntiagudos cerros, que se parecían unos á otros de una manera extraña; y, después de cruzar un par de barrancos más, en los que nos refrigeramos con las bayas de un agracejo (*Berberis axifolia*) llamado por los chilenos « califate », y donde vimos también en abundancia la gaulteria roja y blanca tan común en las Falkland, entramos en un llano ó valle ancho, en cuyo extremo opuesto se alzaba un cerro particularmente agudo, parte de una sierra que se extendía de este á oeste cortada por un paso. En medio de ese llano, una enorme roca blanca, cuadrada y lisa, brillaba al sol, y era una nota curiosa: parecía un megalito, depositado allí por gigantes para cubrir la tumba de algún héroe fallecido. Otras rocas, de menores dimensiones, yacían esparcidas aquí y allá, y daban á la escena cierto aspecto de cementerio. Al avanzar advertimos que el terreno estaba atestado de rocas y de lavas, amontonadas en todas direcciones, lo que dificultaba mucho el paso de los caballos; y, cuando llegamos á los cerros, vimos que el aspecto de éstos era decididamente volcánico. Todo el terreno, en las inmediaciones de esa sierra, tenía una apariencia particularmente tumultuosa, asolada y fatídica; sin embargo, se veía allí gran número de avestruces y guanacos. Mi primer pensamiento, cuando pasábamos junto á uno de esos cerros, en el que, entre otras figuras fantásticas que formaban las rocas lanzadas allí, había un corral natural, una valla de enormes peñascos dispuestos con cierta regularidad pero de dimensiones sobrehumanas, fué éste: « ¡Qué infierno debe haber sido esto cuando los volcanes estaban en actividad y vomitaban torrentes de lava y granizadas de rocas, en un período tal vez no muy remoto! » Más tarde, en Santa Cruz, Casimiro me habló de un volcán en actividad que se encontraba á una distancia y en una dirección tales que lo hacían aparecer como perteneciente á esa cadena. Las vecindades de ésta habían sido frecuentadas anteriormente por los indios, porque los guanacos solían refugiarse allí en gran número durante el invierno; pero la mayor parte de los caballos había muerto, envenenados por el agua de un arroyo próximo á la sierra, y poco después todos los toldos habían sido volteados por un terremoto, ó por la vibración de una erupción, y desde entonces los indios no se aventuraban á acercarse á ese lugar. Sin embargo, Casimiro y González habían subido al volcán después de eso y habían muerto un gran número de guanacos en sus inmediaciones. Se decía también que, en una ocasión en que los indios estaban acampados en el Cuheyli, ó río de la ensenada de Coy, se vieron envueltos por tremendos nubarrones de denso humo negro, que llegaban del oeste y que los aterrorizaron de una manera extraordinaria. Ninguna señal se halló después de pastos quemados, y se conjeturó que los indios del archipiélago Chonos, habían incendiado las selvas occidentales; pero era mucho más probable que se debiera ese humo á una

erupción volcánica. Al pasar al trote por el desfiladero que á través de esos cerros formaba una grieta, en la que á uno y otro lado se alzaban murallas de rocas perpendiculares, tan perfectamente lisas como los costados de un túnel de ferrocarril, noté unas cavernas que, según una tradición de Jaria, los indios habían utilizado antiguamente para viviendas. Ese paso nos llevó á otro valle, más escabroso todavía y sembrado de peñascos de arista viva, entre los cuales empezaban á aparecer arbustos achaparrados; y en el que de trecho en trecho se veían pequeños lagos, algunos con una costra de salitre en todo el contorno y con agua salobre en su cuenca. Al caer la tarde acampamos junto á una lagunita de forma circular, cuyos bordes escarpados se alzaban como paredes á unos doscientos pies del agua, en casi todo el contorno. Salí á dar una vuelta, fusil en mano, en tanto que los hombres se ocupaban en buscar leña; se veían bastantes guanacos, pero sólo conseguí herir á uno de ellos, que huyó corriendo en tres patas. También había allí huellas de puma, en la forma de carroña; pero el león en cuerpo y alma estaba escondido.

De modo que volví con las manos vacías junto al fuego, donde encontré una alegre comida, de pato silvestre y guanaco, ya preparada. La luna era hermosa, y el aire lo bastante frío para infundir vigor y alegría; de suerte que algunos nos quedamos fumando y contando cuentos hasta después de medianoche. Los relatos eran principalmente de aventuras en las pampas. José contó que, una vez que andaban persiguiendo á una partida de prófugos en el rigor del invierno, él y su compañero entraron con sus caballos en un valle adonde habían ido á guarecerse de la tormenta que azotaba las alturas superiores, un sinnúmero de guanacos, que estaban allí amontonados, tan yertos de frío que no trataron de huir y fueron sacrificados como bueyes en el matadero. En otra cacería, la partida alcanzó á los desertores, alojados en el toldo de un indio, y se libró una lucha, que terminó con la muerte de uno de los perseguidores. Después de matar de un pistoletazo al desertor que había causado esa muerte, Jaria y José se llevaron á caballo el cadáver de su compañero hasta la colonia, á sesenta millas de distancia, andando sin parar durante toda la noche y poniendo así término á su lúgubre jornada á la mañana siguiente. Jaria, por su parte, contó que se había visto arrastrado en el Estrecho en una lancha rodeada de hielos, hasta la Tierra del Fuego, donde había rocas tan magnéticas que los clavos de hierro se adherían á ellas. El mismo nos divirtió también con una breve disertación sobre sus arreglos caseros, haciéndonos saber que, después de morirle su última mujer, se había casado con una chilota para que fuera madre de sus hijos y mujer suya, y á la que siempre llamaba en la conversación: la madre mujer.

Á la mañana siguiente nos pusimos en camino temprano, y, alegrando nuestra marcha con una que otra caza de zorros, que por lo general en-

contraban la muerte en muy breve tiempo, y con un combate contra una puma, á la que uno de los hombres despachó mediante un espléndido tiro de revólver en la cabeza, atravesamos algunas pampas irregulares, con cerros de trecho en trecho, y llegamos á la bajada del río Gallegos, donde me llamó ante todo la atención la muy curiosa formación escalonada que observé después, en menor ó mayor amplitud, en otros ríos patagónicos. Al oeste, á algunas millas de distancia, una alta colina, de basalto al parecer, — cuya cima cuadrada, con muros y torres aparentemente regulares, remedaba la vista lejana de una vasta fortaleza, — servía de mojón al corte de la barranca, que formaba un camino natural. Llegamos por éste á la primera grada, la más alta, de milla y media de ancho; bajaba de ella un repecho, ó cuesta escarpada, de cincuenta pies y más, hasta otro terrado ó llano de igual extensión, y que terminaba en otro repecho, en cuyo fondo estaba el lecho del río. Éste es vadeable en los meses de verano, creo, por muchos sitios; pero, cuando lo cruzamos, el agua llegaba hasta donde habrían estado las faldas de la silla si hubiéramos tenido entonces esa clase de montura. Después del vado se hizo una parada para fumar una pipa, y mientras estábamos en ésto, observamos el revoloteo de un enorme buitre de la especie del cóndor, que estuvo cerniéndose por un tiempo y que al fin fué á posarse audazmente en la punta de una roca, á cosa de cien yardas de distancia. Entonces, el soldado, cuya carabina siempre estaba lista, hizo un disparo; pero erró el tiro, con gran pesar de Gallegos, que aseguraba que el corazón del buitre es un buen remedio para ciertas enfermedades. Montamos luego; y, después de haber andado como una milla, hicimos alto, para pasar la noche, junto á un manantial que brotaba de un barranco en el repecho que separaba la grada superior de la inferior, y donde el pasto era bueno porque Jaria declaró que el agua escaseaba hasta unas cuantas leguas más lejos. Arreglado el vivaque, José y yo fuimos á ver si matábamos un guanaco, pero el llano era demasiado raso; de modo que, después de encender un montón de hierba seca para atraer á los indios que pudieran andar por allí, cometimos la gran torpeza de tomar un baño en el río. El agua estaba intensamente fría, y por mucho tiempo estuvimos sufriendo las malas consecuencias de ese baño intempestivo. Entretanto, el soldado había salido á caballo, en persecución de una gran manada; pero volvió al obscurecer con las manos vacías. Á la mañana siguiente partimos como á las nueve, después que, como de costumbre, nos hubo demorado la circunstancia de que los caballos se habían alejado, en sus andanzas, á alguna distancia. Subiendo el repecho, cruzamos la grada superior, un desierto erial y horrible, recorriendo cerca de una legua, hasta que llegamos á una laguna cubierta de gansos de las mesetas y situada al pie de lo que puede llamarse la barranca de la pampa superior. Nos detuvimos allí para fumar y calentarnos un poco, á fin de

amortiguar los intensos efectos del viento frío; y, estábamos por reanudar la marcha para trepar la escarpada cuesta de las llanuras más altas, cuando vimos subir hacia el cielo, en la dirección noreste, grandes columnas de humo que respondían al fuego de señal que habíamos dejado á nuestras espaldas. Nos adelantamos; y, al llegar al término de nuestra ascensión, buscamos ávidamente con la mirada señales de fuego. Pero no se veía nada; los llanos se extendían delante de nosotros desprovistos de vida al parecer, salvo uno que otro guanaco errabundo.

Entonces, Jaria pegó fuego á un arbusto cercano, que soltó densas nubes de humo negro, y á los pocos minutos respondieron á esta señal en la misma dirección que habíamos observado antes. Se avistó al fin un ginete que venía galopando hacia nosotros y que resultó ser un indio llamado Sam, hijo del jefe Casimiro, á quien se cita en los informes misioneros. Después de conversar un corto rato con Jaria y Gallegos, el recién llegado se volvió hacia mí, diciendo en inglés: «¿Cómo está usted? Yo hablo un poco el inglés.» Lo había aprendido durante una visita á las Falkland, donde también había adquirido su apodo de Sam Slick. Luego, se alejó á todo galope, para traer á sus compañeros, que estaban ocultos á nuestras miradas en una hondonada inmediata. La partida se componía de dos hombres, un muchacho y dos mujeres, todos montados, y que al parecer acababan de cazar, porque traían consigo bastante carne de guanaco. Hicimos alto junto á un matorral, y en pocos minutos el fuego estuvo encendido. Mientras circulaba la pipa, tuve oportunidad de observarlos detenidamente. Los hombres eran lindos tipos de musculatura. Uno de ellos, á quien llamaban Enrique, era fueguino; antes, creo, había sido un cautivo, pero entonces era doctor, ó brujo. Viajaba con esa partida, segregado del resto de la tribu, porque se le acusaba de haber causado la muerte de un jefe. El otro, más alto que todos los demás, era un tehuelche. El muchacho tenía una expresión viva é inteligente, y, según supe después, don Luis Piedra Buena lo había tenido con él un tiempo, inútilmente empeñado en enseñarle el español. Todos eran muy afables, y me obligaron, á mí especialmente, á aceptar más carne de lo que podía llevar; pero había cierto embarazo visible en sus maneras, debido probablemente á que pesaba sobre su conciencia algún trato con los desertores, á quienes, según les aconsejó Jaria, debían despedir dondequiera que llegaran á encontrarlos. Las mujeres llevaban botellas de agua, que nos cedieron en seguida, con gran alivio y satisfacción nuestra, pues todos estábamos abrasados de sed.

Gallegos preguntó á Sam si quería guiarnos hasta Santa Cruz, porque Jaria no estaba muy seguro del camino. Las huellas hechas por los guanacos pueden ser confundidas casi por cualquiera que no sea un indio, por huellas de «chinas», ó caravanas de mujeres y caballos carga-

gados ; y esto, unido á la falta de mojonos en las pampas y á la desconcertadora sucesión de cerros fuertemente parecidos unos á otros, hace que sea en extremo difícil conservar la dirección acertada. Prueba esto el hecho de que, de los diez prófugos que la partida andaba buscando, hubo seis de los cuales nunca se llegó á saber nada. El mismo Jaria perdió el camino una vez que iba de Santa Cruz á la colonia, y se hubiera muerto de hambre inevitablemente á no haber tenido la suerte de dar con una partida de indios. Sam convino en seguir con nosotros, y nos despedimos de los indios, á quienes, en cambio de sus regalos de carne, se les dió un poco de tabaco. Y nos alejamos. De pronto, saltó una zorra de un matorral inmediato. El soldado salió tras ella, pero Sam gritó: « ¡ Espere, ahora va á ver ! » Y picando al mismo tiempo al caballo con las espuelas, cortó al animalito la retirada ; llevóse la mano al cinturón, desprendió de él la boleadora, hizo dar á ésta dos vueltas alrededor de su cabeza, y un instante después la zorra caía muerta, con las costillas completamente rotas en el sitio donde la bola de metal había golpeado.

Siguiendo las instrucciones de nuestro nuevo guía, que cabalgaba adelante junto conmigo, atravesamos una serie de llanos altos y yermos, que se sumían en frecuentes hoyos irregulares, sin corrientes de agua, pero provistos por lo común de laguna de agua salada ó salobre ; hasta que, como á las cuatro de la tarde, bajamos al valle del río Cuheyli, que desemboca en la ensenada de Coy. Allí, la formación escalonada, aunque se puede notar, no es tan pronunciada. Por un tiempo seguimos el camino en marcha ordenada ; pero un avestruz que surgió casi de entre las patas de los caballos, y que huyó por un bajo pantanoso por donde los caballos no podían seguirlo, despertó las inclinaciones cinegéticas de Sam. Éste nos propuso, á mí, al soldado y á José, que dejáramos la senda, á la que declaró, con marcado desdén, buena para mujeres, no para hombres, y que subiéramos la barranca para ver cómo boleaba él á un avestruz. Al volver así á la pampa, nos formamos en línea, como á doscientas yardas de distancia, para barrer cierta extensión de terreno hasta un punto donde había una bajada suave hacia el valle, á fin de reunirnos allí con el resto de la partida, que siguió avanzando. No vimos nada, fuera de un avestruz que con gran velocidad desaparecía por otro punto en dirección al valle, y un par de palomas, que observé con interés. De modo que volvimos á la huella ; y, como la noche estaba ya encima, apresuramos la marcha para vadear el río y acampar al otro lado. Á las siete, al llegar á un lindo manantial que brotaba de la barranca, donde había leña en profusión, Gallegos ordenó que se hiciese alto, aunque Sam deseaba que siguiéramos, observando que la luna estaba tan brillante que era « lo mismo que si fuese de día ». Acampamos, pues, para pasar la noche, en cuanto hubimos hecho buena comida de carne de guanaco, que representaba un cambio agradable después de nuestro

charqui anterior. El valle del Cuheyli presenta ligeramente la formación escalonada, aunque no tiene terrados tan claramente marcados como los que *bordan* el río Gallegos; pero el llano inferior ó ribereño, que es de cerca de dos leguas de ancho en las proximidades del vado, tiene un carácter más fértil, y el pasto es allí lozano y bueno. En una que otra de las fuentes, especialmente en una en que bebimos á pesar del consejo y del ejemplo de nuestro guía, el agua tenía un fuerte sabor á hierro, é hizo sufrir á toda la partida desórdenes internos; y Sam dijo que cerca de nuestro campamento había un depósito de tierra negra con que los indios se pintaban el cuerpo. Partimos temprano, después de una noche de fuerte helada, y en breve dimos con el vado. Nuestro guía había desaparecido; pero, mientras estábamos arreglando de nuevo los atados, vimos una columna de humo negro que se elevaba al este, causada por Sam, que, después de haber hecho esa señal á sus compatriotas, se juntó con nosotros en la marcha á través del llano ligeramente escarpado. Vimos entonces un numeroso grupo de indios que venían galopando en dirección á nosotros, y que cruzaban el arroyo en diversos puntos, como observó Jaria, sin prestar la menor atención á los vados. Nos detuvimos, y en breve nos vimos rodeados por unos cuarenta ó más individuos, la mayor parte montados en pelo en caballos de buena estampa. Como se mostraran muy afables, Gallegos les dió un poco de bizcocho y de charqui, y los jefes, el principal de los cuales era un sobrino de Casimiro, hicieron formar entonces á sus hombres un semicírculo, en bastante buen orden, para recibir el regalo. Había indudablemente algunos individuos muy altos entre ellos, pero lo que llamó particularmente mi atención fué el espléndido desarrollo de sus pechos y brazos. Aunque el viento era muy vivo, muchos tenían echadas para atrás las mantas negligentemente, exponiendo así al aire su desnudo pecho, lo que, al parecer, no les causaba la menor molestia. Me reconocieron en seguida como inglés, y se acercaron para examinarme con detenimiento, y para pedirme tabaco con una amplia mueca que dejaba al descubierto una dentadura maravillosamente limpia y regular. El hecho de que satisficiera yo estos importunos pedidos de tabaco puso á Sam muy celoso, y por un tiempo el hombre estuvo incomodándose con observaciones por el estilo de: «Yo mucho frío, no tiene poncho», «yo no tiene cuchillo, yo no tiene pellón»; hasta que, viendo que era inútil pedir, se sumió en un silencio huraño. Pero una chupetada á la pipa le devolvió su humor alegre habitual, y, mientras galopábamos, iba cantando un canto ndio compuesto de las palabras: *Ah ge lay loo, Ah ge lay loo*, puestas en varias llaves. Después de una marcha de unas cuantas leguas por una región un poco más despejada, pero siempre quebrada, llegamos á una desigualdad de las pampas. Cerros de contornos, irregulares y pintorescos, con enmarañados valles ó barrancos, que no corrían en orden para-

lelo sino que se comunicaban unos con otros, ocupaban una gran extensión de terreno; y, aunque eso hacía mucho más difícil la marcha, el cambio de aspecto de la naturaleza resultaba agradable después de la árida monotonía de los llanos.

Hicimos alto en un campamento indio situado en un valle, al pie de una colina puntiaguda llamada Otiti, donde había charcos de agua dulce y salada, muy próximos unos á otros. Ese día, entre los matorrales de arbustos de incienso y espinosos, que crecen de trecho en trecho en esas regiones, dejamos también atrás otra especie de arbusto de corteza gruesa y áspera, que se desprende fácilmente descubriendo una especie de varilla larga y aguzada. Desde el río Gallegos, el suelo era por lo general más amarillento que en la banda sur de ese río, aunque en los valles y hondonadas se encontraba casi siempre tierra negra turbosa, y la superficie de las pampas había asumido un aspecto más asolado, sembrada como estaba de pequeños guijarros y tachonada de matorrales, zarzales casi siempre. Grupos redondos de cardos espinosos, que arden como yesca al aplicárseles un fósforo encendido, y una que otra mata de hierba marchita, no hacían sino acentuar la absoluta esterilidad de los desiertos, por sobre los cuales sopla el viento con penetrante violencia, y que, sin embargo, son el asilo de grandes manadas de guanacos, avestruces, pumas y armadillos, aunque estos últimos estaban invernando entonces cómodamente.

Á la mañana siguiente no se veía un solo caballo; y, como llegaron las 10 sin que apareciera ninguno de ellos, todos empezamos á sospechar que los indios nos hubieran traicionado. Sam dijo espontáneamente que, si los indios nos habían jugado esta pasada, él iría á la tarde siguiente á sacarles todos sus animales. Por suerte, no se le presentó la ocasión de llevar á cabo esa amenaza, pues resultó que los animales habían pasado á otro valle. Como nos acercábamos ya á Santa Cruz, de donde estaban entonces saliendo los últimos indios, después de terminar su tráfico y de agotar todo el aguardiente, vimos numerosas columnas de humo causadas por sus cacerías. Cuando hubimos transpuesto el terreno quebrado, llegando á la pampa alta, Sam y yo nos adelantamos, entreteniéndonos en perseguir inútilmente guanacos ó avestruces; la destreza de Sam con la boleadora resultaba inútil por la circunstancia de que el indio iba montado en un caballo de la partida que no estaba acostumbrado á esa clase de ejercicio. Al caer la tarde, después de dejar atrás nuevas lagunas saladas en gran número, llegamos á una bajada de trescientos á cuatrocientos pies, que llevaba á un valle en el que había una gran salina; y, deteniéndonos allí, hicimos nuestro fuego al lado de un manantial, cerca del cual, según me dijo Sam, estaban las tumbas de dos indios, á los que mi informante mencionó con el más profundo respeto y en una media voz embargada por la emoción.

Al humo de nuestro fuego, que servía tanto para atraer á los indios como para indicar la dirección de nuestra marcha á Gallegos y á Jaria, respondieron en seguida las colinas opuestas, en la parte norte del valle; y poco después apareció una fila de mujeres y niños montados, bajando por la loma fronterá en dirección al sitio donde estábamos y en el que, según dijo Sam, se proponía acampar esa partida. Nos adelantamos, saliendo al encuentro de las mujeres, y Sam conversó con ellas en su lengua. Luego me dijo, interpretando, que esas indias, que habían salido de Santa Cruz dos días antes, decían que don Luis Piedra Buena ya no estaba en su establecimiento de la isla, porque se había embarcado en su goleta para ir á Buenos Aires, y que los indios septentrionales, que estaban acampados al norte de Santa Cruz y con los cuales yo esperaba seguir hasta río Negro, no pensaban ponerse en marcha sino en la primavera siguiente. Al separarnos de esas damas, entre las cuales había una muchacha de pocos años y algo bonita, me saqué el sombrero saludándolas; ésto provocó una carcajada de todo el grupo, y gritos de: « ¡ *English, english!* » en medio de los cuales echamos á andar para juntarnos con el resto de nuestra partida, que, cruzando entonces el valle en dirección al este, se desviaba intencionalmente del camino recto. Y, aun cuando Sam hizo lo posible para inducir á Gallegos á instalarse en el campamento indio, nuestro jefe resolvió cuerdamente seguir adelante una legua más, porque sabía que un alto allí daría lugar á que se llevara un serio asalto á su fondo de provisiones, cosa que convenía evitar en previsión del viaje de retorno, quizá con el personal aumentado. Dejamos, pues, el abrigado valle y acampamos en la meseta, en un sitio descubierto cerca de una laguna, cuyo hielo tuvimos que romper para poder proveernos de agua. El frío era muy grande y la carpa no prestaba más que un abrigo parcial contra el viento penetrante; de manera que la previsión económica de nuestro jefe tuvo por consecuencia que toda la partida pasara esa vez la noche más fría que hasta entonces habíamos conocido.

Á la tarde fuímos visitados por varios indios que nos trajeron regalos de carne de avestruz y de guanaco. El soldado me obsequió con un trozo de molleja, el bocado más sabroso, que él mismo había cocinado en la punta de su bayoneta; pero tengo que confesar que no lo aprecié entonces, aunque más tarde, en mi viaje, aprendí á saborear ése y otros bocados exquisitos. Entre los indios que nos hicieron el favor de acompañarnos esa tarde estaba Pedro el Platero, citado en el libro de la misión de Mr. Gardener, y también una india vieja que gozaba del nombre de « la Reina Victoria ». Esto dió ocasión á grandes burlas, pues mis amigos chilenos dijeron que yo tenía que saludar en debida forma á la soberana de las Pampas; pero, cuando hubo conseguido una carga y lumbré para su pipa, que era todo lo que necesitaba, la mujer se marchó,

perdiéndose en seguida en la obscuridad. Levantamos la tienda alegremente al otro día por la mañana temprano, sin que el frío hubiera amainado; el viento nos daba con fuerza en la cara, y, aunque soplabá del norte, era tan penetrante que Sam y yo galopábamos á ratos y á ratos encendíamos fuego.

Así recorrimos una extensión de tierra que excedía en *asolamiento* á todos los distritos atravesados hasta entonces. Hasta donde alcanzaba la vista se desarrollaba un erial llano, al que no aliviaba una sola eminencia ú hondonada; el aspecto de los arbustos bajos y marchitos, del pasto duro quemado, y de uno que otro pedazo de terreno sembrado de guijarros, aspecto que durante treinta millas había estado cansando la vista con su horrible monotonía, causó una extraordinaria sensación de abatimiento, recordada más tarde, al cruzar la Travesía, que linda con el río Negro, á la que ese distrito se parece, aunque en menor escala. Lagunas congeladas que aparecían de trecho en trecho, formadas indudablemente por la lluvia, no hacían sino acentuar el yermo aspecto de esa soledad sin huellas. Y la situación no mejoró cuando Sam detuvo su caballo y declaró que no estaba de ninguna manera seguro de no haber perdido el camino. La única distracción la suministró una infortunada zorra que perseguimos hasta que se escapó, según creyó la pobre, por sobre el hielo de una laguna; pero la traidora superficie se abrió, y el animalito, después de una vigorosa lucha, se hundió fuera del alcance del lazo. Al fin, como á las 2, el desierto terminó en una escarpa que se alzaba del valle que teníamos á nuestros pies y en el que vimos al tortuoso río Santa Cruz.

Después de esperar allí hasta que llegaron los demás, bajamos por una garganta al valle, donde, una vez que nos hubimos refrescado con un trago de agua, dimos con una huella que seguía el curso del río aguas abajo. Todos estábamos de buen humor ante la perspectiva de una terminación rápida y feliz de nuestro viaje, y se le preguntaba á Jaria continuamente qué distancia había hasta la colonia. Su respuesta era invariablemente: « Una legua »; y seguíamos adelante esperando en vano ver el lugar de un momento á otro, contorneando unos tras otros los innumerables promontorios ó puntas que formaba la barranca al adelantarse hacia el valle. Y Jaria iba declarando sucesivamente, ante cada una de esas escarpas salientes, que parecían puestos avanzados de las Pampas, que aquella era la última; Sam, entretanto, guardaba un silencio lleno de dignidad. Al fin, á las siete y media, cuando casi habíamos perdido ya la esperanza de llegar alguna vez, nos vimos juntos al vado que está frente á la isla de la colonia, y un ladrido de perros saludó nuestros oídos. Llamó Sam, y llegó la respuesta de que, si íbamos á cruzar esa noche, debíamos tener cuidado porque la marea estaba subiendo. Por consiguiente, empezamos á vadear el río en seguida y en un tris es-

tuvo que los caballos nadaran, lo que, en aquella noche fría, helada, habría sido todo menos un incidente agradable.

Mis ideas sobre el tamaño y la extensión de la colonia, y, debo confesarlo, mis visiones de aguardiente y de vino también, que pusieran algún calor en mi cuerpo helado, fueron tristemente destruídas por la realidad; la población próspera, aunque pequeña, que no había imaginado estaba representada por una sola casa, y resultó que todo el vino y el aguardiente se había agotado. Pero esto fué ampliamente compensado por mi encuentro con Mr. Clarke, ó con Clakalaka, como lo llamaban los indios, un antiguo conocido, con quien había hecho relación algunos años antes en las Falkland. Es fácil imaginar cuál sería su sorpresa ante la aparición repentina de una persona á quien creía tan lejos de allí. Pero ví, con gran placer, que el hombre aprobaba decididamente la excursión proyectada. Su cordial bienvenida y su café caliente nos alegraron en seguida el ánimo, y, cuando hubimos entrado en calor y descansado, discutimos mis planes. Resultó que los indios no se habían equivocado en sus informes sobre las andanzas de don Luis y las intenciones de los indios acampados al norte; pero Mr. Clarke creía que la goleta estaba detenida todavía en la boca del río á la espera de viento favorable, y se encargó de despachar un mensajero para comunicarse con don Luis: mi deseo era conseguir permiso para residir en la colonia hasta el regreso de la goleta, á fin de proveerme de artículos para regalos á los tehuelches. Después de un rato de agradable charla, me acosté en una cama improvisada en el suelo, muy contento de haber realizado la primera etapa, y sacando de esta feliz excursión hasta Santa Cruz un buen pronóstico para el resto del viaje.

CAPÍTULO II

SANTA CRUZ

Presentación á los jefes. — Orkeke. — Desertores chilenos. — La Colonia. — Isla de Pavón. — Ventajas naturales. — La misión. — Mr. Clarke. — Nuestro círculo en Pavón. — Expedición al lago Viedma. Ocupaciones de invierno. — El trabajo y la diversión. — Las aventuras de Casimiro. — El carácter del hombre. — Una casería en invierno. — Nevada pampeana. — El valle de Santa Cruz. — Río arriba. — Las colinas del norte. — Pumas. — Los ojos del diablo. — Caza á pie. — Frío intenso. — Retorno de los desertores. — Visita al campamento indio. — Primera noche en un toldo. — Remoleando un caballo. — Adiós á Santa Cruz.

Lo primero que hicimos al día siguiente fué enviar un mensajero á bordo de la goleta, en caso de que ésta estuviera todavía en la boca del río. Mis amigos chilenos habían hallado á algunos de los desertores, á quienes el mayordomo había tomado como empleados al principio, y había detenido más tarde como presos incomunicados, á instancias de un sargento enviado de Punta Arenas en la goleta para pedir la ayuda de don Luis para capturar á los prófugos. Como á mediodía, Casimiro, titulado jefe de los tehuelches, y padre de Sam Slick, llegó de una excursión de caza, montado en un caballo alto y bien formado, y trayendo un guanaco sobre la montura. Me presentaron á él ceremoniosamente, y se le expusieron en detalle mis planes y propósitos. Poco después llegó también Orkeke, el cacique de la partida de tehuelches del norte, acampados en el río Chico, cuyo consentimiento era necesario para que pudiera yo acompañar á esos indios en su viaje. Entonces, con Casimiro por intérprete, porque el jefe hablaba poco el español, fué presentada mi demanda. Orkeke confirmó lo que Mr. Clarke había dicho: que su gente se proponía invernar en el campamento que tenía entonces, después de lo cual emprendería la marcha hacia el norte; pero no parecía muy dispuesto á ver con buenos ojos la adición de un inglés á su partida, alegando la naturaleza difícil del camino, lo largo del plazo, las probabilidades de lucha, etc., etc. Pensé, sin embargo, que, durante la demora forzosa, se presentarían oportunidades de mejorar nuestra relación,

y de obtener el consentimiento del viejo jefe. Mucho me impresionó el porte grave y solemne de éste. Ante su estatura de seis pies cabales y su proporcionada musculatura, nadie habría sospechado que el hombre había cumplido ya sus 60 años; y, cuando saltaba sobre un caballo en pelo, ó dirigía la caza, desplegaba una agilidad y una resistencia iguales á la de cualquier otro más joven. Su abundante cabello negro estaba levemente veteado de gris, y sus ojos brillantes é inteligentes, su nariz aguileña y sus labios delgados y firmes eran muy diferentes de lo que, según la idea corriente, son las facciones patagónicas; una frente achatada afeaba un poco la expresión de su rostro, que, sin embargo, era seria y meditativa, y á veces notablemente intelectual. Los meses que pasé en su compañía me dieron después amplia ocasión para estudiar sus facultades reflexivas, que eran grandes, y que á menudo encontraban expresión en dichos enérgicos y graciosos. Aunque era particularmente limpio en sus ropas y aseado en sus costumbres, era víctima, como todos los indios, de los parásitos; y una noche me despertó para fumar, y, después de dejarse estar sentado un rato, abstraído al parecer en profundos pensamientos, me dijo: «Musters, los piojos no duermen nunca». Á veces, pero muy de tarde en tarde, se permitía embriagarse; pero nunca reñía, y era cosa entendida que, en casos de orgía general, él ó su hermano Tankelow debían conservarse serenos para proteger á sus familias. Él no tenía hijos, y había adoptado á un perrito llamado Ako, que disfrutaba del puesto y de los honores de hijo único; pero demostraba gran afecto á sus sobrinos y sobrinas, á algunos de los cuales se veía muchas veces en brazos de él durante una marcha ó al regreso de una cacería. En los primeros tiempos de nuestra relación me alegraba mucho, cuando, como sucedía á menudo, se agregaba él á nuestro pequeño círculo, y, al lado entonces de su viejo amigo Mr. Clarke, se desprendía de su gravedad y se reía y hablaba de una manera que parecía del todo ajena al jefe habitualmente serio. Hay que confesar que era celoso y desconfiado, y un poco tacaño, pues prefería aumentar más bien que rebajar su crecida provisión de caballos, arreos y armas; pero, desde el momento que fuí huésped de él, su conducta para conmigo fué irrepachable.

Á la tarde volvió el mensajero; naturalmente, había equivocado por completo mis instrucciones, diciendo á don Luis que un inglés deseaba ir en la goleta á Buenos Aires. En consecuencia, junto con el flujo de la mañana llegó un bote para llevarme. Mr. Clarke se encargó bondadosamente de ir él mismo á explicar la cosa; y volvió con el grato recado de que se me ofrecía alojamiento y toda clase de hospitalidad si me decidía á quedarme en la colonia por dos meses, al cabo de los cuales se esperaba que la goleta estaría de regreso. El teniente Gallegos me instó vivamente á que volviera en compañía de él á Punta Arenas, pintándome

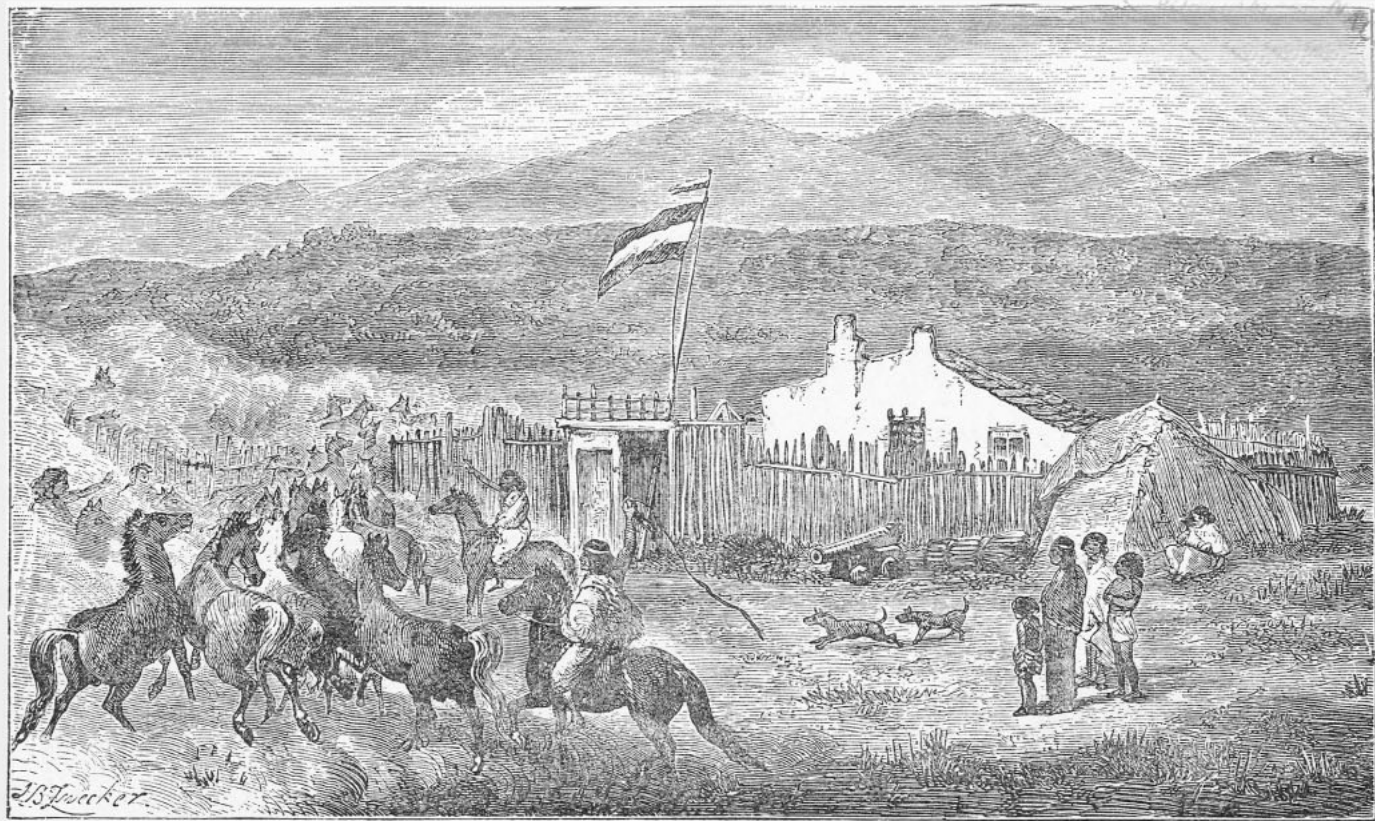
con fuertes colores lo aburrido é incómodo que era el invierno en Santa Cruz. Pero era evidente que de esa manera perdería yo la oportunidad de cultivar la relación y de granjearme la confianza de Orkeke, y, con eso, la perspectiva de recorrer el país. Gallegos opinaba que mi plan estaba llenos de peligros, que importaba, en verdad, la destrucción casi segura; pero, como me mantuve firme, nos despedimos afectuosamente. Él y toda su partida me habían tratado, á mí, un perfecto extraño, con la mayor bondad, y de ellos me despedí también como de verdaderos camaradas. Emprendieron, pues, su viaje de regreso, llevándose á los cuatro prisioneros, quienes, sin embargo, están destinados á volver á aparecer en estas páginas. Esos hombres habían padecido muchas penurias para conseguir la libertad de que parecían verse privados otra vez; tres de ellos habían logrado proveerse de un caballo, y andando un trecho á pie y otro montados habían ido á parar entre los indios. Dos, Olate y Rose, eran incurablemente malos; el último, un muchacho apenas, tenía una fisonomía enteramente perversa y criminal; pero Nene, un joven de 19 años, se captaba las simpatías por su rostro franco y bien delineado, y su aspecto limpio y gallardo; y el cuarto, Arica, había hecho la travesía á pie desde Punta Arenas hasta Santa Cruz, sin el menor conocimiento del país, guiado solamente por la vaga noción de que existía una colonia al norte. Durante veintisiete días había estado costearo la orilla del mar, alimentándose de moluscos y huevos de aves marinas; las fatigas y penurias que sufrió así deben haber sido indescriptibles, y su fortuita llegada en salvo fué un milagro de paciente perseverancia. Trajo noticias de la pérdida de una gabarra de la goleta, una lancha con cubierta, en la que el capitán Warren y tres marineros se habían hecho á la vela para la isla de los Estados, y de la que no se sabía nada desde entonces; sobre su suerte no cabía ya la menor duda, por cuanto Arias había encontrado el chinchorro volcado en la playa, y un pedazo de la vela mayor, que había aprovechado para ropa.

El aventajado discípulo de la misión, Sam Slick, acompañaba también á la partida. Antes de marcharse se ofreció á darnos una muestra de su educación cantando un himno, haciendo una alusión bastante clara á que el aguardiente era un acompañamiento adecuado; pero, como no apareció aguardiente alguno, perdimos la oportunidad de edificarnos con el ejemplo de su ejecución.

Estuvimos observando la cabalgata hasta que desapareció á la distancia en los llanos altos, y volvimos entonces al establecimiento, donde me arreglé para pasar los tres meses siguientes del invierno patagónico. La colonia ó factoría de Santa Cruz se compone de sólo tres casas, construídas en una isla llamada Pabón, indicada con el nombre de Isla del Medio, en Islet Reach, en la carta de Fitz Roy. Es propiedad de don Luis Piedra Buena, que la tiene en virtud de una concesión del gobierno ar-

gentino, que también le ha conferido el cargo de capitán de la armada, con facultad para impedir que los loberos argentinos hagan incursiones en las valiosas pesquerías de lobos de la costa. La isla tiene como una milla y media de largo, y un ancho de 350 yardas, término medio. Se llega á ella desde la costa sur mediante un vado, de unas 50 yardas de anchura, por el que sólo se puede pasar cuando el agua está baja. El canal septentrional es más ancho y profundo, y la rapidez de la corriente lo hace impracticable, salvo en un bote que está amarrado, listo para transportar á los indios que desean traficar, y que también sirve para traer leña, material que no existe en la isla. Como á 100 yardas del vado está la casa principal, sólidamente hecha de ladrillo, con techo de tejas, con tres piezas y una especie de portal donde se ve un cañón de á 9, que domina la entrada. Está defendida, además, por una empalizada, sobre la que ondea la bandera argentina y detrás de la cual hay un foso que se llena de agua con las mareas de la primavera. El objeto de estas fortificaciones es defender el lugar en caso de que los indios lleguen á molestar cuando se encuentran bajo la influencia del aguardiente. Aunque Mr. Clarke contaba algunas escenas curiosas que había presenciado, durante su administración él había alejado hasta entonces todo peligro, y la honradez de sus tratos con los indios había asegurado la amistad con éstos. Se había establecido una tarifa ordenada con precios equitativos, y que se observaba escrupulosamente, por la que se regulaba el trueque de plumas de avestruz y pieles; y, aunque los indios son grandes regateadores, y muchas veces se están dos ó tres horas discutiendo el precio, reconocían la equidad con que se les trataba. La segunda casa estaba situada como á 50 yardas de distancia; y, como se la usaba comunmente en calidad de depósito, tenía el nombre de Almacén; vacía entonces, una pieza servía de dormitorio á algunos de los hombres, y la otra había sido cedida para que instalaran en ella á Casimiro y su familia. La tercera casa, que se alzaba en el extremo oriental de la isla, estaba desocupada. Junto á ella se había labrado una pequeña extensión de terreno, cultivándose con buen éxito papas, nabos y otras legumbres. Hasta la época de mi visita no se había probado grano de ninguna especie, pero, más tarde, una siembra experimental de fanega y media ¹ dió un campo de 20 fanegas, aunque fueron pocos los cuidados que se dedicaron al cultivo. Como la parte más baja de la isla está sujeta á inundarse en ocasión de las grandes crecientes, se había abierto una zanja para recoger las aguas, y por lo tanto la irrigación no faltaba. El suelo estaba cubierto de arbustos achaparrados, de matas de cardo chico, redondo y espinoso, y de hierba dura. Las ovejas, pocas, parecían

¹ La fanega contiene 100 libras.



Estación en la isla de Pavón, río Santa Cruz

pasarlo bien, pero su número mermaba notablemente en invierno, porque en los días en que la caza escaseaba una de ellas tenía que ser víctima del voraz apetito que el aire penetrante de la Patagonia originaba. Una numerosa manada de caballos pastaba en la tierra firme, en un espacio de terreno situado debajo de la barranca del sur, llamado el Potrero, donde la hierba, aunque dura, crecía muy lozana. Cuando se les necesitaba para la caza, se traía á toda la tropa por la mañana, haciéndola cruzar el río, y se la echaba dentro del corral; pero, por lo general, sólo había un caballo en la isla, listo para las emergencias.

Habría que decir que se había importado un pequeño rebaño de vacas y también algunos cerdos; pero como por fuerza se les tenía que dejar pastar en la tierra firme, esos animales habían andado vagando y se habían hecho salvajes. Probablemente, las vacas habían sido víctimas de los cazadores indios; pero los puercos se multiplicarán sin duda alguna y serán los fundadores de una raza de cerdos destinada á agregar más tarde la caza del jabalí á las diversiones de los futuros colonizadores ó de los errantes tehuelches.

Arriba de la isla de Pabón hay varios islotes más pequeños; pero como están sujetos á ser inundados por las mareas más altas, no se les puede aprovechar para el cultivo, sin desagües artificiales. En uno de ellos, que había sido ocupado y sembrado de plantas de raíz comestible, obtuvimos una cantidad de nabos bien desarrollados. Fué un error singular de los españoles formar una colonia en puerto San Julián pasando por alto las ventajas muy superiores que ofrecía Santa Cruz. Los llanos y las islas de esta última región presentan buenos campos de pastoreo y buenas tierras de labor, así como un lugar para población á cubierto de sorpresas repentinas de los indios; y, en cuanto á condiciones para estación naval, no hay comparación posible entre ambas localidades, porque en Santa Cruz puede hacerse fondear á los buques en sitio abrigado, con la marea creciente, y, por otra parte, podía conseguirse allí en abundancia la madera que salió á buscar Viedma con su expedición. En el momento actual, el conocimiento de la navegación del estrecho haría mucho más fácil y más barato importar madera de Punta Arenas que enviar leñadores á la cordillera y transportar la madera en balsas hasta Santa Cruz.

Cerca del Potrero, en la costa sur, hay un lago natural de sal, ó salina, que debe haber pasado inadvertido para la expedición Beagle porque Mr. Darwin fija en Puerto San Julián el límite meridional de las salinas. En verano, y hasta que empiezan las lluvias y nevadas del invierno, puede obtenerse una inagotable provisión de sal excelente. Ahora se la explota sólo para sacar, aparte de la sal necesaria para el consumo casero, la que se requiere para la caza anual de lobos; pero, si el trabajo fuera más abundante, se vería que la sal era un artículo valioso para

exportarlo á las islas Falkland. La salina está situada á menos de media milla de la playa, donde hay un buen fondeadero.

El río rinde también una abundante provisión de pescado : una especie de perca y otros peces, que una vez curados se conservan bien. Algunos, que habían sido curados hacía más de un año, resultaron excelentes. Este pescado podría ser exportado con provecho á Río Janeiro, etc., donde hay siempre demanda de pescado curado.

No obstante estas ventajas naturales, no puede decirse por el momento que Santa Cruz es una colonia. Con posterioridad á mi visita, dos franceses de Buenos Aires se propusieron probar la cría de ovejas en el valle, pero no sé qué resultado han obtenido. He dicho ya que el establecimiento existía como depósito para la caza de lobos, y como factoría á la que acudían los tehuelches á cambiar sus plumas de avestruz y sus pieles de puma, guanaco y avestruz, por tabaco, azúcar, municiones, y, sobre todo, aguardiente. Poco ó ningún comercio se hacía mientras duraba la ausencia de la goleta, porque todos los artículos se habían agotado ; pero después de la campaña de verano algunos tehuelches van allá invariablemente, y las inmediaciones han sido siempre un sitio preferido para sus cuarteles de invierno. Los misioneros Schmid y Mart trataron de aprovechar esta oportunidad para intentar la conversión y civilización de los indios. En 1863 residieron por un tiempo en un punto próximo á Weddell Bluff, como á diez millas de la boca del río. Citaré la descripción de Mr. Sterling ; la estación estaba á la entrada del valle que « se prolonga tierra adentro, hacia el sudoeste, hasta una distancia considerable ; una corriente de agua pura fluye perennemente á través de él, y una ancha faja de hierba, pasto sabroso para el ganado, da un aspecto fértil y alegre á la tierra baja ; las colinas, á uno y otro lado, están entrecortadas por barrancos, ó alzan su bronceada cara sobre alguna cañada interpuesta, y refrescan el aire con el aroma de arbustos y plantas que crecen en ellas por todas partes ».

Esto fué escrito después de una visita en el mes estival de enero, y la pintura hecha presenta al paisaje con sus más bellos colores ; muy diferente es su triste aspecto, tal como lo ví en invierno. Este valle lleva todavía el nombre de Los Misioneros, pero ese es el único vestigio que existe de su colonia. Sin embargo, durante su estancia y sus viajes con una partida de indios, Mr. Schmid compiló un vocabulario del lenguaje Tsoneca, tal como lo hablan los tehuelches del sur. Su plan de establecer un comercio en Santa Cruz para conseguir visitas regulares de los indios no fué aprobado por los directores de la misión, y esta tuvo que abandonar la escena de sus meritorios pero infortunados esfuerzos para instruir al menos á « las despejadas criaturas patagones », de quienes se habla en sus diarios con caluroso afecto.

Mr. Schmid sintió que la atracción opuesta del aguardiente que sumi-

nistraba un traficante que visitaba el río destruía notablemente su influencia, pero es indudable que su depósito, si se hubiera establecido, no habría tenido ninguna probabilidad de triunfo contra cualquier competidor que suministrara aguardiente á sus parroquianos; porque, aunque hay muchas excepciones, los indios invierten de muy buena gana en bebida los frutos de su caza y de su industria. Sin embargo, sus mujeres, cuando los acompañan, cuidan de manejar sus asuntos con discreción y reservan lo suficiente para adquirir superfluidades más útiles é inocentes, así como cosas necesarias. Es indudable que, en caso de que se desarrollara en lo futuro, esta colonia podría servir de punto de apoyo para elevar á los tehuelches al nivel de un método de existencia más culto; pero las consideraciones de este género no son de mi resorte, y hora es ya de presentar á los miembros de la partida con quienes pasé agradablemente mi invierno en la isla de Pabón.

Con Piedra Buena y con su amable y distinguida señora hice relación más tarde, una relación que se transformó en amistad; pero, aunque huésped de él, yo le era personalmente desconocido entonces. En su ausencia, su representante, Mr. Clarke, que, como he dicho ya, era un viejo conocido, hizo todo lo posible para que me sintiera cómodo. Mr. Clarke era un joven guapo, de 25 años, y un ejemplar excelente del versátil y cosmopolita hijo de New England, criado en Salem, Massachusetts, donde había sido preparado para constructor, aunque después « se había metido á bordo de un buque ». En su vida náutica había sido segundo de la *Snow Squall*, en un viaje de retorno desde Shanghai, cuando, frente al cabo de Buena Esperanza, esa embarcación fué perseguida por el *Alabama*, y á no haber sido el coraje del capitán y de la tripulación se habría agregado entonces una partida más á la « cuentita » de Mr. Adams. Sucedió que el lindo barco dejó completamente atrás, con sus velas, al veloz vapor. Probáronse de la manera más evidente en esa ocasión la firmeza de la tripulación y su justa consagración al capitán. Como no había más alternativa que entrar en busca de agua en Santa Elena, donde muy probablemente el *Alabama* se echaría sobre su presa, ó seguir viaje á razón de media pinta diaria por cabeza, el capitán dejó que la tripulación decidiera, y ésta eligió lo último.

Mr. Clarke había pasado tres meses viajando y cazando en compañía de los tehuelches, lo que había hecho de él un brazo muy diestro para el lazo ó las bolas, y lo había familiarizado con el carácter indio. Era una satisfacción oírle decir que tenía una opinión muy alta de la inteligencia de los indígenas y de sus disposiciones generosas. Los trataba con equidad y con bondad considerada, y ellos le retribuían con su confianza y amistad.

Otros cinco empleados componían el resto de nuestra partida. Pero no imperaban diferencias sociales; los habitantes de Pabón vivían en

un agradable pie de igualdad. El cuidado de los perros y de los caballos y la obligación de suministrar la carne, incumbía á dos : González, un gaucho, natural de Patagones, que se encontraba tan bien en la goleta, en una excursión lobera, como á caballo boleando un avestruz, y Juan Isidoro, un hombrecito atezado, cuyos brillantes ojos revelaban su sangre india, natural de Santiago del Estero ; éste había sido enviado como soldado á Río Negro, de donde había conseguido desertar y dirigirse con indios de Orkeke á la colonia. Viene luego Juan Chileno, mozo de 19 años, vivo, de cutis fresco, cuyo aspecto era consolador después de las fisonomías atezadas y curtidas de los demás. Luego, Antonio, un portugués, alternativamente gaucho, pescador de ballenas ó cazador de lobos, siempre pronto con una canción ó una broma alegre, y, en oportunidad, igualmente listo con su cuchillo. Hollstein era el último, pero de ninguna manera el menos importante ; sujeto corpulento, bondadoso, un poco estúpido, á quienes los demás elegían generalmente como cabeza de turco, llamándolo siempre *El Cuque*, apodo que le habían valido sus muchos viajes como cocinero á bordo de varios buques. Circunstancia muy curiosa, resultó que el hombre poseía informaciones sobre un tema de gran interés para mí, por haber estado en una partida que, como un año antes de mi visita, había subido el río Santa Cruz hasta su fuente. Esta expedición la había organizado un americano conocedor de las minas de California, que se proponía explorar los recursos minerales del valle. Desgraciadamente, mientras subían el río, estalló una reyerta y el americano se separó de los demás y se dirigió solo á las tolderías, de donde regresó á Santa Cruz. La pérdida del único hombre capaz en materia de observaciones científicas hacía el viaje de los otros casi inútil. Sin embargo, la partida siguió adelante ; y como á mediados del verano llegó al lago, junto al cual se dejó estar unos días, pero no pudo penetrar en los espesos bosques situados al otro lado de sus orillas. En el valle los viajeros encontraron latas de carne y otros rastros de la expedición de Fitz Roy. *El Cuque* decía que el río salía del lago en muchos arroyuelos, corriendo sobre un lecho roqueño. El lago, cubierto de aves silvestres, tenía témpanos en sus aguas y se veían grandes ventisqueros en las montañas vecinas ; la temperatura que se sentía allí era fría, y caía una llovizna continua. Su relato confirmó mis conjeturas sobre la causa de la gran diferencia que hay entre los períodos de las más altas aguas en el río Gallegos, que alcanza su nivel máximo en diciembre y enero, y en el Santa Cruz, que está entonces en su nivel más bajo. Esto se debe á lo atravesado de la época en que el hielo se disgrega en el lago Viedma, situado, probablemente, en una alta meseta. Alrededor del lago, los exploradores vieron huellas de manadas de grandes ciervos, y muy cerca de ellas siempre, las de un gran zorro ó lobo ; pero no lograron matar ningún animal. Al parecer, una muestra del único mineral que

trajeron era piritita de hierro incrustada en cuerso. El viaje á caballo desde el lago hasta la colonia duraba unos días llevando animales de carga, pero sin estos podía hacerse en cuatro. Naturalmente, la información no era muy clara ni fehaciente, pero *El Cuque*, aunque no muy vivo, parecía dotado de la cualidad septentrional de ser veraz, cualidad cuya falta caracteriza á menudo, para decir lo menos á los meridionales y los indios. Á *El Cuque* le gustaban los trabajos rudos; su más grande alegría era salir en busca de combustible y descargaba el hacha de una manera que habría hecho honor á un leñador canadiense pero que se desperdiciaba tristemente en los matorrales de incienso de Santa Cruz.

Todos esos hombres, que con diversas procedencias habían llegado á reunirse, y, para decir la verdad, se habían fugado todos, por obvias razones, de su propia tierra, trabajaban alternativamente cazando, traficando, pescando lobos y sacando sal de la salina. Recibían un sueldo fijo, que, por lo general, resultaba estar equilibrado por una cuenta de ropas, etc., en el depósito. En las expediciones loberas, todos tenían su parte, como nuestros pescadores de escombros y arenques; y por trabajar en la salina se les daba un extraordinario, bien merecido, especialmente en esa época, porque la tarea implicaba dormir al raso varias noches seguidas y en pleno mayo patagónico. Esos eran mis compañeros de residencia en Pabón, aparte de los cuales había más de una veintena de perros de toda clase, que dormían de cualquier modo y en cualquier parte, y seguían á todo el mundo, dando la preferencia á sus dueños.

Poco tiempo después de nuestra llegada, Mr. Clarke hizo un inventario de las existencias de vituallas, cuyos depósitos no podían volver á ser provistos hasta el regreso de la goleta. Se vió que la cantidad de galleta y de azúcar bastaría apenas para el consumo de un mes. Por consiguiente, se hizo partes iguales de esos artículos y cada cual recibió la suya, para usarla con economía ó desconsideradamente, á su gusto. Había en abundancia café, porotos negros, tabaco y maíz, artículos que, por lo tanto, se usaban á discreción. Lo que se hizo luego fué acumular una buena cantidad de combustible antes que la nieve hiciera difícil, si no imposible, su transporte.

Los domingos, todo el mundo, menos el cocinero de la semana, que quedaba de guardia, salía á cazar, y durante la semana, cuando la ocasión lo requería, los gauchos se encargaban de proveer la despensa de guanaco ó avestruz; pero este último era raro. La ociosidad no se conocía allí; cuando no se cazaba, cortaba leña ó sacaba sal, las manufacturas constituían la orden del día. Recogíamos piedras y las redondeábamos para hacer bolas, y las forrábamos con cuero sacado del corvejón del guanaco, haciendo de la piel del cuello del mismo, la sogá ó correa que las unía. Se obtenía esta piel de la manera siguiente: una vez separada la cabeza, se hacía un corte arriba mismo de la paleta, y, tirando

de la piel, se la sacaba en una sola pieza; luego, se le quitaba la lana, se la ablandaba á mano y se la cortaba cuidadosamente en tiras; después, se hacía con éstas trenzas apretadas. Con ese cuero fabricábamos también riendas, y lazos muy útiles, y, en resumen, arreos en general. Á veces se nos ocurría hacer pipas, y todos nos poníamos á asestrar madera ó á consumirnos en la tarea de ahuecar las cabezas; otras veces nos apasionábamos por las espuelas, que fabricábamos siguiendo el sencillo método indio de encajar clavos afilados en dos pedazos de madera que se aseguraban por medio de correas atadas debajo del pie y alrededor del tobillo; ó nos dedicábamos á labrar la plata, y salíamos con nuestras vainas relucientes de tachones. En los días que no había caza, me ejercitaba invariablemente en el manejo de las bolas, y casi no quedó en la isla un solo arbusto que no boleara.

Las tardes las pasábamos entregados al brag, un juego de naipes americano. Como no se conocía dinero y nadie estaba dispuesto á arriesgar la pérdida de sus prendas, las puestas eran simplemente tantos porotos negros contra una caja de fósforos; y el juego se hacía tan excitado como si cada poroto hubiera sido una moneda de cinco dólares.

Yo cultivaba asiduamente la relación de Casimiro, tanto en nuestras cacerías como en la casa que se le había permitido ocupar, aunque el hombre visitaba de tiempo en tiempo el campamento situado sobre el el Chico. Tanto los misioneros como los agrimensores de su majestad británica han hecho frecuentes referencias, y á veces nada favorables, á este indio, que ha demostrado siempre el deseo de captarse la amistad de los ingleses que visitaban la Patagonia. Su historia, según la supe por él mismo, era muy curiosa, y pone bien en evidencia las pretensiones encontradas de chilenos y argentinos, y la confusa política de los indios mismos. Su padre había muerto en una pelea con los indios araucanos ó manzaneros. Su madre era tehuelche; ebria consuetudinaria, en una visita á las colonias de Río Negro había dado su criatura por un barril de aguardiente, al gobernador del fuerte, un francés llamado Viba, que estaba metido en la trata de blancas, porque parece que en esa época se esclavizaba á los indios lo mismo que á los negros. Viba hizo cristianar á Casimiro, de ahí su nombre de Casimiro Viba; y lo crió en la estancia, establecimiento de campo, donde aprendió á hablar el castellano corrientemente. Tenía trece años cuando se fugó para juntarse con los indios tehuelches, con quienes permaneció en la obscuridad unos cuantos años, hasta que, estando en la región sur, cerca de la colonia chilena de puerto Hambre, se granjeó la amistad de un tal Santorín, natural de Patagones, á quien los indios habían tomado prisionero, pero que, adoptando las maneras y costumbres de ellos, y casándose con una mujer de la tribu, se había elevado á la posición de jefe. Los dos hicieron juntos un viaje á Chile, para tratar con el gobierno de ese país ciertas cuestiones

relativas á la defensa de puerto Hambre contra los malones de los indios. Santorín murió en el viaje, pero Casimiro fué bien recibido en Santiago por el señor Bulnes ¹ presidente entonces; se le cargó de honores y se le dió el grado, la paga y las raciones de capitán del ejército. Volvió luego á puerto Hambre, donde estuvo residiendo, con intermitencias, por algún tiempo. Según sus declaraciones, él estaba ausente en una cacería cuando se produjo el motín que dió por resultado la destrucción de la colonia. Al parecer, los viejos hábitos de vagancia se posesionaron de él nuevamente, porque volvió luego á Río Negro, y, después de ponerse al servicio del gobierno de Buenos Aires, marchó otra vez para el sur. En aquel entonces estuvo una que otra vez con los misioneros, durante el viaje de éstos al sur y en su estación de Santa Cruz, y les confió sus dos hijos para que los educaran. Los misioneros no tardaron en descubrir que los propósitos de Casimiro eran enteramente egoístas, que el hombre no tenía la menor idea de permitir que otros aprovecharan también las ventajas que ellos podían ofrecer; y me parece que el trabajo y el dinero empleado en los niños habían resultado inútiles, porque ninguno de los dos demostraba haber sacado mucho provecho de sus oportunidades. Es cierto que Sam podía cantar todavía un himno si había grog por delante; y tenía un vivo recuerdo de las ventajas materiales, porque decía á menudo: «Era hombre bueno, me dió fusil, etc.» Pero Gabriel, el más joven, que también entendía un poco el inglés, era el más haragán de los haraganes y tenía nociones muy indeterminadas de lo mío y de lo tuyo, como mi experiencia personal me lo hizo ver.

En 1865 Casimiro hizo un viaje á Buenos Aires, en cuya ocasión el gobierno lo reconoció como jefe principal de los tehuelches y le asignó el grado y la paga de teniente coronel del ejército argentino. Se le envió entonces, en compañía de un argentino llamado Mendoza, á formar una colonia en la Bahía Gregorio. Los dos hicieron el viaje por tierra hasta Santa Cruz, en cuyo lugar desapareció Mendoza; se supuso que se había perdido, pero en realidad lo había muerto un indio, y creo que fueron los celos la causa del asesinato. Privado así del hombre que era su mano derecha, Casimiro se entregó á la bebida, hábito que, como dice Mr. Cunningham, había adquirido ya, por herencia tal vez; y había acabado por sumirse en el grado de pobreza en que lo encontré, dueño de sólo dos caballos para él, su mujer, su hija y su hijo, y casi sin prendas absolutamente. Á la verdad, se habría visto reducido al último extremo á no ser la bondad de don Luis y de Mr. Clarke, que, en atención á su vieja amistad, lo ayudaban en lo posible, aunque su ebriedad consuetudinaria impedía que se le dieran cosas de valor cuando podía conseguir-

¹ Casimiro pronunciaba este nombre « Burne ».

se bebida, porque lo cambiaba todo por aguardiente. Como mi objeto era tener un amigo en el campamento, trabé amistad con él y traté de inducirlo á que se trasladara al norte, hasta el Río Negro, en lo que al fin convino, aunque temía mucho verse en dificultades á causa de la pérdida ó muerte de Mendoza. Cuando no estaba ebrio, este hombre era vivo é inteligente, astuto y político. Sus extensas vinculaciones matrimoniales con todos los jefes, inclusive Roque y Callfucurá, le daban mucha influencia. Era también obrero diestro en varias artes indígenas, como las de hacer monturas, pipas, espuelas, lazos y otras prendas. Era muy corpulento, de seis pies cabales de estatura; con sus botas de potro y su expresión fisonómica no era desagradable, aunque tenía una que otra cicatriz que no realzaba su belleza. De su valentía personal se dará amplia prueba más adelante; pero, como todos los ebrios, era inseguro y no se podía confiar en él. Este verdadero Barba Azul viejo me informó que se había casado seis veces; á la verdad, si todas sus esposas habían tenido la figura y la índole de su última ventura, no era extraño que las hubiera despachado, porque no ha habido nunca una vieja bruja más fea, más sucia, más emperrada, que haya cargado á la tierra con su peso, y probablemente á causa de esta calidad, nunca, nunca, mientras pudiera, salía de su pieza. Á principios de junio, un indio, conocido en Santa Cruz por el Zurdo, cruzó el río y plantó su toldo en la isla. Era marido de dos mujeres, que vivían juntas en perfecta armonía y se cuidaban mutuamente sus criaturas. Este indio era, como la mayor parte de ellos, muy hábil para trabajar la madera y la plata, y resultó un buen compañero en nuestras cacerías; muy pronto aprendió también á jugar al brag. Casimiro no descendía nunca del elevado pináculo de su importancia hasta el punto de entrar en la cocina cuando la diversión reunía allí á todos, pero de vez en cuando venía á cenar con Mr. Clarke y conmigo, y se estaba una ó dos horas contando historias.

El bosquejo de la vida que hacíamos en Pabón sería muy incompleto si no pidiera al lector que nos acompañara á una cacería. Describiré, pues, una que se efectuó después de la llegada del Zurdo á la isla. La caza se había hecho muy escasa en las inmediaciones, y nuestro único alimento farináceo eran porotos negros alternados con maíz, cuya preparación resultaba demasiado engorrosa para que se recurriera á ella con frecuencia. La carne se acabó con maravillosa rapidez, por lo que resolvimos ensanchar un poco más tierra adentro el campo de las cacerías. En consecuencia, una linda mañana helada, al rayar el día, se trajeron los caballos, se les tomó y ensilló, nos pusimos los ponchos y las espuelas, y ocho de nosotros, inclusive los dos indios, Casimiro y el Zurdo, partimos á formar el círculo, esto es, á rodear y barrer un área de terreno en la costa sur del río, hasta el valle de los Misioneros. Casimiro y González salieron adelante, y los demás los seguimos á nuestra vez.

Durante nuestra recorrida tierra adentro, el Zurdo é Isidoro apresaron un guanaco; y, al llegar cerca del valle de los Misioneros, yo perseguí otro; pero, como no tenía perros y era un novicio para manejar las bolas, no pude cazarlo. Al reunirme con mis compañeros, que habían completado ya el círculo, vi que sólo habían muerto un avestruz, al que, por descuido de algunos de la partida, los perros habían magullado de tal modo que la mayor parte de la carne resultó inservible. El día había sido insólitamente caluroso, sin viento alguno. Aunque una acumulación de nubes blancas sobre el horizonte parecía amenazar con nieve, se resolvió acampar al raso y probar nuestra suerte al otro día en la empresa de conseguir una provisión de carne. De modo que nos dirigimos á un lugar abrigado del valle, y vivaqueamos á la sombra de un enorme matorral de incienso, soltando á los caballos y haciendo una fogata, en la que en breve empezaron á cocinarse los restos del avestruz bajo la mano maestra de Casimiro. Después de la cena, que en cantidad fué un poco reducida, fumamos una pipa y nos acostamos á dormir. Como á las 3 me desperté, sintiendo que me apretaba el poncho algo que parecía ser un fuerte peso; vi que había caído como dos pulgadas de nieve y que seguía nevando. Al amanecer la nieve se convirtió en lluvia, pero en seguida volvió á nevar; de modo que hicimos una fogata y esperamos una hora para ver si se despejaba el tiempo. Al fin, como apareciera un rayo de sol mortecino, procedimos á formar el círculo, y Casimiro partió á la cabeza. Saliendo del valle y subiendo hasta la pampa alta, dimos con un terrible vendabal del sur, que impelía á su paso, en ráfagas heladas, nieve desmenuzada; pero de atrás de un matorral saltaron dos avestruces, y Mr. Clarke boleó uno de ellos con gran dèstreza. Esto fué muy satisfactorio, porque todos teníamos mucha hambre. Como era imposible afrontar el agua y nieve azotadora y el viento, que nos impedían ver á diez yardas de distancia, nos retiramos al valle, dejando á Casimiro, que se había perdido de vista, entregado á sus solas fuerzas. De pronto, el Zurdo vió humo detrás de un grupo de árboles, y con gran delicia descubrimos allí á nuestro amigo delante de un buen fuego, muy á cubierto de la nieve y del viento dentro de una glorieta diestramente abierta en un matorral. Nos reunimos junto al fuego y almorzamos; vigorizados por éste y alentados por un momento de tregua en la tormenta, partimos á reanudar la caza, pero en breve nos separó la densa nevada. Mr. Clarke, el Zurdo, González y yo, que andábamos juntos, dimos con una manada de guanacos que se dirigían á la costa para substraerse al vendabal. Los perros los persiguieron y mataron algunos, y otros fueron boleados; puede decirse que hubo una matanza regular, y en breve ocho ó diez reses quedaron tendidas en el llano. Vino entonces la tediosa tarea de cortar la carne. Me encontré solo junto á un guanaco muerto, sin poder ver á ninguno de los compañeros, aunque no estaban á cincuenta

yardas de distancia. Me puse á arreglar la carne lo mejor que pude, y estaba como á la mitad de este trabajo, con los dedos casi helados, cuando divisé al fin á Mr. Clarke y al Zurdo; poco después aclaró, y llegó el resto de la partida, todos cargados de carne. Así provistos, volvimos la cara hacia las casas, y poco antes de la puesta del sol llegamos á Santa Cruz, donde una bullente pava de café disipó en seguida nuestro frío y nos puso de buen humor.

Mr. Darwin y el almirante Fitz Roy han descripto acabadamente la configuración del valle de Santa Cruz y sus alrededores, por lo que no es necesario hacer aquí un bosquejo detallado de él. Remitiré especialmente al lector á la descripción exacta y pintoresca que hace el primero de la formación bancal que da á la parte occidental de las inmediaciones del río el aspecto de orillas de los estuarios anteriores sucesivos de un vasto río ó *fiord*.

Cerca de la colonia, la ascensión de la barranca del sur lleva inmediatamente á un llano nivelado que se extiende por un espacio de un par de millas; luego hay otra elevación de cincuenta pies quizá, y otro llano, que se prolonga como una legua hasta una cadena de crestas sucesivas, que llamábamos las Colinas Azules por su aspecto peculiar en los días despejados. Estas colinas van perdiendo su elevación hacia el este, y se sumen en las ondulaciones de la alta pampa y en un erial quebrado y melancólico de piedras, hierba dura y matorrales de incienso, cuya superficie desigual está hendida de trecho en trecho por barrancos que corren en diferentes direcciones. Entre esas colinas hay una gran laguna que, según me informó el mismo Casimiro acostumbraba visitar, cuando residía con los misioneros, para cazar aves silvestres, que pululaban allí entonces pero que últimamente habían abandonado ese punto de reunión. Hay otras lagunas esparcidas de trecho en trecho en los llanos mencionados, que se congelan en invierno y cuyo hielo, perfectamente liso, nos hacía ansiar muchas veces, á Mr. Clarke y á mí, un par de patines; en verdad, intentamos fabricar un par de ellos, pero sin resultado.

La pendiente entre las Colinas Azules y el mar parece gradual hasta cerca de la costa, donde el llano está entrecortado por cárcavas y valles fértiles y profundos que hacen de la caza una tarea muy fastidiosa y en la que hay que confiar casi enteramente en los perros. La caza mayor abunda en esa dirección, especialmente durante el invierno. Hicimos numerosas excursiones río arriba, permaneciendo por lo general tres ó cuatro días fuera de la colonia; nuestro punto de reunión preferido era un lugar situado como á sesenta millas de distancia, llamado Chickroo-kaik, indicado por Fitz Roy como vado ó paso indio, en el río Santa Cruz, información que confirmaron tanto el Zurdo como Casimiro. En ese punto, el río se estrecha considerablemente, y del lado sur hay empinadas

escarpas suspendidas casi sobre el agua, formando una caverna en cuyos recovecos podía encontrarse siempre, con seguridad, un puma. Tanto arriba como abajo de ese punto hay grandes y anchos llanos que se extienden desde los bancales ó acantilados hasta el río y que pueden ser rodeados y barridos fácilmente; y, como la caza se encuentra acorralada entre los jinetes y el río, se la apresa sin dificultad. Á veces los avestruces se meten en el agua, pero en invierno esto ahorra trabajo porque se les hielan las patas, y al salir á la orilla no pueden moverse. En una ocasión hicimos una excursión hasta unas cuantas millas de distancia río arriba y encontramos caza en abundancia. Habíamos tenido buena suerte en el camino, pero, como se acostumbra hacer muchas veces, escondimos á los animales muertos en matorrales, echándoles encima un poncho ó alguna cosa. Durante nuestra ausencia empezó á hacer mal tiempo, y cuando al volver examinamos nuestros escondrijos vimos que los zorros y las aves de rapiña habían dado cuenta de la carne. Los zorros son un gran inconveniente para los cazadores, porque con frecuencia, mientras éstos están rodeando las manadas de guanacos con las más grandes precauciones para mantenerse fuera del alcance de su vista, salta uno de esos animalitos, los perros lo persiguen, y adiós, entonces, toda probabilidad de deporte. Fitz Roy tomó nota de la cantidad de huesos de guanaco que había encontrado en el curso de su ascensión del río Santa Cruz, y que parecía haberlo intrigado; pero no hay que ir lejos para encontrar la causa de ese hacinamiento. Durante los inviernos muy rigurosos, que se presentan, creo, una vez cada tres años, esos animales, al no encontrar pasto en las tierras altas, cubiertas de nieve entonces, bajan necesariamente á los llanos que bordean el río, donde se mueren de hambre. También reina entre ellos una enfermedad algo parecida á la sarna de las ovejas. Una vez una partida de cazadores mató diez guanacos, y todos resultaron sarnosos, y por consiguiente, inservibles para la alimentación. Mr. Clarke me dijo que, después de un invierno riguroso, encontró avestruces muertos á montones debajo de los matorrales, y también guanacos. La dificultad de hacer pasar á los caballos la corriente rápida y profunda, con sus orillas cargadas de hielo, nos impidió realizar frecuentes excursiones al lado norte del río. Una llanura nivelada se extiende desde las orillas como hasta una milla de distancia, limitada por una cadena de colinas irregulares; cerca del pie de éstas recogí muchas muestras de una concha de figura de espiral, de *Turritela* tal vez, que parecía haberse vitrificado; y algunas eran translúcidas como vidrio, y de diferentes colores. Más allá de esas colinas se extiende una serie de llanos desiguales quebrados por serranías y collados; la inclinación general del terreno parece ser de oeste á este, y las colinas del lado oeste asumen á menudo la forma de abruptos y altos acantilados. Junto á una laguna, al pie de una escarpa de cien pies de

altura, encontré peñascos incrustados de sulfato de hierro, como los que me habían mostrado en las Falkland, y en varios sitios había numerosas conchas de ostras y otros mariscos. No hay arroyos, pero sí muchas lagunas en las hondonadas, rodeadas por una vegetación lujuriosa de matorrales de incienso. En los llanos y quebrados abunda el cardo redondo, califate, y un curioso arbusto llamado «cola de rata» por el aspecto de sus ramitas cuando se les arranca la corteza. Al quemarlo despiden un humo resinoso, negro y denso. Hacia el norte, el horizonte está limitado por una alta cadena de colinas que forma la barrera del valle del río Chico, como á sesenta millas de distancia. En estas colinas del norte hay pumas en abundancia; algunos de los que matamos en nuestras cacerías eran de tamaño extraordinario, pues medían seis pies cabales sin contar la cola, que, por lo general, tiene la mitad del largo del cuerpo. Naturalmente, estos animales son más numerosos donde abundan las manadas de guanaco y los avestruces; en la región sur de la Patagonia tienen un color gris obscuro más acentuado que el de la especie que se encuentra en las provincias argentinas. Estos *leones*, como se les llama universalmente en la América del Sud, me han parecido siempre los más gatunos de todos los felinos. Son muy tímidos; huyen invariablemente de un jinete, y, de día al menos, de un hombre á pie. Salvan con gran velocidad una corta distancia con una serie de largos saltos, pero pronto se cansan y se acurrucan detrás ó en medio de un matorral; y, sentándose entonces sobre sus ancas, escupen exactamente como un gato monstruoso. Á veces tratan de arañar con sus formidables garras, pero es raro que se abalancen sobre su perseguidor. En una ocasión Mr. Clarke volvió con su poncho desgarrado por un puma. Otra vez, estando de caza en las cercanías de Santa Cruz, ví de lejos á González hachando con el cuchillo un gran matorral de incienso, y al llegar al sitio lo encontré ocupado en cortar ramas para poder golpear en la cabeza, con las bolas, á un enorme puma. Había echado pie á tierra, acompañado por sus perros que ladraban al animal. Es indudable que, si no hubiera sido un degenerado, el puma habría podido saltar y matar ó herir gravemente al gaucho. Los indios aseguran que el puma ataca á un hombre solo y á pie, y la verdad es que después llegó á mi conocimiento un caso de esos; pero, cuando una persona se pierde ó la sorprende la noche, lo único que tiene que hacer es encender fuego, al que esos animales nunca se acercan. Son más feroces en los primeros tiempos de la primavera ó estación de cría, cuando, según he podido verlo, se les encuentra vagando por los campos agitadamente; entonces son también más delgados que en otra época, pero, como el caballo salvaje, están por lo general bastante gordos en cualquier período del año. Las hembras que ví iban acompañadas á veces por dos cachorros, pero no más. La carne de puma se parece á la de puerco, y es buena para

comer, aunque es mejor cocerla que asarla; pero más de un indio conocido mío no quería ni tocarla. La piel es útil para mandiles ó para hacer mantas con ella; y, á causa de su naturaleza grasienta, se la puede ablandar con menos trabajo que á la de guanaco. En Santa Cruz, uno de los hombres tenía un par de pantalones hechos de piel de león, que usados con el pelo para afuera eran impermeables. Del corvejón y de la parte inferior de las patas traseras pueden hacerse botas iguales á las que se fabrican con cuero de caballo y que usan corrientemente los indios y también los gauchos del Plata. Pero sólo se hacen cuando el puma es de gran tamaño, porque se gastan muy rápidamente. Matar á un puma con un fusil es una cuestión más bien difícil; porque, á menos que la bala le atraviere el cráneo ó lo hiera en la región del corazón, ese animal tiene tantas vidas como su pariente el gato. Una vez le metí á uno tres balas de revólver, y al fin tuve que recurrir á las bolas como arma más eficaz. Cuando se les hiere se hacen muy feroces, pero en todo momento son malos parroquianos para los perros, á quienes magullan de una manera horrible. Á los perros indios se les adiestra para que los ladren de lejos, manteniéndose fuera del alcance de sus zarpas; sin embargo, no es raro que el puma mate á alguno. La manera más sencilla tal vez de tomar el puma es enlazarlo, porque, en cuanto siente el nudo corredizo, se echa como muerto y entonces se le despacha fácilmente. Me llamaron particularmente la atención, como á todos los cazadores, sus ojos grandes y oscuros y de muy lindo brillo, pero dotados de una mirada feroz que no excita el menor sentimiento de compasión. Nunca olvidaré la expresión de los ojos de un puma, muy bien descripta por la observación que hizo uno de los indios al refrenar su caballo por temor de un salto: « ¡ Miren qué ojos de diablo ! »

Una expedición que hicimos á la costa norte fué recordada y comentada por largo tiempo junto al fuego; y en verdad fácilmente habría podido tener una conclusión muy desastrosa.

Como á fines de julio propuse á Mr. Clarke que partiéramos á pie para investigar con más detenimiento la capa de conchas fósiles que, como he dicho, estaba en las colinas como á una milla de la margen norte del río. En consecuencia, una mañana nos preparamos á cruzar la corriente; el resto de los hombres, al saber nuestras intenciones, se ofreció para acompañarnos, junto con el Zurdo, y para organizar, después de la visita á las colinas, un círculo de caza á pie. Partimos como al salir el sol y cruzamos el río pasando al lado norte, donde amarramos el bote arriba del nivel de las aguas altas; luego nos dirigimos todos hacia las colinas, examinamos las capas de conchas fósiles y recogimos muchas muestras lindas. Se organizó luego la caza, asignándose á cada cual un número de perros, y estableciendo que el círculo se cerraría en un punto de la orilla del río situado como á tres ó cuatro millas al oeste de la colonia. El

terreno era muy favorable para nuestras operaciones, porque las hondanadas ó valles un poco profundos nos ocultaban á la vista de la caza. Al entrar en el llano por diferentes puntos vimos varios guanacos y algunos avestruces; y los que estaban más cerca de ellos soltaron los perros, siguiéndolos á pie á todo correr. Mr. Clarke, Isidoro, el Zurdo y yo estábamos en el centro y matamos dos guanacos y un avestruz. Antonio, que era ojeador, desapareció hacia el oeste con *El Cuque*, siguiendo á sus perros en plena caza de una manada de guanacos. Nuestro grupo encendió una fogata; comimos el avestruz, y enviamos la carne que juzgamos conveniente llevarnos á donde estaba el bote, tomando por la orilla del río, sembrada en muchos sitios de cornalinas de cuarzo y ágata, y una que otra vez de conchas fosilizadas. Al llegar al bote lo echamos al agua; y, como entretanto el viento se había convertido en un fuerte vendabal y la marea bajaba rápidamente, esperamos con ansiedad el regreso de los dos morosos; porque la navegación del río no es en ninguna época muy fácil, y cuando las aguas están bajas resulta casi impracticable, hasta de día. Al fin, después de obscurecer, cuando las ráfagas de viento fríisimo se habían hecho muy violentas, vimos fuegos á la distancia, y como media hora después aparecieron los perdidos, cada cual con una carga de carne al hombro. Llegaron muy extenuados, por lo que les dimos un descanso; luego, con perros y todo nos metimos en el bote y lo empujamos, con Mr. Clarke en el timón. Todo fué bien hasta que, á las pocas yardas, dimos contra un banco; después de hacer esfuerzos infructuosos para sacar de allí al bote, todos bajamos y lo pasamos sin tropiezo por arriba del banco hasta que el agua nos llegó casi á los hombros; entonces volvimos á meternos en él y seguimos andando. Á causa de la violencia del viento y de la fuerza de la corriente, sólo conseguimos atracar á tres cuartos de milla de la casa; allí amarramos el bote y echamos á correr á todo lo que daban las fuerzas para quitarnos las ropas heladas y tomar un trago de café caliente. Todos convinimos en que, en otra expedición, sería prudente acampar en la costa norte hasta el día siguiente, ó regresar lo bastante temprano para poder cruzar el río mientras se vieran todavía las orillas. Pero la conclusión general fué que no debíamos volver allá.

En julio, el tiempo era intensamente frío; la indicación más baja del termómetro, al que se examinaba debidamente todas las mañanas, fué ocho grados. Lavar nuestras ropas se hacía imposible, porque durante la operación el agua se congelaba y las piezas se ponían duras como tablas. Si, al cruzar el vado, las botas de potro del jinete llegaban á llenarse de agua, como no era raro que sucediera, en pocos minutos no sólo se cubrían de una capa congelada sino que en su interior parecían un balde de hielo. El efecto del hielo del río amontonado en las orillas por las mareas era muy notable. Enormes carámbanos se habían acumulado

á la altura de quince pies y más, y aparte de dificultar el paso, habían sepultado bajo una pequeña montaña de hielo la pila de leña formada con el mayor cuidado. Esto pasaba en el valle relativamente abrigado. En las pampas, donde soplabá el terrible viento sur, parecía imposible afrontar este viento y vivir. Una tentativa que se hizo dió casi por resultado que asaltara á González el sueño precursor de la muerte, y ninguno de los caballos de la partida podía avanzar absolutamente. La nieve tenía una altura de diez y ocho pulgadas, y nos habíamos jactado de que el guanaco y el avestruz serían entonces una presa fácil. Ellos no podían correr, es cierto; pero nosotros no podíamos perseguirlos, y gracias si conseguimos desandar nuestro camino, lenta y penosamente, dejando atrás las desoladas pampas barridas por la tormenta.

Los indios del río Chico nos visitaban de vez en cuando, y la objeción de Orkeke á mi compañía fué cediendo poco á poco. Probablemente el hombre había pensado que un señor inglés exigiría una considerable suma de atenciones, ocasionando constantes molestias; pero durante nuestro trato vió que el extranjero podía cuidar por sí solo á su caballo, como lo hacía, y bastarse en general á sí mismo, así como tomar parte en cualquier cosa que se hiciera, hasta dormir al raso sin más abrigo que la amplia manta de guanaco. Cumpliendo su promesa, Casimiro visitó también el campamento, y arguyó en mi favor, consiguiendo al fin del jefe un permiso un poco forzado para que me agregara á su partida. Como á fines de julio algunos de sus indios habían ido á la colonia á hacernos saber que la escasez de caza en las inmediaciones del campamento los habían obligado á trasladar sus cuarteles á un lugar situado más arriba, siempre sobre el río Chico. Preguntaron ansiosamente si había llegado la goleta; con no menor ansiedad la esperábamos nosotros, pero pasaban los días y la tan deseada embarcación no aparecía.

El 24 de julio todo el mundo había salido á cazar, menos Juan Chileno, que era el cocinero de la semana, y yo, obligado á quedarme quieto por una herida que había recibido en el pie. Estaba ocupado en leer un libro: Charles Dashwood, por la vigésima vez quizá, cuando entró Juan á decir que la partida de caza estaba de regreso. Como eran sólo las diez, lo primero que pensé fué que había llegado la goleta con don Luis. Pero disipó esta esperanza Juan, que había salido á reconocer, entrando precipitadamente con la noticia de que á la orilla sur habían llegado diez chilenos con veintiún caballos. Poco después entró Mr. Clarke mismo y corroboró la nueva. Esos hombres resultaban ser desertores, que se habían escapado de noche de Punta Arenas, llevándose casi todos los caballos del corral. Habían salido de allá el 2 de julio á las dos de la mañana. Cuatro de ellos eran los mismos que habían sido prendidos de nuevo en Santa Cruz; se les había tenido con grillos y bien encerrados de noche, pero, haciendo un supremo esfuerzo, habían roto sus cadenas,

y, en unión con los demás, que lo habían arreglado todo fuera del cuartel, habían realizado su fuga. Los sufrimientos que esos hombres debieron padecer durante su travesía de veintidós días por las pampas, expuestos sin abrigo á los terribles vientos, y á veces con la nieve hasta la cincha de sus caballos, deben haber sido algo terribles, y muchos de ellos estaban entumidos. No se podía pensar en que los recibiéramos, porque nuestras provisiones eran muy escasas; y nos felicitamos de veras de que nuestros caballos estuvieran encerrados en el corral. Estuvimos observando ansiosamente los movimientos de los recién llegados; durante la tarde, la partida consiguió cruzar el río y pasar al lado norte, haciendo nadar á sus caballos; y desapareció entonces en dirección del río Chico.

En esa época, ni la bondadosa compañía de Mr. Clarke podía reconciliarme con la tediosa monotonía de nuestra vida. Por otra parte, la caza iba haciéndose cada vez más escasa, y la probabilidad de la llegada de la goleta parecía tan indefinida que, á principios de agosto, empecé á pensar que sería mejor y más entretenido emigrar al campamento indio, donde, en todo caso, podía conseguirse carne en abundancia. Por lo tanto, cuando los indios volvieron á hacernos una visita, el 7 de agosto, compré un caballo, mejor dicho, cambié un revólver por uno de tres años, recién domado, y partí en compañía de Orkeke, Campan, Cayuke y Tanke-low, cuatro indios, todos los cuales eran ya relaciones mías. Nos seguían Casimiro y su familia, con uno de los caballos de Santa Cruz para facilitar el transporte de sus efectos. Ese caballo era el que acostumbraba montar yo en Santa Cruz, y al llegar al campamento indio me lo prestaron como caballo de repuesto. Poco después de haber pasado las primeras colinas del lado norte, como nuestra partida no estaba cargada de mujeres y criaturas, tomó un galope corto, que sostuvimos hasta que de pronto saltó de un matorral un puma, al que se trató de dar caza inmediatamente. Pero el animal se metió en una densa maraña de inciensos, de la que en vano tratamos de desalojarlo; y, aunque lo apedreamos, se dejó estar allí escupiendo como un gatazo. Cayuke deseaba incendiar el matorral, pero Orkeke no quería perder más tiempo; de modo que volvimos á montar y proseguimos el viaje. Continuamos cabalgando por sobre los llanos y las crestas hasta las cuatro de la tarde, hora en que llegamos á una gran laguna junto á la cual crecían un poco de hierba dura y alta y unos cuantos arbustos; de allí salieron varios avestruces, y Orkeke mató á uno. Al llegar á la cadena de colinas, descripta anteriormente como barrera meridional del valle del río Chico, hicimos alto y en seguida cocinamos el avestruz en un buen fuego. Miramos hacia atrás buscando á Casimiro, pero no pudimos verlo; y después de la cena y de fumar una pipa reanudamos la marcha á la suave luz de la luna en creciente. Anduvimos hasta las nueve de la noche, á cuya hora llegamos al

campamento indio. Poco antes nos había intrigado ver fogatas ardiendo á gran distancia por el valle arriba, y entonces supimos que nuestro jefe, Camilo, se había marchado ya en esa dirección. Una de las primeras personas que se me acercó fué Arica, y en breve descubrí que todos los chilenos estaban instalados con los indios en diferentes toldos, lo que fué más bien una sorpresa desagradable. Se me hizo entrar en el toldo de Orkeke con la debida ceremonia, y nos sentamos junto al fuego. Yo había llevado conmigo un saco de café; de modo que nos pusimos á la obra de tostar un poco, después de lo cual se dió á uno de los chilenos la tarea de molerlo entre dos piedras, y todos tomamos lo que los indios llaman no impropriamente «agua de tarro». Muchos indios se agolparon allí para echarnos una ojeada, y entre los que ví había una muchacha muy bonita como de trece años, sobrina de Orkeke, que, cuando le ofrecí un poco de café, lo tomó de una manera recelosa y avergonzada que era delicioso contemplar. Á su tiempo, todos nos retiramos á descansar, y un poco antes de la madrugada me despertó el melodioso canto de un indio, en el toldo contiguo. En seguida salió Orkeke y arengó á los ocupantes de los demás toldos; inmediatamente se trajeron caballos y la mayor parte de los hombres partieron para la caza. Había nevado durante la noche, soplabá entonces un viento frío penetrante, y Orkeke me dijo que eran muy poco los animales que había. Tomé esto como una insinuación para que no pidiera caballo, y me contenté con andar vagando por el campamento y viendo las cosas. Algunos de los hombres jugaban á las cartas, uno que otro dormía, y las mujeres estaban casi todas ocupadas en coser mantas de gnanaco.

Como á las tres de la tarde llegó Casimiro con su familia y se dirigió á la tienda de un indio meridional, llamado Crime. Poco después empezaron á regresar, de á dos y de á tres, los de la partida de caza; pero la expedición no había tenido muy buen éxito. Pasamos la tarde bastante agradablemente, haciendo relación unos con otros, y Keoken, la muchacha, me enseñó los nombres indios de los diferentes objetos del lugar. Á la mañana siguiente se dió de pronto la orden de marchar. Como esto era totalmente inesperado, me tomó desprevenido y resolví volver en seguida á Santa Cruz para recoger mis ropas y otros objetos pequeños, y también para llevar un potro que había prometido á Mr. Clarke un indio llamado Chang. Vencida cierta dificultad, porque los indios no querían dejarme ir solo por temor de que me perdiera, ó de que me sucediera alguna otra desventura, Gabriel, el hijo menor de Casimiro, partió conmigo. Teníamos que llevar al potro á remolque, como diría un marinero, es decir, arrastrándolo hasta cierta distancia con un lazo. Como el caballo de Gabriel era espantadizo, esa tarea me tocó en suerte. Poco después de haber salido, la lluvia, agua y nieve mejor dicho, empezó á caer, y como la resistencia del animal en el extremo del

lazo reclamaba toda mi atención, no podía conseguir que la manta se mantuviera ajustada sobre mis hombros; entonces, al ver que me había empapado, y que había perdido uno de mis cuchillos, maldecí á Chang, al potro y á todo, libremente. Pero un poco más tarde, cuando estuvimos muy lejos ya de la vista de los indios, abandoné el cable de remolque y echamos por delante á nuestra *bête noire*. Íbamos por un camino diferente del que habíamos seguido en el viaje anterior, guiados en parte por mi brújula de bolsillo. Como al caer el día, engañado por el aspecto de una colina, me alegré de que nos encontráramos ya cerca de Santa Cruz. Pero ¡ay! faltaban millas todavía, y entramos en nuevas dificultades con nuestra carga, que, cansada ya, se resistía decididamente á bajar la colina; hubo que tomarla en remolque otra vez y arrastrarla, y deben haber sido las 9 ó las 10 cuando llegamos á las orillas del río. Allí, después de desensillar los caballos, intentamos en vano encender fuego; todo, nosotros inclusive, estaba tan saturado de nieve y tan húmedo que nuestras tentativas fueron infructuosas. Completamente cansados entonces, y sin fuego ni cena, nos echamos dentro de un matorral; y, metidos debajo de nuestras mantas, pronto estuvimos en el mundo de los sueños.

Á la mañana siguiente, Gabriel procedió, una vez en su vida al menos, como un muchacho cumplidor; porque salió en busca de los caballos. Entretanto llegó el bote; y, como yo estaba ansiando apresurar las cosas, después de salvar un trecho de algunas yardas, chapaleando descalzo el afilado hielo, gané el bote, que había atracado á alguna distancia de la costa, y pasé á la isla, donde no me contrarió encontrar algo que comer y fuego para calentar mis helados miembros. Empaqueté mis pocos efectos, aprontándome para partir en seguida; pero, cuando subió la marea, se levantó un viento fuerte, y con gran dificultad pude traer el bote á Gabriel y al potro. Me esperaba también la grata noticia de que mi caballo no aparecía, y de que Gabriel y *El Cuque* habían visto en la orilla del río un gran puma, que probablemente había estado velando la noche anterior muy cerca de nosotros, mientras dormíamos. Á causa del vendabal fué imposible cruzar esa tarde, de modo que resolvimos quedarnos y pasar la noche en la isla.

Al día siguiente, como no apareciera mi caballo, Mr. Clarke me prestó uno, mandando á Isidoro para que lo trajese otra vez á la isla en caso de que tuviera que servirme de él si no se encontraba al perdido. Como á las 4 de la tarde me despedí de mi amigo, cuya bondad durante mi estancia allí había hecho de él un amigo de veras. Y, después de dar un apretón de manos á los demás hombres, todos los cuales me desearon cordialmente buena suerte, partimos. Buscamos en vano al caballo perdido, y echamos á andar hasta eso de las 10 de la noche, hora en que hicimos alto y vivaqueamos junto á una laguna. Á la mañana siguiente

temprano llegamos al río Chico, al que cruzamos por el hielo, y como á las 2 de la tarde entramos en los toldos. Los hombres habían salido á cazar y se veía el humo de sus fogatas, que subía de los altos llanos hacia el norte. Como no habíamos probado nada desde nuestra cena de la noche anterior, constituida por un pequeño zorrino, que, aunque muy sabroso, fué desgraciadamente muy poco, teníamos necesidad urgente de comer algo, y Arica se apresuró á preparar un poco de carne de guanaco en el asador.

Cuando llegaron los cazadores, Orkeke pregunto áasperamente á Isidoro á qué había venido; y, como era natural, pareció todo lo contrario de satisfecho cuando le informaron de la pérdida de su caballo. En general, el talante del viejo jefe no parecía muy favorable; pero, sin darme por entendido, me acomodé en el toldo y planté en él mis cuarteles, como uno de la familia.

CAPÍTULO III

EL RÍO CHICO

Se levanta el campamento. — Un día ocioso. — Partida precipitada. — Un dilema. — Solo en la pampa. — Reunión. — El kau ó toldo. — El interior doméstico. — Las tribus indias. — Tres razas. — Orden de la marcha. — La caza. — Ley india para la caza. — Cocina tehuelche. — Colinas basálticas. — Una fiesta india. — Mi primer baile tehuelche. — Accidente de la señora Orkeke. — Vado del río Chico. — Un combate. — Muerte de Cuastro. — Tiempos peligrosos. — Conspiración chilena. — Llano y paso obsidianos. — Los primeros huevos de avestruz. — Amakaken. — Alzando el peñasco. — El país del Diablo. — La colina de Dios. — Cóndores y comida. — Salida de sol en la cordillera. — El heraldo de la plaga. — Gelgel Aik. — Regate al matrimonio. — Tele. — Los ojos del desierto. — Preparativos para la guerra. — Otra pelea. — Tigres del agua. — Indios bravos. — Minas de hierro. — Roca del Buque. — Pesca de percas. — Appleykaik. — Escape de Casimiro. — Llegada á Henno.

La mañana del día siguiente al de nuestra llegada al campamento indio fué señalada para la dispersión general de la partida. Camilo y algunos otros habían salido ya, y llevaban varias marchas de ventaja; Orkeke é Isidoro fueron á Santa Cruz en busca del caballo perdido y con algunos pequeños encargos míos. Finalmente, Casimiro y todos los demás levantaron su campamento y partieron, con la intención de alcanzar á Camilo. Antes de irse, Casimiro vino á verme; y, afectando tener gran interés en mi bienestar, me instó confidencialmente á que lo acompañara y me alojara en su toldo, en el toldo de Crime, mejor dicho, agregando que le habían dicho que Orkeke no se proponía en realidad marchar hacia el norte, sino que quería conservarme en su toldo hasta que de alguna manera pudiera apoderarse de mis armas y municiones. Como no veía razones para dar crédito á esta historia, me negué á aceptar la proposición de Casimiro; y éste, después de haberse consolado pidiéndome un poco de café, se marchó, y el campamento quedó reducido al toldo de que iba á ser yo inquilino, y á otro, perteneciente á los únicos indios que permanecían allí, Tankelow, hermano de Orkeke, y su hijo, un mozo como de diez y ocho años. Aparte de éstos había tres de los

desertores chilenos que, como se ha dicho, se habían fugado de Punta Arenas; uno estaba agregado á la familia de Tankelow, y los otros dos á la de Orkeke. Uno de ellos era Arica, ya citado, que, muy diestro en trabajos de cuero, se ocupaba en adornar monturas y riendas para los indios, por lo que había adquirido un caudal de prendas bastante bueno. Pero la condición en que estaban los tres no era envidiable. Al principio se habían humillado ofreciéndose para el rudo trabajo de traer leña y agua, y entonces eran poco menos que esclavos, obligados como estaban á prestar los bajos servicios que correspondía á las mujeres. Estas buenas personas, capitaneadas por la señora de Orkeke, mujer joven, de casi seis pies de estatura y que ostentaba entre los hombros un ancho proporcionado, se ocupaban en cortar y coser mantas de guanaco, en tejer vinchas y en charlar. Tankelow y su hijo salieron á cazar en seguida; pero, como no me ofrecieron caballo y como me pareció más razonable dar á mi único corcel buen descanso y alimento, sólo pude acompañarlos hasta el río, cuya superficie helada cruzaron, desapareciendo por un cañón que llevaba á través de la barranca, en el extremo norte del valle, hasta la pampa superior. Después de haberlos seguido pesarosamente con la vista, exploré el valle del río Chico. Detrás de mí, al sudeste, el río serpenteaba á través de llanos cubiertos de hierba dura marchita, de unas diez y ocho pulgadas de altura, que se extendían varias millas á cada lado hasta terminar en la barranca ascendente. Aquí y allí, en algunas partes del terreno más alto, había parches de nieve que acentuaban la tristeza del panorama. Como dos leguas más abajo, el río se dividía en dos brazos, que volvían á juntarse al otro lado de una isla un poca extensa. Mirando río arriba en dirección al noroeste, el valle se estrechaba muy cerca de allí: la falda de la barranca del sur llegaba hasta un par de millas de nuestro campamento; y cerraban el paisaje dos notables colinas con aspecto de fortalezas, que parecían plantadas de guardia á uno y otro lado. Hice un leve bosquejo de las principales líneas de ese panorama, que es el que forma el fondo del grabado en que se presenta ¹ la escena de la cacería. De vuelta al toldo, me saludaron las mujeres con el pedido de costumbre: «*Mon aniwce, — anglice*», ó sea: «Préstenos la pipa»; ésta fué debidamente cargada y se la hizo circular. Nos sentamos entonces para observar los juegos de Keoken, la linda hijita de Tankelow, que empezaba ya á hacerse mujer, y de un muchachito al que puse el apodo de *Capitán John*, entretenidos ambos en apresar y montar algunos de los caballos, más mansos que los otros. Pronto se cansaron de sus hazañas ecuestres; y, movidos por el espíritu de maldad que parece dominar siempre á los chicos, especialmente á los chicos

¹ Frontispicio.

indios, vinieron á pedirme un fósforo. Sin sospechar su propósito, les di la codiciada presa, con la que se alejaron apresuradamente, entusiasmados; y al cabo de muy pocos momentos habían pegado fuego al ralo y marchito herbaje, á alguna distancia del toldo, pero del lado del viento. Al principio no advertimos el incendio; pero al obscurecer, cuando volvió Tankelow de la caza con una provisión de carne, la conflagración era visiblemente peligrosa. Por lo que todos tuvieron que poner manos á la obra; y, á fuerza de arrancar el pasto, con gran trabajo contuvimos los progresos del fuego, que, ayudado á la noche por la brisa, muy probablemente habría consumido el toldo y puesto en peligro á sus ocupantes. De los culpables no se cuidó nadie; al parecer se consideraba lo ocurrido como uno de tantos incidentes de la vida diaria. Después de nuestra cena de carne de guanaco y de fumar una pipa, me retiré y dormí profundamente en mi cama tehuelche, de cueros y cojines, que había sido cuidadosamente preparada por la alta dueña de casa.

El día siguiente lo pasé haciendo un lavado completo de mis ropas y cultivando una relación más íntima con el chileno Arica, de quien con seguí un perro en cambio de una vieja manta de guanaco. Pero como al tercer día no hubiera señales del regreso de Orkeke, la inacción se me hizo insoportable; de modo que, cuando Tankelow y su hijo salieron á hacer una excursión de caza, Arica y yo resolvimos marcharnos en seguimiento de Casimiro y su partida. Como Arica no tenía caballo, iba á ser necesario que nos turnáramos en la montura, esto es, que cada cual cabalgara un trecho, atara luego el caballo para el otro y siguiera á pie; pero, aun así, podríamos hacer un viaje rápido. Por consiguiente, salimos á las 2 de la tarde, con gran sorpresa de las damas, que insistían en que con seguridad íbamos á perdernos en el camino ó á ser muertos por las pumas. Una vieja, hermana de Orkeke, después de haber tratado en vano de disuadirnos, me regaló una tajada de charqui, lo que, junto con unos cuantos puñados de café, formó nuestro caudal de provisiones. Ese día no fuimos muy lejos; pero en la marcha siguiente, como el rastro de los indios era claro, habíamos recorrido treinta millas cuando hicimos alto al caer la tarde, en un sitio donde otro valle del norte se unía con el del río Chico. Nuestro charqui había alcanzado apenas para una comida vespertina; de modo que tuvimos que satisfacer nuestro apetito con la provisión de raíces tuberosas de una planta que crece en gran cantidad en casi toda la Patagonia.

Esta planta, que en su desarrollo se parece mucho al *balsambog* de las islas Falkland, con el que podría confundirse fácilmente si no fuera por la falta de goma, imputable quizá á la calidad de la tierra ó á la época del año, se caracteriza por sus hojillas verdes y tiene el aspecto de un pequeño montículo de tierra coronado de finísimo musgo. Cavando en el montón se encuentra una raíz tuberosa grande y varias chicas, que asa-

das al rescoldo resultan bastante sabrosas para el que tiene hambre.

Nos echamos á dormir al raso, envueltos en nuestras mantas de guanaco, pero al despertar vimos que una fuerte nevada lo había enterrado todo á un pie de profundidad, ocultando totalmente el rastro de los indios. Ante el dilema que se nos presentaba, porque no sabíamos absolutamente por cuál de los dos valles debíamos seguir, y sintiendo un frío extremo, buscamos por lo pronto un sitio abrigado. Nos lo suministró un pequeño barranco ú hoyo en el costado de la barranca, completamente cubierto de matorrales de incienso. Trasladándonos allí, encendimos prontamente una buena fogata, y celebramos consejo mientras calentábamos nuestros miembros entumecidos. Se resolvió que yo montaría y saldría á cazar para conseguir carne, y que después, y si el tiempo mejoraba, podríamos seguir andando. Arica quedó al cuidado del fuego, y le recomendé empeñosamente que lo mantuviera activo, haciendo el mayor humo posible, como una señal para los indios. Después de bastantes dificultades, enfrené á mi caballo — que, un redomón apenas, tenía la traviesa costumbre de encabritarse y manotear, — poniéndole la correa de cuero que forma el bocado indio. Empecé á escalar luego la barranca que borda el valle del río, y pronto llegué á las desoladas ondulaciones de la Pampa superior. Como una precaución necesaria para no perder el camino, tuve el cuidado de tomar dos ó tres posiciones de colinas prominentes, visibles en los confines septentrionales del valle; porque el erial melancólico y monótono de la Pampa, sembrado de peñascos y cascajos, alternados con mechones de pastos, no ofrece huella ó mojón alguno que guíe al viajero. No pasó mucho tiempo sin que viera dos ó tres manadas de guanacos; pero el perro, que probablemente la noche anterior había estado merodeando por su cuenta, y había encontrado alguna res medio comida, no quería correr, y un galope de unas doce millas resultó infructuoso. Estaba por renunciar ya, desesperado, cuando divisé una manada en un hoyo, á la que pude acercarme sin ser sentido. Como nuestra probabilidad de conseguir alimento para el día dependía del buen éxito, me aproximé con cautela y cargué luego; y con gran alegría ví que había conseguido enredar á uno con las bolas. Pronto quedó despachado el animal y, mientras estaba cortando una provisión de carne, noté con repentina sorpresa que llegaba un indio al galope. El jinete resultó ser Tankelow, que andaba en busca mía. Traía la noticia de que Orkeke había vuelto con el caballo perdido, y agregó que la partida marchaba ya con la mayor rapidez posible para alcanzar á Casimiro. Él se había destacado, en parte para cazar y en parte para buscarme. Respondiendo á mis preguntas sobre Arica, me aseguró que el chileno estaba perfectamente; y como al parecer no había por qué no dar crédito á esa afirmación, volvimos rápidamente adonde estaba la partida y nos reunimos á ella durante la marcha. Fui recibido con car-

cajadas por las damas, pero como no viera á Arica en ninguna parte, manifesté mi resolución de volverme para buscarlo. Pero no me permitieron eso y despacharon á un indio montado, para que fuera á traerlo, con otro caballo y con un buen pedazo de carne que repusiera rezagado. Luego seguimos andando á paso vivo, y al caer el día llegamos al campamento. Al principio, Orkeke pareció un poco resentido porque me hubiera marchado solo, como si eso demostrara más falta de confianza en él, pero su alegría por haber recuperado el caballo lo ayudó á recobrar el buen humor. Mr. Clarke me había enviado por medio de él un poco de pólvora, que, según me dijo, había perdido, y algunos artículos, como ropas y tabaco; y regalándole todo esto dispé por completo todo rastro de mala impresión.

Los diversos destacamentos estaban todos reunidos entonces, y la partida representaba en total, aparte de los chilenos y de mis diez y ocho tehuelches ó patagones fornidos, con un número proporcionado de mujeres y criaturas. Los más importantes entre los indios eran Orkeke, el cacique ejecutivo, y su hermano Tankelow, que poseía el número de caballos más considerable; Casimiro, cuyo gobierno era todavía una posibilidad, Camilo, Crime, Cuastro, Cayuke, etc. Hay que citar el nombre de uno más: Waki, un perfecto hércules por sus formas, sujeto enteramente bondadoso, con quien nos hicimos grandes amigos. De todos estos hombres que estaban en el campamento de río Chico el 15 de agosto, sólo ocho sobrevivían al llegar al río Negro en mayo del año siguiente, los demás habían muerto ó habían sido muertos, en una ocasión ó en otra. Las disensiones secretas que antes de mucho iban á poner en peligro la seguridad de todos nosotros estaban ocultas todavía, y todos parecían ser buenos amigos. En su totalidad se alojaban en cinco toldos, nombre español con que se conoce el kau, ó tienda india, muy parecida á la de nuestros gitanos. Los toldos habían sido plantados en un hoyo abrigado, con el frente hacia el este para evitar la ruda violencia de los vientos occidentales predominantes.

Fitz-Roy ha hecho una excelente descripción del toldo, pero no estará de más un breve bosquejo de él para los lectores que no lo conozcan. Se entierra en el suelo, en posición ligeramente inclinada, una fila de postes ahorquillados, de unos tres pies de altura, y se coloca sobre ellos un palo como caballete; frente á estos postes, á la distancia de unos siete pies, se planta otra fila, de seis pies de altura, también con su caballete, y á la misma distancia de los últimos, otra fila más, de ocho pies de altura, todos un poco inclinados, pero no con el mismo ángulo. Se estira sobre ellos, desde la parte trasera, una cubierta hecha con cuarenta ó cincuenta pieles de guanaco adulto, untada con una mezcla de grasa y ocreo rojo, y la gran tensión de la pesada capota endereza los postes; se la asegura entonces con correas á los palos delanteros, y se atan corti-

nas de cuero entre los postes interiores para separar los dormitorios, y el bagaje amontonado junto á los costados de la tienda cierra el paso á las ráfagas frías que entran por debajo de la cubierta. Se enciende el fuego en la parte delantera, ó « boca de la tienda ». Cuando el tiempo es muy malo, ó cuando se acampa para pasar el invierno, se ata á los postes delanteros otra cubierta y se la asegura abajo en otra fila de postes cortos, con lo que todo se hace cómodo y abrigado. Los parientes ó amigos se arreglan comunmente para juntar sus toldos; en esos casos, en vez de hacer que la cubierta baje hasta el suelo, por el costado, se la extiende sobre el toldo contiguo, y así el techo de una tienda cobija dos ó tres hogares distintos.

Los enseres de los toldos consisten en uno ó dos cojines y uno ó dos cueros de caballo para cada dormitorio; uno de estos últimos sirve de cortina y el otro de cama. Los cojines se hacen de ponchos, ó lechus, viejos, llamados también mandiles, mantas tejidas conseguidas de los araucanos, á quienes esa fabricación ha hecho célebres y se les rellena con lana de guanaco, cosiéndolos luego con tendones de avestruz ó de guanaco. Estos cojines sirven de almohada ó de asiento, y en la marcha contribuyen á formar las monturas de las mujeres. Aparte de eso, todas las mujeres poseen mandiles para sus camas. Los hombres usan á veces las bajas cuando se sientan en el suelo húmedo; pero, por regla general, todos los ocupantes del toldo se acucillan sobre la alfombra de la naturaleza, que tiene la ventaja de poderse limpiar, porque los tehuelches son muy escrupulosos en cuanto al aseo del interior de sus viviendas, y las mujeres cortan y echan fuera en seguida todo pedazo de césped que llegue á ensuciarse.

Los utensilios de cocina son sencillos, y consisten en un asador para preparar la carne, y una olla de hierro para los cocidos, y también para extraer la grasa y el tuétano de avestruz, ingrediente que se usa tanto en la cocina como en el tocador, porque se le mezcla con la pintura con que los indios de uno y otro sexo se adornan la cara. Á esto se agrega á veces fuentes de madera y corazas de armadillo, en las que se sirve el caldo. La tarea de plantar y arreglar los toldos en las paradas y de levantarlos para la marcha, así como de cargar en los caballos los palos, cubiertas y enseres, pesa enteramente sobre las mujeres, que despliegan gran fuerza y destreza en esos trabajos.

Junto á los toldos había un gran número de perros de todo tamaño y cría, y la señora de Orkeke disfrutaba de la posesión de dos gallinas traídas de la colonia. La principal riqueza de los indios, los caballos, completaban la tumultuosa animación de la escena. Había no menos de 150 de estos animales, pertenecientes á los diversos miembros de la partida; Orkeke y Tankelow poseían unos cuarenta, aparte de yeguas y de potros retozones de toda edad, que, como andaban de un lado á otro, no

se podían contar. El lector puede imaginar el cuadro que ofrecía la marcha y el campamento de una partida semejante, y el cuidado con que se elegirían los indios su ruta á fin de poder contar siempre con caza para ellos y pasto para sus animales. De los perros y caballos que usaban los tehuelches se hará después una descripción más completa.

Pero, para que el lector se forme una idea clara de las relaciones existentes entre las tribus que se mencionarán en las siguientes páginas, es bueno describir ahora esas tribus brevemente. En los diversos mapas é informaciones que hay de la Patagonia están señaladas y anotadas numerosas tribus, todas con nombres diferentes. Por lo que mis observaciones me permiten juzgar, esas informaciones deben su origen al hecho de que acostumbran juntarse fracciones de diferentes tribus para viajar ó pelear bajo la dirección de un jefe especial, cuyo nombre adoptan los hombres de la partida para distinguirse de otras cuando se les interroga. He podido reconocer de esa manera á los Moluches, llamados así por Malechú, nombre de un jefe hereditario y el famoso jefe Lenketrú reunió también bajo su dirección hombres de varias tribus, y se dice que comandaba unos 1500 en su gran malón á las colonias del río Negro. Hay ahora entre el río Negro y el Estrecho unos 500 combatientes, que dan, calculando á la ligera, una población total de 3000. Los tehuelches, ó patagones propiamente dichos, exceptuados los indios de Tierra del Fuego, — que son diferentes, aunque proceden quizá del mismo tronco primitivo, — están divididos en dos grandes tribus: septentrionales y meridionales. Hablan la misma lengua, pero se distinguen por diferencias de acento, y los meridionales parecen ser, por lo general, más altos y bien formados, y más diestros en la caza con boleadoras. Los septentrionales andan principalmente por la región situada entre la cordillera y el mar, desde el río Negro por el norte hasta el Chubut, y á veces bajan hasta el río Santa Cruz. Los meridionales ocupan el país situado al sur del Santa Cruz, y emigran hasta Punta Arenas. Pero las dos secciones están muy mezcladas y los matrimonios entre una y otra son frecuentes; conservan siempre, sin embargo, su división de tribus, y toman posesiones contrarias en las continuas reyertas. Nuestra partida estaba compuesta en partes casi iguales de septentrionales, y uno de los ocupantes de nuestro toldo, llamado Hummums, hermano de la señora de Orkeke, era meridional. En la región situada entre el río Negro y el Chubut se encuentra otra tribu, que habla una lengua diferente y que su cuartel general está en las Salinas, al norte de río Negro. Son los pampas, llamados Penck por los tehuelches, nombre del que se ha sacado, creo, el de Pehuelche. Varias familias de esta tribus se extienden sobre los llanos que están al norte del río Negro, y hacen frecuentes excursiones en las poblaciones argentinas, hasta la provincia de Santa Fe, y creo que hasta las de Córdoba y Mendoza. Los pampas del norte

de la Patagonia tienen á veces vacas y ovejas, pero por lo general viven de la caza. Una tercera tribu parece ser, por su lengua y por su físico, una rama de los araucanos de Chile. Esta tribu es la que los tehuelches llaman los Chenna, y también los Guerreros; se la conoce asimismo como «los Manzaneros», por tener su cuartel general en Las Manzanas, nombre que tuvo una estación de los primeros misioneros jesuitas, que en vano trataron de convertir y civilizar á esas tribus. Estos indios son menos nomades y más cultos en sus costumbres que los tehuelches, y se dice que tienen rebaños de vacas y ovejas en los abrigados valles de la cordillera, y que á veces cultivan un poco el maíz. No sé si los padres jesuitas enseñaron ó no á sus discípulos este arte, pero con el fruto de sus manzanales esos indios fabrican una sidra bastante pasable; también preparan una bebida espirituosa con los granos de la algarroba. Los tehuelches no cuentan absolutamente con más estimulantes que las provisiones ocasionales de aguardiente obtenidas en su tráfico con las colonias, y ésto y las enfermedades, la viruela especialmente, están reduciendo su número rápidamente.

Permanecemos un día en nuestro campamento de río Chico, y entretanto llegó el perdido Arica. Orkeke lo recibió con muy torvas miradas y desde entonces, aunque siguió concediéndole un lugar en su toldo y un caballo para montar, pareció concebir contra él una aversión violenta que auguraba malas cosas para la seguridad personal del chileno. Parece que, durante mi ausencia, Arica había cedido al deseo de conseguir algo que comer y había dejado que se apagara el fuego mientras él andaba en busca de raíces. Al volver vió un enorme puma acostado junto á las cenizas de la fogata; y en el mismo momento que Arica iba á disparar el revólver que yo le había prestado, el animal se metió de un salto en los matorrales. Pero el chileno estaba seguro de que el puma se había quedado cerca de allí, esperando una oportunidad para atacarlo; de modo que por varias horas estuvo alerta, con el revólver pronto. Puede uno figurarse su alegría cuando, extenuado por la falta de alimento y de descanso, se vió aliviado por la llegada del indio con carne y caballo para él.

Al día siguiente hicimos una corta marcha por el valle arriba; como de costumbre, la caravana de mujeres y caballos iba por la huella mientras los hombres cazaban en los llanos adyacentes. Tuve la suerte de matar en la caza un guanaco y un avestruz, que compartí debidamente con Casimiro. El orden de la marcha y el método de caza que constituyen la rutina diaria son como sigue: el cacique, que tiene la dirección de la marcha y de la caza, sale de su toldo al romper el día, á veces antes, y pronuncia una fuerte alocución describiendo el orden de la marcha, el sitio señalado para la cacería y el programa general; luego exhorta á los jóvenes á que vayan á apresar y á traer los caballos, y á que

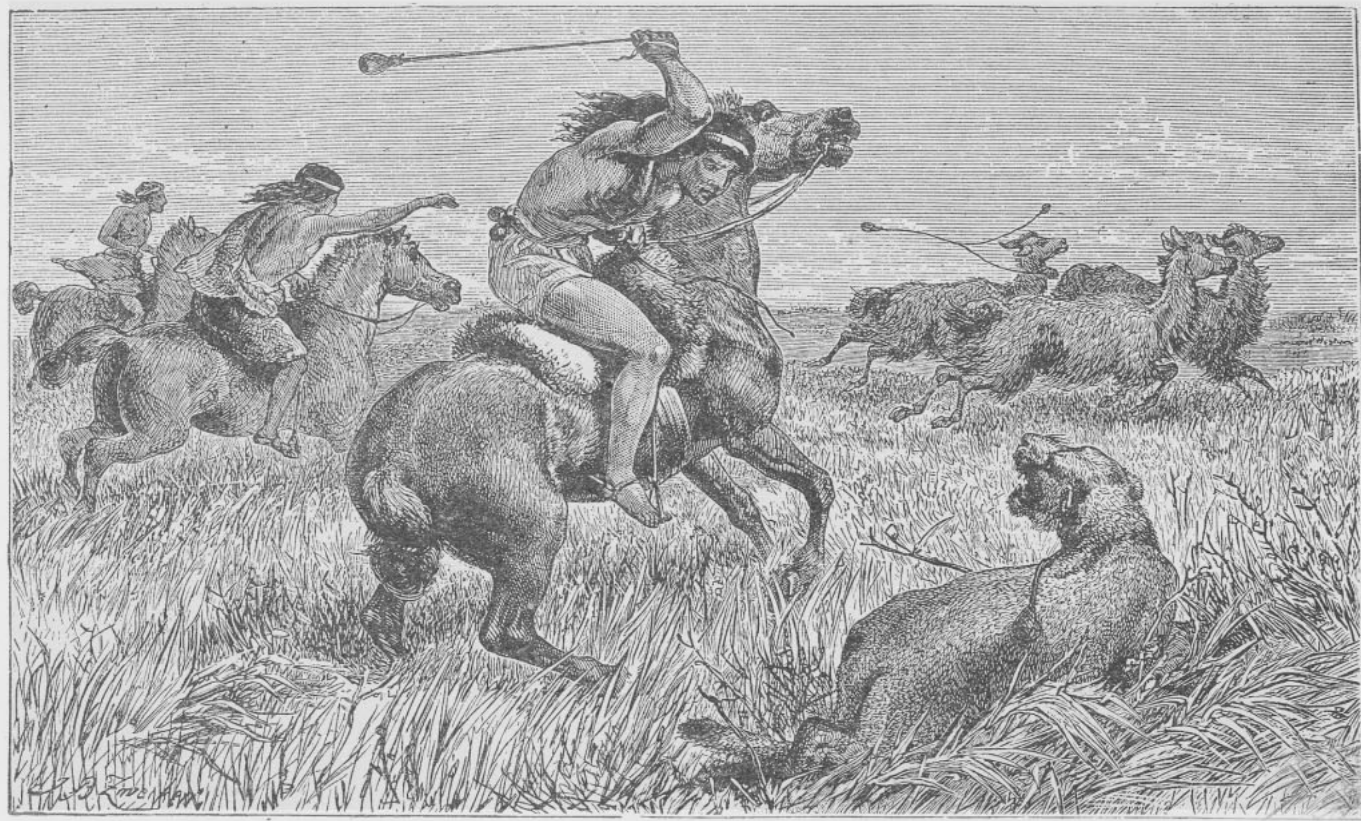
sean vivos y activos en la caza, y refuerza luego sus exhortaciones por vía de conclusión, con una jactanciosa relación de sus proezas cuando era joven. Á veces, pero no siempre, mientras el jefe pronuncia su arenga, las mujeres vuelven á encender el fuego, ó soplan las brasas del anterior, y preparan un ligero desayuno. Á veces también se reserva de la cena de la víspera, un poco de carne fiambre y se la pone en una bolsa de cuero que llevan las mujeres en la marcha para darla á las criaturas cuando tienen hambre. Pero, en cuanto á los hombres, lo corriente es que esperen hasta que la caza del día haya suministrado carne fresca. Cuando la « oración » del cacique, que muy pocos escuchan, ha concluido, los jóvenes y los muchachos enlazan y traen los caballos, y las mujeres ponen sobre el lomo de éstos la almohadilla de cañas atada con correas, las mantas y los ponchos de color que forman sus monturas; otras ajustan sus cintos sobre eso, ó depositan á sus criaturas en cunas de mimbre, ó enrollan las pieles que forman las cubiertas de los toldos y las colocan junto con los palos, en los caballos de carga; lo último que se hace es llenar de agua los barrilitos que se llevan en la marchan. Las mujeres montan por medio de una lazada suspendida del cuello del caballo, y se sientan á horcajadas en sus monturas acolchadas, alzan luego á sus criaturas, cuando las tienen, y á sus perritos mimados, y colocan á las criaturas en las cunas, detrás de ellas; luego toman á remolque sus caballos de carga, y se ponen en marcha formando una sola hilera. Los hombres, que por lo general esperan que todo esté pronto, arrean entonces hasta corta distancia los caballos que han quedado desocupados, y después de dejarlos á cargo de sus mujeres é hijas, se retiran á un materral vecino, donde se hace una fogata, se encienden pipas, y se empieza la caza de la siguiente manera. Parten dos hombres y recorren al galope el contorno de una superficie de terreno que está en proporción con el número de los de la partida, encendiendo fogatas de trecho en trecho para señalar su paso. Pocos minutos después se despacha á otros dos, y así sucesivamente hasta que sólo quedan unos cuantos con el cacique. Estos se esparcen formando una media luna, y van cerrando y estrechando el círculo sobre un punto al que han llegado ya los que partieron primero. La media luna se apoya en la línea que forma la lenta caravana de mujeres, criaturas y caballos de carga. Los avestruces y las manadas de guanacos huyen de la partida que avanza, pero les cierran el paso los ojeadores, y, cuando el círculo queda completamente cerrado se les ataca con las bolas, persiguiendo muchas veces dos hombres al mismo animal por diferentes lados. Los perros ayudan también en la persecución, pero tan rápidos y diestros son los indios con la boleadora que, á menos que hayan perdido esta arma ó que sus caballos estén cansados, los perros no tiene mucho que hacer. En los círculos aparecen con frecuencia pumas á los que se despacha brevemente asestándoles

un golpe en la cabeza con una bola. Una vez ví que Waki trituraba por completo de un solo golpe, el cráneo de uno de ellos extraordinariamente grande. La ley india de repartición de la caza evita toda disputa, y es ésta. El hombre que bolea al avestruz deja que el otro que ha estado cazando con él se lleva la presa ó se haga cargo de ella, y al terminar la cacería se hace el reparto; las plumas, el cuerpo, desde la cabeza hasta el esternón y una pierna, pertenecen al que lo cazó, y el resto á su ayudante. Cuando se trata de guanacos, el primero toma la mejor mitad de la misma manera. Los bofes, el corazón, el hígado, los riñones, la pella y el caracú se comen á veces crudos. Los tehuelches sacan también la grasa que hay sobre los ojos, y la gordura cartilaginosa de las coyunturas de los muslos, y las comen con gran fruición, así como el corazón y la sangre del avestruz. Á causa de la falta absoluta de alimentos farináceos, la gordura resulta un artículo necesario y se le puede consumir en mucha mayor cantidad que en los países civilizados. Que esto no se debe solamente á la inclemencia del clima lo prueba la predilección por la gordura que adquieren los gauchos de las provincias argentinas. Concluída la cacería y cortadas y repartidas las aves, se encienden fogatas. Mientras se calientan las piedras, se despluma al avestruz, y con un pedazo de tendón se hace un atado de las plumas de las alas. Se tiende luego de espaldas el ave y se la vacía; se desuella las patas cuidadosamente y se les saca el hueso, dejando la piel unida al cuerpo. Se divide luego la res en dos mitades; y una vez extraído el espinazo de la mitad posterior, y cortada la carne de modo que las piedras calientes puedan ser colocadas entre los cortes, se ata esa mitad como una bolsa con la piel de las patas, metiendo dentro un pequeño hueso para que todo quede tirante. Se la coloca así sobre los tizones vivos, y, cuando está tostada, se enciende un leve fuego de llama para asar del todo la carne exterior; mientras se cuece hay que darla vuelta continuamente para que todas sus partes queden bien asadas. Una vez á punto, se la retira del fuego, se le corta la parte de arriba, se le extraen las piedras y se ve que el caldo y la carne están deliciosamente cocidos. Los comensales, que por lo general son dos ó cuatro, se sientan alrededor de la fuente y comen la carne ensopándola en el caldo. La parte del espinazo que, cuando el avestruz está en buenas condiciones, es casi toda gordura, se reparte entonces entre todos, que la reservan como bocado regalado para las mujeres y criaturas. Cuando hay que cocinar la mitad delantera, no se extrae el hueso; se meten los alones adentro y se llena de piedras calientes la cavidad del pecho, atándolo todo con una mitad de la piel de las patas, que han sido divididas y de cuya carne se han metido ya pedazos en la cavidad del pecho. La gordura de éste se reparte entre los que están junto al fuego, y en todos los casos el dueño se reserva muy poco ó nada, porque con seguridad le van á dar bastante

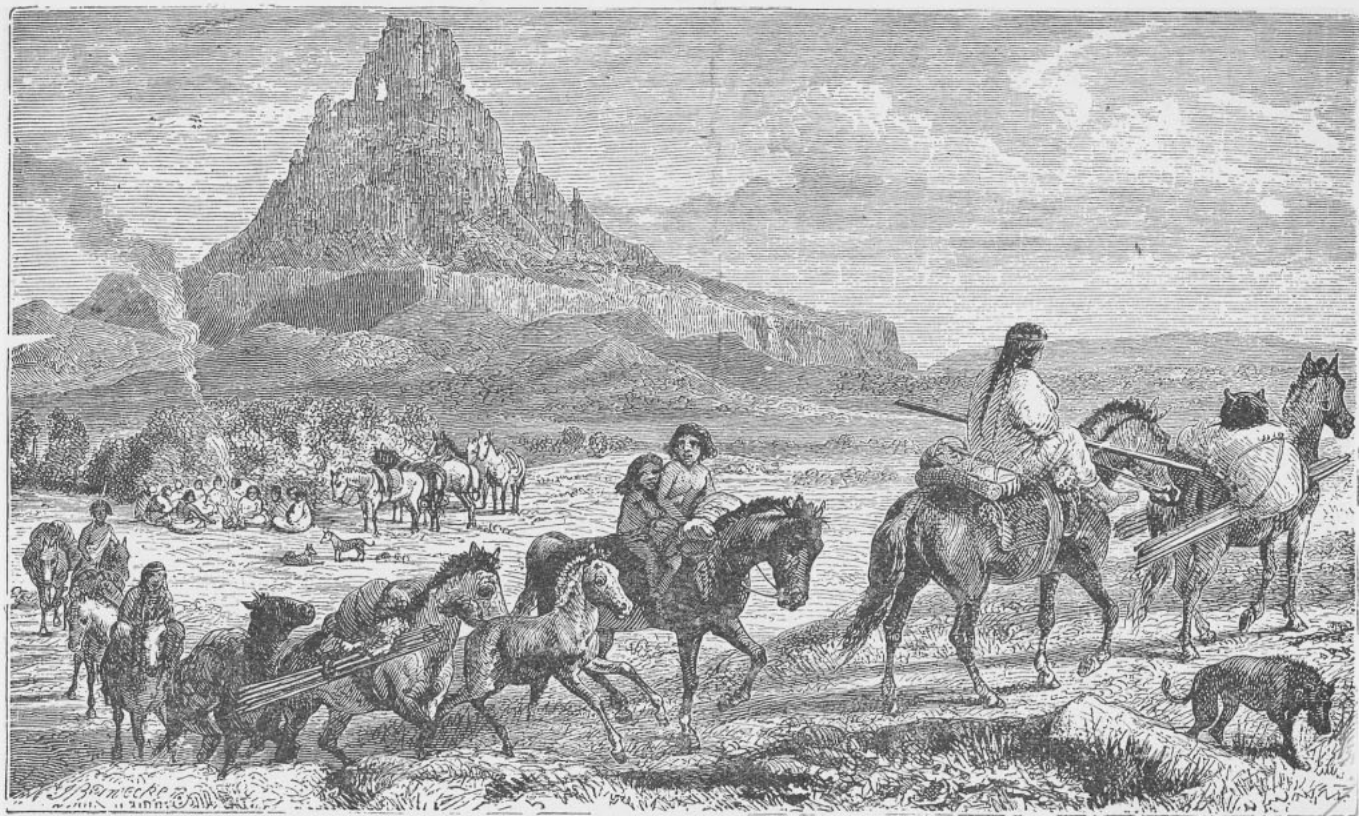
los otros, que están cocinando en el mismo fuego. La parte más considerable la recibe generalmente el cacique, ó, si éste no está presente, los amigos más íntimos del dueño. Se lleva cuidadosamente á los toldos las plumas de las alas y se las guarda con las demás para negociarlas después. El avestruz se come todo entero, se cocina la molleja, tan grande que cubre las dos manos, introduciendo en ella una piedra caliente y asándola; los ojos se chupan y el mondongo se devora. Pero cuando el animal es flaco se le desuella solamente, y se abandona la res á los pumas. Después de la comida que termina la cacería, circula la pipa, se ensilla otra vez á los caballos, se les coloca la caza encima y la partida se encamina á los toldos, que ya han sido plantados y arreglados por las mujeres.

No se mata mucho guanaco, á menos que haya el propósito de permanecer largamente en un lugar, ó que el indio se sienta inclinado á derramar sangre, ó que escaseen los avestruces, comida preferida siempre. Sin embargo, la carne de guanaco es excelente; por lo general, en términos españoles, se charquean las ancas, esto es, se corta la carne en tajadas finas y, después de echarle un poco de sal, se seca al sol. Cuando está bien seca, se la asa al rescoldo, apretada entre dos piedras y mezclada con grasa de avestruz ó de otra clase; esta preparación, como el *pemmican*, es muy conveniente para el que hace un largo viaje, porque ocupa poco lugar y un simple puñado satisface el apetito.

Sería aburrido describir la marcha cotidiana, y la rutina de la cacería, mientras hacíamos lentamente nuestro camino por el valle del río Chico, cuyas aguas estaban heladas todavía. La temperatura era fría, y de tiempo en tiempo las nevadas acompañaban los fuertes y penetrantes vientos del oeste, que soplaban todos los días. El valle se abría á veces sobre anchos llanos cubiertos de hierba, salpicados de matorrales de incienso, para subir luego otra vez extendiéndose en una inmensa cresta pelada y en ondulaciones que lo asemejaban á un campo arado. De trecho en trecho se encontraban terrenos pantanosos con lagunas heladas, y aquí y allí manantiales descubiertos, punto de reunión de numerosas aves acuáticas. Las colinas del lado norte se mostraban raídas y quebradas, y surgían bruscamente con formas irregulares; mientras que las del sur eran más bajas y ofrecían más barrancas, cortadas de trecho en trecho por altas y escabrosas colinas de basalto, que asumían muchas veces el aspecto de castillos en ruina y que se acercaban en los recodos del tortuoso río. Á una de estas colinas, muy notable, al pie de la cual acampamos el 23 de agosto, como á 120 millas de Santa Cruz, di el nombre de Sierra Ventana, á causa de una abertura que hay en su pico; los indios la llamaban Mowaish. En muchos lugares, las bases de esas colinas estaban formadas enteramente por una clase de lava, y uno de los chilenos me dijo que al pasar por una cresta había visto grandes masas



Waki matando un puma

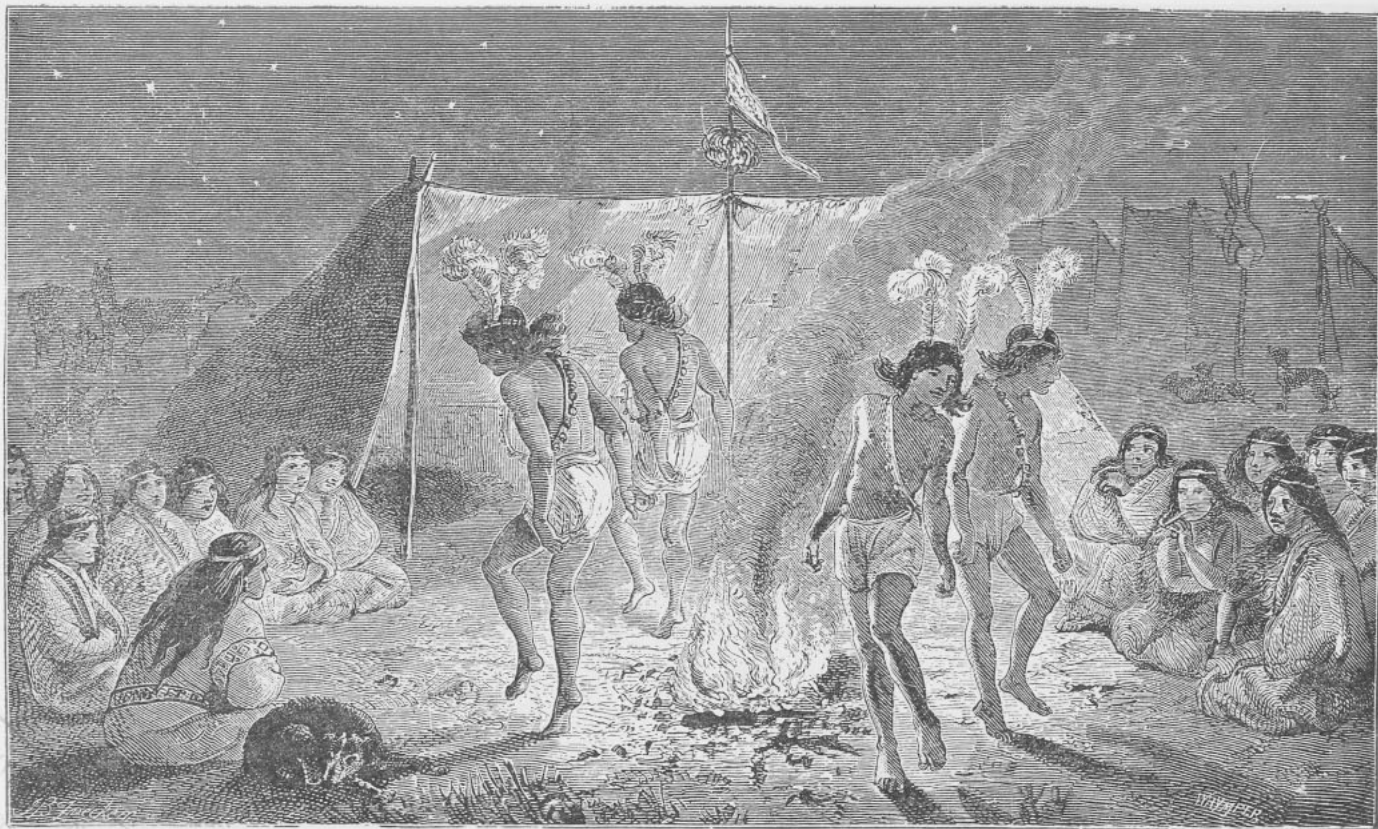


Levantando el campamento en Mowaish ó cerrillo de la Ventana

de hierro puro ; pero yo me inclinaba á no creer eso porque, aunque más arriba hay mineral de hierro en grandes cantidades, sólo veía allí una especie de mineral igual al que abunda en Drobak, Noruega.

Una vez, estando en marcha, vimos humo á nuestra retaguardia, y se pensó que lo causaba algún mensajero que nos buscaba para anunciarnos la llegada de la goleta, ó alguna partida de indios del sur que se proponían dirigirse al norte. Pero no se mandó allá ningún explorador que averiguara la cosa, por lo que quedamos en la ignorancia. El 26 hicimos alto y acampamos junto al río en una ancha abertura del valle ; allí había una laguna, no completamente helada, en la que crecía una especie de espadaña, cuya raíz, cuyo tallo inferior mejor dicho, que comen los indios, es jugoso y nutritivo, y tiene un sabor agradable. Los muchachos y muchachas trajeron en seguida una gran cantidad á los toldos. Al día siguiente de nuestra llegada á ese lugar se celebró, como era costumbre, la entrada de una de las muchachas en la pubertad. Por la mañana temprano, el padre de la niña comunicó al cacique el acontecimiento ; el cacique transmitió oficialmente la nueva al doctor ó curandero en ejercicio, y se levantó una considerable gritería, mientras se acicalaba al doctor con pintura blanca y se le sangraba en la frente y en los brazos con un punzón afilado. Las mujeres se pusieron inmediatamente á la obra de unir cierto número de mandiles cosiéndolos. Una vez terminada esta obra de retazos, la tomó con pompa y ceremonia una banda de jóvenes que se pusieron á marchar, cantando alrededor de los palos que se habían plantado para formar un toldo provisional, y las mujeres las acompañaban con los encantamientos y aullidos más horrosos. Después de haber dado así varias vueltas, se estiró la cubierta sobre los palos y se plantaron lanzas al frente, adornadas con campanillas, gallardetes y chapas de cobre que la brisa agitaba y hacía sonar ; todo el aparato, una vez armado, tenía un aspecto muy alegre ; su nombre indio significa literalmente : « la casa bonita ». Se puso luego á la niña en el interior de la tienda, en la que no se dejaba entrar á nadie. Después de esto, todo el mundo montó, y se designó á varios para que trajeran la caballada, de la cual se eligió un número de yeguas y potrancas, que fueron llevadas delante del vistoso toldo ; allí se las mató de un bolazo en la cabeza, á fin de no desperdiciar la sangre, que se recogió luego en ollas para cocinarla, pues se la considera un manjar delicado. Entre los indios está establecido que el que ayuda á desollar una yegua sacrificada tiene derecho á un pedazo de carne ; pero en esa ocasión la carne fué repartida á todos en partes casi iguales. Mientras estaba cociéndose la carne, Casimiro, que era el director de la fiesta, me mandó decir que fuera al toldo de Crime, donde lo encontré trabajando en una montura, labor en la cual, dicho sea de paso, era un experto. Su mujer estaba haciendo bullir en el fuego una gran olla de hierro que

contenía un poco de la sangre mezclada con grasa; y cuando el rancho estuvo ya casi á punto, le echamos un poco de sal y pimienta, y empezó la fiesta. Antes de esa ocasión yo había sentido cierta repugnancia para comer carne de caballo, como la sienten la mayoría de los ingleses quizá, salvo, naturalmente, los hipófagos declarados; pero el hambre dominó todos los escrúpulos y en breve llegué á tener alguna afición á esa carne. Esa vez todo el mundo comió en sus propios toldos. Al terminar la comida, Casimiro me hizo saber que á la noche habría baile. Estuve esperando con mucho interés esa «reunioncita íntima», y en breve vi que algunas de las mujeres iban á traer una gran cantidad de leña, que colocaban en la parte exterior de la tienda. En seguida, al obscurecer, se hizo una fogata, primeramente fuera del recinto sagrado. Todas las mujeres se sentaron alrededor de ella en el césped, pero á alguna distancia de los hombres, que se habían sentado también en el suelo, todos menos cuatro y los músicos. La orquesta consistía en un tambor hecho de un pedazo de cuero estirado y de una especie de instrumento de viento formado con un fémur de guanaco agujereado, que se coloca en la boca y se toca con los dedos ó con un arco corto de crin de caballo. Cuando todo estuvo listo, y mientras varias de las viejas cantaban en su estilo melodioso, la banda empezó, y cuatro indios, embozados en frazadas de tal modo que sólo se les veía los ojos, y con la cabeza adornada de plumas de avestruz, entraron marchando en el círculo y se pusieron á dar vuelta lentamente alrededor del fuego, á compás de la música. Después de dos ó tres paseos, el tiempo empezó á acelerarse gradualmente hasta que los hombres tomaron una especie de trote; y, como á la quinta vuelta, bailando rápidamente, siempre á compás de la música, arrojaron sus mantas y aparecieron acicalados de pintura blanca, con la que se habían pintado todo el cuerpo, y provistos de un cinturón de campanillas atravesado desde el hombro hasta la cadera, que sonaba acompañando sus danzas. Los cuatro primeros eran los jefes Casimiro, Orkeke, Crime y Camilo, que, después de bailar con grandes gesticulaciones, tratando de no pisar el fuego é inclinando grotescamente á uno y otro lado sus emplumadas cabezas, á los sones del tambor, se retiraron por breve tiempo á descansar, para volver á aparecer luego y bailar una danza diferente. Cuando ésta hubo concluído, se presentaron otros cuatro, y así sucesivamente hasta que no quedó uno que no se hubiera divertido, inclusive los muchachos. Á veces, para aumentar el efecto, los danzarines llevaban en la mano un haz de juncos. Como á las nueve, cuando todo el mundo estaba ya satisfecho, Casimiro dió la señal. La banda dejó de tocar, y todos se fueron á dormir. El baile no era desgarbado, pero lo hacían grotesco los absurdos movimientos de cabeza. Estaba estrictamente limitado á los hombres; á las mujeres sólo se les permitía mirar.



Rito de la «Casa bonita» y su danza

Á los dos días de marcha después de primer baile indio, cruzamos una cresta pequeña en la que abundaba una especie de lava vesicular. Esa cresta salía de los confines meridionales del valle y terminaba en acantilados á pique, al pie de los cuales serpenteaba el río; su superficie estaba rasgada en muchas partes por profundas torrenteras, como las grietas alpinas, en el borde de una de las cuales se plantó mi caballo á tiempo apenas para evitar una caída. La caravana había tomado un camino más tortuoso para aprovechar la cresta más baja y cómoda. Del otro lado de ésta, el valle se abría de golpe hasta varias millas de distancia, y en el horizonte occidental se veía una línea de nevados picos, con las cumbres envueltas en nubes: ésa era la primera vista que teníamos de la Cordillera. Las tierras bajas estaban cortadas por arroyuelos y lagunas, formados por el rebalsamiento de una pequeña bifurcación del río, que, al relumbrar á la luz del sol de la tarde, tenía un bello aspecto plateado, muy consolador para la vista, cansada ya de contemplar alternativamente hierbas marchitas y rocas negras volcánicas. Pero, por bello que el panorama pareciese, su travesía iba á ser difícil ciertamente; por lo que se dió orden de hacer alto y se discutió el camino que debíamos seguir. Al fin se resolvió que cruzáramos el río y acampáramos en la orilla norte, donde el terreno era más alto y estaba libre de inundaciones. Entonces se ajustaron cuidadosamente las cargas, y las criaturas pasaron á los brazos de los hombres para que las mujeres tuviesen más libertad de acción; los jóvenes tomaron del cabestro á los caballos cargados, y con Casimiro y otros, que se ofrecieron para dirigir la vanguardia y hacer de guías, nos encaminamos hacia la orilla del río, que, en suave pendiente subía del llano superior inundado. Llegamos sin accidente á la orilla después de chapotear y de varios vuelcos, que causaron gran diversión, especialmente cuando, en la bajada, se vino al suelo la señora de Orkeke con todos sus efectos y una pava de hierro que la enorgullecía mucho, rodó con tanto estrépito que varios caballos se asustaron y en un tris estuvo que el pánico entre los animales se hiciera general. El río estaba crecido, y sus aguas, que corrían con una rapidez de seis ó siete millas por hora, arrastraban enormes y afiladas masas de hielo. Parecía casi imposible que las mujeres y los caballos de carga pudieran cruzarlo. Pero Orkeke abrió la marcha sondando con un largo palo, y, aprovechando cada cual la oportunidad para sacar el cuerpo á los carámbanos, que tajaban cruelmente las piernas á los caballos y á los jinetes; todos pasaron sin accidente. Difícilmente se habría podido imaginar una escena más salvaje: perros aullando en la orilla con miedo de pasar, mujeres llamando á gritos á sus diversos amigos y parientes, y aquí y allá un indio aventurero que, desdeñando ir por el vado con los demás, desaparecía por un segundo en el agua, con caballo y todo, pero para reaparecer luego á cierta distancia río abajo. El agua estaba horri-

blemente fría, como puede imaginarse, y el viento penetrante entumecía nuestros cuerpos empapados; de modo que, al llegar á la orilla norte, en la que había algunos montículos arenosos, encendimos una gran fogata y nos calentamos y fumamos mientras las mujeres se ocupaban en plantar los toldos. Se había resuelto permanecer allí unos días y marchar luego hasta las proximidades de la Cordillera, con el objeto de cazar caballos salvajes. Pero, como se verá en breve, « el hombre propone y Dios dispone ». Mirando hacia la Cordillera desde nuestro campamento, el valle parecía extenderse unas cuantas millas formando un llano inmenso, y los indios me informaron que, antes de llegar á las montañas, hay un gran bajo ó cuenca donde están los caballos salvajes. En la época de nuestra visita esto era probablemente una vasta sábana de agua proveniente de las nieves en fusión. El lago Viedma está á unas cuantas millas al sur de la cabecera del valle, y me inclino á creer que resultará que el curso del río Chico, que indudablemente sale de ese lago, va de sur á norte y tuerce hacia el este en la cabecera del valle, donde se une á los numerosos arroyos descriptos por Viedma en su viaje de 1580. También me inclino á creer que Viedma, al cruzar dos veces el río Chico, la segunda vez tomó á este río por otro, al que ha llamado Chalia, nombre desconocido para los indios, dicho sea de paso, salvo como apelativo de un parásito inmundado demasiado común entre ellos. Á la mañana siguiente, el 2 de septiembre, estábamos tranquilamente sentados alrededor del fuego despachando un almuerzo de avestruz cocido que la dueña de casa había preparado, cuando se oyó de pronto el chis-chas de los cuchillos, y vimos que dos indios, desprovistos de mantas, con sables desenvainados en la mano, pasaban corriendo del toldo de Camilo al de Crime. En un instante todo fué un tumulto: se sacaban armas, se cargaban fusiles y revólveres, algunos de los indios se ponían cotas de malla, y otros, ayudados por las mujeres, se almohadillaban el pecho y la parte superior del cuerpo con gruesas frazadas y corconillas ó bajeras. Sabiendo lo que iba á suceder, las mujeres, y con ellas todos los desertores chilenos menos uno, se retiraron á buena distancia de los toldos. Tomé mis armas, y muy intrigado con respecto á la causa real de esa agitación, fuí al toldo de Camilo, donde la escena quedó explicada. Camilo estaba tendido en su cama, muerto, con una terrible cuchillada en el costado; lo había asesinado Cuastro, uno de los indios á quien habíamos visto alejarse corriendo hacia la tienda de Crime. Al salir del toldo me encontré con Casimiro, que me pidió un revólver, porque no tenía armas de fuego; le presté uno, por consiguiente. Los indios mostraban en sus semblantes alterados todo el furor de la lucha; su tez parecía de espectro y sus ojos fulguraban y giraban, como si vieran sangre. Los dos bandos opuestos, los indios meridionales, amigos de Crime, que era primo de Cuastro, y la gente de Orkeke y de Casimiro, ó sea los septen-

trionales, se colocaron en seguida en línea abierta á unas veinte yardas de distancia unos de otros. Cuastro resaltaba por su túnica ó cota de cuero con tachones de plata, y su única arma era una espada sencilla ó espetón. El combate empezó por una descarga irregular de fusiles y de revólveres, que duró unos cuantos minutos, hasta que varios de los indios del norte, ó de Orkeke, conducidos por Casimiro, cerraron con el enemigo, y se produjo una lucha cuerpo á cuerpo con espada y lanzas que dió por resultado la muerte de Casimiro y heridas graves para dos ó tres indios del sur. Los del norte se retiraron entonces para volver á cargar, y estaban á punto de reanudar la acción cuando Tankelow propuso una tregua, que se aceptó con la condición de que ambos bandos se pondrían en marcha inmediatamente en la misma dirección. Se llamó entonces á las mujeres y á las criaturas haciéndolas salir de los matorrales en que se habían refugiado, se trajeron los caballos y se enterró á los muertos.

La lanza de los tehuelches es completamente distinta de la de los araucanos ó pampas, y sólo se la usa cuando se combate á pie; consiste en una pesada asta de diez y ocho pies de largo, en cuya extremidad se ha colocado una hoja como de diez y ocho pulgadas, y esto constituye un arma muy formidable en manos de un indio experto. Cayuke, á quien me he referido ya, estaba armado de lanza en esa ocasión, y atravesó de parte á parte á Cuastro, aunque la cota protegía el cuerpo de éste, y aunque el hombre trató de desviar la punta de la lanza con su espada. Ese Cuastro era un valiente; al morir, con varios balazos y lanzasos en el cuerpo, se enderezó cuán alto era y gritó: «¡Muero como he vivido; á mí no me manda ningún cacique!» Su mujer se precipitó hacia él entonces, gritando y sollozando, pero el hombre cayó muerto instantáneamente. Casimiro escapó por milagro; paró un sablazo con lo que podría llamarse la parte suelta de su manta; pero si hubiera recibido el golpe en la cabeza, como estaba dirigido, su carrera habría terminado allí mismo. Los heridos eran Crime, en la pierna, y Hummuns, un indio joven, con un lanzaso que le atravesaba el muslo y que parecía darle muy poco cuidado. La reyerta provenía de una venganza entre Cuastro y Camilo; este último había causado algunos años antes la muerte de un miembro de la familia del primero, que en una ocasión anterior había tratado de vengarla en Camilo, y que se había agregado á nuestra partida, en compañía de Crime, sólo para tener la oportunidad de asesinar á Camilo. Se sospechaba, por buenas razones, que ese Cuastro había eliminado á Mendoza, el argentino enviado de Buenos Aires con Casimiro y que desapareció misteriosamente; y en Santa Cruz, bajo la influencia del aguardiente, había asesinado á su mujer Juana, hija de Casimiro. De modo que, por valiente que fuera, el hombre merecía realmente el fin que había tenido.

Una vez realizadas precipitadamente las exequias, cuya descripción se hará en otro lugar, se levantaron las tiendas y todo el mundo emprendió la marcha; los hombres siguieron armados, y divididos siempre en dos bandos. Se envió unas cuantas millas atrás á Cayurke para que viera si había alguna señal de los otros indios meridionales, que, según vagas esperanzas, debían alcanzarnos; pero el enviado volvió algunas horas más tarde sin ninguna noticia. Marchamos unas cuantas millas valle arriba, costeano un poco las colinas del norte, y acampamos junto á una bellísima fuente circular, poblada de pececillos, en la que el agua subía burbujeando por entre arena pura y blanca, y formaba un arroyuelo. Los indios continuaban con las armas en la mano; estaban muy callados y no comían absolutamente. Varios de los del norte entraron en nuestro toldo al caer el día y estuvieron conversando allí largo tiempo junto á las brasas del fuego; continuamente algunas de las viudas de los indios muertos soltaba un gemido lastimero, sollozando de la manera más terrible y lúgubre, y á veces prolongaba ese lamento alguna de las vejarronas.

Al día siguiente, Crime me mandó buscar para que le curara la pierna, figurándose, naturalmente, que yo practicaba la cirugía. Le lavé la herida y se la ató con vendas empapadas en agua fría; ésto pareció dar buen resultado, porque á los pocos días la herida no lo molestaba ya casi nada. Dirigiéndome luego al toldo de Casimiro, el más pequeño que he visto, pedí á este amigo que me forrara la montura con piel de guanaco que había conseguido en el camino. Las criaturas parecían ser los únicos miembros de la partida á quienes no causaba ningún efecto la lobreguez predominante. Habían descubierto un banco de nieve en un rincón y se divertían deslizándose por él sobre un pedazo de madera, á la rusa. Esa noche las cosas se pusieron otra vez muy negras. Hubo una consulta en el toldo de Orkeke, y aunque se hizo en tono bajo y yo estaba poco familiarizado con la lengua tehuelche, oí citar frecuentemente mi nombre en unión con un revólver, y noté también que hablaban de los chilenos. Me tenía muy intrigado lo que pasaba; pero, como la señora de Orkeke me trajo un poco de sopa de la manera más graciosa y sonriente, no me tomé más trabajo que el de examinar mis armas tranquilamente para ver si estaban prontas. Supe después que los chilenos habían armado entre ellos un complot para sublevarse, robar, asesinar á los indios y huir con los caballos. Pero algunos, en cuyo número estaba mi informante, se negaron á tomar parte en él. Los indios, que son perspicaces por naturaleza, habían entrado en sospecha de que las cosas no andaban bien, y discutían si sería ó no mejor, matar á los chilenos, en seguida, antes que se hicieran más molestos; pero prevaleció el consejo de Casimiro, de que se les dejara estar hasta que hicieran algo que impulsiera su destrucción. De modo que los chilenos se salvaron por el momento.

El 5 de septiembre nos despertó temprano la arenga de Orkeke para

la marcha ; y, después de costear las colinas que bordean el valle del río Chico en el curso de unas cuantas millas, nos despedimos de ese valle y entramos en una garganta de las colinas septentrionales, que llevaba a otro valle quebrado situado entre colinas bajas é irregulares de lava descompuesta. Seguimos por él, pasando varias pequeñas lagunas en las hondonadas más bajas, alrededor de las cuales había invariablemente una clase de arcilla amarilla. Las colinas estaban cubiertas en todas partes de bosquecillos, y tenían un aspecto glacial y abrupto, pues las rocas grises sólo aparecían de trecho en trecho. Después de unas cuantas horas de viaje por esa región melancólica, siguiendo una dirección noroeste, salimos á un amplio llano en la parte occidental, limitado por una cadena de colinas de 1000 pies de altura, que formaba un contrafuerte de la Cordillera. El tiempo estaba tormentoso, y sólo podíamos tener una que otra vislumbre de los principales picos de las montañas más lejanas, por entre las nubes y las nevascas en movimiento. Naturalmente, después de la reciente contienda, se desistió de la expedición en busca de caballos salvajes; y estuvieron en la orden del día marchas forzadas para huir de los indios meridionales, en caso de que nos siguieran desde Santa Cruz. Pero los que no estaban heridos reanudaron las cacerías, y ese día se cazaron algunos avestruces. Al bajar la tarde se fijó el campamento cerca de una laguna cuyas inmediaciones eran eriales, sin más vegetación que un pequeño arbusto bajo que servía para leña. Aunque el viento soplabá del norte, era intensamente frío ; y, como yo había adoptado desde hacía unos días el traje nacional, con mi «ropa hecha» guardada y al cuidado de la señora de Orkeke, sentía el frío de una manera extraordinaria. El 6, el 7 y el 8 de septiembre los pasamos haciendo marchas forzadas hacia el norte, con las cacerías de costumbre ; y, aunque los bandos seguían armados, y parecían recelar uno del otro, las cosas iban bastante bien. La región atravesada el 6 y el 7 era un llano vasto y árido, provisto de unos cuantos arbustos achaparrados, limitado en su parte occidental por el citado contrafuerte de la Cordillera, y en la oriental por una cadena baja de colinas de aspecto arenoso. Todo ese llano estaba sembrado de pequeños guijarros de pórfido, cuarzo, silicio y obsidiana, y de pedazos también pequeños de madera silicificada. El día 8 cruzamos el contrafuerte por un paso emparedado entre rocas de lava vesicular. Allí hicimos alto por un cuarto de hora, y todos sacaron pedazos de piedra apropiados para hacer boleadoras. La bajada por el lado occidental no fué empresa fácil, porque la cuesta estaba sembrada de grandes moles de roca y de peñascos sueltos, y soplabá un viento muy frío y tan fuerte que algunos de los caballos de las mujeres no podían casi afrontarlo. Al fin, todos consiguieron llegar á una espaciosa pampa alta, en cuya parte occidental, á unas quince leguas de distancia, se alzaba la cordillera de los Andes. En el paso ví varios pedazos

grandes de obsidiana, tan clara y tan particularmente redondeada que al principio me figuré que alguna partida había llevado allí una damajuana y la había rotó. Las mujeres recogieron algunos de esos pedazos, para usarlos como rascadores en la limpieza de cueros de guanacos. Cruzamos hasta cierta distancia la acostumbrada alta pampa árida, salpicada de arbustos bajos, de hierba dura, y de uno que otro matorral de incienso de gran tamaño, que suministraba un momento de abrigo contra el viento penetrante, y al fin llegamos á una escarpa, á cuyo pie se extendía un llano herboso, regado por un rápido arroyuelo. Como á 30 millas en el fondo se veían las elevadas montañas de la Cordillera. El aspecto atrayente del pasto nos decidió á dejarnos estar allí un par de días para hacer que los caballos descansaran de las marchas insólitamente largas de los días anteriores. El día siguiente se pasó en lo principal, en la tarea de hacer bolas con la piedra blanda y porosa encontrada en el paso peñascoso. Como á mediodía se levantó un terrible vendabal, que derribó la mayor parte de los toldos; pero el nuestro, gracias á la fuerza del brazo de la señora de Orkeke que había plantado firmemente los postes, siguió en pie; sólo hubo uno ó dos palos quebrados. El río que pasa por allí en dirección al este era la primer corriente de agua que encontrábamos desde nuestra salida del valle del río Chico. En el declive que llegaba á él, la formación bancal, aunque fácil de reconocer, no era tan marcada como en muchos de los otros ríos. Después de dos días de descanso reanudamos nuestro viaje; atravesamos el valle herboso por espacio de una milla quizá, y subimos por una leve cresta á un llano más alto, estéril como de costumbre, en el que se encontraron los primeros huevos de avestruz. Nuestra ruta se orientaba casi al nordeste, hacia una serranía de 800 pies de altura, en cuya cima había una meseta cubierta de piedras y rocas grandes.

Organizamos otra cacería, en la que fueron muertos muchos avestruces y varios pumas. Desde la parte occidental de la meseta dominábamos un vasto llano que se extendía hasta junto mismo á las montañas, pero al pie de éstas parecía haber un barranco ó declive empinado, una especie de terraplén de vía férrea. Como el cacique había anunciado en su arenga que íbamos á acampar junto á una fuente en la parte oriental, y como yo había muerto á un avestruz, que, después de una rápida carrera de media milla, había vuelto atrás espantado por la cabalgata de las mujeres, seguí adelante en compañía de Casimiro y de otro, para preparar un poco de comida. Al efecto, elegimos un matorral, cocinamos y comimos nuestra ave, y, una vez terminada la comida, montamos y nos dirigimos al sitio donde esperábamos encontrar el campamento. Pero, al llegar allí, no vimos á nadie, y mirando hacia el llano alcanzamos á divisar la figura de una mujer rezagada en el momento mismo que desaparecía en el barranco arriba mencionado. Continuamos andando,

por consiguiente, y al cabo de una hora de galope estuvimos con los demás. El sol se había puesto, pero la claridad de la luna en creciente nos permitió llegar á la otra orilla. Puedo decir que, en conjunto, la formación de ésta se parecía mucho á la del río Cuheyli; pero el río que corría por ese valle era de pequeñas dimensiones, aunque, según vimos, sus márgenes eran pantanosas y casi impracticables. La luna se había puesto entonces, y después de mucha confusión en la obscuridad, todos pasaron, y muy avanzada ya la noche acampamos como á una milla hacia el norte. Cuando la luz del día nos permitió examinar la localidad, nos encontramos en un valle emparedado entre altas y abruptas escarpas, por el centro del cual corría rápidamente un arroyo bordado de pantanos con muchas becacinas y cercetas. Al norte, el valle parecía torcer en dirección al oeste; como no tenía nada que hacer, fui á pie hasta el recodo y ví que las altas escarpas terminaban allí, reemplazadas por las empinadas barrancas de costumbre, cubiertas de arriba abajo de matorrales de incienso. La anchura del valle no excedía de una milla en ninguna parte, y la lobreguez y el efecto opresivo de las paredes de celda que formaban las escarpas hacían de él un sitio nada agradable como lugar de residencia; pero el pasto que ribeteaba el pantano era verde y lozanamente tierno. Estaba tratando de voltear algunos patos y cercetas con las boleadoras cuando llegaron dos de los chilenos en busca de leña. Se quejaban amargamente de su suerte por tener que trabajar como esclavos para un puñado de salvajes, pero al fin olvidaron sus penas echando un sueñito debajo de un matorral. Como no tenía interés en que se supusiera que yo había estado con ellos, volví al campamento, y examiné las rocas, que eran distintas de las que había visto anteriormente, porque en muchas partes aparecía en ellas granito, con venas esquistasas y una especie de mármol gris. Se hizo en ese lugar una estancia de cuatro días, que habría sido más larga si al tercer día algunos de la partida, muchachos principalmente, que se habían alejado á corta distancia para bolear pajaritos, no hubieran vuelto con la noticia de que llegaban indios del sur. Se despachó inmediatamente un explorador, se trajo los caballos, se aprontó las armas. Casimiro vino á verme con el objeto de que le diera cartuchos para el revólver, diciendo: « Ahora vamos á tener que pelear; porque si estos indios del sur llegaran á vencernos no perdonarían hombre, mujer ni criatura ». La nueva no era nada alegre, porque al parecer las probabilidades iban á ser de diez contra uno en favor de los atacantes. Pero, cuando estábamos montando, el explorador volvió con la noticia de que no había encontrado rastros de indios; el supuesto enemigo era sólo una tropa de guanacos que bajaba á tomar agua. Una vez seguro de que en realidad no había peligro, Cayuke hizo matar uno de sus caballos en acción de gracias; naturalmente, se repartió la carne, como alimento, entre sus amigos.

Hay en ese lugar, llamado por los naturales Amakaken, un gran peñasco esférico de mármol, que los indios acostumbran levantar para probar sus fuerzas. Casimiro me dijo que esa piedra estaba allí desde hacía muchos años, y que la costumbre citada era muy vieja. El peñasco era tan grande y tan pesado que apenas pude asegurarlo con los dos brazos y levantarlo hasta el nivel de mis rodillas; pero algunos de los indios consiguieron alzarlo hasta sus hombros. En la noche subsiguiente á la falsa alarma, cayó mucha nieve; sin embargo, al otro día, los indios, que no parecían sentirse seguros, reanudaron la marcha en dirección al norte. Antes de salir de ese valle, tuve la suerte de encontrar un nido de avestruz con cuatro huevos, que devoramos más tarde, cocidos al rescoldo, por este sencillito método: se coloca al huevo derecho, con un agujero abierto en la punta superior, por el que se introduce un palito para revolver la yema y la clara y se le echa un poco de sal; luego se le hace girar para que se cueza por igual en todas sus partes. Resulta de esto una tortilla en su cáscara, de aroma muy apetitoso, pero un novicio en el arte de prepararla corre peligro de quemarse los dedos al hacer girar el huevo. Al obscurecer entramos en una garganta oscura y triste, que serpenteaba por entre escarpas confusas y fantásticas, y puntiagudas colinas, amontonadas en un desorden completamente caótico y que parecían formar una barrera al este y al oeste. Pero era imposible distinguir con claridad la línea, tan enmarañadamente estaban apiñadas esas alturas. Mis facultades descriptivas son del todo insuficientes para dar una idea de la irregularidad deforme de esa región de colinas peñascosas.

Á una hora avanzada acampamos en un valle ó cañada, al parecer sin salida, y emparedado entre abruptas escarpas, en medio del cual corría un torrente espumoso dentro de un canal de rocas. Por todo el día siguiente continuamos atravesando un erial peñascoso, frecuentemente cortado por profundos barrancos con escarpas á pique, cuyos frentes mostraban en muchas partes capas de ocre rojo y amarillo visibles á gran distancia. Á algunas de estas escarpas se trepaban las mujeres para renovar su provisión de pintura. Toda la superficie de esa región estaba desgarrada y revuelta, como por la acción de una tremenda fuerza explosiva; y, salvo en algunas hondonadas profundas y arcillosas, donde se encontraba una que otra laguna de poco fondo, no se veía agua en el camino; había nieve en las alturas y en algunas partes sobre el suelo que cruzábamos en nuestra marcha, durante la cual vimos una cantidad de grandes ibises, á los que en Chile llaman bandurrias (*Theristicus melanopsis*). La naturaleza de la región hacía laboriosa é inútil la caza. Sin embargo, Tankelow encontró un avestruz y un nido, cuyos huevos, que eran como treinta, repartió según la costumbre india entre los que llegaron antes que fueran sacados del nido. Entre estos felices individuos

estaba yo ; porque al ver que se dirigía él á ese sitio y que el ave macho se levantaba, y como, además, estaba bien montado y sentía un hambre extraordinaria, fuí de los primeros que llegaron. Muy lejos á la derecha de nuestra ruta se extiende por espacio de 30 ó 40 millas hacia el este, una región llamada por los indios « el país del diablo », en la que según me afirmaron, nadie entra nunca, probablemente á causa de lo árido é impracticable de su superficie, la cual á juzgar por las descripciones, parece ser peor aún que el caos que atravesábamos entonces. Más allá de esa región hay un camino practicable, aprovechado á veces por los indios, que lleva hacia el norte y que probablemente sirve de vía de acceso al Chubut ; pero desde esa línea hasta el mar la región es tan impracticable que, según los indios, serían menester dos años para ir por la costa del mar desde Santa Cruz hasta el río Negro. La existencia de caminos como esos y de las asoladas travesías que se encuentran cerca de la costa es probablemente lo que ha hecho que se describa á la Patagonia como un país árido, casi sin agua : pero en realidad, una vez transpuesta la barrera de la costa, la mayor parte del interior abunda en lagunas, manantiales y arroyos ; y hasta en las travesías, el gran número de animales salvajes que se encuentra en ellas demuestra que allí hay agua.

Al caer el día dejamos la nieve á nuestra espalda, y, bajando una elevada colina, que había estado limitando nuestro horizonte todo el día, llegamos á una amplia meseta ascendente, desde la cual vimos un panorama mucho más alentador. Llanos quebrados se extendían al norte y al noreste, mientras que la Cordillera se alzaba como un muro del lado occidental. Los indios llaman á esa altura : « la colina de Dios », y la tradición, según me la comunicó Casimiro, cuenta que desde ese sitio el Gran Espíritu dispersó á los animales que había creado en las cavernas. Pero al parecer, algunos de ellos se dejaron estar allí, porque en la falda inferior de la meseta, dos pumas fueron perseguidos y muertos. Una hora de marcha por un llano arenoso nos llevó á un valle con una corriente de agua que se deslizaba por entre hermosos pastizales verdes. Ese era el sitio elegido para nuestro campamento, y varias de las mujeres estaban ocupadas en plantar los palos que forman el esqueleto en los toldos ; de modo que, soltando mi caballo, tomé el camino del arroyo y después de regalarme con un baño, me tendí en el suelo y fumé hasta que se acabó de arreglar los toldos. Al día siguiente se hizo una corta marcha en dirección al noroeste, hasta un valle donde había mejor pasto ; se tenía el propósito de dar allí á los caballos el descanso que tanto necesitaban. Pero, entretanto, la carne empezó á escasear, por lo que se organizó un círculo. El caballo estaba cansado ; pero Orkeke, al verme á pie y desprovisto, dijo : « Pídale á Ako que le preste un caballo ». Ako era su perro favorito é hijo adoptivo, en cuya calidad poseía varios ca-

ballos. Como Ako no hizo objeción alguna, en breve estuve montado y partí para la caza muy contento. En la travesía del día anterior habíamos notado muchas huellas, que parecían ser de avestruz, cerca del terreno donde íbamos á formar el círculo, esto es, en dirección á la Cordillera, y todos esperábamos encontrar caza abundante. Se formó el círculo y yo era uno de los ojeadores; al llegar al punto que debía ocupar estuve acechando ansiosamente por un tiempo, pero el único animal que apareció fué un guanaco macho, al que, como no me vió acurrucado detrás de un matorral de incienso hasta que se puso á tiro, boleé y maté afortunadamente. Después de esperar un poco más, como los indios estaban ya relativamente cerca, me trasladé, unos centenares de yardas más lejos, á un lugar más prometedor; pero no aparecieron animales. De modo que salí en busca de Orkeke, al que descubrí en seguida fumando en la cima de una pequeña eminencia. Después de pasar la pipa en silencio, le pregunté qué había muerto. Me respondió: «Nada. Esperemos y se verá. Tal vez algún otro tenga un avestruz.» Pero una averiguación esmerada no reveló á ninguno tan afortunado, aunque sí á varios que habían muerto guanacos. De suerte que fuímos adonde yacía al descubierto mi guanaco muerto; al aproximarnos, dos ó tres cóndores alzaron pesadamente el vuelo, y en seguida unos veinte ó treinta más extendieron sus enormes alas, se alejaron y fueron á encaramarse sobre una roca vecina. En cuanto al guanaco, en la breve media hora que había durado mi ausencia había sido literalmente hecho pedazos; de manera que después de sacar y comer los tuétanos, volvimos al campamento, apresando en el camino dos armadillos. Durante los dos últimos días, ó cosa así, la temperatura se había elevado notablemente; el viento, aunque soplaba del oeste, era suave y agradable, y los indios afirmaban que más al norte iba á hacer tanto calor que debía proveerme de algo para cubrirme la cabeza. Al regresar nos encontramos con que, durante nuestra ausencia, Arica había salido á pie á alguna parte. Como esa mañana me había pedido tabaco y lo había obtenido, parecía probable que hubiera intentado hacer sólo su camino hasta algún lugar civilizado.

Durante nuestra permanencia en ese valle, Casimiro me pidió que escribiera por él una carta al comandante del Río Negro preguntándole si el gobierno argentino seguía concediéndole su ración y paga de teniente coronel á su servicio. Escribí también varias cartas para mis amigos, pero sin mucha esperanza de que fueran despachadas, aunque Casimiro me aseguró que, cuando encontráramos á los indios del norte, éstos las entregarían á los araucanos, de donde podrían pasar á manos de los que iban al Río Negro á buscar la porción de ganado concedida al jefe; por remotas que fueran todas estas contingencias, era un placer escribir, salimos del valle después de tres días de descanso, durante los cuales no reapareció Arica, por lo que se llegó á la conclusión de que había sido

presa de algún puma ó se había marchado por cuenta propia. Viajamos todo el día por una región abrupta y montuosa, atestada de grandes piedras y con uno que otro grupo de árboles de considerable altura; abundaban los avestruces y se encontraron grandes cantidades de huevos. En el curso de una larga marcha, de 30 millas poco más ó menos, no se vió agua, hasta que, al ponerse el sol, llegamos al campamento, situado en un cañón; pero en el camino uno que otro parche de nieve bastó para satisfacer nuestra sed. Yo cabalgaba en compañía de un indio llamado Chang, que se puso á hacerme preguntas, empezando por: «¿Quién es el cacique de los ingleses? Le expliqué que era su graciosa majestad. «¿Está casada? ¿es viuda? ¿Tiene hijos? ¿cuántos? ¿tiene muchos caballos y yeguas, y adornos de plata? Y así sucesivamente, hasta que quedó satisfecho; entonces se puso á repetir mientras andaba: «¡Una mujer cacique! ¡una mujer cacique! ¡Cuatro hijos y cinco hijas! ¡Muchos caballos, yeguas, ovejas y vacas!» El 22 de septiembre dejamos el campamento del cañón antes que saliera el sol; y, subiendo á la cresta del lado norte, hicimos alto junto á la tumba de un indio; la ancha y alta pila de piedras formada sobre ella denotaba que el muerto había sido un cacique de importancia, hecho que Waki me comunicó en voz baja. Se hizo allí una fogata y se agregaron unas cuantas piedras á la pila. El sol salió mientras los indios estaban calentándose, y el aspecto de la Cordillera, vista á través de la atmósfera clara, cuando los primeros rayos del sol iluminaban las nevadas cimas de las montañas con un fulgor rosado, era magnífico. Proseguimos nuestro camino por sobre llanos arenosos, cruzados de trecho en trecho por corrientes de agua poco profundas, é hicimos alto cerca de unas lagunas en un lugar llamado por los indios Kinck.

Al día siguiente reanudamos la marcha, cazando por el camino como de costumbre. Un avestruz gordo en esa época del año era una rareza, pero los huevos abundaban y constituían el principal producto alimenticio; los armadillos estaban cobrando carnes y eran otros recursos para la comida que se hacía en el fuego del campamento. El 27 llegamos á un lugar llamado Gegel, situado á orillas de un río rápido, probablemente el que desemboca en Puerto Deseado. Ese era el punto de desviación del camino del norte á Patagones, para toda partida que fuera á cazar en los llanos occidentales. Durante nuestra permanencia en Gegel, cazamos en las tierras circundantes y en varias ocasiones notamos columnas de humo al sur, causadas al parecer por una partida que se acercaba. Esas columnas se mostraron al fin más próximas; y como no se viera respuesta alguna á nuestros fuego de señal, se enviaron exploradores, pero éstos no trajeron ninguna información. Uno de ellos, sin embargo, aseguró que había encontrado rastros de muchos caballos, pero su reputación de mentiroso incorregible quitaba todo valor á su afirmación. Á

pesar de eso, todo el mundo quedó convencido de que los indios del norte estaban en guerra con los araucanos, y en consecuencia comenzaron los preparativos para la lucha. Después de una noche en vela, pasaba con los fuegos apagados, y en el silencio más estricto, todos salieron armados y montados en sus mejores caballos. Á poco andar resultó que la causa de toda la alarma era Arica, que andaba á pie desde hacía once días, siguiendo nuestro rastro, alimentándose con huevos de pájaro y escapándose milagrosamente de los pumas; más de una vez había sido atacado por éstos en pleno día, y había muerto á uno con su cuchillo, hecho que atestiguaban las botas que había logrado fabricarse con la piel de su enemigo. Estaba consumido y su aspecto era salvaje; tenía los pies destrozados, y me dijo que una noche más habría concluido con él. Los indios que, á causa de su desersión y de la persecución que emprendieron después contra nosotros, habían estado alerta toda la noche anterior, sin fuego, y sin poder conversar, se mostraban indignados, como es natural, y querían matarlo. Pero Casimiro y Orkeke intercedieron por él, y se le llevó á los toldos en ancas.

Á propósito de esos fuegos de señal, Casimiro me contó una historia curiosa. Hela aquí: « Una vez, cuando yo era muy joven, hacía un viaje de unas cuantas leguas hacia el norte, al cuidado de mi madre. La partida acampó junto á una gran laguna, no lejos del río Sengel, y se ocupaba en cazar en las inmediaciones. Durante varios días seguidos estuvo observándose humo en diferentes direcciones y estas señales se acercaban cada vez más. Se supuso naturalmente que las causaban los indios; se respondió á ellas, y al fin se enviaron exploradores que averiguaran la cosa, porque no aparecía enviado alguno. Pero los exploradores volvieron diciendo que no habían podido descubrir nada. Á los cuatro días, sin embargo, llegó al campamento, preguntando por un jefe de nombre desconocido, un indio alto, flaco, consumido, montado en una mula trassijada. Como de costumbre, se llevó al forastero al toldo del jefe y se soltó á la mula; pero, cosa extraña, la mula no se movió nunca del sitio donde había sido desensillada, y el indio por todo el tiempo que permaneció en la toldería, no comió ni bebió una sola vez. Al cabo de tres días el forastero montó en su mula, que parecía tan fresca como á la llegada, y partió en dirección al norte. Al día siguiente, durante la cacería, se declaró una enfermedad entre los indios; unos se cayeron muertos del caballo, y otros, aunque pudieron llegar á los toldos, sobrevivieron muy poco tiempo. Como se acostumbra hacer cuando se declara una epidemia los toldos fueron transportados á cierta distancia unos de otros para evitar la infección, pero murieron muchos hombres, mujeres y criaturas. Más tarde me fué confirmado por persona fidedigna ese hecho de que una plaga ó enfermedad había causado en pocos días la muerte de muchos indios en un campamento situado en esos llanos; mi informante,

que había estado en esa partida, me aseguró que la tribu pampa quedó diezmada entonces.

En las escarpas situadas río arriba, del lado oriental de nuestro campamento, ví una cantidad de bolas de arenisca de varios tamaños. Partiendo en dos una de ellas descubrí que formaba el núcleo un pedazo de algo que tenía cierta semejanza con la piedra mineral, y á su rededor había capas de arena que parecían haberse conglomerado. La manera cómo habían podido formarse esas bolas era para mí un misterio, pero resultaban muy manuable como boleadoras, con sólo reducir un poco su tamaño. Cazando hacia el este del campamento, encontramos varios pantanos arcillosos; me metí en uno de ellos, persiguiendo ciegamente á un avestruz y se me hundió el caballo haciendo dar á su jinete un salto mortal completo; con mucho trabajo conseguí levantarme, y con más dificultad aun saqué luego al caballo del viscoso tremedal.

Desde el retorno de Arica los chilenos se manifestaban inquietos, y continuamente se preguntaban la dirección de la colonia Chubut. Les respondía que estaba como á 150 leguas al estenordeste de ese punto, por lo que podía calcular, pero que más les convendría seguir con los indios y hacer el trabajo mujeril de acarrear leña y agua, etc., y no internarse en una pampa salvaje y temible, donde inevitablemente se morirían de hambre, sin guías como estarían y sin conocer el camino.

Durante nuestra permanencia en ese lugar, casi fuí víctima de un enredo matrimonial. Una india joven y bonita, cuyo cabello cortado sobre la frente denotaba la viudez, dueña de varias yeguas y de una cantidad de efectos, y con la que tal vez había tenido yo algunas atenciones, me propuso que hiciera toldo con ella. Esto se salía por completo de mi programa de viaje; pero, como la alianza podía resultarme útil, así como agradable, y sólo como estaba sin un sólo amigo propio, convine á medias en eso. Se envió, pues, á un medianero para que arreglara la dote, y quedó establecido que yo daría un revólver en cambio de dos caballos que suministrarían los amigos de la bella. Pero la noche antes del día feliz en que debíamos unirnos se produjo la alarma; y como ella era de la tribu de los meridionales, reconsideré mi resolución de entregar armas, y dí como razón para deshacer el trato la de que no quería retirarme del toldo de mi amigo Orkeke. No tengo la menor duda de que la gente de ella, deseosa de contar con la ayuda de mis armas de fuego, había aconsejado el matrimonio para obligarme á secundar sus planes bélicos. La dama se ofendió un poco al principio, pero la cosa pasó y pronto volvimos á nuestras relaciones amistosas anteriores.

En ese campamento ocurrieron entre los indios y sus mujeres dos reyertas, que fueron las únicas trifulcas matrimoniales de que tuve noticia durante mis andanzas con ellos. Una, entre Tankelow y su mujer, tuvo por teatro nuestro toldo. Empezó porque Tankelow castigó á

su hija, cosa que disgustó seriamente á la mujer; de las palabras, los cónyuges pasaron á los golpes, y la mujer llevaba ya la mejor parte cuando la señora de Orkeke intervino con brazo fuerte y puso término resueltamente al desorden.

Al día siguiente Tankelow apartó sus caballos, pero al caer el día se efectuó la reconciliación. El 3 de octubre salimos de Gelgel-aik y emprendimos la marcha hacia el oeste, afrontando un viento cruelmente frío. En la cacería fueron muertos no menos de siete pumas, que, como es corriente en esa época, estaban muy gordos y fueron debidamente cocidos en las ollas de hierro; su carne, que se parece mucho á la del cerdo cocido, suministró una excelente cena. Durante el día, siete de los chilenos se perdieron, y cuando llegamos á los toldos trascendió la noticia de que habían resuelto dirigirse solos á la colonia Chubut. Como se habían marchado de una manera subrepticia, cosa que los indios consideran equivalente á una declaración de guerra, algunos querían salir en su persecución para matarlos, pero esta proposición fué desechada por Orkeke y Casimiro. El campamento estaba al abrigo de una colina llamada Tele, junto á una gran laguna cubierta de aves acuáticas, en la que desaguaba un lindo manantial que brotaba de la colina; al lado de las orillas de esta agua pura y clara crecía en profusión una especie de berro verde, y, al ponerse el sol, bandadas de flamencos (*Phoenicopterus tgnipallo*) y de espátulas rosas (*Platalea ajaja*) llegaron á la laguna para alimentarse. Se hizo una cacería de un día en el llano circundante, que presenta al oeste varias de las caídas marcadas, ó formaciones cóncavas, que según Darwin, existen del lado oriental de la cordillera. El 5 de octubre levantamos el campamento y marchamos en dirección al norte hasta llegar á un río de caudal considerable; algunos lo cruzaron en seguida, aunque era hondo y las orillas estaban carcomidas y tenían poca solidez. Las mujeres y el resto de la partida se desviaron hacia un vado y el viejo Orkeke envió á uno de los chilenos para que cuidara de que no se mojase su perrito, en el que derrochaba sus afectos paternos. Á la media hora, toda la partida, incluso Ako, había cruzado sin tropiezo y se plantó el campamento en una península situada entre ese río y otro que se juntaba con él más abajo. Estas corrientes unidas pueden formar ó no un tributario del Chubut; los indios no estaban de acuerdo sobre ese punto: unos afirmaban que era así, otros aseguraban que el río desembocaba en una gran laguna. El tiempo había cambiado, caía una lluvia menuda y con la humedad y el barro el estado de los toldos era muy desagradable. Pero la lluvia no hacía mucho daño á nuestras ropas, porque es fácil secar al fuego una manta de guanaco, para lo cual hay que tener la precaución de exponer al calor sólo el lado del pelo, porque de otra manera el cuero se reseca y podría rasgarse fácilmente. En ese campamento se destacaron vigías, y uno de ellos volvió declarando que

había visto humo en dirección al norte. Por consiguiente, el 9 de enero, descansados ya nuestros maltratados caballos, cuya condición mejoraba rápidamente gracias á la hierba verde y fresca que brotaba entonces en abundancia en todos los valles, cruzamos una pampa erial, arcillosa, interrumpida de trecho en trecho por ciénagas y pantanos, y el 10 llegamos á una pequeña cadena de colinas que corría de este á oeste. Al pie de una de éstas se plantaron los toldos, junto á una de las hermosas fuentes circulares que se encuentran con frecuencia en la Patagonia; de la arena blanca y lisa que formaba el fondo de esa fuente, el agua subía en burbujas como cristal líquido, y se veían cruzar peces de plata de un lado á otro en la cuenca circular. Los indios se deleitan en lavarse los pies y las manos en esas fuentes, y se quedan sentados junto á ellas largo tiempo admirando la belleza de esos «ojos del desierto». Como á nuestra llegada las mujeres no habían terminado aún los arreglos domésticos, después de desprender de nuestras monturas los despojos de la caza bajamos una colina adyacente para echar un vistazo alrededor. El día era magnífico, y el sol, que se ponía en esos momentos, bañaba todo el paisaje en un mar de matices rojos. Vimos al noroeste tres marcadas columnas de humo; los indios afirmaron que las causaban los desertores chilenos, y se mostraban muy enojados con ellos porque suponían que habían perdido el camino y que estaban deseando volver á los toldos. En ese lugar advertí que mi brújula no marchaba, y supuse que se había descompuesto; pero, como el instrumento funcionó después debidamente, su desarreglo temporario debe haber sido causado por alguna atracción local. Hacia el norte, por lo que pude conjeturar entonces, corría una larga cadena de colinas que terminaba en una montaña particularmente puntiaguda, al pie de la cual los indios me indicaron unos árboles que bordaban un río tributario, según sus declaraciones, del Chubut. Hacia el oeste, se desarrollaban llanos quebrados que parecían extenderse á la distancia cortando la línea de la cordillera, como si hubiera en ella una depresión ó boquete, porque no se veían en ese lado del horizonte colinas de gran tamaño. Mientras estábamos tendidos, fumando, en esa colina, me entretenía en formar en el suelo diferentes dibujos con varios pedazos de ópalo y cachalón combinados que había recogido, y había dispuesto un círculo que parecía una tumba india en miniatura, cuando al ver lo que estaba haciendo, uno de mis compañeros se puso muy enojado y dijo: «Eso va á traer mala suerte» creyendo al parecer que yo estaba maquinando mentalmente la muerte de alguno por brujería. Como no tenía ganas de que me mataran por vía de prevención contra imaginarios conjuros, recogí apresuradamente mis muestras, muchas de las cuales perdí en el viaje siguiente. El nombre indio de ese lugar es Yai-ken-Kaimak, y significa que esa es la colina desde donde se atisban las señales de humo reveladoras de la aproximación de indios del norte.

Permanecimos cinco días en ese campamento. Predominaba entre tanto, una inquietud general y las armas estaban siempre al alcance de la mano. Aparte de la cacería de costumbre, bajo las órdenes del cacique, nos ocupábamos en hacer ejercicios ecuestres; esta instrucción militar á caballo tenía el carácter de un preparativo para el caso de que encontráramos á los tehuelches del norte en guerra con los araucanos ó manzaneros. Los llanos del oeste abundan en guanacos, algunos millares quedaban encerrados dentro del círculo en una sola vez. Un día que no había ido yo á la cacería y que estaba andando á pie por el campo, porque me había ofrecido para ocupar el puesto del vigía en una colina adyacente, ví un guanaco que venía en dirección á mí, muy cansado; me escondí detrás de un matorral y esperé que el animal se acercara sin recelo, y lanzándose fuera entonces, lo boleé con una boleadora para avestruz. Como el animal estaba muy cerca, sus manos quedaron perfectamente atadas, y no me costó mucho despacharlo de un golpe en la cabeza con otra boleadora. En esa época yo había adquirido ya cierta destreza en el uso de la boleadora, y cuando no estaba ocupado en otra cosa tenía invariablemente la costumbre de salir al campo á ejercitarme. Esta práctica me había habilitado muy pronto tanto para usar las bolas como para adquirir el arte de fabricarlas; empleábamos nuestras muchas horas desocupadas en trenzar tendones de avestruz, y así conseguí proveerme de un extenso surtido que generalmente trocaba por tabaco. Durante nuestra permanencia allí, el tiempo empeoró: predominaban la lluvia, el agua, nieve y los vendavales; y á causa de la lluvia continua y de la naturaleza cenagosa del terreno, los toldos se empaparon y arruinaron de tal modo que se hicieron casi inhabitables. De suerte que pasamos el 16 á una pampa rasa; durante la travesía se vió humo al este y se respondió á él debidamente. Acampamos á la noche del lado norte de una pequeña corriente rápida, en un lugar llamado Pelweeken, situado á una legua del río boscoso cuyos árboles se veían desde el campamento. Allí conocí un nuevo juego de los indios, que se parecía al que juegan los escolares con huesecillos, pero en el que empleaban piedritas; fuertes apuestas se perdían y ganaban en esa forma. El 17, un domingo, los indios salieron á cazar en las cercanías del río boscoso, y Casimiro me propuso que lo acompañara á los bosques para cortar palos para los toldos y madera para hacer monturas. Pero, por alguna razón, Orkeke me recomendó que me quedara tranquilamente en los toldos; y como á veces un consejo es casi lo mismo que una orden, asentí, aunque ansiaba volver á ver de cerca un árbol después de tantas andanzas por las desnudas pampas. El día era templado y lindo, y salí á pie río abajo en busca de huevos de ganso de tierras altas (*Chloephaga magellanica*) de ganso de pico amarillo (*Cygnus coscoroba*) y de otras aves acuáticas, y volví como á las dos de la tarde con un buen botín. Las mujeres estaban

vigilando la preparación de una parte de esa cosecha cuando una de ellas entró precipitadamente en el toldo gritando que los indios volvían y que había habido pelea. Una ojeada á los jinetes que llegaban bastó para convencernos inmediatamente de que la mujer tenía razón. Volvían al galope, en grupos de dos y de tres, con los sables desenvainados, las mantas colgantes de los hombros y las caras arrebatadas de furor. En seguida fueron á tomar sus fusiles y revólveres para reanudar el combate. Pero llegó Orkeke y pronunció un largo discurso, y al fin se restableció la calma. Habían muerto y abandonado en la pampa á un hombre, un hermano de Camilo. La hermana del asesinado se puso frenética al saber eso y armándose de un cuchillo intentó vengar á la víctima, pero en seguida la contuvieron, la desarmaron y la tranquilizaron. El muerto había estado armado de un revólver de seis tiros y su atacante tenía sólo un sable; pero el primer disparo erró el blanco y en el segundo el arma no hizo fuego, y entonces el hombre se echó encima de su adversario y lo atravesó de parte á parte. Casimiro volvió en breve con el resto; y cuando le contaron la riña y su resultado, por un tiempo estuvo ansiando reanudar la lucha para vengar al muerto que era pariente suyo, pero cedió al fin ante los argumentos de Orkeke. Al día siguiente el humo del este apareció muy cerca, y á poco de estar marchando, se despachó á dos jóvenes en dirección á él con instrucciones privadas de Orkeke. Seguimos hasta el río boscoso, donde disfrutamos por un rato de la sombra de una especie de abedul, y vadeamos después el río, que es muy ancho y muy rápido. Los indios decían que era imposible que un hombre cruzara ese río en su parte más honda, debajo del vado, á causa de unos animales feroces que denominaban «tigres del agua», los que infaliblemente atacaban y devoraban á cualquiera en el río. Los describían como unos cuadrúpedos amarillos más grandes que el puma. Es cierto que dos avestruces que habíamos abandonado en la orilla demasiado pobres para ser aprovechados, aparecieron al día siguiente en las aguas bajas destrozados y medios devorados, y se veían claramente en dirección al río las huellas de un animal parecido á un puma grande; pero el puma arrastra invariablemente á su presa á un matorral, y, aunque el jaguar entra fácilmente en el agua, no he sabido nunca que devore á su víctima sino en tierra, aparte de que, por lo que me consta, no se les encuentra nunca tan al sur. Ese animal debe ser una especie de nutria grande y obscura, con el pecho naranjado, que existe en el Paraná; pero el relato de los indios es curioso porque se relaciona con el nombre del lago: Nahuel Huapí ó «Isla de los tigres». Es posible que el aguara, que se encuentra en el valle del río Negro, frecuente también estos distritos. Me dijeron, además, que se habían visto ciervos en las orillas del río, pero no se tuvo noticia de ninguno de ellos durante nuestra permanencia en las inmediaciones. Unas cuantas millas

abajo del vado termina la faja de árboles, y en la parte sur hay una agrupación particular al parecer de rocas cuadradas, que á la distancia tiene todo el aspecto de un pueblito regularmente construido y cercado. Los indios llaman Sengel a ese lugar, que fué la escena de un gran combate entre los tehuelches y araucanos hace muchos años, y todavía blanquean el llano vestigios de él en forma de huesos y calaveras. Cuando hubimos cruzado el río regresaron los jóvenes que habían sido enviados, trayendo consigo tres caballos pertenecientes á los chilenos y un hombre de la partida de ellos, que, parece mentira, había ayudado á los indios á desmontar y á imposibilitar á sus compañeros. El detalle de la suerte que éstos habían tenido no se divulgó, aunque circulaba la historia de que algunos de ellos habían conseguido llegar al Chubut. No hice ninguna pregunta pero el cuchillo manchado de sangre de uno de los jóvenes contaba su historia propia.

Ese día todos los indios cabalgaron en silencio; los sucesos de las últimas cuarenta y ocho horas habían despertado todas sus malas pasiones. Yo iba solo, sintiendo peligro en la atmósfera, y cerca de nuestra parada me uní á Orkeke y á dos más, junto al fuego, con el propósito de cocer unos huevos de avestruz; y estábamos despachándolos animadamente cuando un mensajero vino á decir que Casimiro esperaba verme en un sitio que indicó. Monté y partí, pues; pero no había andado mucho cuando los dos bravos que habían sido comisionados para el asunto de los chilenos se me acercaron al galope, uno por un lado y otro por el otro blandiendo uno su sable y revoleando el otro sus boleadoras. Inmediatamente espoleé al caballo, y mi manta, al flamear, descubrió dos revólveres que llevaba en el cinto debajo de ella. Los bravos sujetaron sus caballos y gritaron « ¡Párese! ¿ Adónde va? ». Pero, sin darles respuesta alguna, seguí al galope, sin que volvieran á meterse conmigo, y en breve me uní á mi viejo amigo. Este me informó entonces que, completamente disgustado por los últimos sucesos y por la anarquía general reinante, había resuelto seguir adelante solo para encontrarse con los indios del norte, dejando á su esposa y á sus hijos al cuidado de Cayuke. Necesitaba, por lo tanto, las cartas que yo había escrito por él, y también la mía, que se comprometía á enviar al mismo tiempo. De suerte que regresé á los toldos en busca de las cartas, y se las llevé á Casimiro sin que nadie intentara detenerme.

Al volver junto al fuego debajo del matorral, desmonté; y, mientras cocía otro huevo, participé á Orkeke algunos de mis pensamientos, insinuándole tranquilamente que yo llevaba conmigo diez vidas. Me aseguró que todo era una equivocación y habían procedido sin orden alguna de él; los individuos habían querido solamente probar mi valor por broma. Repliqué que las bromas de esa especie eran á veces peligrosas, y dejamos el tema entonces.

Acampamos junto á un arroyo, en el que nos metimos muchos para tomar un baño refrigerante, goce favorito de los tehuelches, que son poderosos nadadores y se zabullen bien. Mientras estábamos allí, recreándonos en el agua, el estado de ánimo mejoró, y el recelo y la discordia mutuas, que por tanto tiempo habían predominado, fueron olvidándose poco á poco. Casimiro se había marchado, llevándose á uno de los chilenos; y su mujer me contó, en medio de un aluvión de insultos á su cara mitad, que éste se había ido de miedo, porque los otros indios habían resuelto matarlo, y agregó que su hombre tenía el corazón de un zorrino, de un buitre y de un armadillo. Bonita trinka formarían éstos juntos. Que Casimiro había hecho bien al escapar en esa coyuntura particular era muy evidente, porque al siguiente día se enviaron dos jóvenes, ostensiblemente como chasques, en busca de los indios del norte, y en realidad para que procuraran alcanzar y despachar al fugitivo; pero los enviados volvieron sin noticia alguna del astuto y viejo jefe.

En la cadena de colinas ya descripta, visible desde Kaimak, hay una mina ó veta de mineral de hierro, como á una milla al oeste clavado del arroyo, señalada por una gran mole de cuarzo blanco. Los indios la aprovechan para la fabricación de bolas, y se hizo una excursión al paraje. Trajimos una cantidad de pedazos, algunos de los cuales, en mi poder todavía, han sido examinados y reconocidos como mineral de hierro oscuro y magnético. Los indios me dijeron también que, unas leguas al este de ese lugar, hay en medio de un llano desierto una masa de hierro, á la que consideran con un temor respetuoso, y que, á juzgar por lo que pude colegir de su relato, tiene la forma de una bala enramada. No estuvo en mi mano determinar si eso era un aerolito ó si tenía alguna relación con el mineral de la falda de la colina, porque, dado el crítico estado de ánimo que predominaba entonces, una visita de inspección era impracticable.

El 22 de octubre marchamos unas cuantas millas, siguiendo siempre la línea de colinas, y con rumbo al norte. Los huevos de avestruz seguían siendo el principal artículo de consumo, y suministraban un plato suficientemente nutritivo pero dotado de todas las virtudes de un método para combatir la obesidad. Afortunadamente, ese día dos de nosotros matamos pumas gordos, y algunas tajadas de esta carne, asadas para variar, fueron un extraordinario aceptable en la comida de la noche; pero aconsejo por experiencia á todos los viajeros que cuezan su carne de puma. Acampamos en una pequeña garganta de las colinas, exactamente al pie de una roca particularmente puntiaguda, á la que llaman Yowllel, ó Roca del Buque, por su parecido con un buque de velas desplegadas; y los indios la consideran con superstición porque creen que todos los que intenten subir á ella, aun con el tiempo más tranquilo, al

llegar á la cima verán sus mantas desgarradas por furiosas ráfagas.

Al día siguiente, una gloriosa mañana después de una noche de lluvia, continuamos la marcha en la misma dirección; y, mientras esperábamos el bagaje pesado, representado por las mujeres y criaturas, varios nos fuimos á una pista regular, un camino batido de seis pies de ancho, que se extendía por cerca de tres millas, nivelado y libre de piedras aunque un poco arenoso. Allí, para pasar el rato, probábamos la rapidez de nuestros caballos; y, cuando aparecieron las mujeres, iniciamos la caza en una pampa formada por una comba de la cadena de colinas. En el curso de la cacería encontramos el cuerpo de un guanaco, muerto por un puma, cuidadosamente escondido entre hierba y maleza. Era un animal gordo, como los que el puma señala siempre, aunque he leído en algunos relatos que esa fiera sigue á las manadas para elegir á los guanacos débiles. Varias veces pude comprobar que no es así, porque las reses que encontramos abandonadas por esos felinos eran siempre de animales en buenas carnes. En las primeras horas de la tarde llegamos al campamento, situado junto á un pequeño río que salía de las colinas en dirección al este. Las mujeres, con excepción de una que otra, no estaban presentes, y se las podía ver á dos millas de allí, desenterrando una especie de papa que crecía en la falda inmediata de la colina. El día era caluroso, y Orkeke me invitó á que fuéramos á la cima de una de las colinas para ver si desde allí se descubría humo ó alguna otra señal de indios. Cruzamos, por tanto, el arroyo, y mientras cabalgábamos por la orilla norte ví peces que nadaban perezosamente á flor del agua. Después de atravesar un espacio de terreno pantanoso subimos las colinas; y, desmontando junto á un banco de tierra azul, trepamos á pie á la cima, que estaba formada por una clase de cuarzo atravesado por vetas cristalinas. Valiéndonos de pies y manos subimos por esta formación hasta la cúspide, donde se ofreció á nuestros ojos un hermoso panorama del campamento y del pastizal verde que bordaba la corriente. Hacia el norte, el paisaje aparecía un tanto cortado por colinas que se alzaban á una altura considerable. Exactamente debajo de nosotros se extendía un valle, en el que varios guanacos y avestruces estaban tomando su comida vespertina. Nos dejamos estar allí un tiempo, fumando y disfrutando del aspecto de la naturaleza en general, pero no pudimos descubrir humo ó señal alguna de indios. Orkeke observó que el pastizal tenía un aspecto más fresco aguas abajo del río, y me propuso que lo examináramos. Descendimos, por consiguiente, de nuestra elevada posición, y seguimos valle abajo; en el descenso tuvimos la suerte de matar un avestruz macho gordo, que estaba echado en un nido de veinticuatro huevos. Examinamos la hierba, que era de buena calidad; y, después de una comida al fresco, en el curso de la cual se nos agregó Chang, volvimos á los toldos, adonde acababan de llegar las mujeres con una considerable provisión de papas.

Como, en el camino de vuelta había visto otra vez peces en el arroyo, soltando el caballo me puse á sacar mis anzuelos y sedales del bagaje á cargo de la señora de Orkeke. Al rato todo estuvo pronto. Un pedazo de carne hacía las veces de mosca para el cebo; y, echándola suavemente en el agua, en breve la mordieron y saqué un pez como de dos libras de peso, de la clase de las percas, igual al que llaman dorado en el Río de la Plata. En media hora de pesca saqué varios otros no menos grandes, y, como ya había oscurecido casi, regresé para cenar pescado frito y papas cocidas.

No tuve oportunidad de ver las plantas que producían esos tubérculos; pero éstos se parecían exactamente á los que saqué más tarde, en la región norte, de una planta cuya hoja plumosa, como de helecho, sale de un tallo largo y delgado. Al día siguiente trasladamos el campamento río abajo, á inmediaciones del pastizal verde, donde encontramos grandes cantidades de huevos de ganso de tierras altas, patos, etc. En la vecindad, un árbol solitario se alzaba junto al río, aunque las orillas de éste aparecían sembradas de leña arrastrada por el agua, probablemente al pasar la corriente por las faldas boscosas de la cordillera, diez millas más al oeste, durante el deshielo. Ese día se había visto claramente humo hacia el norte y se había enviado á Hummuns para que averiguara si eso era una señal de los tan esperados indios. Tres días después, como á las nueve de la noche, estaba tendido pensando en mi hogar, y acababa de tomar, en sueños, una copa de jerez, cuando Orkeke me despertó con la noticia de que se veían fogatas al norte, causadas indudablemente por el chasque que se había despachado. Unas tres horas más tarde, como á medianoche, Casimiro, Hummuns y otro indio entraron á caballo en el campamento, y nuestro toldo se llenó en seguida de gente deseosa de oír las noticias que traía el chasque. Éste dijo que los indios del norte se encontraban en la región del ganado salvaje, donde habían muerto á varios animales; estaban provistos también de tabaco y de otros artículos del Río Negro, adonde habían ido en agosto con fines comerciales, y recibirían bien á nuestra partida con tal que fuéramos como amigos. Á la mañana siguiente celebramos una gran consulta en el toldo de Crime, en la que se decidió que se olvidaran todas las disputas y que saliéramos en seguida á unirnos con los otros indios. Resuelto esto, marchamos todos en dirección al este, hasta un campamento situado á orillas del mismo arroyo y al pie de una cadena de colinas llamada Appleykaik. Permanecimos allí tres días; y, como se observara al este señales de humo que no se habían visto hasta entonces, se enviaron dos exploradores para averiguar la causa de ellas; pero éstos regresaron sin noticias. Como de costumbre, pasamos el tiempo cazando ó bañándonos en el río; y el 31 de octubre reanudamos la marcha. No habíamos adelantado mucho, en dirección al noreste, cuando Teankelow,

que había partido antes que los demás, constituyéndose en partida exploradora, apareció con un indio desconocido, de la tribu pampa, que dijo que sus compañeros se dirigían al encuentro de los indios del norte. Esos indios procedían de las inmediaciones de la colonia Chubut, y, por lo que pude averiguar, eran pampas y tehuelches mezclados. Se convino en que se juntarían con nosotros en un lugar llamado Henno, hacia el cual nos encaminábamos entonces. Continuamos nuestra marcha después de esa ligera interrupción, y acampamos, para pasar la noche, cerca de la orilla de un arroyuelo. El tiempo había cambiado por completo, y soplaban un viento cruel del sudoeste con ráfagas de agua, granizo y nieve; y á muy pocos de la partida les pareció agradable tomar el baño de la tarde. Casimiro estaba muy contento, porque muchos de los indios del norte eran parientes suyos, y se le iba á investir con el mando supremo, en vista de lo cual ya había recibido regalos de caballos, y estaba esperando la consulta del jefe, que, según me aseguró, iba á hacerse con gran pompa. Durante nuestra conversación, Casimiro narró todas sus aventuras desde que salió de los toldos. Había viajado tan á prisa, pensando que probablemente se le perseguiría, que el quinto día se le postró el caballo. Como dos días antes había visto humo de algún campamento del cual estaba cerca entonces, y aunque no sabía si sería ó no el de sus amigos, se separó de su compañero chileno y subió á una altura para reconocer el terreno. Durante su ausencia, el chileno se entregó al sueño; la hierba se incendió y el fuego rodeó al dormido. Los indios, gente de Hinchel, atraídos por el humo, bajaron y salvaron al imprudente; se le había quemado toda la ropa y tenía el cuerpo seriamente chamuscado. Al saber su historia, Hinchel envió en seguida una partida en busca de Casimiro. Éste, al ver que se acercaban cinco indios montados, envueltos en sus ponchos, en la incertidumbre de si eran araucanos ó tehuelches sacó el revólver, preparándose para despacharlos uno por uno; pero en seguida, con gran satisfacción, reconoció en el guía á un pariente suyo. Me contó también que cuando llegó Hummuns, nuestro chasque, fué acogido por un amigo suyo, ante quien, á la noche, se jactó de que él y sus amigos habían muerto á todos los cristianos del campamento. Esta historia fué transmitida en seguida á Hinchel y á Casimiro, que preguntó si «Muster» había sido muerto también; á lo que en mala lengua replicó sin vacilar que sí. Hinchel, que por Casimiro lo sabía ya todo sobre el huésped inglés, se enfureció ante lo que consideraba una grave violación de la hospitalidad é impartió órdenes inmediatamente para que apresaran al chasque, y montaran y se aprontaran á vengar mi supuesta muerte matando á Orkeke y á toda su partida. Pero, cuando se le interrogó como prisionero, Hummuns, aterrado, declaró que «Muster» estaba sano y salvo, y que nadie tenía la menor idea de matarlo y entonces se disipó la tormenta. Pero este relato, que fué confirmado por

el chasque, cuyo informe oí accidentalmente, me preparó para recibir con sentimientos de amistad á un jefe que, como Hinchel, había demostrado tener un sentimiento tan vivo del cuidado que hay que dispensar á un extranjero que confía en la hospitalidad india; y la impresión que me formé entonces del carácter de ese jefe la confirmó en todas sus partes mi trato ulterior con él.

Durante los dos días siguientes nuestro camino atravesó una serie de valles un tanto estériles, bordados por cadenas de altas colinas y sembrado en todas partes de rocas y peñascos, con un aspecto muy escuálido y fantástico. Los valles contenían por lo general buenos pastos tanto al norte como al sur de las corrientes que bajaban por todos ellos; pero á cierta distancia del agua el suelo era arenoso, con matorrales bajos esparcidos aquí y allá.

El 2 de noviembre, como á las 2 de la tarde, llegamos á un paso ó garganta situado arriba del punto de reunión en Henno. El aspecto del valle inferior era muy consolador: verdes llanos herbosos se extendían á algunas millas de distancia, con un lindo arroyo plateado que corría por el centro. Pero, con gran desilusión nuestra, no se vió señal alguna de indios, de modo que bajamos, y, después de bañarnos en un charco, mientras se acababa de plantar los toldos, encendimos una gran fogata de señal, á la que en breve respondieron al oeste. Se envió inmediatamente á un mensajero, que volvió como al anochecer con la noticia de que la gente que esperábamos llegaría al día siguiente; y tuvimos que conformarnos con otra noche de ansiedad, porque no estábamos muy seguros de la acogida que iban á hacernos los recién llegados.

CAPÍTULO IV

DE HENNOKAIK Á TECKEL

Ceremonial de bienvenida. — Los indios de Hinchel. — Tehuelches y Araucanos. — Jackechan y la tribu Chubut. — Mi examen. — Campamento en Henno. — Ocupaciones pacíficas. — El habitante más antiguo. — Chiriqu. — Las ciudades ocultas. — Leyendas modernas. — Misterios de la cordillera. — Los Césares. — La ciudad encantada. — Su situación. — Los Césares indios. — El guanaco. — El avestruz patagónico. — Alrededores de Chiriqu. — Carreras de caballos. — Caballos indios. — Perros indios. — Perro y amante. — Trenzando tendones. — Colina ventosa. — Rodeados por el fuego. — El guanaco cachorro. — Llegada de Grog. — Noticias de Santa Cruz. — Gisk. — Paisaje romántico. — Una vecindad agradable. — Valle mágico. — Domando un caballo. — Curiosidad femenina. — El país del ganado salvaje. — Las selvas de la cordillera. — La vertiente. — Entre las montañas. — Flores silvestres. — Una corrida de toros. — El toro victorioso. — Sin carne de navidad. — Teckel. — Cambio de cuarteles.

Estábamos la mañana siguiente pasando el tiempo en la pesca y en diferentes deportes en el agua cuando se vió humo en varios puntos al oeste, y como á las dos de la tarde apareció en la parte norte del valle la cabeza de una pesada columna de mujeres, criaturas é innumerables caballos. Todos se dirigieron inmediatamente á los toldos, se ataviaron y trajeron los caballos, preparándose para la llegada de las visitas, porque se consideraba una cuestión de gran importancia el encuentro de un número cualquiera de indios después de una separación. En seguida se tomaron y ensillaron los caballos; y aun antes que algunos de nuestra partida estuvieran prontos, los hombres que habían venido cazando por el camino aparecieron, y el ceremonial de bienvenida se observó debidamente.

Las dos partes, con todas sus armas, con sus mejores ropas y montadas en sus mejores caballos, formaron en líneas opuestas.

Los indios del norte tenían una figura más animada: ostentaban camisas de franela, ponchos, y una profusión de espuelas de plata y riendas ornamentadas. Los jefes recorrían la línea de arriba abajo, formándola y arengando á sus hombres, que sostenían un grito continuo de «*wap*,



Ceremonia de bienvenida (entre Tehuelches y Araucanos)

wap, wap». Caí en la formación como soldado raso, aunque Casimiro había tratado de inducirme á que hiciera de capitanejo, esto es, de oficial de una partida. Por nuestra parte se desplegó orgullosamente la bandera de Buenos Aires, mientras los del norte hacían flamear una tela blanca; las filas de éstos tenían un aspecto mucho más militar que el de nuestras mal disciplinadas fuerzas. Hubo luego un cambio de mensajeros ó rehenes; cada bando comisionó para este objeto á un hijo ó hermano del jefe; y los recién llegados avanzaron, formados en columnas de á tres, y pasaron á caballo alrededor de nuestras filas, disparando sus fusiles y revólveres, gritando y blandiendo sus espadas y boleadoras. Después de pasar así á nuestro alrededor á todo galope dos ó tres veces, abrieron sus filas y cargaron contra nosotros como si atacaran á un enemigo, gritando «*Kue*» á cada golpe ó estocada que asestaban. Se suponía que el objeto del ataque era el «*gualichu*», ó demonio, y la verdad es que había que exorcizar en nuestras filas al demonio de la discordia. La partida de Hinchel hizo alto luego, y reformó su línea, mientras nosotros, á nuestra vez, ejecutábamos las mismas maniobras. Después, los caciques se adelantaron y se estrecharon solemnemente las manos, pronunciando cada cual á su turno largos discursos de cumplimento. Esto se repitió varias veces, y la etiqueta impone responder solamente «*Ahon*», esto es, «*sí*», hasta la tercera repetición, después de lo cual todos empiezan á hablar y á hacer á un lado poco á poco las formalidades. Era un tanto sorprendente ver que se insistiera con tanto rigor en la etiqueta; pero, en la observancia de sus fórmulas propias, estos titulados salvajes son tan puntillosos como los cortesanos españoles.

Esos tehuelches del norte, al mando de Hinchel, frecuentan usualmente la región situada entre el río Negro y el río Sengel, y una vez al año, allá por julio, visitan la colonia de Patagones, donde por lo general se dejan estar poco, lo suficiente á penas para trocar sus pieles y sus plumas, y para que, al mismo tiempo, los jefes reciban sus porciones de yeguas, vacas, ponchos, yerba, tabaco, etc., concedidas por el gobierno de Buenos Aires. Cuando los encontramos, en noviembre, poco podían mostrar ya de los beneficios de su visita de agosto al Río Negro, excepto unas cuantas yeguas y unos cuantos ponchos de vivos colores. Hinchel, sin embargo, poseía dos ó tres cabezas de ganado vacuno, que, según decían, habían sido cazadas en la cabecera del valle Chubut, suponiéndose que fueran animales extraviados pertenecientes á los pobladores galenses. Varios indios tenían también, todavía, un poco de yerba y bastante tabaco; y en la ocasión de su llegada muchos lucían ponchos de color, chiripás, y algunos botas de cordobán. En materia de armas estaban bastante bien provistos; la proporción de los fusiles y revólveres era como de uno por cada cuatro hombres. Durante el tiempo que estuvimos ocupados en la ceremonia, las mujeres de la partida recién llegada

se pusieron á plantar sus toldos; y á poco de haber regresado á nuestro campamento, que estaba algo separado del otro, y que parecía muy chico é insignificante en comparación con él, llegó el cacique y regaló yeguas, caballos y otras cosas á los jefes de nuestra partida, y se celebró una gran fiesta en nuestros toldos. Muchos de sus indios llegaron también montados, de á dos, y de á tres á veces, en un caballo; se detenían frente á un toldo, cuando no conocían á sus ocupantes, se quedaban mirando dentro de él unos minutos, pasaban luego á otro, y así sucesivamente. Como en su mayor parte eran hombres jóvenes, su objeto real debía ser probablemente examinar á las niñas. Pero uno de ellos, que, aunque confundible con los indios por su aspecto, pues parecía un araucano, era en realidad un español que había sido robado en su niñez de una colonia, trajo una baraja, y en breve algunos de los nuestros se engolfaron en una partida de siete, en la que el forastero, que era ducho en el arte, en seguida dió cabo de ellos completamente.

Al día siguiente hice una visita á Hinchel. Éste no hablaba el español, pero se arregló para conversar y me preguntó si los indios tehuelches no eran gente rara, porque había oído decir que mataban á los hombres con tanta facilidad como á los guanacos. Por lo que Casimiro me había dicho, yo me inclinaba ya á respetar á ese cacique, que con tanta prontitud había resuelto proteger ó vengar á un huésped de los indios; y la intimidación ulterior de mis relaciones con él no hizo sino reforzar la consideración que me merecía. Era un hombre de figura guapa, de fisonomía agradable é inteligente, que su carácter no desmentía. Nunca, que yo haya sabido, salía de la sobriedad; siempre estaba de buen humor y era muy tranquilo, pero se conocía su valor resuelto y determinado cuando llegaba á excitarse para la lucha. Era diestro en toda clase de trabajos manuales, y siempre estaba activamente ocupado. Era generoso hasta el exceso, pronto para desprenderse de todo lo que se le pidiera, y también de lo que no se le pidiera. Su gran debilidad era una afición inveterada al juego de apuesta, que, unida á su natural prodigio, lo empobrecía grandemente en poco tiempo. Á pedido de él, comuniqué á Casimiro y á Orkeke su deseo de que se celebrara un parlamento. En consecuencia, todos los jefes se dirigieron á un lugar convenido entre los dos campamentos, donde se sentaron en círculo sobre la hierba. Después de varias arengas, dichas por Hinchel y otros, se resolvió elegir á Casimiro jefe principal de los tehuelches, y también que, cuando la estación del guanaco cachorro hubiera terminado, todos los presentes, junto con la partida que se esperaba de las intermediaciones del Chubut, pasaran á un lugar llamado Teckel, y de allí á Las Manzanas, para unirse con los indios araucanos, algunos de los cuales se habían comunicado ya con nosotros y habían prometido enviar mis cartas, por la vía de Las Manzanas, á Río Negro.

Las relaciones entre los tehuelches ó tsonecas de Patagonia y los indios araucanos de Las Manzanas no habían tenido antes, de ninguna manera, un carácter pacífico. Se ha dicho ya que, cerca de Sengel, pasamos por la escena de una feroz batalla entre ellos. Tankelow llevaba todavía las cicatrices de siete lanzazos, recibidos en un combate en el que se le dejó por muerto en el campo. En esa misma ocasión, Orkeke fué hecho prisionero; pero, aunque mutilado, logró escaparse al poco tiempo. El padre de Casimiro cayó prisionero también en un infructuoso asalto á un fuerte araucano. Consiguió evadirse con un par de compañeros suyos después de dos ó tres años de cautiverio; y, cuando iban apresuradamente á juntarse con los tehuelches en las inmediaciones de Geylum, encontraron á un araucano que andaba solo. Éste al ver fuego se acercó sin recelo, y los otros lo recibieron bien, invitándolo á fumar; pero luego lo agarraron, lo desnudaron y lo ataron de pies y manos, y lo dejaron tendido en la pampa, presa desamparada para los cóndores y los pumas. Después de satisfacer así su anhelo de venganza, los fugitivos lograron reunirse á su gente y organizaron un ataque contra los araucanos, en el que fué muerto el padre de Casimiro. Se contaban algunos prodigios de valor que los tehuelches habían realizado; pero en realidad los manzaneros se demostraban superiores á ellos como guerreros, y hasta en los tiempos de nuestra visita estos últimos tenían esclavos tehuelches. El poderoso cacique Lenquetru consiguió reconciliar á los antiguos feudos y unió á todos los indios bajo su mando. Este jefe fué muerto á traición por un oficial argentino en Bahía Blanca, durante la paz entre indios y cristianos, y después de su muerte las viejas querellas se reanudaron. Pero, en la época de mi visita, la diplomacia de Casimiro lograba conciliar á todas las partes, y el resultado de ella se veía en los arreglos amistosos hechos en el parlamento y realizados después con buen éxito. Á no ser así, mi viaje á Las Manzanas, y de allí al Río Negro, habría sido peligroso, si no completamente imposible.

Dos días después de la llegada de la partida de septentrionales, los indios del Chubut aparecieron; fueron debidamente recibidos por nuestras fuerzas unidas, y en esa ocasión el ceremonial ofreció una escena muy animada. Los recién llegados eran unos setenta ú ochenta hombres, con mujeres y criaturas, y ocupaban unos veinte toldos. En su mayor parte eran jóvenes de sangre pampa, ó pampa y tehuelche mezcladas, pero había también en sus filas unos cuantos tehuelches puros; el jefe era un pampa llamado Jackechan, ó Juan. Al observarlos formados ó corriendo á nuestro alrededor durante la bienvenida, me parecieron que tenían un tipo diferente del de mis primeros amigos; por lo general, eran más bajos, aunque tan musculosos como ellos, y también más corpulentos, menos atezados y más limpios y elegantes en sus trajes y personas. Todos tenían una buena provisión de lanzas y armas de fuego, y era

evidente que su jefe los mantenía bien disciplinados. Su radio de acción estaba dentro de los mismos límites que el de la gente de Hinchel, pero parecía que por lo general se conservaban más cerca de la costa marítima, y muchos de ellos acostumbraban visitar la colonia galense de Chubut con fines comerciales. En su opinión, como me lo dijeron después, los honrados colonos galenses tenían un trato más agradable y más seguro que «los cristianos» de río Negro. Al parecer los había impresionado especialmente el tamaño y la excelencia de los panes caseiros, por uno de los cuales daban medio guanaco: y Jackechan se explicaba á menudo sobre la liberalidad del colono y la bondad de su pan. Esos hombres apreciaban también mucho la benevolencia con que la gente de Chubut cubría ó llevaba á un galpón al indio, cuando lo venía el aguardiente; mientras que en río Negro la única atención que se le dispensaba era desnudarlo y saquearlo por completo. Durante la tarde, el jefe Jackechan mandó pedir al «inglés» que le hiciera una visita; de modo que me dirigí á su toldo, y fui recibido por él cortesmente. El jefe usaba una cadena de plata lindamente trabajada, de la que colgaba un medallón de la Madona, prenda de la que parecía estar perdonablemente enorgullecido. Se me invitó á tomar asiento, se hizo circular debidamente la pipa, y pude ver que se iba á poner á prueba el fundamento de mis pretensiones al carácter de inglés. Durante su visita al Chubut, Jackechan se había relacionado con Mr. Lewis Jones, director de la colonia, y había aprendido así el nombre de la reina de Inglaterra, etc.: se puso, pues, á interrogarme al respecto. Ví que era un indio muy inteligente, que hablaba corrientemente el español, el pampa y el tehuelche, y nuestra relación, iniciada así, se convirtió luego en una fuerte amistad recíproca. Como mis respuestas resultaran completamente satisfactorias, el hombre se mostró muy contento y mandó á su mujer que hiciera café, del que le quedaba todavía una parte de la provisión que había hecho en Chubut. Mientras saboreábamos este regalo tuvimos una larga conversación sobre varios temas, y el hombre sacó una fotografía de Mr. Jones y varias cartas, una de las cuales era una orden del gobierno argentino por una porción de animales, yeguas y vacas. Dijo que hacía dos años que no visitaba á Patagones á causa de un combate que había ocurrido; pero que entonces acompañaría quizá á nuestra partida. Mientras estábamos hablando entró su hijo, muchacho de uno doce años de edad; el recién llegado me sorprendió á causa de su diferencia con los demás muchachos indios: por su cabello y sus ojos oscuros, y su tez rubia, se le habría tomado fácilmente por un muchacho inglés. La madre no estaba presente, porque, por razones domésticas Jackechan se había separado de ella; pero después la ví, y, aunque era linda, no tenía más rasgos europeos que el de haber reñido con su marido. El día siguiente se pasó en otro parlamento, ó, como dicen los indios «*aix*», y

todos convinieron en ponerse á las órdenes de Casimiro con el objeto de defender á Patagones en el caso posible de una invasión de los indios de Roque ó Callfucurá, de la región situada al norte del río Negro. Todos los presentes reconocían la necesidad de defender á Patagones, porque, si esa población llegaba á ser destruída, no habría mercado para sus pieles, etc.

Nuestro campamento estaba situado en un gran valle herboso regado por una corriente que fluía hacia el este para perderse al fin en un gran pantano. Ese valle, que podía tener unas doce millas de largo por cuatro quizá de ancho en su parte más extensa, estaba limitado por colinas que se acercaban estrechándolo en sus extremos oriental y occidental. Hacia el noroeste y hacia el norte, las colinas que merecían casi el nombre de montañas, eran particularmente escabrosas, sobre todo en sus cumbres. Al noroeste de nuestro campamento, según la brújula, había un paso formado por una depresión ó boquete en la cadena que se dirigía al norte y por la boca de ese paso podíamos ver el humo de las cacerías de los indios araucanos, que, sin embargo, estaban á muchas leguas de distancia. En toda la Patagonia el humo se ve siempre desde muy lejos, y los ojos ejercitados de los indios alcanzan á distinguirlo de las nubes cuando el común de las personas no podrían descubrirlo á menos que se les señalase. En la parte meridional y oriental del valle había una cadena de colinas, cuyas cimas abruptas surgían de cuevas inferiores de pendiente más regular y superficie más lisa y más propia de médano, que las de la parte occidental y septentrional. La colina de Henno, que da su nombre al valle, se alzaba del llano, inmediatamente arriba de nuestro campamento. Cerca de la cumbre de esta colina, Orkeke y yo encontramos un día que por diversión habíamos trepado á caballo hasta allí, un esqueleto humano blanquecino, tal vez de uno de los dos argentinos que, según me informaron después, habían viajado hasta entonces en compañía de los indios, y á quienes éstos, por alguna razón ó por ninguna, habían muerto cerca de ese sitio. En las colinas circundantes se recogía á menudo pórfido rojo, y también vetas de ágata roja, diferente del ágata cuarzosa tan común en todos los llanos de la Patagonia. Cerca de las cimas de las colinas las rocas eran generalmente de formación ígnea, y en las faldas de esa colina brotaban numerosos manantiales, fáciles de descubrir á la distancia por el color verde vivo de la hierba que en torno de ellos crecía. Visto desde las alturas de Henno, el valle se extendía como un cuadro; nuestros pocos toldos formaban un grupo al este, del lado sur de la corriente; como á un cuarto de milla al norte estaban plantados los treinta ó cuarenta toldos de los indios septentrionales, y, frente á ellos, del lado norte de la corriente, los de la partida mandada por Jackechan ó Juan. La escena era animada pero apacible: podía verse aquí un grupo de jóvenes jugando á la pelota, allá un hom-

bre domando un potro, y más abajo, junto á la corriente, muchachas bañándose ó buscando en los aguazales espinaca silvestre, que crecía en grandes cantidades en toda la orilla del agua. Un día hice una excursión con los chicos para arrancar espinacas y saquear nidos de patos silvestres y gansos de tierras altas; volvimos de ella cargados de botín, y á la noche se hizo un estofado á la tehuelche, con grasa de avestruz, espinacas y huevos, combinación que fué aprobada universalmente. Otro día salimos á pescar, y después de recoger varias piezas con línea y anzuelo declaramos lento ese procedimiento é improvisamos una red cosiendo juntos dos ponchos, metiéndose luego en el agua dragamos las partes bajas, y, á pesar de la lenteja acuática que nos estorbaba un poco, hicimos varias buenas redadas. La presa consistía en peces de la clase parecida á la perca y en una especie negra de roquero. Pero los indios, con excepción de Casimiro, no comían pescado, y al parecer me veían saborearlo con los mismos ojos con que el inglés mirara á primera vista la afición de ellos á la sangre. Otra vez hicimos una expedición para extraer una especie de raíz un poco parecida á la chirivía, pero aunque estuvimos escarbando durante una hora, nuestros esfuerzos fueron recompensados apenas por unas cuantas raicecitas, que se dieron á las criaturas. Invitado por la señora de Orkeke, probé una que había sido asada al rescoldo, y me pareció insípida é insulsa.

Durante nuestra permanencia en ese agradable lugar de descanso, los días fueron brillantes, llenos de sol, y cuando no había viento, calurosos; la falta de lluvia, por otra parte, hacía que el tiempo pareciera casi de verano; pero, en cuanto soplaba viento oeste, el frío penetrante disipaba la pasajera ilusión. La larga demora que imponía la preparación de los caballos para una campaña contra el guanaco cachorro y el toro salvaje, fué muy aceptable para todos los miembros de nuestra partida y después de los dos meses de reyertas y de peligros reales y recelados, y de marchas forzadas, nuestra apacible existencia de entonces, aunque libre de aventuras, era enteramente satisfactoria. Una que otra cacería, un cambio de visitas y partidos de cartas con los recién llegados, la pesca, la busca de huevos de pájaros, de matas de espinacas, etc., con un poco de galacteo, y por vía de trabajo serio, uno que otro parlamento, nos hacían pasar el tiempo en Henno muy agradablemente.

Nuestras cacerías bajo la dirección del « habitante más antiguo », un cacique anciano llamado Guenallo, de venerables cabellos blancos, al que había baldado un lanzazo, recibido, dicho sea en su honor, por haber querido interponerse entre dos amigos suyos. Su avanzada edad y su carácter amable imponían universal respeto, y en las mañanas de caza solía sentarse debajo de un matarral para perorar durante media hora contando una vez más viejas proezas y exhortándonos á hacer lo mejor que pudiéramos. El anciano era una visita frecuente y bienvenida en

nuestro toldo, donde se le alentaba para que se entregase con alegría de su corazón á sus interminables historias. Mi brújula excitó grandemente su curiosidad, y se le metió en la cabeza que el instrumento tenía un poder mágico que podía devolverle el uso del brazo. Suplicó, por consiguiente, que se le permitiera tenerla en la mano; y se estuvo una hora pacientemente sentado, con una mezcla de temor respetuoso y de fe, declarando después que la operación le había hecho mucho bien. Le dimos una gran satisfacción reparándole la cota de malla, una túnica completa de antigüedad ignota, por pesadas cadenas de hierro ligadas con tiras de cuero, y que pesaba más de un quintal. Me dijo que sólo se la ponía para defenderse de « indios locos ».

En su uso de mi brújula rivalizada con otros amigos, que acostumbraban pedírmela cuando emprendían un juego de cartas; esos creían que el mágico instrumento daba suerte por el momento á su feliz poseedor. Muchas veces pensé que era para mí una felicidad no haber llevado más instrumento que ese, porque el manejo del sextante habría sido considerado seguramente como cosa de brujería y se habría achacado al brujo cualquier muerte ó accidente que hubiera ocurrido entonces. La verdad es que se miraba muchas veces con recelosa curiosidad el hecho de que tomara notas, y se hacían averiguaciones para determinar sobre qué podía realmente escribirse en ese lugar, porque aunque la inteligencia tehuelche puede comprender que se escriban cartas á amigos ó funcionarios, no concibe absolutamente que se lleve un diario; y si algún indio « ignorante » hubiera sospechado que se le iba á poner en letras de molde, no habría sido difícil que en vez de esperar la ocasión de destrozar al libro, se hubiese anticipado á todos los críticos destrozando al autor mismo.

El 18 de noviembre se levantó el campamento de Henno; marchamos todos unas cuantas leguas hacia el oeste, cruzando una serie de crestas roqueñas que corrían paralelas á la cordillera, divididas por valles bien provistos de agua, y acampamos cerca de uno de ellos, regado por el mismo río, que hace un gran recodo entre ese lugar y Henno. Ese paraje se llamaba Chiriq por una especie de arbusto cuya hoja se parece un poco á la del endrino, y que crece abundantemente en las orillas de la corriente. La madera de este arbusto es blanda y de poco mérito, pero arde bien cuando está seca. En esa época no tenía flores ni frutos, pero me informaron que daba una baya parecida á la grosella. Desde nuestra partida del boscoso río Sengel encontrábamos de trecho en trecho una especie de cacto ó tuna, como la llaman los españoles, con un fruto insípido algo parecido al higo chumbo corriente; esta planta resultaba muy molesta porque, como crece pegada al suelo, sus espinas pueden mancar muy bien á los caballos, en la caza, si no se tiene cuidado de evitarlas. Desde Chiriq se extendía unas cuantas leguas hacia el oeste, un ancho

llano, limitado al norte y al sur por una cadena de colinas boscosas, que parecía llegar hasta la base de los elevados picos nevados de la cordillera, cuyo aspecto era allí el de una barrera completa.

Durante nuestra permanencia en ese punto, ocurrió un incidente que dió lugar á que se reunieran y compararan las tradiciones concernientes á la ciudad oculta ó encantada, que todavía circulan y merecen crédito entre los indios y los chilotos.

Un día, mientras estábamos cazando, nos sobrecogió un fuerte estampido que parecía un cañonazo, y mirando hacia el oeste, vimos una nube de humo negro suspendida sobre los picos de la cordillera. Mi compañero Jackechan me contó que, en otras visitas anteriores á ese lugar, los indios habían observado columnas de humo análogas en la misma dirección. Una vez muy convencidos de que el fenómeno era obra del hombre, salió una partida con el propósito de entrar en las selvas y llegar á las viviendas de los desconocidos residentes, indicados, según creían, por el humo. Recorrieron cierta distancia por el interior de los bosques de las montañas, pero las grandes dificultades de la travesía los obligaron al fin á abandonar su empresa y á volver sobre sus pasos. Naturalmente, es muy probable que tanto la explosión como el humo procedieran de algún volcán ignorado en actividad; pero los indios creen firmemente en la existencia de una tribu desconocida ó de una ciudad encantada ú oculta. Entre los araucanos que encontramos más al norte era una historia corriente que se había descubierto una colonia de gente blanca, que hablaba una lengua desconocida, en el interior de las montañas del mismo paraje. Los chilotos y los chilenos del lado occidental abrigan una creencia apasionada en la existencia de la Ciudad Encantada y del místico pueblo Los Césares, en cuyo descubrimiento estuvo concentrada por tanto tiempo la atención de Buenos Aires, de Lima y Chile, según De Angelis, á quien se debe la compilación de todos los antecedentes del asunto. Un chilote ó valdiviano, llamado Juan Antonio, me contó que conocía á un hombre, que á su vez conocía á otro que había tenido ocasión de hablar con tercero, que se decía miembro de una partida que había visitado la costa frente á Chiloé con el propósito de cortar madera. Esa partida subió en su bote por un río que, á juzgar por la descripción, era probablemente el curso superior del que encontramos después en la cordillera. Y, al llegar á los bosques, sus miembros se disgregaron para cortar madera. Uno de ellos faltó esa noche junto al fuego del campamento; sus compañeros estuvieron esperándolo, pero al fin lo dieron por perdido. Estaban preparándose ya para emprender el regreso cuando el hombre apareció contando una extraña aventura. En lo profundo de la selva había encontrado una senda, por la que había seguido hasta cierta distancia; de pronto oyó el sonido de una campana y vió claros, de lo que dedujo que estaba cerca de una población ó colonia. En

seguida se presentaron unos hombres blancos, que lo hicieron prisionero, y después de preguntar por qué estaba allí, le vendaron los ojos y lo llevaron á una ciudad extraordinariamente rica, donde lo tuvieron preso unos cuantos días. Al fin lo sacaron de ella otra vez vendado y cuando se le quitó la venda se encontró cerca del lugar de su captura, de donde partió en busca de sus compañeros. Juan Antonio, el narrador, y Meña, uno de los desertores chilenos que asistía á la narración, creían firmemente esta historia, á pesar de que tiene un parecido sospechoso con la que se contaba ya cien años antes, y ambos declararon que todo eso era obra de brujería ó encantamiento.

Me contaron otra curiosa historia, cuyo héroe era un pícaro rapazuelo de doce años, que estuvo después á mi servicio como paje, y que por su impudencia ó inutilidad habría podido ser paje de la corte de Luis XIV. Esta buena alhaja había estado junto con la tribu de Fayel, de indios y valdivianos, en la inmediaciones de la cordillera, y un día se perdió, y aunque se le buscó por todas partes no se descubrieron rastros de él. Reapareció tres meses después, vestido con las mismas ropas y en un estado de nutrición notable, sin que hubieran mermado nada sus ánimos ni su impudencia. Mi amigo Ventura Delgado, un valdiviano blanco, que estaba en el campamento cuando el muchacho se perdió y reapareció, atestiguaba por conocimiento personal toda esa parte de la historia. Cuando se interrogó al rapaz sobre dónde y con quién había estado, respondió con firmeza: « Con el hombre de la isla que está en el lago. » El lago más cerca que se conocía era de Nahuel-Huapí, situado á treinta millas de distancia; pero según viejos relatos, debía existir una cadena de lagos dentro de la cordillera. En verdad habría sido extraño que el muchacho hubiera conservado sus buenas carnes si hubiese estado vagando tanto tiempo por la selva y alimentándose con raíces, fresas y la planta llamada talka; y no menos desconcertador era imaginar que los extranjeros le hubieran permitido volver una vez que lo habían hecho prisionero.

Otra fábula curiosa contó mi guía Jaria cuando nos alejábamos de Punta Arenas, á propósito de los animales salvajes de la Patagonia, tema que el teniente Gallegos estaba desarrollando entonces. Jaria me preguntó si había oído hablar del tranco, ó trauco, que, según afirman los chilotos, habita en las selvas occidentales de la cordillera. Gallegos declaró que no había duda alguna sobre su existencia, y lo describió con las formas de un hombre salvaje, con piel de pelo duro y erizado. Se dice que esta anomalía, el cual habría sido valioso para Mr. Darwin, aunque éste no la había encontrado en esas costas, bajo de las selvas impenetrables, ataca al ganado y lo devora. Posiblemente eso es una invención pura, salida del cerebro chileno enturbiado por el aguardiente, pero parece tener cierta relación con las vagas historias de tribus sal-

vajes desconocidas que moran en las regiones boscosas é inexploradas de las montañas. Es difícil transmitir la impresión de espacio misterioso y de viviendas indescubribles que causan al espectador las vastas soledades de las montañas y selvas de la cordillera. Los inexplicables ruidos de rocas que crujen, ó las explosiones de volcanes desconocidos, y los rumores más extraños aun que parecen campanas y voces, todo sugiere á los naturales ignorantes y supersticiosos la confirmación de las extrañas historias detalladas que pasan de unos á otros durante varias generaciones; y á cualquiera, aunque cuente con la ayuda de la razón educada, le cuesta resistirse á la magia poderosa de las leyendas contadas con esas misteriosas montañas á la vista. Los lectores se reirán quizá del relato de estos caprichos de la imaginación, ó preguntarán cuál es la leyenda de los Césares y de la ciudad encantada. Si han leído las deliciosas páginas de *Westward Ho*, no les será desconocido el movedizo espejismo de esa rica ciudad, que, desde Méjico hasta el Magdalena, ha burlado las investigaciones de tantos fogosos aventureros. La Gran Quivira de Nuevo Méjico, la fabulosa Iximaya, el Eldorado de la Guayana y el Gran Paytiti del Brasil, estructuras sin base de muchas visiones doradas, se encuentran repetidas, con diferencias de lugar y circunstancias, en esa ciudad de los Césares. Hay una curiosa combinación de tres hebras distintas de leyenda en el hilo que liga á las historias maravillosas de los indios del norte y de los chilotos, con los relatos tan detalladamente expuestos y tan firmemente creídos por los españoles del siglo último. La primera es la conquista de los Césares en 1539. Desde su colonia de Caracarañá en el Paraná, Sebastián Caboto envió á su piloto César con 120 soldados á explorar el río, quedando 30 para guarnecer el fuerte (Sancti Spiritus); esta expedición llegó hasta la confluencia del Paraná y Paraguay, y subió por este último río hasta la laguna Santa Ana, derrotando en el camino á los indios hostiles. Los expedicionarios fueron hasta la frontera de los guaraní, con quienes hicieron relación amistosa y volvieron. Emprendieron luego la travesía por tierra al Perú, y cruzaron la cordillera. Después de vencer dificultades increíbles llegaron á una provincia cuyos habitantes eran ricos en ganado, vicuñas, oro y plata. El gobernador de esta provincia un «gran señor», en cuya capital entraron al fin, recibió á sus visitas españolas bondadosamente y les dispensó todos los honores hasta que, por resolución propia, los viajeros resolvieron regresar enriquecidos con regalos de oro y de cosas preciosas. Los españoles volvieron á sus fuertes en el Paraná sólo para encontrarse con que ese fuerte era una ruina desierta; los indios habían sorprendido y asesinado á la guarnición. Entonces, César condujo á su gente á las colonias y de allí emprendió otra expedición en la que volvió á cruzar la cordillera, y se figuró contemplar desde una altura las aguas del Pacífico y del Atlántico á cada lado, confundiendo

probablemente algún gran lago con el distante Atlántico. Luego se dirigió por la costa á Atacama, y de allí á Cuzco, uniéndose en esta ciudad á los conquistadores justamente en el período de la captura del malhadado inca Atahualpa.

Esta prodigiosa travesía de todo el país fué llamada después constantemente la Conquista de los Césares, y el relato entero de ella lo hizo Ruy Díaz Guzmán en 1612, cuya fuente autorizada era uno de los conquistadores del Perú, llamado Arzón, que había conocido todos los detalles por boca de don César mismo, en Cuzco. Pero parece que sólo se conservaba ese nombre, y tal vez la tradición de la rica ciudad india, en los románticos rumores que empezaron á circular en el siglo XVII y que siguieron teniendo crédito hasta 1781, cuando el fiscal de Chile encargado de hacer una investigación, resumió en un escrupuloso documento oficial todos los testimonios favorables á la existencia de una ciudad rica y fuerte situada en algún punto entre los grados 45 y 56 de latitud, é instó al gobierno español á que autorizara una expedición que la descubriera y tomara posesión de ella. Varias autoridades veraces (?) decían que la ciudad «estaba defendida por murallas, fosos y revellines, y que su entrada única estaba protegida por un puente levadizo, aparte de lo cual había siempre centinelas avizores en una colina adyacente, para descubrir á los intrusos extraños. Los edificios estaban suntuosamente contruídos; las casas eran de piedra labrada y tenían azotea, y las iglesias estaban cubiertas por brillantes techos de plata, y guarnecidas en su interior primorosamente. De plata también eran todos los utensilios, los cuchillos y hasta las rejas de arado; y los habitantes usaban taburetes y sitiales de plata. Esos habitantes eran de tez clara, ojos azules y barba espesa, y hablaban un lenguaje ininteligible tanto para los españoles como para los indios. Vestían chaquetas de paño azul, capas amarillas calzoncillos celestes y calzones de seda anchos, con grandes botas y sombrero chico de tres picos. Poseían numerosos rebaños, señalados con marcas iguales á las de los colonos españoles, pero su principal artículo de consumo era la pimienta, con la cual comerciaban con sus vecinos manteniendo, sin embargo, un sistema completo de exclusivo aislamiento». Según uno de los relatos, esa población estaba formada por los descendientes de las tripulaciones de varios buques que habían naufragado en el estrecho de Magallanes desde 1523 hasta 1539, y cuyos sobrevivientes se habían dirigido tierra adentro y habían fundado una colonia. Se decía que un sacerdote errante había recibido de unos indios la noticia de la existencia de ellos, acompañada de un cuchillo como testimonio, que, según se reconoció, había pertenecido al capitán de un buque encallado. El padre salió á descubrir á sus compatriotas, pero perdió la vida en el camino. Otra tradición más precisa declaraba que los sobrevivientes de Osorno, después de haber sostenido una heroica defensa

contra los araucanos, bajo el victorioso jefe Caupolicán en 1539, lograron escaparse con sus familias y rebaños á una península en un gran lago de treinta millas de largo y siete ú ocho de ancho, situado cerca de Reloncavi, ó del volcán llamado Osorno, donde construyeron una ciudad sólidamente defendida del lado de tierra por un foso y un puente levadizo que se alzaba todas las noches. Otros decían que ese lago era el de Payeque, situado cerca de una rápida corriente denominada Llanqueco. Un explorador llamado Roxas, que partió en 1714 de Buenos Aires, y cuya ruta estaba al sudoeste del Tandil y del Volcán, da distancia y señales más precisas para definir la posición de los Césares. Menciona especialmente un río con un vado franqueable solamente durante una época del año, y una colina en la que había mucho hierro magnético. Estas señales, y el resto de su descripción, indican el sitio de la notable formación roqueña citada en el capítulo anterior, llamada por los indios Sengel, y que, vista de lejos, puede hacer creer al viajero que tiene ante sus ojos una ciudad fortificada. Waki me la señaló diciendo en broma: « Tal vez viven allí cristianos ». Los « indios veraces » tan frecuentemente citados en esos relatos, todos los cuales, sin embargo, se habían comprometido á mantener secreto el acceso á la ciudad, confundían indudablemente sus recuerdos de las diferentes colonias visitadas en sus migraciones, y los españoles, dispuestos á admitir cualquier prodigio nuevo, tejían en el cuento maravilloso todas las historias que les contaban y consideraba á la combinada ficción como un hecho indiscutible. Otras dos fases de esa leyenda, y volveremos á la vida india práctica. Una partida militar que salió de río Bueno en 1778 dirigiéndose al lago Llanquechue, cruzó los pasos de la cordillera, al mando de Osorno, y permaneció cerca de la línea de las nieves. Esta gente oyó descargas de artillería á la distancia y vió la cabecera de una gran laguna del lado oriental; llevó luego la estupenda noticia de que existían dos ciudades distintas, una poblada por una raza de origen español, los anca-huincas en guerra con los tehuelches, y la otra por ingleses, ó moro-huincas, que vivían en amistad con los indios. Y el fiscal de Chile, en su informe, insistía firmemente en la necesidad de expulsar á esos isleños audaces que habían osado plantarse en los dominios de « el rey, nuestro señor ». Así como el temor celoso al inglés usurpador tenía su parte en la versión española de los Césares misteriosos, de la misma manera mezclaban los indios á los ingleses con las glorias tradicionales de la gran raza incásica, y hablaban de Césares indios; la fuerza de la fábula la demuestra una proclama lanzada por el heroico y desdichado Tupac Amaru, que encabezó la infructuosa rebelión de 1781 contra los cristianos tiranos, denominándose « Inca, señor de los Césares y Amazonas, con dominio en el Gran Paytiti ». Pero el buen éxito esquivó su manotada y el hombre pereció por la mano del verdugo, de la misma manera que la rica y

codiciada ciudad cuyo dominio pretendía él se ha burlado de tantos exploradores que han sacrificado la vida en su inútil busca. Pero probablemente, el paciente lector estará cansado ya de ciudades encantadas, y deseando volver á la rutina diaria de nuestra vida india, que en esos momentos era bastante sanguinaria.

Estábamos en la muy importante estación de la caza del guanaco cachorro, y aunque esta ocupación suministraba bastante ejercicio ecuestre, casi podría decirse que no ofrecía diversión; pero para los indios era una cuestión de intereses, porque sus ropas y su provisión de pieles negociables dependían del número de guanacos cachorros que mataran entonces. Unas cuantas notas sobre las costumbres del guanaco y del ñandú ó avestruz, que provee de alimento y ropa á los indios patagones, no estarán fuera de lugar, aunque se advierte á todos los críticos que esas notas no son de naturalista, sino simples observaciones de un aficionado á las aves y las bestias.

El guanaco llamado por los indios «*Hu*», tiene de tres á cuatro pies de alto, y de cuatro á cinco de largo, desde la extremidad del hocico hasta la cola. Su piel es lanuda, pero va perdiendo la lana, ó mejor dicho, ella va haciéndose cerdosa, al llegar á la cabeza y á las piernas. Su color es amarillo rojizo, mezclado de blanco en varias partes del cuerpo, especialmente debajo del abdomen, en las entrepiernas y en el contorno de los labios y de las mejillas; el color blanco se extiende también por la parte inferior del cuello y la garganta. El encuentro es un poco arqueado, la cola es corta, y cuando el animal anda, se alza un poco. El guanaco abunda en una vasta extensión de tierra que abarca desde el Perú las regiones situadas al este de la cordillera de los Andes, y los vastos llanos de Mendoza, el estrecho de Magallanes, hasta la Tierra del Fuego. Por regla general, un guanaco macho forma una tropa de un centenar de hembras, y en caso de molestia toma posiciones en alguna eminencia vecina y se pone á relinchar algo á la manera del caballo, manteniéndose entre el peligro y sus compañeras. Pero en la estación de la cría los machos andan juntos en manada, como hacen también las hembras. Aunque en el admirable libro que ha escrito M. Gay sobre la zoología de Chile se dice que las hembras tienen á veces tres cachorros, este caso debe ser raro; en nuestras cacerías de guanaco cachorro, las madres se separaban invariablemente y los cachorros se quedaban detrás mezclados, por lo que no era posible asignar su cría á cada una; pero, cuando se mataba á las madres para extraerles el feto, nunca ví ni supe que se encontrara más que un hijo en su vientre. Los guanacos son extraordinariamente ligeros de pies, que casi no los alcanza el caballo ó el perro, porque les basta dar unos cuantos saltos de gamo para dejar atrás al más veloz corcel. Muchas veces esperan que el perseguidor se les acerque y entonces saltan y en seguida se ponen

fuera de su alcance. Sus medios de defensa consisten sobre todo en la coz y especialmente en la manotada, y á veces también muerden, y con sus dos colmillos particulares pueden hacer una herida grave ¹. He visto lugares donde evidentemente se había desarrollado una lucha seria entre un puma y un guanaco, que, sin embargo, había terminado siempre con la victoria del puma, porque al notar esas señales, buscábamos y encontrábamos el cuerpo del guanaco cerca de allí, cuidadosamente tapado por el león. La carne de guanaco es excelente, algo parecida á la de carnero; la de cachorro se parece más á la de ternera muy chica. Es indudable que la lana podría ser aprovechada con fines mercantiles, porque su textura es muy delicada, y actualmente tiene valor en Chile, donde se le teje para hacer ponchos que se venden á altos precios. Hasta ahora pocos han sido domesticados, pero se hacen muy mansos, y en lo futuro se les encontrará utilidad como bestias de carga, porque se parecen en muchos puntos á la llama. Hay un detalle muy notable con respecto al guanaco; en ciertas épocas del año se encuentra en su estómago una especie de secreción condensada en una substancia dura como piedra que forma piezas redondas cuyo diámetro varía entre un cuarto de pulgada y media pulgada. Algunos indios atribuyen á esas piedras virtudes medicinales. Los naturales aprovechan al guanaco en todo sentido. La piel del adulto sirve para cubiertas de toldo y la de los fetos ó cachorros para mantas de abrigo; los tendones del lomo les suministran hilo y con la piel del cuello, que es particularmente flexible y duradera, hacen lazos ó correas de boleadoras, riendas, etc. La piel del corvejón les da zapatos ó forros de bolas, y con el fémur fabrican dados ó un instrumento musical. Á los dos meses de edad, la piel del cachorro empieza á hacerse lanuda, y se la aprovecha entonces para mantas de abrigo, pero suministra mantas de silla bastante buenas. Á esa edad, el animal es muy ligero de pies y hace buena la caza. El guanaco llega á su completo desarrollo á los dos ó tres años, y la mejor descripción que puede hacerse del macho adulto es el apóstrofe que le dirigió el teniente Gallegos. Estábamos observando un guanaco solitario que se había encaramado en una colina arriba de nosotros, y que de tiempo en tiempo lanzaba su penetrante relincho de alarma, cuando Gallegos dijo: « ¡ Ah, eres un animal muy raro !... Tienes el relincho del caballo, la lana del carnero, el cuello del camello, los pies del ciervo y la velocidad del diablo. »

El *Rhea Darwinii*, llamado *Mekyush* por los indios, y por los españoles avestruz, nombre que se le aplica universalmente, es propio de la Patagonia; pocos se encuentran al norte del río Negro, y ninguno, que yo sepa, en algún otro punto del globo, exceptuando tal vez las partes

¹ La calavera del guanaco está bien representada en la obra de Mr. Cunningham.

más septentrionales y llanas de la Tierra del Fuego, frente á la región que se extiende desde el cabo Virgenes hasta Puerto Oasis. Es una variedad del *Rhea* americano, común en las provincias argentinas de Entre Ríos y Santa Fe, y esparcida también por la república del Uruguay, llegando al norte, creo, hasta Rio Grande del Sud y la provincia meridional brasileña. Existe también en Chile, en los llanos situados al pie de la cordillera de los Andes. La diferencia principal entre estas dos especies es que el *Rhea Darwinii* patagónico es más pequeño y de color más claro que el *Rhea* americano. Los avestruces patagónicos son muy ligeros de pies y corren con las alas apretadas, mientras que las demás especies abren invariablemente las suyas. Los primeros siguen también una línea recta en su carrera, salvo cuando dejan el nido, en cuya ocasión probablemente para que no se les siga el rastro, corren dando rodeos. Su plumaje, es decir, las plumas de sus alas, son un objeto de comercio que en Buenos Aires obtienen actualmente el precio de un peso poco más ó menos, la libra. Creo que se aprovecha también el tuétano de los huesos de las patas para hacer pomada, y en un tiempo, si todavía no lo es, fué muy apreciado en Buenos Aires. Para el indio, esta ave es inestimable por muchas razones. Además de suministrarle su alimento más favorito, con los tendones de las patas le facilita correas para boleadoras; el cuello sirve de bolsa de sal ó de tabaco, las plumas se cambian por tabaco y otros artículos; la grasa del pecho y del lomo, una vez refinada, se guarda en sacos formados con la piel que se saca en primavera, cuando las hembras, como todos los animales patagónicos excepto el puma, están flacos; la carne es más nutritiva y más sabrosa para los indios que la de cualquier otro animal de su país, y los huevos constituyen un artículo de consumo principal durante los meses de septiembre, octubre y noviembre. El macho tiene unos dos pies y medio de altura y se distingue de la hembra porque su color es un poco más oscuro y también porque su volumen y su fuerza son mayores; sin embargo, es menester un ojo práctico para percibir la diferencia á cierta distancia. El macho es también más veloz. El alimento principal del avestruz consiste en hierbas bajas y en semillas de varios arbustos, y especialmente en pasto tierno, que varias veces le he visto arrancar desde una roca apropiada que me ocultaba de él. En cuanto se alarma echa á correr con gran rapidez y el alcance de su vista es grande. Si en su fuga tropieza con jinetes ó se ve obstaculizado por ellos, no es raro que se acurruque de tal modo que apenas se le puede distinguir de las rocas que lo circundan, tan parecido es el color agrisado de su plumaje al aspecto casi universal de las pampas de la Patagonia. Estas aves aunque no son palmípedas, pueden nadar lo bastante bien para pasar un río. En invierno no es raro que los indios arreen á los avestruces haciéndolos entrar en el agua, donde el río les entumece las patas y la corrien-

te los echa á la orilla; se les captura entonces fácilmente, porque no pueden moverse. Cuando hay nevada se les toma también sin dificultad porque, al parecer, les perturba la vista el reflejo de la nieve blanca, é indudablemente el plumaje, saturado, se les hace más pesado. Son polígamos; un macho se une con cinco ó seis hembras, que ponen sus huevos en el mismo nido: un hoyo de unos dos pies y medio de diámetro, cavado en el suelo. Empiezan á poner en los primeros días del mes de septiembre y el número de huevos en cada nido varía entre veinte y cuarenta y más también. En los comienzos de la época de la postura aparecen esparcidos en diferentes partes del llano huevos extraños, algunos de tamaño diminuto. En contradicción con la regla general entre las aves, el macho empolla los huevos, y cuando los polluelos salen del cascarón, él toma á su cargo la cría. El pollo corre inmediatamente, ó poco después de salir del cascarón, y está cubierto por un plumón gris oscuro en el lomo y blancuzco en el pecho y cuello. Su grito se parece á las sílabas *pai, pai, pai*, emitidas viva y rápidamente. El macho, cuando se presenta algún peligro, finge estar herido, como hacen otras aves, con el objeto de distraer la atención del cazador y de dar tiempo á su cría para que huya á ocultarse en la hierba. Al cabo de un tiempo de estar echado el macho en el nido (calculo en unas tres semanas el período de incubación), se pone flaco, y la hierba que rodea inmediatamente al nido aparece comida al ras del suelo. En esa época, las hembras empiezan á cobrar carnes, lo que es una afortunada previsión de la naturaleza para los indios, que no pueden subsistir con carne magra. Cuando las hembras están flacas se las mata para sacarles la piel, abandonando la carne; y, cosiendo estas pieles, los indios hacen mantas que venden en las colonias. En ese período, los avestruces están muy cargados de sabandijas que invaden los toldos y las mantas de guanacos de los indios, causando á éstos infinitas mortificaciones. Se me ocurre que sería útil advertir á los futuros viajeros entre los patagones que no permitan nunca que la india del establecimiento coloque mantas de avestruz debajo de los cueros de la cama. El pollo del *Rhea* no llega á su plumaje ó tamaño completo sino en el segundo año, y los indios no lo persiguen nunca á menos que el alimento esté realmente escaso. Los huevos se comen en toda condición: frescos ó pasados, porque los indios no ven mucha diferencia entre el pollo que no ha salido del huevo y el guanaco nonato. Los inveterados destructores de esas aves son, además de sus enemigos humanos, el puma y los zorros; el primero de estos animales sorprende y mata al ave echada, y la esconde cuidadosamente, poniéndose á comer luego los huevos con gran deleite. No pocas veces encontramos los huevos partidos y desparramados por esos animales, y por lo general, descubrimos cerca de allí al ave. Creo que los zorros se contentan con sorber los huevos, pero me aseguraron que cerca de Geylum, donde abundan los gatos

monteses, éstos matan al ave en el nido, como su pariente el puma. Por otra parte, los cóndores, las águilas y los halcones perpetran indudablemente grandes estragos en las crías jóvenes. Á pesar de todas estas dificultades con que tropieza, el *Rhea Darwinii* existe en crecido número y si los indios y otros enemigos limitaran hasta cierto punto su desarrollo, invadirían todo el país. En Chiriquí estuvimos activamente ocupados en la destrucción del guanaco y del avestruz, porque la alta y abrupta cadena de colinas, que limitaba á Chiriquí por el lado orriental estaba literalmente llena de guanacos; y como las hembras preñadas entonces, no podían sostener por mucho tiempo su velocidad, no era raro que un hombre capturara y matara cinco ó seis y también ocho. Se extraía el feto y se le sacaba la piel para hacer mantas, reservando la carne para alimento, y el cuero de la madre servía, en caso de necesidad, para reparar el toldo. Se aprovechaba también los huesos medulares como bocado exquisito, pero la carne se dejaba á los cóndores, pumas y zorros. Cazábamos todos los días puede decirse, recorriendo casi toda la región circundante. Los llanos que se extendían hacia el oeste suministraban buen terreno para andar montado y estaban cubiertos de hierba blanda; pero á unas cuantas leguas de la cordillera hay una depresión repentina que forma una enorme cuenca cuyo fondo está á unos cincuenta pies bajo el nivel del llano, como el lecho de un lago, y que se extiende hacia las montañas. La superficie de esa hoya estaba principalmente cubierta de hierba, pero en algunas partes se veía arcilla amarilla, y tongadas de piedras. En el terreno más alto, antes de llegar á esa cuenca, había numerosas lagunas y alrededor de una de ellas se encontraba una gran colonia de gaviotas, cuyos habitantes se hacían oír á larga distancia. También allí ví muchos terutereros, una ave fría con alas de espolón, común cerca de Buenos Aires. Los había encontrado en latitudes tan bajas como Santa Cruz, pero nunca en tan gran número. Nuestras cacerías en el llano no fueron tan afortunadas como en la cadena de colinas, aunque los indios aseguraban que el año anterior había pasado lo contrario. Tal vez el guanaco había adquirido experiencia y se sentía más seguro en las alturas, donde los jinetes estaban expuestos á tener malas caídas. Los indios del norte cabalgaban de la manera más atolondrada, bajando á toda velocidad las cuestas más empinadas, y extraño es decirlo, aunque ocurrió uno que otro accidente, que tuvo por consecuencia huesos rotos, los casos no fueron numerosos. Esto habla elocuentemente de la firmeza de pies de sus caballos. Cuando cazan en lugares peñascosos, los indios tienen la costumbre de poner zapatos de cuero á las manos de sus caballos como una defensa contra las piedras afiladas. Todas las tardes, después de la cacería, era de práctica que los que tenían caballos de repuesto y los que no los tenían también, se trasladaran á la pista un poco antes de ponerse el sol, para adiestrar ó hacer correr allí

á sus caballos, ó para mirar y si había carrera, hacer apuestas. La manera de correr es un poco parecida á la que está en boga entre los gauchos de las provincias del Río de la Plata, salvo que por lo general, se procede legalmente. Las apuestas se depositan siempre antes que la carrera empiece; si se trata de caballos, se les ata cerca de allí; si se trata de adornos, boleadoras, etc., coloca esas prendas en montón y los ganadores las sacan en cuanto concluye la carrera. Los corredores montan en pelo, y la partida la hacen ellos mismos después de andar juntos á galope corto unas cuantas yardas. Debido al gran cuidado con que se adiestran los caballos, muy pocas partidas falsas ocurren. Las carreras son muchas veces de largas distancias, con un término medio de cuatro millas ó una legua, pero, naturalmente, cuando los caballos son jóvenes la distancia es más corta. La manera india de domar potros es igual á la de los gauchos, pero los indios son más suaves con sus caballos, y por consiguiente, los doman mejor. Rara vez se ve entre los indios un caballo que no sea perfectamente tranquilo; en verdad, las criaturas más chicas van montadas casi siempre en los caballos de carrera ó de más precio, pero si un hombre blanco se acerca á esos caballos, ó intenta apresarlos, dan muestra de temor é irritación. Realmente, parece que hubiera una especie de vínculo instintivo entre los indios y sus caballos. El medio más generalizado de curar la cojera es una sangría en la cuartilla hecha con una lesna; á veces se practica la incisión más arriba, traspasando casi con la lesna la pata del caballo, se ata á éste luego por corto tiempo, y después se le suelta, y, por lo común, la cura resulta eficaz. Por supuesto, antes de la sangría se le tiene atado y sin agua durante varias horas. Las mataduras que, aunque raras, se producen algunas veces á causa de alguna silla mal hecha, se curan con una especie de tierra aluminosa que se aplica á la herida, limpiada previamente con un cuchillo. Esta tierra se encuentra solamente en las regiones meridionales del país, y es muy difícil conseguir de los indios un poco de esa medicina tan estimada. Hay un depósito de ella en una escarpa próxima al lago Viedma, pero está tan arriba que sólo se puede llegar á él tirando piedras contra el frente de la escarpa y desprendiendo así la tierra.

Unas cuantas líneas bastarán para satisfacer la curiosidad de los aficionados á caballos y perros que estén deseando saber lo que se observa entre los indios sobre esos animales. Los caballos que usan los indios del sur son, por regla general, de raza más fuerte que los que se ven entre los indios del norte, araucanos y pampas. Su alzada corriente es de unos quince palmos, ó menos quizá, pero á pesar de eso, son muy veloces y sufridos; cuando se tiene en cuenta que el peso de sus jinetes es muchas veces de unas doscientas libras, parece extraordinario que puedan llevarlos como lo hacen. Naturalmente, los caballos son todos de origen español, pero el tiempo, el clima y la naturaleza diferente del país

han alterado de una manera considerable el tipo primitivo. Los caballos que usan los tehuelches del norte son por lo común, más grandes que los mencionados anteriormente, y de cabeza más fina y patas más chicas; son también en extremo veloces, y como los más de las veces han nacido de yeguas salvajes apresadas, son admirablemente adecuados para la caza. Pero el caballo más estimado es el salvaje, apresado y domado; éste difiere de los demás en que, por regla general, tiene mayor tamaño y una velocidad superior. Creo que esto sólo puede decirse de la Patagonia septentrional, porque en otras partes he visto caballos salvajes que de ninguna manera podían compararse con los que estaban en cautividad. El color de los caballos varía; los que han sido sacados de manadas salvajes tienen generalmente el pelo bayo obscuro, negro ó castaño obscuro. Me informan que cerca de puerto San Julián hay gran número de jacas salvajes, del tamaño y hechura de un *shelty*, poco más ó menos, con los que juegan los niños. Se alimenta á los caballos exclusivamente con pasto, y á causa del carácter seco de la hierba en invierno y del rudo trato subsiguiente, por lo general se ponen muy flacos en la primavera, pero en breve recobran las carnes si se les da unos días de descanso y se les deja pacer el pasto fresco.

Los perros que usan por lo general los indios patagones varían considerablemente, tanto en tamaño como en clase. Está en primer lugar una especie de *lurcher*, de pelo liso, que los indios han sacado de otros obtenidos en río Negro con madres de la clase de los mastines, pero con el hocico mucho más afilado que el del mastín propiamente dicho; esos perros son también muy veloces y tienen el cuerpo más largo y más bajo. Nuestro jefe Orkeke conservaba para su cría de ese perro, que probablemente procedía de las primeras colonias españolas, y los animales eran, como auxiliares de caza, los mejores que he visto, pues se guiaban tanto por el olfato como por la vista.

Había otra clase de perro, de pelo largo y lanudo, muy parecido, en verdad, al perro ganadero común. Estos perros abundaban bastante entre los indios, pero la mayor parte de los que se usaban en la caza, castrados casi todos, eran de raza tan mezclados que desafiaban toda especificación. He oído hablar de un perro apresado por unos fueguinos que era muy veloz y respondía perfectamente á la descripción de nuestro *harrier*. Estos fueguinos son tal vez los indios « pedestres » que usan perros en sus cacerías, según han observado los que han bajado en sus costas.

Casimiro me informó que la gente de Quintual cazaba antiguamente á pie, con un perro de tipo grande que, á juzgar por su descripción, debía parecerse á un *deerhound*. Rara vez se alimenta á los perros, por lo general, se les permite saciarse en la caza. Los sabuesos de Orkeke y uno que otro más, eran excepciones á esa regla; se les alimentaba con carne

cocida cuando había mucha. Las mujeres tenían falderos regalones de diferentes clases, por lo común una especie de raposero y algunos eran muy parecidos al *Scotch terrier*. Ako, por ejemplo, era á todas luces un ejemplar puro de esa cría. Esos falderillos son el tormento de la vida de uno en el campamento: al menor ruido se precipitan fuera ladrando, y excitan á todos los perros grandes; y en un campamento indio, á la noche, cuando se mueve algo, el concierto de ladridos es continuo. Los perros son bravos contra los extraños, pero por lo general se contentan con rodearlos, regañando y ladrando, á menos que se les azuce. De noche son malos parroquianos, como lo prueba un caso divertido. Una mañana apareció muerto un perro junto al toldo de su dueño; parecía haber recibido un bolazo en la cabeza y haber sido ultimado con un cuchillo; el dueño armó un gran alboroto, pero no se consiguió explicar el hecho. Más tarde se supo que un joven galanteador había tratado de entrar en la tienda de su *innamorata* por el acostumbrado método de levantar del suelo con cautela la parte posterior de la cubierta del toldo y deslizarse por debajo de ella diestramente; el joven estaba ya á mitad del camino cuando sintió presa su pierna entre un par de poderosas quijadas. Á la dama divirtió mucho el aprieto de su amante, pero éste pudo librarse dando un puntapié formidable y certero en el hocico de su asaltante. Luego, al volver de la cita, encontró á su activo enemigo y por venganza le dió un golpe en la cabeza, y, para hacer la cosa más segura, lo degolló. Pero, después de todo, el mozo llevaba en su pierna como recuerdo de la amorosa aventura, una cicatriz más profunda que la de su corazón. Cuando la referían, la historia provocaba, como es de suponer, carcajadas, lo que traía por fuerza á mi memoria la sentencia del poeta:

De la cicatriz se burlan los que nunca sufrieron una herida.

Nuestro campamento en Chiriq tenía todo el aspecto de una población de toldos, y se esperaban aún nuevos arribos del sudoeste, pero los indios de la última partida con quienes no habíamos trabado relaciones todavía, enviaron un chasqui invitando á Crime á que se uniera á ellos y con el mensaje de que en el último momento se reunirían con nosotros en Teckel. En consecuencia, Crime, rico entonces en caballos y avíos, porque había recibido muchos regalos, se despidió de nosotros y partió con una imponente cabalgata. ¡Pobre hombre! mejor habría sido que se hubiera quedado con nosotros, como se verá más adelante.

Durante las primeras semanas de nuestra estancia en Chiriq la temperatura fué templada y el tiempo lindo, pero después el viento saltó al oeste y hubo agua, nieve y lluvia fría, junto con el clima normal de la Patagonia. El humor de los indios parecía no menos variable, porque el viejo Orkeke se puso extraordinariamente celoso. Jackechan acostum-

braba prestarme á menudo un caballo en las excursiones de caza y Orkeke me preguntó un día ásperamente si quería cambiar de toldo é irme con mi amigo. Mi respuesta de que no tenía tales deseos por el momento lo calmó, é inmediatamente me ofreció uno de sus mejores caballos para el día siguiente, lo que era un verdadero regalo. Temo que abusé un poco de su generosidad, porque pasamos un gran día cazando numerosas manadas de guanacos, y con un caballo de carrera por cabalgadura, uno se sentía incitado á correr furiosamente. El 20 de noviembre se resolvió levantar el campamento y dividirse en dos partes para las cacerías, porque se consideró que nuestra gente unida era demasiada para cazar con buen éxito en un mismo lugar. Cuando todos estaban haciendo sus líos, y preparándose para salir, casi se produjo una riña entre dos miembros de nuestra vieja partida; y la verdad es que con la mayor dificultad, y sólo por la intervención de Casimiro, Henckel y dos ó tres más, se evitó que corriera sangre. Por supuesto, si hubiera comenzado la lucha entre esos dos, la excitabilidad de los indios es tan grande que la pelea se habría hecho general en seguida. Esto y un fuerte chubasco que empezó á caer, impidieron nuestra marcha; de suerte que las mujeres deshiciéron los atados y se soltó otra vez á los caballos. Unos cuantos indios salieron á cazar, pero regresaron al poco rato con las manos vacías, casi corridos por el agua nieve y la nieve que caían. Durante nuestra permanencia allí, la mayor parte de nosotros habíamos reparado todos nuestros efectos y estábamos bien provistos de boleadoras; muchos fueron los cuellos de guanaco que hicimos tiras á fin de obtener el cuero necesario para ellas, así como para fabricar maneas, látigos, cinchas, lazos, etc. Mi trabajo preferido era trenzar tendones de avestruz para correas de boleadoras. Se sacan estos tendones dislocando la coyuntura inferior de la pata; el primer tendón sale tirándose de él á mano, y el otro á la fuerza, usando el hueso de la pata como mango. Después se separa del pie este hueso, dejando los tendones adheridos al primero; se les seca un poco al sol y luego el hueso extraído sirve para separar las fibras tirando de él fuertemente por entre los tendones. Una vez separados éstos, se les corta del pie, se les da el mismo grueso y el mismo largo y se les pone en un sitio húmedo para que se ablanden, y cuando están blandos, se les trenza, frotándolos con sesos cocidos para que sean más flexibles y ajusten mejor en la trenza. Estas trenzas se hacen de cuatro ramales, con la forma del gratel redondo que todos los marineros conocen, pero las puntas se doblan de una manera particular, que requiere práctica para que salga bien. Antes que partiéramos de Chiriquí casi ocurrió otro desorden, porque uno de los chilenos dejó el toldo de Chang para irse al de un hombre llamado comunmente Santa Cruz, indio muy conocido en Patagones y al que el gobierno daba una ración de yeguas. En cuanto tuvo conocimiento de este hecho, Chang se puso el re-

vólvér y se apoderó del caballo del chileno. Santa Cruz protestó contra eso, pero Chang no soltó el caballo, y revólver en mano, desafió toda pretensión sobre él. Después de este pequeño incidente, se levantó el campamento, y los dos bandos se separaron : Hinchel se dirigió hacia el sudoeste, y nuestra partida hacia el noroeste.

Al cabo de una marcha que hicimos transidos de frío y hambrientos, afrontando un viento cruel y penetrante, acampamos á orillas de una laguna algo extensa llamada Hoshelkaik, término que significa « colina ventosa » y que es realmente apropiado al caso, porque durante nuestra estancia allí, una serie de vientos del sudoeste soplaron con gran violencia. Poco después de nuestra llegada, un muchachito se cortó un dedo y de acuerdo con la costumbre, se sacrificó una yegua. Enviaron á nuestro toldo una parte de la carne que fué recibida con agradecimiento porque todos estábamos medio muertos de hambre. Atravesé á pie el campamento para visitar el toldo de Cayuke y me encontré con que Casimiro no había llegado; supe con gran disgusto, que se había marchado con la partida que se dirigía al sudoeste llevándose un caballo especialmente bueno que había dado en cambio de su revólver. Pero me alegré al ver que estaba allí Jackechan, el jefe pampa, con quien estuve charlando y fumando un rato. El 28, porque el día anterior había sido demasiado malo, los indios salieron á cazar en la cuenca herbosa circundante que, como se ha dicho ya, había al pie de las montañas. Se arrearon inmensas manadas de guanacos, y una vez cercadas de hombres y fogatas comenzó el deporte. Por alguna razón, los tehuelches habían incendiado la hierba en todo lugar disponible, y como el viento se convirtiera en un vendabal furioso, el fuego se esparció en breve y empezó á avanzar en línea. Jackechan, yo y varios otros indios, estábamos en el centro del círculo, ocupados todos en desollar al guanaco que habían muerto, cuando de pronto nos encontramos rodeados de llamas y de humo, á tal punto que, si no queríamos chamuscarnos, debíamos buscar una vía de escape. Dejando nuestra presa, galopamos en dirección al sitio donde la humareda parecía menos densa; pero después de andar unos tres ó cuatro minutos por entre el humo con las caras tapadas, dimos con una barrera de llamas infranqueables. Medio enloquecidos entonces por la arena caliente que el vendabal nos echaba en los ojos, y sofocados casi por el humo, galopamos siguiendo la línea de las llamas hasta un sitio donde, como la hierba era achaparrada, pudimos pasar sin perjuicio, aunque á los caballos se les chamuscaron un poco las patas. Muy contentos nos sentimos al respirar aire puro, aunque la atmósfera estaba cargada de humo todavía y no se podía distinguir nada del valle ni de ninguna otra cosa. Jackechan, con su instinto indio infalible, nos llevó á una corriente de agua donde pudimos beber y quitarnos la arena caliente de los ojos. Después de un cuarto de hora que pasamos descan-

sando y fumando, como las llamas habían pasado, resolvimos volver á caballo al terreno humeante todavía para tratar de descubrir los cuerpos de nuestros guanacos. Salimos, por consiguiente, del hoyo en que nos habíamos refugiado y una vez más entramos en la atmósfera de humo y arena ardiente en movimiento. Echándonos la manta sobre los ojos, nos metimos en la densa atmósfera hasta que Jackechan descubrió dos de sus animales; pero como los dos estaban asados, quemados mejor dicho, y nosotros y los caballos nos ahogábamos casi, emprendimos apresuradamente la retirada. Me sentí muy contento cuando subiendo por una empinada cuesta, salimos al fin al aire puro al llegar á la cima. ¡Ah! dijo Jackechan mirando los llanos llenos de humos todavía: «hemos pasado un mal rato, pero somos hombres y no mujeres aunque fué una locura que nos quedáramos hasta el fin». Le dí toda la razón de eso, porque los ojos me ardían aún muy dolorosamente. Para mí era perfectamente inexplicable la manera cómo había descubierto él el camino á través del humo; si me hubiera encontrado solo, mis viajes habrían terminado allí mismo. Á la tarde de ese día accidentado, el viento amainó, y durante la noche cayó nieve y por todo el día siguiente estuvieron pasando ráfagas de agua blanca ó nieve y furiosos ventarrones. Llegué entonces á la conclusión de que el verano era desconocido en esas regiones y el año patagónico se componía de dos estaciones: un invierno crudo y una primavera mala. Los indios decían, sin embargo, que el clima había sido más frío durante los dos últimos años. El 28 de noviembre levantamos el campamento y nos dirigimos á un valle situado al pie de un espolón de las colinas boscosas que, como se ha dicho ya, limitan la parte norte del valle; por el camino matamos algunos guanacos cachorros. Al acercarme al galope á dos de ellos, me sorprendió ver que desde el primer momento no echaban á correr, aunque sus madres se habían alejado ya y habían tomado posiciones en una eminencia roqueña un poco distante. Pero cuando estaba observándolos y pensando en la necesidad y crueldad de matarlos, los dos animalitos emprendieron la fuga; entonces, como mi manta estaba perdiendo rápidamente su bello aspecto, hice la compunción á un lado y en seguida maté á uno de un golpe en la cabeza. Me acerqué á una fogata donde algunos indios estaban reunidos comiendo avestruz y me disponía á desollar á los cachorros cuando Tankelow, que presidía la reunión, me detuvo diciendo que los desollaríamos en los toldos, donde la sangre sería un regalo para las mujeres y las criaturas. Reservamos, por consiguiente, el bocado exquisito y después de tomar un poco de alimento cruzamos un arroyuelo y una parte de un pantano, del otro lado del cual estaba el campamento, donde las mujeres demostraron en breve la verdad de las palabras de Tankelow. Aunque la carne del guanaco cachorro es un poco insípida y blanda, su sangre tiene un sabor más agradable que la del adulto. El cuajo, ó leche

cuajada que se encuentra en las tripas formando una especie de queso, es también para los indios un manjar delicado. La tarea más laboriosa en la caza del guanaco cachorro es la de desollar al animal; después de hacer con un cuchillo los cortes necesarios, se saca la piel á mano, empleándose el pulgar para soparar el cuerno de la carne. Los cachorros cuando tienen tres días, corren con la velocidad de un caballo al galope corto, pero á veces son más veloces. El método indio consiste en matarlos de un bolazo en la cabeza, y pasar luego á otro y así sucesivamente volviendo después para hacer un montón con ellos y desollarlos. Una vez que se ha sacado la piel hay que exponer ésta al aire por unos cuantos minutos antes de doblarla, porque está propensa á calentarse, y entonces se rajaría fácilmente en las manipulaciones siguientes. En las inmediaciones de Jeroshaik, ó « colina mala », cazamos varias veces, con éxito vario; en ciertas ocasiones, íbamos á las colinas boscosas, donde en algunos sitios los arbustos crecen en grupos que parecen plantados por la mano del hombre; en otras, desfilábamos por los barrancos roqueños hasta llegar á las selvas principales, que parecían extenderse hasta muy lejos dentro de la cordillera. Los árboles eran en su mayor parte una especie de haya, en la que había muchos honguitos comestibles, y juntamos una cantidad de éstos para aprovecharlos; frecuentemente se veían rastros de ciervo colorado, y los indios persiguieron á unos cuantos que se escaparon gracias á la espesura de los árboles. Algunos indios aprovecharon allí la oportunidad de cortar palos nuevos para los toldos. La vista de los bosques y de los árboles eran tan consoladora que pasé varios días seguidos en medio de ellos, muchas veces solo ó con un compañero. Nadie, excepto un marinero que haya estado meses en el mar, puede imaginar el placer que siente al andar vagando por debajo de árboles, el que ha pasado mucho tiempo en los llanos eriales y monótonos. Pero el tiempo seguía siendo húmedo é inclemente. El 5 de diciembre varios que andábamos vagando por las alturas citadas descubrimos humo hacia el noroeste, y Campan salió á escape á caballo para explorar el terreno. Volvió como al obscurecer muy ebrio y encaiminándose directamente á nuestro toldo declaró que el Zurdo, el indio que se había quedado en Santa Cruz, había llegado á un lugar próximo á nosotros, trayendo aguardiente en dos barrilitos y cartas para mí. Cuando hubo comunicado sus noticias desmontó, y algún trabajo le costó no caerse de cabeza; sacó luego de debajo de la manta una botella medio llena de aguardiente, cuyo contenido repartió entre los circunstantes.

Nuestro toldo se llenó de gente en seguida, y se resolvió que al día siguiente saldríamos al encuentro de la visita, deseosos de beber como estábamos todos. Por consiguiente, partimos por la mañana, en medio de una borrasca de lluvia y agua nieve, y nos preparamos para cazar en el camino. En la cacería justamente cuando Jackechan y yo habíamos

muerto á un avestruz, el primero divisó un toldo aislado, que pensó fuera el del Zurdo; de modo que nos dirigimos hacia él al galope, acompañados por otros dos indios, y fuimos recibidos con los brazos abiertos por el Zurdo y sus dos esposas, pues Jackechan era un viejo amigo de él. Nos ofrecieron asiento y las dos esposas presentaron el aguardiente; el dueño de casa llenó entonces la olla y distribuyó el licor en un vaso de hojalata. Una de las mujeres trajo luego mis cartas, que resultaron ser de Mr. Clarke y don Luis Piedra Buena, pues la goleta había llegado el 5 de octubre, sin novedad. Después, el Zurdo me dió todas las noticias detalladamente: como había habido una pelea en el establecimiento entre González y Antonio, en la que este último había sido muerto ó herido mortalmente; el otro se había escapado á las pampas pero había sido capturado y llevado prisionero á Buenos Aires en la goleta, y otras noticias de trivial importancia. Entretanto, el aguardiente desaparecía rápidamente y hubo que volver á llenar la olla. Esta, á su vez, estaba ya medio vacía cuando llegaron los demás indios hombres y mujeres; Jackechan, muy ebrio, se puso á jurarme una amistad eterna, mientras Chang me aullaba en la otra oreja un canto de amor tehuelche. Como yo había bebido moderadamente, me pareció que era hora de marcharme; de modo que, so pretexto de ver á mi caballo, me retiré y volví á leer mis cartas, que como puede figurárselo cualquiera, aunque no eran de parientes, tenían gran interés para mí. Después de mi partida no se distribuyó más aguardiente; el Zurdo vendía dos botellas por un caballo joven ó un cuchillo con vaina de plata, de modo que en breve se vió rico. Á medianoche, todo el aguardiente se había concluído y los ebrios eran muchos; pero no ocurrieron desórdenes dignos de mención, porque todas las armas habían sido puestas previamente á buen recaudo. Me despertó de mi primer sueño una dama de un toldo vecino que deseaba abrazarme, y que, con femenina curiosidad, quería saber el contenido de mis cartas. Lamento decir que esa dama estaba en avanzado estado de embriaguez; de modo que después de pasarle la pipa, Orkeke, que se había levantado y se moría de risa, la puso cortesmente en la puerta.

Á la mañana siguiente, casi toda la partida salió á cazar, y, aunque se mataron pocas piezas, el ejercicio resultó indudablemente benéfico para los que tenían dolor de cabeza, pero el Zurdo, con quien me había juntado para desayunarme con un tazón de café, se quedó en su toldo, porque sus caballos estaban muy extenuados y uno de sus muchachos tuvo que ir á buscar carne en el de un amigo. Durante cuatro días después de esa orgía no hicimos más que matar y comer yeguas, porque en alguna forma se había herido levemente el hijo de alguien. Aunque he leído en varios libros que los indios tienen una fiesta religiosa en la que sacrifican yeguas á la divinidad en cierta época del año, nunca he

visto nada de eso. Toda vez que se efectuaba esa clase de fiesta propiciatoria había un motivo especial para ello: una muerte, una herida en un niño, ó un peligro evitado; en estas circunstancias siempre se matan animales en acción de gracias. Un poco cansados de permanecer tanto tiempo en un mismo lugar, el 15 marchamos directamente hacia el norte á través del llano, que se llamaba Gisk y acampamos al pie de una colina cubierta de árboles, cuyos flancos estaban surcados de pequeñas cárcavas densamente pobladas de vegetación y de arbustos de dos ó tres especies. Allí había plantas de papas de la clase ya citada, pero que crecían á tanta profundidad y en terreno tan desfavorable que pocas fueron extraídas. En los flancos de esa colina crecía en abundancia una planta de flor amarilla, cuya hoja, según me informaron los chilenos, era un excelente remedio para heridas y magulladuras, muy usado en Chile. Allí se hizo una cacería de cuatro días, al final de la cual, Orkeke, que había tenido noticia de que los pampas nos habían ganado por la mano cazando de noche, y que estaba un poco disgustado por su constante mal éxito, propuso que nos separáramos, y, junto con los toldos de Chang, fuéramos hacia el oeste, á un llanto situado al pie de las montañas más altas, en las que, según dijo, abundaba el guanaco. Propuso también una excursión á la cordillera en busca de ganado salvaje. Aprobé este plan vivamente porque esperaba inducir al cacique á entrar, si era posible, en las costas chilenas del Pacífico. Nos pusimos en marcha, por consiguiente, pero no habíamos andado mucho cuando se desencadenó una terrible tormenta de viento, agua nieve y lluvia, que nos empapó á todos completamente. Por un tiempo buscamos abrigo apiñándonos debajo de un matorral; pero como la tormenta continuara, no hubo más remedio que seguir andando, y como á las tres de la tarde el tiempo se compuso, entramos entonces en un valle por el que corría un arroyo boscoso y que se ensanchaba más lejos formando un llano descubierto. Á corta distancia valle arriba estaba el lugar del proyectado campamento de modo que se formó un pequeño círculo, en el que se mataron algunos avestruces y guanacos. Cruzando luego el río hicimos alto debajo de los árboles, y en breve empezó á arder un fuego rugiente, junto al cual nos secamos y cocinamos nuestra comida. Nunca he estado en un sitio de aspecto más romántico. Al otro lado del arroyo había una masa de rocas grises medio tapadas por arbustos, de entre las cuales se alzaba aquí y allá un árbol muerto. En una parte la hierba tenía un color verde hermoso y los árboles crecían, á pocas yardas de distancia en grupos redondos esparcidos por el terreno; en sus ramas arrullaban palomas, y corrían por allí polluelos de avestruz. Siento decir que los jinetes cazaron á estos últimos, saltando á tierra y apresándolos; el hombre no tenía escrúpulos, y dos de los pobrecitos eran una buena comida para cada boca. Á pesar de estar empapados, en breve nos pusimos todos de buen

humor, y algunos, antes de volver á los toldos, salieron á buscar papas silvestres y trajeron una cantidad de ellas. El día siguiente amaneció brillante, con cielo despejado; de modo que seguimos nuestra marcha en dirección al oeste, llegando como á mediodía á una garganta entre las colinas boscosas, donde me pareció que íbamos á acampar, pero las mujeres torcieron hacia el norte, y subiendo por una torrentera ó cañón en la barranca de la alta pampa, plantaron los toldos en un lugar sombrío como una mazmorra. Por melancólico que pareciera el lugar suministraba pasto para los caballos y ésta fué indudablemente la razón de que se eligiera el cañón con preferencia al valle boscoso, porque el pasto era escaso entre las colinas y eso hacía que los animales se metieran en los bosques y dieran así trabajo para encontrarlos cuando se les necesitaba. Un poco más allá de nuestro campamento, el cañón se dividía en dos, y en uno de estos dos había una laguna frecuentada por aves. El torrente, que en la primavera se despeñaba valle abajo, consistía entonces en un cauce seco, con uno que otro charco de agua, y en su lecho había grandes cantidades de piedras blancas, redondeadas, de substancia gredosa, que suministraban un material excelente para boleadoras, porque se les podía dar con facilidad la forma necesaria. Se me ocurrió también que el polvo de esa piedra podía tener las virtudes curativas de la creta, porque algunos de los nuestros sufrían de diarrea. El resultado del experimento medicinal fué satisfactorio, pero era imposible decidir á los indios á que probaran el remedio. Mientras las mujeres plantaban los toldos, los hombres, ocho en total, salimos otra vez. Dirigiéndonos al oeste, donde el llano era raso todavía, llegamos á otra de las enormes cuencas ya descritas, cuya parte occidental, al otro lado de una laguna provista de aves acuáticas, corría un ancho río tortuoso bordado de árboles. Poco más allá del río había cañadas descubiertas que se extendían por espacio de una milla tal vez, hasta el linde de las interminables selvas, subiendo á gran altura por las empinadas faldas de las montañas, algunas de las cuales tenían aún las cimas nevadas en parte. Hacia el sur había dos ó tres eminencias redondas, aisladas y coronadas de árboles, que no merecían realmente al nombre de colinas. En primer término se veían inmensas manadas de guanacos, y al norte mostraba su ceño una alta cadena de colinas de aspecto árido, que formaban un gran contraste con la verdura deliciosamente consoladora del resto del paisaje. Mientras estábamos escondidos detrás de un matorral á la espera de la manada que Chang y otro indio habían rodeado diestramente é iban á arrear en dirección á nosotros, contemplamos largamente el hermoso panorama que teníamos delante y Orkeke señaló una montaña, situada á cierta distancia hacia el norte, al pie de la cual, según dijo, estaba la entrada á la escena de nuestra futura campaña contra el ganado salvaje. Al declinar el día vol-

vimos á los toldos, bastante cargados de pieles. En otra cacería hicimos un círculo que terminaba en la región boscosa próxima á las orillas del río. Al regreso recorrimos una especie de parque, en el que las cañadas abiertas se alternaban con los bosques. Allí matamos una cierva roja y un zorro de gran tamaño, idéntico al parecer al de las islas Falkland (*Lupus antarcticus*). En las inmediaciones de los bosques, el césped aterciopelado estaba alfombrado de fresales silvestres, pero en flor todavía. En esta ocasión nos ahogó el placer una grave caída que dió uno de los de la partida y que lo tendió en cama por unos días. Antes que llegáramos á los toldos empezó á llover con fuerza, y durante la noche la lluvia se transformó en nieve, por lo que el sol de la mañana siguiente brilló sobre un paisaje blanquecino. Durante nuestra permanencia allí, las mujeres iban á los bosques á cortar palos nuevos para los toldos, y los hombres traían de la región boscosa una clase de hongo, que, una vez seco, constituía una excelente yesca, de gran valor para ellos porque sólo se le puede conseguir en uno que otro sitio. Después de pasar algunos días en ese agradable paraje, como la provisión de guanaco empezaba á escasear, transpusimos la cadena de colinas áridas, y pasando una laguna de considerable extensión situada al pie de ella, acampamos al otro lado junto, en un lugar llamado Gogomenyhaik.

En el curso de la cacería, yo había apartado un guanaco y estaba en plena persecución de él, á través de la pampa superior cubierta de arbustos achaparrados y matas de hierba, cuando la presa desapareció de pronto, como si se la hubiera tragado la tierra. Un instante después mi caballo se plantaba en mitad del galope, con las manos en el borde de una bajada á pique que se abría sin prevención alguna. Abajo había un valle largo y hermoso, con un charco de agua reluciente entre los árboles que lo llenaban pero cuyas copas no llegaban al nivel de la pampa alta. Allí se había refugiado el guanaco; y, como el descenso era irrealizable para un caballo, no pude hacer más que mirar con ojos codiciosos la mágica escena, y me volví, para unirme al círculo, recordando que era muy fácil perderse por dejarse estar. De esto ocurrió un ejemplo ese mismo día, porque uno de los chilenos no apareció junto al fuego cuando la caza quedó terminada. Al principio no se hizo caso de esto, porque era natural suponer que habría perseguido hasta alguna distancia á una manada de guanacos y estaría entretenido en desollar; pero, como al ponerse el sol no hubiera aparecido aún, se incendió un poco de hierba seca con el objeto de darle la dirección de nuestro campamento. Tampoco había llegado á la mañana siguiente, cuando salimos de caza, yendo yo de ojeador con Orkeke. En esa ocasión recorrimos al galope cierta distancia por el llano é hicimos alto en una hondonada, donde dimos con media docena de zorrinitos que estaban fuera de la madriguera paterna, en la que se metieron rápidamente al ver que desmontábamos; pero sus

madrigueras no eran muy hondas, y en seguida extrajo Orkeke un par de ellos. Como eran demasiado chicos para sacrificarlos por el valor de la piel, y, por otra parte, iba á ser demasiado molesto llevármolos para diversión de las criaturas, les devolvimos la libertad; y yo salí adelante dejando que Orkeke hiciera su camino lentamente. Una leve cuesta me llevó frente á una colina roqueña, al otro lado de la cual había un río de orillas boscosas; por el valle de ese río estaba mi camino. Al principio me pareció el mismo que se veía en el campamento anterior; pero, reflexionando, ví que era otro distinto: éste se extendía hacia el norte, y el anterior seguía la dirección sudoeste. Nuestra cacería marchó bastante bien. Al cerrarse el círculo, uno de los chilenos, que estaba persiguiendo conmigo á un guanaco y que no era diestro en el manejo de la boleadora, boleó á su caballo y se boleó él mismo en vez de la presa, lo que le hizo que ésta se perdiera, y causó gran diversión al resto de la partida; aunque bien puedo decir aquí que, cuando un caballo siente la boleadora alrededor de sus patas ó debajo de la cola, la cosa no es nada chusca para el jinete. En el camino de regreso al campamento, al hacer alto junto á un manantial, encontramos grandes cantidades de apio silvestre; las ortigas abundaban también, y predominaba entre ellas la verdadera vieja clase inglesa de flores blancas. Aunque mis piernas desnudas salieron considerablemente pinchadas, me olvidé de maldecir en tehuelche y perdoné á la planta, en obsequio á nuestra relación antigua. En los toldos encontramos al chileno perdido, que acababa de llegar; persiguiendo hasta una distancia á una manada que se había extraviado, pero nuestras fogatas de señal lo habían dirigido bien. Á la tarde de ese día, algunos se ocuparon en domar sus caballos y otros estaban sentados en los toldos mirando ociosamente el espectáculo. El padrastro de Conde, á quien se conocía comunmente por Paliki, tenía un potro de tres años, animal muy fino, de pelo gris de acero y con una estrella blanca, y lo había atado allí, listo para que lo montaran por primera vez. Paliki entró en nuestro toldo para pedirme prestada la cincha, y se puso á candonguearme preguntándome si me animaría á domarle el potro. Orkeke se unió á la broma; y entonces, sacándome la manta y las botas, salí á tomar el lazo y las riendas, y monté. Desde el momento que sintió sobre él la insólita carga, el animal recorrió unas cuantas yardas corcoveando y acabó por saltar al medio del arroyo, en el que casi perdió pie. Lo saqué de allí á espolazos, y una vez en la orilla empezó á remolinear como un trompo. Al fin conseguí enderezarle la cabeza, y cuando hubo dado unos cuantos corcovos más, partió á paso de carrera, excitado por el látigo y la espuela. Después de un galope tendido de tres millas, lo traje al paso, haciéndolo dar vuelta de tiempo en tiempo para acostumbrarlo á la rienda, pero sin atreverme á tantearle la boca; y luego lo llevé al toldo en medio de los gritos de los espectadores. Orkeke manifestaba gran sorpresa y quería

saber dónde había aprendido yo á domar; y el satisfecho propietario insistió en regalarme un poco de tabaco. Éste fué muy bien recibido porque mi provisión estaba casi agotada, aunque de tiempo en tiempo había sido repuesta por los poseedores de fusiles y revólveres en cambio de mis servicios para el arreglo de las llaves; y el temor de quedarme sin tabaco, agonía que todos los fumadores sabrán apreciar, estaba haciéndose desagradablemente fuerte. Al día siguiente nos despedimos de la laguna, que, como de costumbre, estaba cubierta de cisnes y otras aves acuáticas, á las que nunca molestamos, porque reservábamos la pólvora en previsión de futuros disturbios con otros indios. Marchamos unas cuantas millas, y acampamos junto al río, en sus orillas precisamente, á la sombra de los árboles. Durante tres días, pasamos allí el tiempo cazando, bañándonos en la corriente, fumando y tendidos en la sombra. Como uno de mis caballos se había mancado, no podía cazar todos los días; de modo que frecuentemente me estaba horas enteras debajo de los árboles junto al río, lavando la única camisa que me quedaba, haciendo trabajos de cuero, etc. Como escribir en el toldo era casi imposible por la curiosidad de las criaturas, que se apiñaban á mi alrededor para hacerme preguntas, por lo general llevaba el cuaderno de apuntes á mi retiro; pero allí me interrumpían á menudo las niñas, que iban so pretexto de bañarse y que demostraban una gran curiosidad traviesa por conocer el contenido de mi libro... porque allí acostumbraba también leer y volver á leer mi biblioteca, esto es, una mitad del delicioso *Elsie Venner*, que Crime había recogido á bordo de algún buque con el objeto de hacer con él tacos para sus fusiles, y que me había vendido por un poco de pólvora.

El 23, como se hubiera visto indios al norte y la caza del guanaco resultara un fracaso, Orkeke, con gran delicia mía, propuso una visita á la región del ganado salvaje. Se levantó por consiguiente el campamento; y, siguiendo poco más ó menos el valle del río, que, después de un recodo, corría casi directamente hacia el este, en breve salimos á un llano descubierto que iba elevándose entre las montañas, en cuya cabecera acampamos junto á unas altas hayas, á orillas de la corriente. Toda la última parte del llano transpuesto estaba literalmente sembrada de fresales en flor; el suelo era allí obscuro y turboso. Los pollos de aves-truz abundaban, y en las cacerías apresábamos siempre algunos, lo que constituía un agradable extraordinario en nuestra comida. Las criaturas tenían varios para diversión, y acostumbraban soltarlos para cazarlos con boleadoras diminutas, lo que por lo general acababa con la muerte de ellos. Nuestro programa era dejar á todas las mujeres, toldos y demás estorbos en ese sitio, llamado Weekel ó Chaykash — estación regular que la partida de Hinchel había ocupado pocas semanas antes — y seguir hacia el interior en busca del ganado. Al día siguiente al amanecer

cer se tomaron y ensillaron los caballos; y, después de recibir los votos de felicidad de las mujeres, que nos rogaron encarecidamente que trajéramos bastante carne gorda de vaca, partimos justamente cuando asomaba el sol por detrás de las colinas del este. El aire era muy vigorizador, y anduvimos al trote una distancia por una cuesta arenosa y un poco irregular, haciendo alto al cabo de unas horas junto á un arroyuelo deliciosamente límpido que corría hacia el este, donde nos pusimos á fumar. En el camino vimos guanacos y avestruces, pero no les prestamos atención porque teníamos en perspectiva caza más considerable. Después de pasar ese arroyuelo, cabecera del río junto al cual habíamos dejado los toldos, costeamos un vasto llano profundo cubierto de lindo pasto verde, y al cabo de un rato de galope entramos en el bosque y tomamos por una vereda que sólo nos permitía marchar en hilera. En muchos sitios los árboles estaban muertos, no ennegrecidos por el fuego, sino en pie, como esqueletos fantásticos blanqueados y pelados. Es curioso el hecho de que todos los bosques de la parte oriental están rodeados por una faja de árboles muertos. Pero al fin, justamente al avistar una roca extrañamente puntiaguda que de lejos parecía la aguja de un campanario, entramos en el bosque de árboles vivos; la vegetación inferior estaba formada por groselleros, laureles y otros arbustos, y aquí y allá había camas de violetas amarillas, y en todas partes se veían los infaltables fresales. Cruzando un arroyo que, viniendo del norte tomaba después en dirección al oeste, lo que demostraba que habíamos pasado la vertiente, nos pusimos á reconocer el terreno de la cacería, al abrigo de un enorme peñasco. El panorama era hermoso: directamente debajo de nosotros se extendía un valle como de una milla de ancho; en la orilla meridional una línea de plata indicaba el río oriental, y otra, del lado norte, el que desembocaba en el Pacífico; y arriba, á uno y otro lado, se alzaban elevadas montañas cubiertas de vegetación y selvas casi impenetrables. En la parte oriental del valle un toro solitario estaba paciendo con la mayor tranquilidad, y arriba de nuestra atalaya un cóndor enorme aleteaba flojamente. Esos eran los únicos signos visibles de vida animal. Prosiguiendo nuestra marcha en perfecto silencio, porque desde el momento que entramos en los bosques la conversación quedó prohibida, pasando aquí y allá al lado de los restos de un toro ó vaca muerto, que había encontrado su fin en el lazo de un indio, bajamos por último al llano. Serían las 12 poco más ó menos, y el día era caluroso; de modo que hicimos alto, cambiamos caballos, revisamos las cinchas, aprontamos los lazos, y partimos. Durante la travesía vimos dos ó tres animales entre los bosques, en la parte opuesta; pero, sabiendo que sería inútil seguirlos, continuamos nuestra marcha valle arriba. Después de atravesar el arroyo occidental, entramos en seguida en un matorral espeso, en el que apenas se distinguía el sendero entre la hierba; pero nuestro guía

no vacilaba nunca, dirigiéndonos á través de claros que se alternaban con espesuras, y veíamos á uno y otro lado rastros de animal vacuno, en su mayor parte pisadas ó revolcaderos. Los claros terminaron en breve en selvas, que al parecer se extendían sin interrupción á ambos lados. Habíamos creído que antes de llegar á ese punto íbamos á encontrar animales vacunos en gran número, pero el calor del día los había echado probablemente á las espesuras en busca de abrigo. Comenzamos á subir entonces por un sendero peligroso, sembrado aquí y allá de peñascos sueltos y de densos matorrales, y entretanto podíamos oír y ver de tiempo en tiempo al río que bajaba espumoso por un barranco situado á nuestra izquierda; en breve llegamos á la cumbre de una cresta, donde los bosques eran menos uniformemente espesos, y donde con gran dificultad podíamos proseguir la marcha. Para mí era un misterio el hecho de que Orkeke, que hacía de guía, supiera dónde estábamos, porque ora el borroso sendero se bifurcaba en diferentes direcciones, ora nos encontrábamos literalmente en medio de árboles caídos, en una selva tan espesa que la luz del día disipaba á penas sus sombras. Pero nuestro guía no vacilaba nunca; nos llevaba adelante, siempre con toda seguridad. Mientras nos escurriamos, si se me permite la expresión, tratando de no perder de vista al guía, oí un golpeteo en un árbol, y alzando los ojos, ví arriba de mí un pájaro carpintero de magnífica cresta roja. Al fin empezamos el descenso; y después de pasar muchos canales de arroyuelos que salían de sus manantiales, donde un resbalón del caballo en las piedras húmedas y musgosas habría causado algo peor que huesos rotos, porque estábamos en el borde de un profundo barranco, salimos de los bosques y nos encontramos sobre una colina de unos trescientos pies de altura. Desde allí podía verse un ancho llano de forma triangular, limitado al norte por el río que pasaba por el barranco, y al sur por otro río que venía de ese lado, corrientes que se unían para formar una sola en el extremo occidental, á la distancia de una legua tal vez. Arriba y alrededor, por todas partes menos al oeste y en los barrancos por donde pasaban los ríos, se alzaba la muralla continua de las altas montañas de la cordillera, con muchos de sus picos nevados todavía. No se oía ruido alguno fuera del que hacía el río en el barranco, y no se veía ningún signo de vida animal excepto uno que otro cóndor que flotaba muy alto en el cielo azul. El panorama era sublime, y lo contemplé en silencio durante algunos minutos; hasta que la pipa que me pasaron disipó todas las tendencias poéticas nacientes. Los indios permanecían silenciosos y parecían contrariados, porque habían creído que íbamos á encontrar una manada de animales vacunos en el llano que teníamos á nuestros pies. Bajamos á él y cruzamos el río, en cuyas orillas crecía en abundancia la paja ó hierba pampa, así como la caña parecida al bambú con que los araucanos fabrican sus lanzas, y una planta que los chilenos

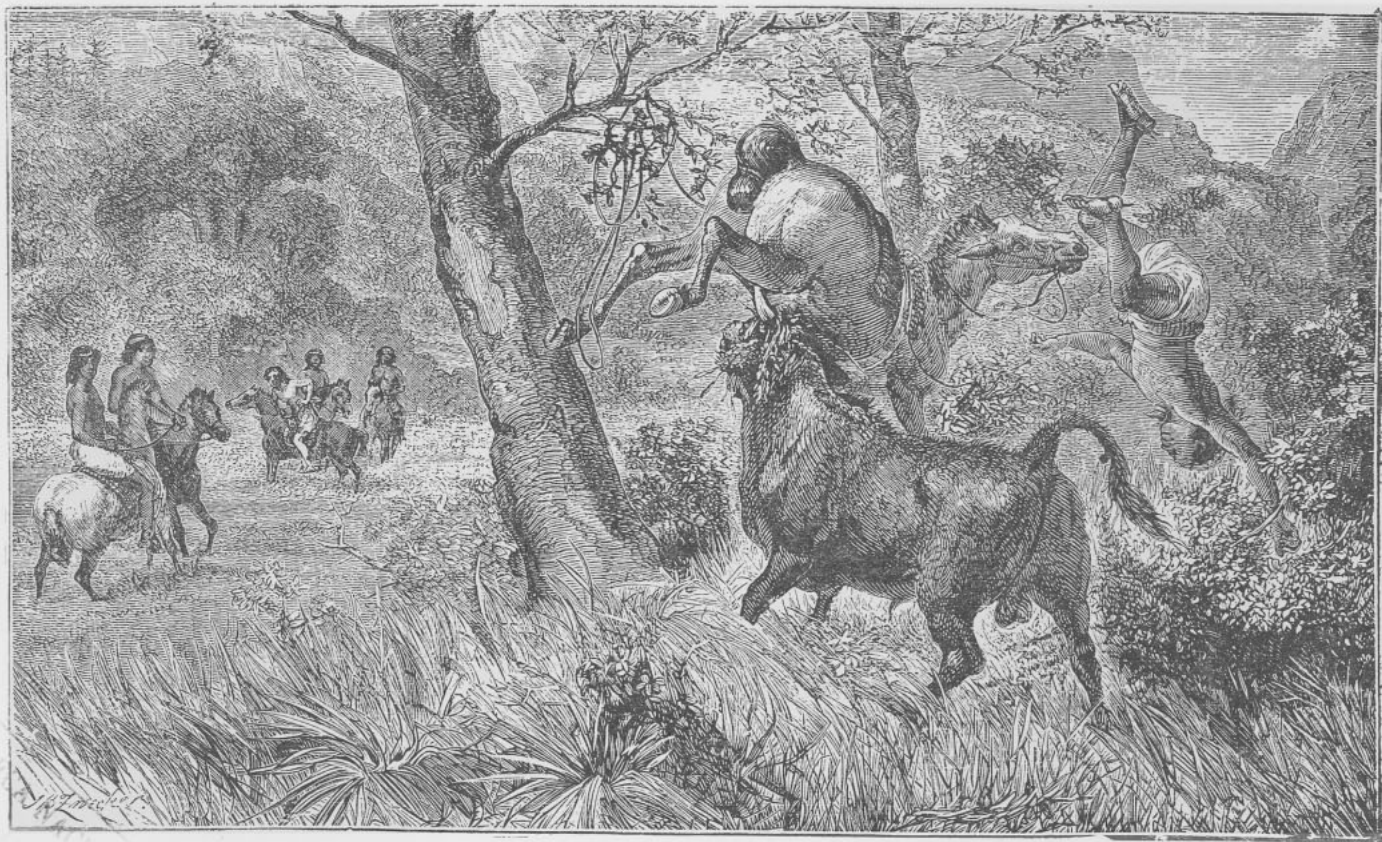
llaman talca, cuyo tallo, como el del ruibarbo, es jugoso y refrescante. Sobre la orilla y cuesta norte del barranco, detrás de nosotros, se alzaban graciosos pinos de sesenta pies de altura, de la especie de la araucaria, á juzgar desde lejos, porque una impenetrable barrera de rocas impedía acercarse á ellos; la corteza era imbricada, y el tronco se alzaba desprovisto de ramas hasta las dos terceras partes de su altura, como los que M. Gay representa. Muchos habían sido arrastrados por los desmoronamientos, y yacían tirados y enmarañados en las orillas del barranco. El ascenso de la temperatura después de pasar la vertiente fué sensible, de unos siete á diez grados, y la vegetación era allí mucho más lujuriosa; las plantas presentaban formas nuevas, desconocidas en la parte oriental. Después de salir del llano y de cruzar el arroyo poco profundo, nos quitamos las mantas y volvimos á cinchar á los caballos cerca de un árbol, en una espesura festoneada por una linda enredadera con flor de campanilla de color violeta y rayas oscuras. La variedad de las flores hacía un Edén de ese sitio encantador; racimos colgantes de arvejilla olorosa, algarrobas, ricas corolas doradas, que parecían primorosas caléndulas, y muchas otras flores, llenaban el aire de perfume y deleitaban la vista con su belleza. Siguiendo siempre hacia el oeste, entramos en un valle en el que se alternaban grupos de árboles y pastizales verdes, y habríamos andado como una milla cuando avisté desde una cresta, á un lado de ese valle, dos toros que pacían al otro lado del mismo, fuera precisamente de los espesos bosques que bordaban las faldas de las montañas.

En voz baja se pasó la palabra al cacique; y, haciendo alto á cubierto de unos matorrales, se concertó un plan de ataque que se realizó en la forma siguiente. Se despacharon dos hombres que arrearan á los animales hacia un claro donde se podría usar el lazo, y el resto de la partida bajó en dirección á ese claro con los lazos preparados, prontos para arrojarlos si los toros tomaban por ese lado. Por un rato permanecimos allí, recogiendo fresas, que en ese lugar habían madurado ya, aunque las plantas que habíamos visto hasta entonces estaban en flor solamente. Pasamos allí cinco minutos, esperando ansiosamente que nuestro plan resultara afortunado, cuando un aullido que llegó de la otra parte nos puso alerta, y vimos con satisfacción que uno de los animales venía directamente hacia nuestro reparo. ¡Ay!... Justamente cuando nos disponíamos á saltar fuera, el animal se dió vuelta en la orilla del llano; y, después de arremeter furiosamente contra sus perseguidores, se metió en una espesura, donde se quedó á la expectativa. Inmediatamente lo rodeamos, y, desmontando, avancé á pie para tratar de voltearlo de un balazo; pero cuando estaba detrás de un matorral, como á seis pasos del animal, apuntándole tranquilamente á la paleta, los indios, ansiosos de carne vacuna y muy seguros en sus caballos á gran distancia de allí,

gritaron: « ¡Más cerca! ¡más cerca! » Salí de mi reparo, por consiguiente, y no había dado casi un paso cuando se me enganchó la espuela en una raíz; en el mismo instante cargó el toro. Retenido por la raíz, no pude saltar á un lado á tiempo; de modo que hice el disparo cuando el animal estaba como á una yarda de mí, esperando desviarlo, y al mismo tiempo me dí vuelta para evitar que sus cuernos me cogieran « de banda » como dicen los marineros. Pero el disparo no lo desvió, y el toro me echó al suelo, pasó por arriba de mí, siguió al galope llevando triunfalmente en sus cuernos el pañuelo que se me cayó de la cabeza, y fué á detenerse á unas cuantas yardas de distancia, al abrigo de otro matorral. Me levanté, y como viera que mis brazos y piernas no habían sufrido nada, le hice otro disparo; pero no tenía el pulso firme, y lo herí sólo en el flanco. Como se me habían agotado los cartuchos, me dirigí adonde había dejado el caballo, y entonces advertí que, aparte de estar bastante aporreado, tenía dos costillas rotas.

Los indios me rodearon demostrando gran ansiedad por saber si estaba muy lastimado. Uno de ellos, más valiente que los demás, juró, á pesar de las advertencias del cacique, que intentaría enlazar al toro, y se acercó al animal enfurecido, que por un momento no se movió absolutamente; pero, cuando el indio iba á soltar ya el lazo, se le enganchó en una rama, y antes que pudiera sacarlo de allí, el toro estuvo sobre él. Vimos que el caballo daba dos ó tres coces inútiles al sentir que el toro lo corneaba; y al fin éste lo levantó en peso, dejándole sólo las manos apoyadas en el suelo, en tanto que el jinete iba á dar de cabeza dentro de un matorral. Acudimos para atraer al toro hacia otra parte, y fuimos á buscar luego el cadáver de nuestro compañero; pero con gran sorpresa vimos que éste salía del matorral sano y salvo, aunque su caballo había muerto.

Este pequeño incidente echó un velo de tristeza sobre el placer de la jornada y nos hizo perder la cena de nochebuena; porque Orkeke ordenó que nos retiráramos al lugar donde habíamos dejado las mantas, por más que tratamos de decidirlo á que lleváramos otro ataque al animal, ó, por lo menos, á que nos quedáramos á comer parte del caballo muerto, para probar otra vez la suerte al día siguiente. Pero el hombre se mostró inflexible. Montando, pues, nuestros caballos de repuesto, emprendimos el regreso con la esperanza de poder atravesar la selva antes que oscureciera. Al cruzar el llano descripto anteriormente, vimos varios vacunos y perseguimos á uno de ellos; pero el animal consiguió librarse de la boleadora con que lo había trabado Orkeke y se puso á cubierto en la espesura, donde se le dejó dueño del campo. Este toro habría sido apresado si los demás indios hubieran desplegado un poco de actividad cuando lo boleó Orkeke; pero todos estaban desanimados por el fracaso reciente. Al caer el día ví un corvejón en el río; ésto y el ascenso de la



Un toro bravo en la cordillera

temperatura me indujo á pensar que, si hubiéramos seguido unas cuantas millas más hacia el oeste, habríamos llegado á la costa del Pacífico. Continuando la marcha, después de esa segunda tentativa de caza infructuosa, conseguimos atravesar la densa selva antes que obscureciera, y al bajar al valle oriental vimos de trecho en trecho gran número de vacas y de toros. Á poco de ponerse el sol, acampamos para pasar la noche al abrigo de unos árboles cerca de la cabecera del río occidental, y después de fumar una pipa, por vía de cena, nos envolvimos en nuestras mantas y en breve caímos en un profundo sueño.

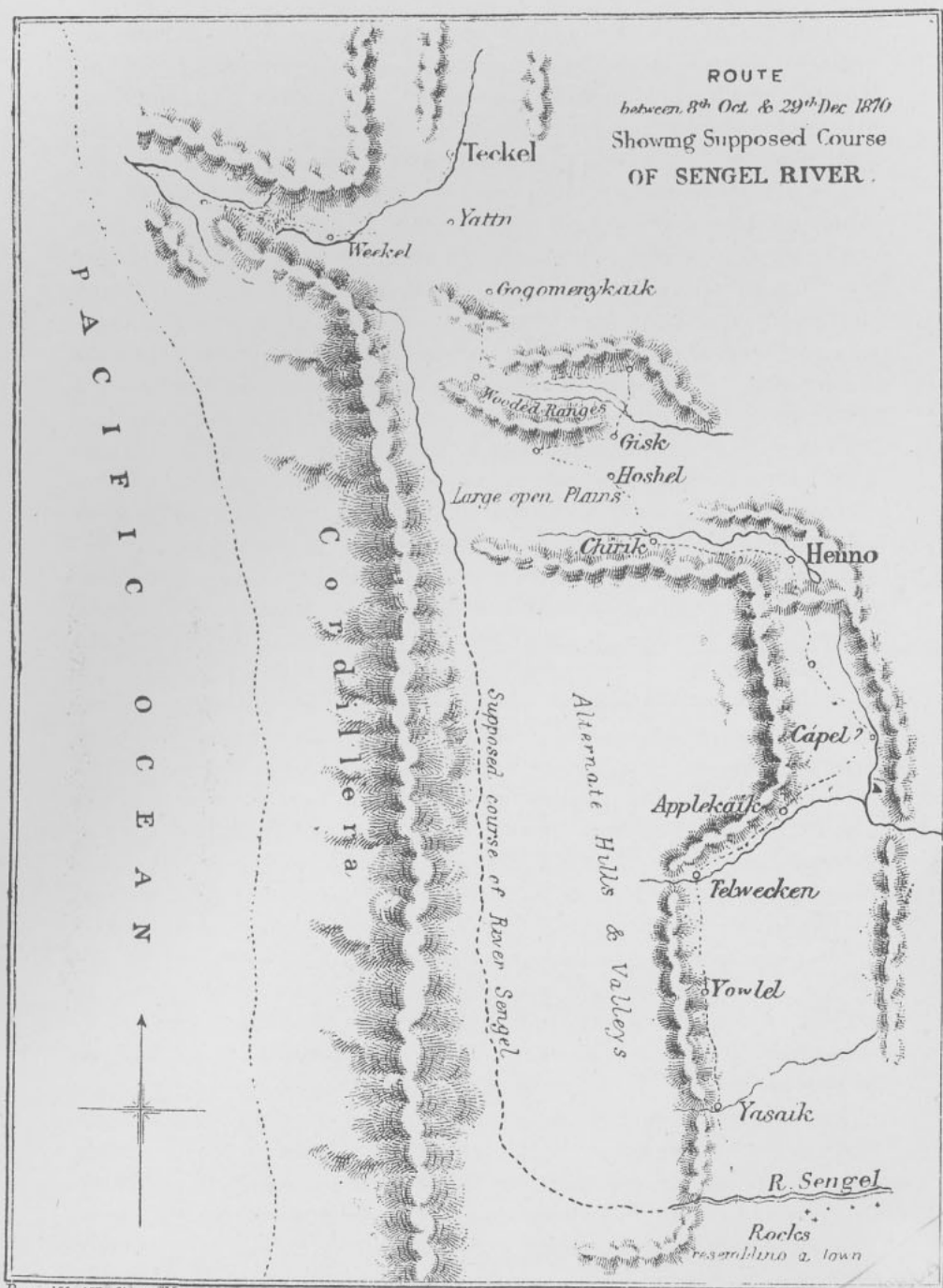
Al aclarar montamos otra vez y reanudamos la marcha, llegando á los toldos como á las dos, con un hambre devoradora, porque, desde nuestra última noche en el campamento, no habíamos comido absolutamente nada, fuera de fresas y de talco, y de unas cuantas grosellas, verdes todavía. Naturalmente, las mujeres sufrieron una contrariedad al enterarse de nuestra mala suerte, pero no hicieron oír queja ni reproche alguno, y se apresuraron á moler un poco de charqui para darnos de comer. Al día siguiente, todos menos yo y mi compañero de caída, que se quejaba de dolor de cabeza, salieron á cazar y volvieron á la noche con guanacos cachorros y dos ó tres avestruces. Algunas mujeres habían visto animales vacunos cerca del campamento, y Orkeke me dijo que en otro tiempo éstos ocupaban generalmente en grandes manadas los llanos situados más abajo, pero que los indios los habían obligado á internarse al perseguirlos sin tregua; también me contó que en una ocasión había pasado meses en dicho sitio, cazando y amansando un buen número de esos animales. Su conocimiento exacto del país daba crédito á su afirmación, y, por otra parte, el hombre me hizo ver una especie de corral construído para encerrar á los animales salvajes. Por lo que á mí se refiere, el nombre de la cordillera me recuerda la navidad más hambrienta de mi vida; parodiaré al *Ancient Mariner* diciendo que había animales vacunos en todas partes pero ni una tajada de carne. El día siguiente se pasó en los toldos, y algunos de los indios estaban deseando, ó aparentaban estarlo, ir una vez más en busca de ganado. Pero Orkeke no quería saber nada de eso, y el 28 nos pusimos en marcha, siguiendo el curso del río en una dirección noreste, poco más ó menos. El tiempo era lindo, y al salir del llano tomamos por el tortuoso valle, alarmando de tiempo en tiempo á alguna manada de guanacos ó á algún avestruz solitario. Como á la tarde acampamos á orillas del río, y las mujeres, después de plantar los toldos, se ocuparon en extraer papas. Ese día vimos humo al norte, causado por las partidas de caza de los demás indios, y también otras á mayor distancia, que Orkeke atribuyó á los indios araucanos, con los que, según se esperaba, nos encontraríamos en breve.

El 29, cuando estábamos preparados para emprender la marcha, y

mientras las mujeres se ocupaban en cargar los caballos y algunos de nosotros en juntar bayas de califata, ó agracejo (*Berberis buccifolia*) ó en buscar fresas, llegó á caballo un muchacho, que parecía despachado como chasque por una partida de indios que ocupaban toldos cerca de allí, y dijo que esa partida se había comunicado con los araucanos, entre los cuales había habido un tumulto en una orgía, del que había resultado la muerte del cacique. Se dió entero crédito á esta historia, y Orkeke se quedó un poco perplejo, porque tal vez el nuevo cacique no estaría muy bien dispuesto para los tehuelches. Sin entretenernos en cazar, nos dirigimos lentamente hacia el campamento próximo, adonde habían llegado ya los dos indios desconocidos. Al acercarnos, uno de éstos nos salió al encuentro; y, mientras se fumaba una pipa, después de observado el ceremonial de costumbre, prescripto por la etiqueta, porque nunca habíamos visto al hombre, lo interrogamos sobre el tumulto entre los araucanos y resultó que todo eso era una patraña inventada por el joven prometedor que nos había visitado. Al rato nos trasladamos á los toldos, situados en el recodo del río, cerca de un vado ó paso.

Habíamos llegado ya al campamento convenido en Henno como punto de reunión general, antes de la dispersión de los indios. Ese valle se llama Teckel, y es un sitio de descanso preferido después de la estación del guanaco cachorro, tanto para que se repongan los caballos como para que los indios se fabriquen las mantas de pieles de guanaco cachorro, antes de ir á comerciar en el Río Negro ó en Las Manzanas. Por lo general se instala al campamento en el terreno que se ocupó esa vez, esto es, del lado occidental del río, como á una milla de una gran colina rasa que obstruye la vista de la cordillera. En la parte oriental, el valle se extiende unas tres millas y sigue abierto hacia el norte hasta seis millas tal vez de distancia. Todo él es fértil, pero el mejor campo de pastoreo se encuentra en el extremo noreste. Las orillas del río, desprovistas de árboles, son altas en muchos sitios y están formadas, debajo de la tierra de la superficie, por varias arcillas estratificadas: azul, blanca y roja. En el fondo de la corriente, que está curiosamente libre de piedras, se ven con frecuencia gruesas capas de arcilla, casi igual á la tufa que se encuentra en el Paraná y en otros afluentes del Plata, y en algunos puntos hay camas de arena negra, aurífera probablemente; puede obtenerse pescado en cualquier hoyo ó charco, y el cangrejo de río abunda y constituye el cebo más tentador para los peces. Con un poco de arcilla de la clase más fina pude fabricar una pipa siguiendo el sencillo procedimiento de moldearla á mano y cocerla en las cenizas, pero el utensilio no duró mucho.

Poco después de nuestra llegada, se lastimó una de las criaturas mientras jugaba con una boleadora hecha con tendones de pata de aves-truz, y por consiguiente se efectuó una matanza de yeguas. Ésto nos



permitió no salir á cazar y dar descanso á los caballos, que en ese tiempo necesitaban seriamente un poco de asueto, aunque, como había una buena pista, con frecuencia organizábamos carreras para mantener á los animales preparados. Haría una semana que nos habíamos establecido allí, y todas las mujeres trabajaban activamente en la tarea de fabricar mantas, cuya descripción se hará en el capítulo próximo, cuando empezaron á llegar los indios y se reanudaron las cacerías, aunque sólo en las ocasiones en que era absolutamente necesario hacerlo. Algunos de los recién llegados se dirigieron á la región del ganado salvaje, y consiguieron matar un toro, aunque, como había pasado antes, ocurrió un accidente. Como se había usado mi lazo para apresar á ese toro, tuve una parte de la carne, que repartí entre la gente de nuestro toldo; pero esta carne resultó más bien repugnante. Tal vez el paladar, por tanto tiempo acostumbrado á la carne de guanaco, de avestruz ó de caballo, no podía encontrar sabrosa carne más ordinaria; pero el cuero era inestimable para maneas y otros arreos. El 7 de enero llegó un mensajero de Casimiro á pedirme de parte de éste noticias, y á hacerme saber que estaba á una tres formadas de distancia y pensaba demorarse un tiempo para dar descanso á sus caballos, etc. Después de consultar con Orkeke y Jackechan, enviamos un chasque con el recado de que « como la caza escaseaba entonces en las inmediaciones de Teckel, y todos estaban más ó menos deseosos de seguir adelante, lo mejor que podía hacer él era apresurarse á reunirse con nosotros; si no, continuaríamos nuestra marcha en dirección á Las Manzanas ». Este mensaje produjo el efecto deseado, y el 11 apareció Casimiro, con varios otros toldos, quedándose atrás sólo unos cuantos con Crime, que, según dijeron, estaba enfermo.

Á la llegada de Casimiro, que poseía entonces un buen toldo, trasladé mis efectos á su residencia, como se había convenido al empezar el viaje. Sentí separarme de Orkeke, y el viejo se mostró muy apesadumbrado; el regalo que le hice de un revólver contribuyó á turbarlo más todavía, porque me dijo que no tenía nada que ofrecerme en cambio; pero pareció consolarlo la seguridad que le di de que no le hacía ese regalo para recibir otro, como es corriente entre los indios. Se efectuó la acostumbrada junta de jefes, en la que se convinieron todos los preparativos, y permanecimos en Teckel hasta el 20 de enero. Como entonces yo estaba ya muy al tanto del género de vida y de las costumbres de los tehuelches, que me consideraban casi uno de ellos (en verdad, había llegado á adquirir cierta posición é influencia entre esa gente) será bueno que haga alto aquí para consagrar un capítulo á la descripción de las maneras y usos de los tsonecas ó tehuelches, como se llaman entre ellos los patagones.

CAPÍTULO V

MANERAS Y COSTUMBRES DE LOS TEHUELCHES

Gigantes patagones. — Una larga caminata. — Fuerza y buen humor. — Cabezas de pelo. — Coquetas tehuelches. — Vestidos masculinos y femeninos. — Adornos y cosméticos. — Tocado y baño. — Armas y herramientas. — Boleadoras y flechas antiguas. — Monturas y riendas. — Plateros. — La fabricación de mantas. — El trabajo de las mujeres. — Alimentos y cocina. — El tabaco. — Juego de naipes. — El juego de la pelota. — Ceremonias de nacimiento. — La niñez. — El casamiento. — Ritos funerarios. — Religión. — Demonios y doctores. — Magia y pronósticos. — Habilidad médica. — El pueblo y la política. — Etiqueta. — El carácter tehuelche. — Afecto natural. — Consejo á los viajeros.

La primera pregunta que me han hecho sobre los patagones varios amigos ingleses curiosos, se ha referido siempre á la tradicional estatura de éstos. ¿Son gigantes ó no? No es seguro que los antecesores de tehuelches, los únicos, dicho sea de paso, á quienes se aplica propiamente el nombre de patagones, hayan sido más altos que los individuos de la raza actual; aunque en Punta Arenas y en Santa Cruz son corrientes las historias de esqueletos gigantescos encontrados en tumbas tehuelches. El término medio de la altura de los tehuelches varones de la partida con que hacía yo mi viaje, era de cinco pies y diez pulgadas, más bien más que menos ¹. Naturalmente, no había más medio de medir su estatura que compararla con la mía; pero ese resultado, consignado entonces, coincide con el que obtuvo independientemente Mr. Cunnin-

¹ Testimonio de viajeros sucesivos sobre la estatura de los patagones: Pigafetta (1520) por lo menos, son más altos que los hombres más altos de Castilla; Drake (1578) no son más altos que algunos ingleses; Knyvet (1591) tienen de quince á diez y seis palmos de estatura; Van Noort (1598) los naturales son de alta estatura; Schouten (1615) hay esqueletos humanos de diez á once pies de largo; Narborough (1669) Mr. Wood era más alto que cualquiera de ellos; Falkner (1750) un cacique medía siete pies y unas cuantas pulgadas de estatura; Byron (1764) un jefe tenía unos siete pies de altura, y pocos eran más bajos; Wallis (1766) medí á algunos de los más altos: uno tenía seis pies siete pulgadas y varios seis pies cinco

gham. Otros dos, escrupulosamente medidos por Mr. Clarke, tenían seis pies y cuatro pulgadas de estatura. Cuando me uní á los tehuelches del norte no encontré motivo para corregir ese término medio, aunque los meridionales eran en general más altos, porque los más bajos que había entre ellos no eran tehuelches puros sino pampas mestizos. El extraordinario desarrollo muscular de los brazos y del pecho es en todos particularmente notable, y, por lo común, todas sus formas son proporcionadas. Este hecho merece atención especial, porque otros han dicho que, en su desarrollo y fuerza, las piernas son inferiores á los brazos. Mr. Cunningham mismo sostiene que eso es lo cierto, pero me es absolutamente imposible convenir con él al respecto. Aparte de las frecuentes oportunidades que se me ofrecieron para examinar á los jóvenes cuando jugaban á la pelota, ejercicio en que desplegaban gran fuerza y agilidad, ó cuando tomaban su baño casi diario y nadaban ó se zabullían, pude apreciar el desarrollo muscular de sus piernas probando sus botas, que, en casi todos los casos, eran demasiado grandes para mí, aunque los pies, por el contrario, eran muchas veces más chicos que los míos. La altura de su empeine es también digna de nota; bastará para demostrarlo el siguiente caso. Después de negociar con un tehuelche el cambio de cierto artículo necesario por un excelente par de botas altas fabricadas por la casa de Thomas, el trato quedó en nada porque el indio no pudo introducir su pie en la bota: el alto y arqueado empeine resultó ser un insuperable obstáculo para ello.

De las particularidades de los tehuelches para la marcha á pie puedo citar un caso, del que tuve conocimiento directamente. Se recordará que, cuando llegué á Santa Cruz, la goleta estaba anclada en la desembocadura del río esperando viento favorable. Dos tehuelches, llamados Chang y Geckook, se habían embarcado para ir al Río Negro; pero, como la demora les agotara la paciencia, pidieron que se les bajara á tierra, y se volvieron á la colonia á pie, recorriendo una distancia de más de cuarenta millas en cerca de doce horas, sin alimentos. Los vi cuando llegaron, y no parecían estar extenuados se limitaban á decir que habían hecho « una larga caminata ».

Sus facultades para el ayuno eran también muy notables. Mientras

pulgadas. El término medio era de cinco pies diez pulgadas á seis pies; Viedma (1783) por lo general, tienen seis pies de estatura; D'Orbigny (1829) nunca encontré á ninguno que excediera de cinco pies once pulgadas; el término medio de la estatura era de cinco pies cuatro pulgadas; Fitz Roy y Darwin (1833) su estatura, término medio, es más alta que la de cualquier otro pueblo; algunos tienen más de seis pies, y pocos tienen menos; Cunningham (1887-8) es raro que midan menos de cinco pies once pulgadas de estatura, y á menudo tienen unas cuantas pulgadas arriba de los seis pies; uno de ellos medía seis pies y diez pulgadas.

duraban los desórdenes y la lucha, difícilmente comían algo ; y tampoco era raro que, cuando viajaban como chasques, se pasaran dos días, y también tres, sin probar alimento. En nuestra expedición á la cordillera estuvimos cuarenta y ocho horas sin comer nada más que fruta silvestre, y, aunque yo al principio sentí hambre, mis compañeros no parecían contrariados en lo más mínimo por eso. Como hizo notar en una ocasión un desertor chileno, se explicaba muy bien que ellos lo pasaran sin comer : « pero nosotros no podemos hacer eso... no tenemos tanta gordura ». La fuerza de su brazo es muy grande, y el alcance que puede tener la bola de avestruz lanzada por ellos, es realmente asombroso ; por ejemplo, he visto á Crime y á algunos otros bolear á un avestruz á más de setenta yardas de distancia. En una ocasión en que estábamos cortando leña con Hinchel en la cordillera, uno de los desertores chilenos y yo hachamos un árbol, y por medio de un lazo que habíamos atado á la rama más alta tratamos de voltearlo ; pero las ramas se engancharon en otro árbol, y entonces ni siquiera podíamos moverlo. Al ver nuestra dificultad, Hinchel se allegó, y de un tirón vigoroso y bien dado sacó al árbol del enredo y lo hizo caer.

Mr. Clarke me informó también que, en una ocasión en que estaba atacado de fiebre y tenía que ser llevado del almacén á la otra casa de la isla, á causa del ruido que hacían los indios beodos, Naki montó en su caballo, y, tomando al enfermo en sus brazos, salvó la distancia sin que, al parecer, su pesada carga lo embarazara en lo más mínimo.

Sus rostros, como es natural, tienen diferentes expresiones ; pero, por lo común, son animados y joviales, aunque, cuando están en la colonia, los indios asumen un porte moderado, y también adusto. Naki y Cayuki, dos amigos míos, se presentan particularmente en mi memoria con una sonrisa constante en sus fisonomías. La risa siempre pronta de los indios descubre, por lo general, buenos dientes, á los que conservan blancos y limpios mascando maki, una goma que exuda del arbusto del incienso, y que las mujeres y las criaturas recogen con cuidado. Esta goma tiene un sabor poco agradable, y es un dentífrico excelente, digno de rivalizar con el odonto ó la florina ; y se le usa sencillamente por tal virtud, y no como dice M. Guinnard ¹ porque la voracidad de los indios es tan grande que tienen que estar mascando siempre algo. Sus ojos son vivos é inteligentes, y sus narices que, como es natural, presentan diferentes tipos, son por lo común aguileñas y regulares, y las ventanillas no tienen la amplitud propia de lo corriente entre las tribus salvajes. Todos los observadores han notado la prominencia particular que aparece sobre sus cejas ; pero las frentes deprimidas, aunque

¹ *Tres años de esclavitud*, página 233.

no faltan, son excepcionales. Sus gruesas matas de pelo, y el peligro consiguiente, que disuadiría al frenólogo más celoso de la empresa de medirles la cabeza, deben ser una razón suficiente para disculparme de que no pueda decir si son delicocéfalos ó braquicéfalos. Debo confesar, sin embargo, que este punto no atrajo particularmente mi atención; pero diré, para satisfacción parcial de los antropólogos, que tanto los chilenos como yo cambiamos sombreros con algunos tehuelches, especialmente con Orkeke é Hinchel, sin que la cosa saliera mal. Su tez es rojiza oscura, es decir, cuando están libres de pintura, cuando, como á un viejo cuadro, se les devuelve su pristino tinte, que no es tan completamente obscuro como para autorizar la comparación que Fitz Roy hace de él con el color de una vaca de Devon.

Los indios extirpan el desarrollo, escaso por naturaleza, de la barba, del bigote y también de las cejas, por medio de pinzas de plata, y muchas veces me instaron á que me desprendiera de mi barba sometiéndome á esa penosa operación; pero, por supuesto, decliné aceptar la invitación. Los hombres tienen la cabeza cubierta de densas y ondulosas masas de pelo largo, que cuidan mucho, haciendo que sus mujeres, ú otros parientes femeninos, las cepillen cuidadosamente una vez al día, por lo menos. Muy pocos tenían el pelo gris; y, aunque había unas cuantas excepciones, el pelo del indio muy viejo tenía una blancura de nieve, que contrastaba de una manera extraña con su curtido rostro. Por lo que pude calcular, las mujeres tienen una estatura de cinco pies y seis pulgadas; son de brazos muy fuertes, pero, en cuanto á caminar, rara vez hacen más que ir á traer las provisiones de leña y agua, pues hacen todos sus viajes á caballo. Usan el cabello, que es muy áspero y no muy largo, y que difícilmente iguala al de los hombres, en dos trenzas, que alargan artificialmente los días de gala, al parecer con crin de caballo tejida con cuentas azules, y cuyas puntas adornan pendientes de plata. Pero creo que esta práctica se limita á las mujeres casadas.

Como soy admirador del cabello largo, cuando me instalé por primera vez entre los indios admiré en grande á la hija de Chang por su «cabeza de pelo», dos trenzas inmensamente largas preciosamente embellecidas, que, como es natural, pensé que fueran propias. Pero á la mañana siguiente la encontré por casualidad en ocasión en que volvía al toldo con agua, y vi con gran desconsuelo que se había quitado el postizo y que sus guedejas naturales eran todo lo contrario de largas. Las mujeres jóvenes son con frecuencia bien parecidas; ostentan mejillas rosadas, llenas de salud, cuando no las cubren de pintura. Son de porte modesto, aunque muy coquetas, y tan prácticas en el galanteo como si hubieran sido educadas en una sociedad más civilizada. La viuda linda que estuvo á punto de echar el gancho al inglés podía en oportunidad pedir ayuda tan zalameramente como una joven dama en imaginarias dificultades

sobre un seto. Por ejemplo, cuando, á pedido de Orkeke, abrí la marcha al pasar un río, cuyo lecho se ahondaba de pronto á mitad del camino haciéndose fangoso, y en el que la orilla que debíamos ganar era escarpada, oí un llamado quejumbroso: « ¡ Muster, ayúdeme ! ; mi caballo es muy chico ! » La intemperie y el trabajo no avejenta á la mujer tan pronto como podría esperarse ; pero, cuando se hacen viejas, son los carcamales más horrendos, y las brujas más espectrales que Doré ha imaginado serían aventajadas por una trinka de vejanconas tehuelches. El traje de los hombres consiste en un chiripá, prenda inferior que se atan sobre la cintura, hecha de un poncho, ó de un pedazo de tela, y también de piel de guanaco ; pero, sea cual fuere su material, esa prenda es indispensable y la usan escrupulosamente, porque en ellos el sentimiento de la decencia es muy fuerte. Suple á todas las demás ropas la manta de piel amplia y abrigada, que, puesta con el pelo para adentro y el lado pintado afuera, mantiene enjuto al portador por un tiempo considerable en medio de la atmósfera más húmeda. Por lo general, los indios prescinden de esa prenda en la caza ; pero, cuando la usan á caballo, se la ajustan en la cintura con un cinturón de cuero, ó con una correa si pueden conseguirla. En el campamento no llevan este cinturón, y usan la manta suelta, un poco á la manera de la capa del « asesino de melodrama ». Cuando están sentados junto al fuego, y también cuando andan á pie, comunmente se ponen sobre la boca el lado del pelo de la manta, porque los tehuelches sostienen que el viento frío hace doler las encías, y esta costumbre contribuye á hacer aún más difícil de comprender para el novicio su lenguaje gutural y en toda ocasión un poco ininteligible.

Sus botas ó borceguíes de potro se hacen con la piel del corvejón de caballo, y á veces con la de la pata de puma grande, estirada hasta la rodilla y atada alrededor del pie. La llevan así durante uno ó dos días hasta que la piel toma la forma del pie y luego se la corta junto á los dedos y se le cose amoldándola. Cuando se gasta la suela ó cuando el tiempo es muy húmedo ó nevoso, se usa además chanclos de cuero, y las huellas que éstos dejan son tan grande realmente que sugieren la idea de pies de gigante ; esto explica en parte el término *patagón*, que los descubridores españoles aplicaron á estos indios. En el campamento rara vez usan las botas, por razones económicas, aunque salir descalzo á pisar el pasto helado de la madrugada es cosa desagradable hasta para un tehuelche ; pero el material de la bota se gastaría pronto si se usara ésta para caminar. Para cabalgar se las asegura con ligas, hechas de fajas tejidas de vistosos colores, ó lo que es de rigor para los jefes, de cuero y con grandes hebillas de plata. Aunque el tocado habitual de los hombres es simplemente una venda de color para sujetar el pelo, á veces, sobre todo en casos de ceremonia, se engalanan con sombreros si

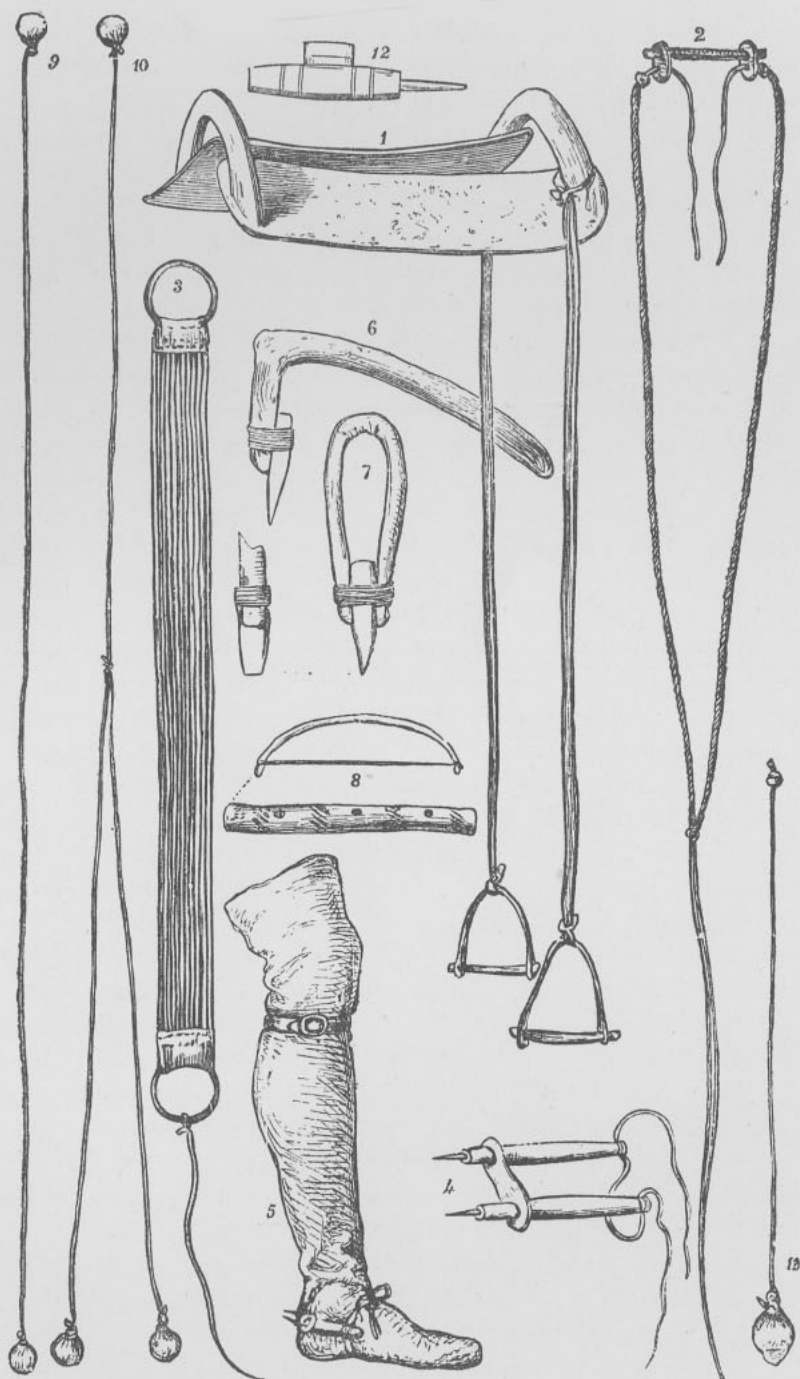
los pueden conseguir. El viejo Orkeke usaba frecuentemente un chambergo de fieltro, al que al regreso de la cacería, guardaba cuidadosamente su previsora esposa.

El traje de las mujeres consiste en una manta parecida á la de los hombres, pero sujeta en la garganta con un gran alfiler de plata provisto de un ancho disco, ó con un clavo ó una espina, según sea el grado de riqueza ó pobreza de la portadora, y debajo de eso, una bata de percal ó tela liviana, que baja desde los hombros hasta el tobillo. Cuando viajan se ajustan la manta con un ancho cinturón adornado de cuentas azules y tachones de plata ó bronce. Las botas que usan las mujeres son parecidas á las ya descriptas, salvo que al prepararlas se deja en el cuero el pelo que para las botas de los hombres, se saca cuidadosamente. A las criaturas se las viste con mantas chicas, pero lo más frecuente es que se le deje andar de un lado á otro desnudas, hasta los seis ú ocho años, se les hacen botitas con la piel que se saca de las patas delanteras del guanaco, ablandada á mano. Por regla general, las criaturas muy pequeñas se resisten decidida y eficazmente á llevar esa prenda, y, sea cual fuere el rigor del tiempo, prefieren andar corriendo descalzas. Las cunas para los nenes se hacen de varas de mimbres entrelazadas con tiras de cuero; se las provee de una cubierta para resguardarlas del sol y de la lluvia, y se les da la forma conveniente para que, en la marcha, puedan asentarse sobre la montura de la madre. Se les adorna, si los padres son ricos, con campanillas y chapas de bronce y también de plata. Las mujeres son amigas de los adornos y usan zarcillos enormes de forma cuadrada, colgados de aretes que atraviesan el lóbulo de la oreja, y también collares de plata ó de cuentas azules. Los hombres llevan también collares de éstos, y adornan con plata sus cinturones, sus pipas, sus cuchillos, sus vainas y sus arreos. Los que pueden permitírselo se regalan con espuelas y estribos de plata; la mayor parte de sus adornos, menos las cuentas, son de fabricación casera: los hacen modelando á golpes las monedas que obtienen en su comercio con las colonias.

Tanto los hombres como las mujeres se embadurnan la cara y á veces el cuerpo con pintura; los indios alegan como razón para usar este cosmético que es una defensa contra la acción de los vientos, y ví por experiencia personal que, en efecto, resultaba ser un preservativo perfecto contra la escoriación ó paspa. Resultaba igualmente eficaz contra la acción del sol, que en Henno me despellejó la cara por completo hasta que volvía á aplicarme la pintura, que había hecho á un lado, porque no deseaba presentarme como un salvaje noble á los recién llegados. La pintura para la cara se compone de ocre rojo, ó tierra negra, mezclado con grasa sacada de los huesos medulares de los animales muertos en la caza; huesos que las mujeres reservan celosamente y que, cuando llega la oportunidad muelen y cuecen en grandes ollas, espumando y guardando con el

mayor cuidado la grasa y la gelatina. En ocasiones de ceremonia, en las fiestas de nacimiento, por ejemplo, y para los bailes los hombres se adornan además con pintura blanca ó yeso en polvo, que humedecen y con lo que se frotan las manos, haciéndose con los cinco dedos marcas en el pecho, en los brazos y en las piernas. El tocado matinal corriente es sencillo : una zabullida en el río, que casi siempre es lo primero, excepto naturalmente, cuando las circunstancias no lo permiten, y en la que toman parte los dos sexos que se bañan escrupulosamente apartados y, por lo general, antes del amanecer; luego, las esposas, hijas ó novias peinan á los hombres, teniendo el mayor cuidado de quemar todas las hebras que les saquen, porque los indios creen firmemente que las personas mal intencionadas que pueden obtener un pelo de ellos estarán habilitadas para hacerles sortilegios. Por esta misma razón, cuando se cortan las uñas entregan cuidadosamente á las llamas las raeduras. Después del peinado que se hace por medio de un cepillo de mano tosco, las mujeres adornan con pintura las caras de los hombres, si están de duelo les ponen pintura negra, y si van á pelear les ponen á veces debajo de los ojos un poco de pintura blanca que, en contraste con la otra, contribuye á dar los rostros una expresión salvaje. Las mujeres se pintan la cara unas á otras ó se las pintan á sí mismas cuando poseen, como pasa á veces, un pedazo de espejo. Tanto los hombres como las mujeres se taracean el antebrazo mediante el sencillo procedimiento de pincharse la piel con un punzón é introducirse una mezcla de tierra azul con un pedazo de vidrio seco : los modelos usuales consisten en una serie de líneas paralelas, y á veces en un triángulo sólo ó doble, apoyado el de arriba en el ápice del inferior. Yo también me dejé taracear una línea, y confieso que la operación fué un poco dolorosa.

Los indios cuidan bastante el aseo personal, y además de las abluciones de la mañana aprovechan el baño cuando acampan junto á un río, pasan horas enteras nadando y zabulléndose juntos. Son también escrupulosos en la limpieza de sus toldos y utensilios, y cuando pueden conseguir jabón, lavan todo lo que tienen en su poder. No obstante estas precauciones, están enteramente plagados de sabandijas que encuentran seguro alojamiento en la lana de sus mantas. Esto puede atribuirse á su modo de vivir, y á su alimentación, así como á los materiales con que se hacen las ropas y todo viajero que quiera vivir con los indios debe prepararse para aguantar esa peste á la que, *experto crede*, se habituará en breve sin embargo. Su manera de cazar y de cocinar la carne obtenida en la caza ha sido ampliamente descripta en un capítulo anterior. Las armas que emplean principalmente en sus cacerías son la boleadora de dos bolas, llamada *chumé*, para cazar el avestruz y la de tres, llamada *yachiko*, para cazar al guanaco, parecida á la que usan los gauchos de las provincias argentinas. Las bolas son comunmente de piedra, pero á



Armas y útiles tehuelches: 1, silla; 2, freno y riendas; 3, cincha; 4, espuelas; 5, bota; 6, azuela; 7, rascador; 8, instrumentos de música; 9, boleadora para avestruz; 10, boleadora para guanaco; 11, bola perdida; 12, pipa.

veces las hacen de metal blanco ó cobre, conseguido en las colonias; esas no necesitan forro y se generalizan cada vez más de unos años á esta parte; también abundan las bolas de hierro fundido ó en bruto á las que los tehuelches mismos dan la forma requerida. Esta clase de bola es la redonda destinada á la boleadora arrojada; la ovalada, que se toma en la mano, y que, naturalmente, pesa un tercio menos que la otra, se hace por lo común con la lava blanca vesicular que abunda en muchas regiones. La correa delgada y flexible, para hacer girar las bolas alrededor de la cabeza se fabrica, como se ha dicho ya, con tendones de avestruz trenzados en cuatro ramales, de seis á ocho pies de largo. Lo mejor siempre es bolear á la presa galopando en la misma dirección que siga ella, porque en todos los casos hay que apuntar al cuello del guanaco ó del avestruz, trabar las patas traseras del cuadrúpedo es inútil, aunque á las vacas y á los caballos se les bolea siempre esas patas. Todo tiro hecho á un ave ó animal que salta ó se atraviesa en la carrera fracasa casi infaliblemente; por supuesto, las marras son frecuentes, porque muchas veces el tiro se hace desde el lomo del caballo á todo galope, y á una distancia de cincuenta á setenta yardas: las bolas rasgan el aire con su zumbido particular, quizá para caer solamente en un matollar enmarañado. Entonces es cuando se hace evidente la ventaja del material reluciente, porque el jinete no se detiene, sigue galopando y lanza otra boleadora; después vuelve atrás para recoger las armas tiradas, y á las que muchas veces cuesta gran trabajo encontrar en ese suelo cubierto de guijarros, hierbas y arbustos. Por lo general, yo dejaba caer un pañuelo ó alguna cosa por el estilo, fácil de ver para marcar el sitio, pero las bolas de metal gozan de tanta preferencia, á causa de que se las ve fácilmente, que un par de ellas vale un caballo. Además de la boleadora se usa el lazo cuando se caza vacas ó caballos y á veces para los pumas también, aunque el método ordinario es matar á éstos atontándolos primero de un golpe en la cabeza.

Las armas de los tehuelches consisten en fusil ó revólver, sable ó daga, lanza larga y pesada, — que sólo usan los indios desmontados y que difiere completamente de la lanza liviana que manejan los jinetes araucanos ó pampas, — y la bola perdida ó sencilla llamada así porque se la arroja para no volver á recogerla. Esta arma se fabrica rápidamente, se toma una piedra de punta aguda, se la ferra de cuero excepto en la punta, que se deja fuera, se le ata una correa de cuero crudo como de una yarda de largo, y se forma un nido en el extremo de la correa para impedir que ésta se zafe de la mano cuando se lo hace dar vueltas antes de lanzarla contra el enemigo. La bola perdida era el arma original de los tehuelches, antes de la introducción de las armas de fuego, y hoy todavía es un proyectil muy mortífero en sus manos.

Sé que Pigafetta, el cronista del viaje de Magallanes, dice que los an-

tecesores de estos indios usaban arcos y flechas, pero me inclino á pensar que hay que atribuir esa costumbre á una tribu de fueguinos ó á una partida de pampas residentes en el valle del río Negro. Lo cierto es que al sur del río Negro donde esos indios pululan no se encuentran puntas de flecha de pedernal antiguas; también es un hecho que sólo más cerca de la cordillera hay alguna madera, cuando la hay, adecuada para arcos y es razonable suponer que antes de la introducción de los caballos, las migraciones de los indios estaban limitadas á un área más pequeña; además, aunque en el interior de la Patagonia propiamente dicha no se encuentran puntas de flecha, no es raro descubrir, en cambio, boleadoras antiguas. Estas son muy apreciadas por los indios y se diferencian de las que están hoy en uso porque tienen muescas talladas en el contorno y son más grandes y más pesadas. La introducción y difusión de las armas de fuego ha proscripto casi el uso de la armadura defensiva, pero las cotas de malla y las sobrevestas de cuero abundantemente tachonadas de plata, se conservan y emplean todavía, como lo demuestran los casos ya citados, y antes de entrar en batalla, los guerreros se almohadillan muchas veces como jugadores de cricket, recurriendo á las corconillas ó mantas y á los ponchos, para formar una envoltura cuyos pliegues desvían el golpe del sable ó de la lanza.

Durante nuestra larga permanencia en Teckel, como se evitaba la caza en lo posible para dar descanso á los caballos, los hombres se ocupaban de artes y manufacturas indígenas, sobre las cuales daré algunos informes en la creencia de que tal vez se las considerará interesantes.

Como el caballo es el principal elemento del indio, concederemos el primer lugar á los arreos. Las monturas se hacen del modo siguiente: se parte en dos un pedazo de madera y por medio de una azuela pequeña se le da el tamaño y el grosor necesarios para que forme los costados ó aletas, diestramente adaptadas á la forma del lomo del caballo; se abren agujeros en cada extremo de las aletas, y á ellas se ata con cuero después de reducirlos al tamaño requerido, los fustes formados con angulares de árbol, como los codos que se usan en la construcción de botes. Sobre esto se cose con tendones un cuero fresco de guanaco, desprovisto de su vellón y cuidadosamente cortado en la debida forma, cuero que, al secarse, sirve para ligar fuertemente unas con otras las diferentes piezas del armazón. Casimiro era el obrero más diestro de la partida; me hizo una montura que usé durante cinco semanas sin desollar al animal aun cuando no se la pudo forrar ó almohadillar con cuero porque tuvimos que partir apresuradamente. Debajo de la montura se coloca un grueso mandil ó poncho y encima de ella una corconilla ó manta de piel de puma, ó de guanaco cachorro, ó de cuero de oveja negra, al que se prefiere siempre que se le puede conseguir. Los araucanos tejen corconillas de muy linda trama y de brillante color azul, que se venden

hasta á cinco libras esterlinas en las colonias. Las cinchas se hacen con trece ó catorce tiras de cuero retorcido de cuello de guanaco y se las provee de dos argollas aseguradas por una correa de cuero. Los estribos se cuelgan por medio de tiras de cuero de los agujeros abiertos en el fuste delantero; por lo general, se les hace de un travesaño de madera dura encajado en un pedazo de cuero crudo y á veces es todo de madera doblada en forma triangular. Los presumidos, naturalmente lucen estribos de plata, pero lo más frecuente es que no se les use de ninguna clase. También se desensilla á los caballos cuando se completa el círculo de la cacería, para cabalgar en pelo, pero se les vuelve á ensillar después, para llevar la carne á los toldos. Sucede que un indio pierde su montura en el juego y entonces tiene que cabalgar en pelo, lo que no parece molestarlo nunca. Las bridas se hacen de cuero trenzado ó retorcido. Los bocados varían pero el más común es una simple barra de madera ó de hierro provista en cada extremo de una oreja de cuero fuerte, de la que salen dos correas que pasan por debajo de la quijada del caballo, formando una barbada eficaz; las riendas se atan también á las orejas de cuero. Muchas veces se omite la barra y se coloca en la boca del caballo una simple correa que pasa por la pieza de cuero y que se une á la rienda y se ata debajo de la quijada. Yo usé este bocado sencillo durante todo el viaje, y nunca tuve motivo para encontrarle defectos. Las espuelas se hacen con dos pedazos de madera dura provistas de clavos de punta aguzada, encajados en uno de los extremos; una vez traté de reemplazar esos clavos por clavijas de hueso, pero había que afilarlas continuamente, y además se rompían en seguida. Las espuelas se aseguran á los pies por medio de correas. Los bozales para domar caballos se hacen de cuero sencillo ó trenzado, y se les pone debajo una argolla, para el maneador.

Los lasos se hacen también de cuero sencillo ó trenzado, y se parecen á los que usan los gauchos. Los únicos arreos restantes dignos de mención son las maneas, llamadas por los indios *caligi*, con las que se traban las patas del caballo para enseñarlo á quedarse inmóvil cuando el jinete desmonta, pero los caballos aprenden muy pronto á esperar el regreso de su dueño. Á mi vuelta á este país, un amigo cazador al oír mi descripción de la cacería, me preguntó ansiosamente: « Pero ¿quién le tenía á usted el caballo? » Los caballos de caza tehuelches bien adiestrados se cuidan solos, y allá no hay hombre ni muchacho disponible para prestar ese servicio al que tenga la poca suerte de montar un animal no adiestrado. Nuestros domadores podrían recibir una lección provechosa de esos *salvajes*.

Otra rama de la industria general es la fabricación de pipas de fumar que adoptan una forma particular. Se las hace de madera ó de piedra, proveyéndolas de un tubo de plata ó de metal y muchas veces se las

adorna con plata. Se hacen los mayores esfuerzos para mantenerlas libres de nicotina, limpiándolas constantemente con una pluma de avestruz.

Á veces se hacen fuentes para contener carne ó grasa, y he visto cucharas de madera ó de cuerno, pero estos artículos son raros. El toldo de Casimiro disfrutaba de la posesión de una de estas últimas, que parecía más bien un calzador. Muchos de los hombres son diestros para trabajar la plata con las monedas que obtienen en las colonias; templen el metal hasta hacerlo lo bastante maleable para que pueda dársele por medio del batido la forma requerida, ya se trate de hebillas, ligas, chapas, cuentas ó tachones para recamar cinturones ó armaduras. Estos tachones se ahuecan por lo general en una cavidad apropiada hecha en una piedra; luego se les horada en la orilla con un punzón y se les cose al cuero con tendones. Los yunques y martillos para labrar la plata son por lo común de piedra; pero el pedernal lo usan solamente para encender fuego. Los Tehuelches son también hábiles para trabajar el hierro, y modelan un cuchillo, y una azuela también, con cualquier pedazo de metal obtenido por robo, ó en su comercio con las colonias, ó entre los restos de un naufragio en la costa. Uno de los cuchillos que usé frecuentemente en la última parte de mi viaje me lo forjó Hinchel aprovechando una hoja de un viejo par de tijeras. Sus herramientas para trabajar la plata, el hierro, la madera, etc., consisten en limas, conocidas bajo el expresivo nombre de «kikiriki», ó en simples escofinas, en una que otro sierra, un hacha, la infaltable azuela, un par de tijeras ó un formón viejo. Muchas de estas herramientas las han encontrado en la costa, entre los restos de naufragios, y otras las han adquirido por trueque en las colonias.

La ocupación más importante de las mujeres en el campamento era la fabricación de mantas de piel, trabajo que merecía una descripción detallada. Se empieza por secar al sol las pieles, estaquillándolas con espigas de algarrobo. Una vez secas, se las recoge para rascarlas con un pedazo de pedernal, ágata, obsidiana, ó vidrio á veces, asegurado en una rama encorvada naturalmente de modo que forma un mango. Luego se les unta de grasa ó hígado hecho pulpa, y después se las ablanda á mano hasta hacerlas completamente flexibles; entonces se las atiende en el suelo, se las corta en pedazos con un cuchillo pequeño muy afilado, haciendo muescas para ensamblarlas unas con otras á fin de dar más fuerzas á la costura, y se las distribuye entre cuatro ó seis mujeres armadas de las correspondientes agujas y hebras de hilo, que consisten en punzones hechos de clavos aguzados y en tendones secos extraídos del lomo del guanaco adulto. Cuando la manta es grande no se le cose toda de una vez; así que la mitad está concluída, se la estaquilla y se le aplica la pintura, de la manera siguiente: se humedece un poco la superfi-

cie; luego, cada una de las mujeres toma una pastilla, ó pedazo de ocre colorado, si éste va á ser el color del fondo, y mojándolo aplican la pintura con gran cuidado. Una vez terminado el fondo, se pinta con la mayor precisión el dibujo de motitas negras y rayas azules y amarillas, es la que las mujeres trabajan todo el día con la perseverancia más asidua. Concluído esto, se pone á secar la piel durante una noche, y se termina debidamente la otra mitad y las alas, que sirven de mangas; después se junta todo, y, una vez terminado el trabajo, la piel presenta una superficie compacta. El dibujo preferido, salvo cuando el dueño de la prenda está de luto, es un colorado, con cruceecitas negras y rayas longitudinales azules y amarillas por ribetes, ó con un zigzag de líneas blancas, azules y coloradas. Es sorprendente la energía infatigable con que trabajan las mujeres y la rapidez con que cosen. Cuando el indio está casado, su mujer, ó sus mujeres, son naturalmente, las que le fabrican las mantas, auxiliadas por las amigas, á quienes ayudan ellas á su turno; pero, cuando se trata de un soltero, como era mi infortunado caso, hay que entregar las pieles á alguna linda dama, que trabaja como otras personas que yo conozco: á partir utilidades; y por lo general, el cazador pierde en el negocio; por lo menos, eso me pasó á mí, porque unas treinta ó cuarenta pieles sólo produjeron una manta que contenía como una tercera parte de ellas. Además de las mantas de guanao, que son las más usadas, se hacen otras de piel de zorro, puma, gato montés, cabiai y zorrino; la piel de este último y del gato montés son las más valiosas, pero, como á las otras, por lo general sólo se las considera á los fines del trueque. Las mujeres, además de hacer mantas, tejen las vinchas para la cabeza á que me he referido ya, con hilo de telas deshiladas obtenidas por trueque en las colonias, ó de sus vecinos araucanos. Trabajan de la misma manera que el marinero fabrica un palleto de los llamados «de sable». Además de esas vinchas, tejen de vez en cuando fajas para la cintura, y ligas. Muchas de ellas trabajan también los detalles de los adornos de plata, como ahuecar ó doblar los tachones, abrir los agujeros y coser esos tachones sobre los cinturones ó armaduras, según sea el caso. Cosen también las pieles que sirven de cobertores para los toldos, trabajo muy rudo, por cierto. Rascan y preparan cueros de caballo para amueblar los dormitorios, pintándolos con diversos dibujos; hacen los borrones de caña, también con adornos de plata muchas veces, con que protegen sus altas monturas, cocinan la comida, trituran los huesos para extraer la medula, cuidan á las criaturas y acarrear leña, agua; hacen, en fin, todas las minucias caseras. Se verá, pues, que casi siempre están bastante ocupadas; sin embargo, de vez en cuando tienen tiempo para jugar á las cartas, y á veces para reñir y chismear.

Las criaturas se entretienen, por lo general, en imitar á las personas

mayores. Los muchachos juegan con boleadoras diminutas y cazan perros con pequeños lazos ; y las muchachas construyen tolditos para sentarse dentro de ellos ; y con este objeto unos y otros se llevan, sin que nadie los reprima, todo lo que les parece conveniente. Muchas veces, cuando estaba por incorporarme á la cacería, tenía que intervenir en estos últimos juegos para recobrar mis arreos de montar, que los jóvenes se habían apropiado.

Los instrumentos musicales de los Tehuelches han sido descriptos ya. En Teckel, además de la orquesta indígena y de sus armonías, á las que me había acostumbrado ya, disponíamos de una corneta, con cuya música animaba frecuentemente nuestras veladas el hermano de Jackechan. Muchos Tehuelches pueden ejecutar en ese instrumento los toques corrientes, que han tenido ocasión de oír en Río Negro ó en Punta Arenas, y la mayor parte de ellos parecen tener buen oído para la música. Sus cantos, sin embargo, no son melodiosos, y consisten en simples repeticiones de palabras desprovistas de todo sentido ó significado. Casi miro me informó que en el tiempo antiguo los viejos acostumbraban cantar las tradiciones de la tribu y también una especie de plegaria. Es muy de sentir que estas costumbres hayan caído en desuso. Varias veces traté de obtener informaciones sobre sus antepasados, pero todos mis esfuerzos fueron infructuosos. Cuando les preguntaba cómo había viajado su tribu antes que se introdujeran caballos en el país no podían concebir que ese estado de cosas hubiera existido alguna vez.

Poco hay que agregar á los detalles ya dados sobre la cocina y régimen alimenticio de los Tehuelches, que por fuerza se limite casi á la carne, pero no la devoran cruda como con tanta insistencia se afirma. Se hace gran consumo de carne gorda, tanto fresca como conservada, y, como se ha dicho ya, esta es una necesidad impuesta por la falta de alimentos farináceos. Sin embargo, son muy aficionados á toda clase de fruta y legumbres silvestres, cuando pueden conseguirlas, y, aparte de las raíces tuberosas indígenas y de las infaltables plantas de dientes de león, y que las muchachas recogen para sus parientes y amigos, y que se comen crudas, los indios cambian en las colonias sus artículos por papas, nabos y otras legumbres. También les gusta mucho la galleta y la harina, que mezclan con agua y cuecen en el rescoldo. Antes de mi estancia entre ellos creo que no conocían la pimienta ; pero, como yo tenía en mi poder una pequeña cantidad, induje al viejo Orkeke y á su dama á probarla, y en breve se aficionaron á ese condimento, ellos y también otros. Les gusta particularmente la azúcar y todo lo que es dulce. La sal es un artículo muy necesario para ellos, y rehacen sus provisiones cuando pasan por alguna de las numerosas salinas que se encuentran en el país. Á veces sucede, sin embargo, que tienen que comer sin ella, cuando prolongan su permanencia en un lugar ó cuando viajan por regiones donde escasean las salinas ; y esta es probablemente la causa

de una enfermedad de la piel que aparece de tiempo en tiempo entre esos indios. Por regla general, los indígenas llevan sal cuando salen á cazar, tanto para sazonar la sangre, que rara vez comen sin ella, como también para salar la carne de guanaco ó de avestruz.

Creo que, hablando en general, los indios, lejos de ser glotones, comen menos que la gente civilizada. No comen nunca á hora fija, sino cuando sienten apetito, y un indio me hizo una vez, esta observación al respecto: « Los chilenos comen siempre á una hora dada, lo que es una tontería; nosotros no comemos sino cuando tenemos hambre ». Creo que yo, por mi parte, consumía comúnmente más provisiones que un indio, cualquiera que fuese, excepto mi amigo Cayuke, que era indudablemente un gran comilón. También era un gran fumador; toda vez que me encontraba con él me decía invariablemente las pocas palabras en inglés que yo le había enseñado: « Carga y enciende la pipa... Fuma ». La manera corriente de fumar es ésta. El fumador enciende su pipa y luego se tiende en el suelo, y, después de soltar una bocanada de humo á cada uno de los cuatro puntos cardinales, y de mascullar una oración, se traga unas cuantas bocanadas, lo que lo embriaga y le causa una insensibilidad parcial que dura tal vez dos minutos. Entretanto, sus compañeros procuran cuidadosamente no molestarlo de ninguna manera. Cuando la cosa ha pasado, el hombre se levanta, toma un trago de agua y reanuda su conversación ó su trabajo. Se ha presenciado casos en que esta intoxicación estaba acompañada de convulsiones, pero esos casos eran muy raros. El tabaco que usan para fumar, porque nunca lo mascan, lo obtienen por lo general en las colonias; pero, á falta de él, consiguen de los araucanos una hierba sucedánea. Esta hierba no se fuma nunca pura; se le mezcla siempre con madera triturada ó con tallos de yerba, té del Paraguay, cuando pueden conseguirlos. La mezcla con estiércol que cita M. Guinnard es desconocida entre los Tehuelches.

Entre las mujeres hay algunas fumadoras, pero la costumbre no es general, por lo común se limita al círculo de las damas de edad avanzada. En cambio, la mayor parte de los hombres fuman, aunque hay algunas excepciones. Sin embargo, me sorprendió mucho ver que el Zurdo pasaba la pipa más de una vez á su hijo, un precoz muchacho de tres años, que la aprovechaba al parecer con gran satisfacción para sí mismo y para su padre lelo.

Las principales diversiones entre los indios, porque cazar es una ocupación y no un deporte, consisten en carreras de caballos, juegos de cartas, y juegos de dados, — que ellos mismos hacen de hueso con una exactitud matemática, y que tiran con la mano, — y juegos de piedritas, así como de pelota. La carrera de caballos ha sido descripta ya. Las cartas que se usan á veces es la baraja española, que se obtienen en las colonias, pero lo más frecuente es que los indios usen otras de cuero, fa-

bricadas por ellos mismos. Estas, como los naipes españoles comunes, están marcados con los numerales hasta siete; pero las figuras son completamente distintas, porque, en vez de ellas, se veían monogramas de origen nativo, cuyo significado, si tenían alguno, era indecifrable. El as, sin embargo, es un poco parecido al nuestro. Los juegos más comunes son: «panturga», «primero», «siete» y *yaik*, ó «fuego», una especie de «burro». Los jugadores se sientan en rueda, con un poncho ó una mantilla que representa el tapete verde; sus fichas consisten en pedazos de ramitas ó hierba, y su sistema de tanteo es complicado. Yo, por lo general, cuando me permitía el lujo de jugar, lo hacía en sociedad con otro que se encargaba de tantear, pero mi buena suerte constante me quitaba las ganas de aceptar invitaciones á entrar en la rueda. Cuando se pierde la apuesta, ya se trate de un caballo, una tropa de yeguas, una montura, un lazo ó cualquier otra cosa, el ganador manda sencillamente á un amigo á buscarla, ó va él mismo á tomarla; toda deuda de honor se paga escrupulosamente en seguida. Con frecuencia se pierden y se ganan apuestas de consideración. Una vez había negociado yo la compra de un caballo á un indio que poseía una espléndida tropa, y, como había dado seña, salí á cazar montado en el animal para probar su poder de resistencia. Mi amigo el dueño, que se quedó en el campamento jugando, vino á verme al regreso y me rogó que considerara nulo el trato porque durante mi ausencia había perdido casi todos sus caballos, y alguno de los artículos de propiedad de su esposa. Naturalmente, deshice el trato y la seña me fué devuelta debidamente; pero el hombre recobró más tarde, de la misma manera que los había perdido, sus caballos y riquezas.

El juego que se juega con piedritas es parecido al que está en boga entre los escolares con el nombre de «juego de tabas». Lo juegan comunmente los muchachos, pero no es raro que los adultos se junten á ellos. Las mujeres juegan á las cartas, y en este juego también apuestan sus mandiles, cueros y arreos. Á la señora Orkeke le gustaba mucho jugar, y tengo motivos para creer que una vez que había perdido una parte del tabaco de su marido echó la culpa de la desaparición del artículo á uno de los chilenos, afirmando que éste lo había robado. El hombre casi perdió la vida á causa de eso, y sus lágrimas y súplicas abyectas demostraban lo aterrorizado que estaba; pero felizmente se salvó en esa ocasión. Extraño es decirlo, pero de mí no se sospechó en esa ocasión absolutamente, aunque yo sabía donde estaba guardado el tabaco, lo que dudo que el desertor supiera entonces.

El juego á la pelota está limitado á los jueves y se juega de esta manera. Se tiende un lazo en el suelo de modo que forme un círculo como de cuatro yardas de diámetro; los jugadores, que por regla general son ocho, entran en ese círculo desnudos, sin más prenda que el taparrabo. Cada uno de los bandos está armado de una pelota hecha de cuero y

rellena de plumas, del tamaño de una pelota de tennis, ó un poco mayor; el jugador la lanza por debajo de la pierna y rechaza con la mano la del bando contrario, contándose un punto por cada golpe. Los jóvenes despliegan gran destreza y actividad en esto, y aunque nunca tomé parte en ninguno de sus partidos regulares, yo asistía con frecuencia á ese juego, en el que se revelaba notablemente el espléndido desarrollo muscular de los indios. Además de estas diversiones, los indios tiran al blanco cuando las municiones abundan, pero, como por lo general sus balas han sido redondeadas con piedras, la puntería es un poco errática y los fusiles son á veces, por otra parte, más peligrosos para el tirador que para el blanco.

La rutina diaria de los trabajos y recreaciones se interrumpe á veces con una lucha, y, más satisfactoriamente, con alguna de las ceremonias que marcan entre esos indios, como en todas las naciones, las principales épocas de la vida tsoneca, desde la cuna hasta la tumba. Al nacer una criatura, si los padres son ricos, esto es, si poseen un buen número de yeguas y caballos, y de adornos de plata, se da parte de ello inmediatamente al doctor ó brujo de la tribu, al cacique y á los parientes. El doctor, después de sangrarse con punzones en la sién, el antebrazo ó la pierna, da orden de que se erija una tienda de mandiles, una « casa bonita », como la llaman los indios; y se sacrifican yeguas, y siguen á eso un festín y un baile, como los que se efectuaron en el valle del río Chico y que se han descripto en el capítulo III. Poco después del nacimiento se unta á la criatura con yeso húmedo. Las madres están en condiciones de andar á caballo el mismo día, ó, con toda seguridad, al día siguiente, colocándose en una cuna de mimbre al recién nacido, al que sus dos padres atienden con la mayor ternura.

En su infancia se asigna á toda criatura caballos y arreos propios, que se consideran desde entonces como bienes personales de la misma, sea varón ó hembra, y que los padres no pueden recobrar ó negociar. No se hace ceremonia alguna para el bautizo de la criatura, ni, que yo sepa al menos, se ha establecido época alguna para que ese bautizo se lleve á cabo. Los nombres patronímicos ó hereditarios son desconocidos, salvo en uno que otro caso, en los que al parecer se ha querido imitar la costumbre española; pero el uso de los apodos es general, y muchas veces se conoce á los padres por el nombre de la criatura, que usurpa el lugar del suyo propio.

Los muchachos aprenden en breve á servirse de las armas, y tanto los varones como las hembras aprenden á cabalgar antes que á caminar; es raro que los hijos acompañen á sus padres en las cacerías antes de tener diez ó doce años, y no toman parte en los combates sino cuando tienen unos dieciseis años; pero no se ha establecido período, ni ceremonia alguna, que indique su admisión en el círculo de los adultos. La entrada

de las indias en la pubertad se celebra en la forma que se ha descripto ya. Desde la edad de nueve ó diez años las hembras acostumbran ayudar en las tareas domésticas y en la fabricación de objetos, y como á los dieciseis años se las considera aptas para la vida matrimonial, pero por lo general permanecen solteras unos cuantos años más. Los matrimonios se hacen siempre por inclinación, y si la dama no gusta del que pretende su mano los padres no la obligan nunca á realizar los deseos de ellos, aunque ese enlace pudiera serles ventajoso.

El uso corriente es que el novio, después de haber obtenido el consentimiento de su amada, envíe á los padres de ésta un hermano ó amigo íntimo, que les ofrece un número de yeguas, ó caballos, ó adornos de plata, por la novia. Si los padres consideran conveniente el enlace, el novio, tan pronto como las circunstancias lo permiten, se viste con sus mejores prendas, monta su mejor caballo, engalanándolo con adornos de plata, si los tiene, y se dirige hacia el toldo de su prometida, donde hace entrega de los dones. Los padres de la novia hacen entonces regalos de igual valor, que, en caso de rompimiento, caso raro en verdad, pasarán á ser propiedad de la novia. Después de esto, el novio escolta á la novia hasta su toldo en medio de las aclamaciones de sus amigos y de los cánticos de las mujeres. Generalmente se sacrifican en esa ocasión yeguas, cuya carne se come en el mismo sitio, tomándose grandes precauciones para que los perros no toquen parte alguna de esa carne ó de los deshechos, porque se considera eso de mal agüero. Se lleva la cabeza, el espinazo, la cola, y también el corazón y el hígado, á la cima de una colina próxima, como ofrenda al gualichu, ó espíritu maligno. Se permite tomar á un indio todas las esposas que pueda mantener, pero es raro encontrar uno que tenga más de dos; por lo común no tienen sino una.

Cuando muere un Tehuelche, matan todos sus caballos, perros y demás animales, y queman en pila sus ponchos, adornos, boleadoras y demás pertenencias personales; entretanto, la viuda y otras mujeres sostienen un lúgubre lamento, y lloran fuertemente de la manera más triste. Se reparte la carne de los caballos entre los parientes de ambas partes, y la viuda, que se corta el pelo sobre la frente y se pinta de negro, se traslada con todos sus efectos al toldo de sus parientes, ó, si no tiene pariente alguno en la partida, al toldo del jefe.

Se cose el cadáver dentro de una manta, poncho ó cota de malla, si el difunto poseía alguna, y cargan con él unos cuantos parientes para ir á enterrarlo sentado y con la cara al naciente, irguiéndose luego, en ese lugar, un túmulo de piedras, cuyo tamaño varía según la riqueza é influencia del fallecido. No he visto ninguna de las tumbas que Mr. Wood describe en su obra, pero, como mis viajes se limitaron por lo general al interior del país, es probable que esas tumbas existan en alguna parte próxima á la costa del mar. Tampoco llegué á presenciar

ninguna exhumación ó remoción de cadáveres, y me inclino á dudar de que eso sea una práctica de los Tehuelches, por cuanto entre éstos es de regla no mencionar nunca el nombre de un muerto, y evitar toda alusión al mismo; sus ideas al respecto son que hay que olvidar por completo á los muertos, aunque siempre agregan una piedra cuando pasan por junto al túmulo de un héroe ó de un jefe distinguido. La muerte de una criatura da lugar á una demostración de pesar sincero de parte de sus padres. Se va á buscar el caballo en que la criatura acostumbraba viajar durante las marchas, se le colocan los arreos y también la cuna, y luego se estrangula al animal así enjaezado, por medio de lazos, mientras que en todas las demás ceremonias en que se sacrifican caballos se les mata machacándoles la cabeza con boleadoras. Se quema después los arreos, la cuna y todas las pertenencias de la criatura, en tanto que las mujeres lloran y cantan. Los padres arrojan además al fuego sus prendas de valor para expresar su pena. Se permite que rescaten de la pira estas cosas las mujeres que están allí llorando, como recompensa de sus servicios, pero es raro que ganen mucho con eso. Una vez que falleció el hijo único de un matrimonio rico se sacrificaron catorce caballos y yeguas, aparte del que acostumbraba llevar al muerto en los viajes. Á la tarde de ese día, antes que se enterrara el cadáver, una selecta partida de viejas hizo una procesión alrededor del campamento, llorando y gimiendo. Los jefes y los parientes enviaron regalos á los padres de la criatura, como recurso bien intencionado para distraerlos de sus cavilaciones por la pérdida que habían sufrido.

La religión de los Tehuelches se distingue de la de los Pampas y Araucanos porque no hay en ella el más mínimo vestigio de adoración al sol, aunque se saluda la luna nueva con un ademán respetuoso acompañado de unas palabras murmuradas en voz baja, que nunca pude alcanzar á oír. Esos indios creen en un espíritu bueno y grande, que, según la tradición que relató Casimiro para explicar el nombre indígena de la eminencia denominada « Colina de Dios », creó á los indios y á los animales, y los dispersó desde esa colina. No estoy del todo seguro de que esa tradición no sea una combinación confusa de la historia de la Creación, contada por los misioneros, con las ideas propias de los indios. La mente de éstos tiene una fuerte tendencia á combinar en esa forma las maravillas que se les cuenta, y también á rematar con otra lo que consideran una leyenda; pero no hay duda de que creen en un espíritu bueno, aunque piensan que éste vive « sin cuidarse de la humanidad ». No tienen ídolos ni objetos de adoración, y, á juzgar por lo que ha podido uno observar en un año de experiencia, no guardan ninguna fiesta religiosa periódica, en la que rindan culto al espíritu bueno ó al malo. Lo que dicen á este respecto otros viajeros sólo puede explicarse en virtud de confusos relatos que han atribuído costumbres Araucanas á los Patago-

nes, de raza completamente distinta. La creencia que impulsa todos sus actos religiosos es la existencia de muchos espíritus malignos, ó demonios, activos y perversos, cuyo jefe está siempre en acecho para hacer daño. Congraciarse ó rechazar á ese espíritu es la función del brujo, ó doctor, ó curandero, que combina las artes médicas con las mágicas, aunque no posee facultades exclusivas para ninguna de ellas. Todos los sacrificios que se hacen de yeguas y caballos, no en épocas establecidas sino cuando la ocasión lo requiere, como en los casos de nacimiento, muerte, etc., tienen por objeto propiciar al gualichu. Cuando una criatura se lastima, el sacrificio de yeguas parece participar á un tiempo de la naturaleza de una acción de gracias, porque el daño no fué mayor, y del carácter de un acto propiciatorio para impedir nuevos males.

En el campamento, el gualichu tiene su puesto en la parte trasera exterior del toldo, donde acecha la oportunidad de molestar á los ocupantes; y se supone que se deja estar tranquilo mediante los conjuros del doctor, que está dotado no sólo de la facultad de apaciguar al diablo sino también de descubrirlo con los ojos. Pregunté á uno de los doctores á qué se parecía el diablo, pero recibí una respuesta evasiva, en vista de lo cual le hice saber que mi diablo tomaba toda clase de formas, apareciéndose á veces como un guanaco, ó un avestruz, ó un puma, ó un zorriño, ó un buitre, lo que divirtió mucho al curandero. Por lo que he podido comprender, se supone que ese demonio familiar se introduce en las diferentes partes del cuerpo de la gente y causa enfermedades para cuya curación se apela al doctor. El tratamiento en casos de dolor de cabeza, por ejemplo, es muy sencillo: el doctor toma la cabeza del paciente entre sus rodillas, y, después de una breve ceremonia de encantamiento, grita en los oídos del infeliz exhortando al demonio á que salga de allí. De esta manera trataron á Mr. Clarke, que sufría de dolor de cabeza febril cuando viajaba con los indios al sur de Santa Cruz, y dice que el remedio lo alivió.

Además del gualichu hay muchos otros demonios que, según suponen los indios, habitan en viviendas subterráneas, debajo de ciertos bosques y ríos, y de ciertas rocas de forma particular. Me sorprendió mucho ver que los indios saludaban esas cosas poniéndose la mano en la cabeza y murmurando una fórmula de encantamiento; por mucho tiempo tuve la creencia de que con eso no hacían más que expresar admiración ante la obra del Creador, pero luego supe que de esa manera procuraban congraciarse á los espíritus de aquellos lugares, que pasaban por ser espíritus de miembros fallecidos de la congregación. Pero el poder de esos demonios está limitado á las regiones contiguas á sus viviendas.

Una vez, el dueño de un caballo que iba á correr en una carrera llevó al animal á una colina vecina antes que amaneciera, y el brujo celebró allí una ceremonia secreta. Antes de la carrera, el dueño, que era Waki,

vino á verme y me aconsejó que hiciera mis apuestas en favor de su caballo, porque con seguridad iba á ganar, en virtud de unos encantamientos misteriosos con que se había granjeado la protección del gualichu local. Extraño es decirlo, pero ese caballo, que por su aspecto era muy inferior al otro, ganó en efecto, dando con eso gran reputación al brujo y al gualichu.

Recuerdo que en otra ocasión, en que íbamos cabalgando juntos con Hinchel, se presentó á nuestros ojos una roca particularmente puntiguda, á la que saludó mi acompañante. Yo hice lo mismo, cosa que pareció llenarlo de satisfacción. Más tarde, cuando llegamos á una salina, donde encontramos buena sal, que hacía mucha falta entonces, Hinchel me explicó que el espíritu de ese lugar era lo que nos había llevado allí. Cuando los indios se encuentran, se supone que ahuyentan á los demonios los jinetes que dan vueltas á todo correr alrededor del grupo, disparando sus fusiles.

El oficio de brujo no es hereditario; en verdad, los brujos que conocí no estaban casados. Se considera llamado á ser brujo cualquier muchacho ó muchacha á quien nosotros llamaríamos raro, como la hija de Cayuke, que era una chica de trece años avejentada y extravagante; pero las funciones, en lo que se refiere á dirigir las ceremonias, son desempeñadas á veces por un individuo cualquiera de la partida. Las armas del oficio del brujo profesional consisten en unos cuantos talismanes ó amuletos, guardados en una bolsa, que el encantador oculta celosamente de las miradas del público y muestra á sus colegas solamente. Aparte de eso, el brujo parece poseer un conocimiento real de los simples, aunque ese conocimiento no es exclusivamente suyo. Sus operaciones profesionales no están acompañadas nunca de ataques epilépticos ó de convulsiones verdaderas ó fingidas. Naturalmente, se pretende de los brujos que pronostiquen el buen éxito ó el fracaso de las empresas, y el resultado de las enfermedades, y, en general, que predigan el porvenir; en este sentido su posición es peligrosa, porque muchas veces se castiga con la muerte el fracaso de sus predicciones. Para compensar ese riesgo, todo el mundo los recibe con honores y los atiende hospitalariamente, y por lo común los enriquecen á fuerza de regalos. No se cree, de ninguna manera, que el poder mágico esté limitado á ellos; cualquiera puede ser acusado de ese crimen, y no es raro que los moribundos inculpen su muerte á una persona que nombran. Todas las instancias de los misioneros no impidieron que Casimiro, después de la muerte de su madre ó de una de sus esposas, enviara un agente para que matase á una mujer que, según había asegurado la difunta, la había embrujado. Los indios consideran con superstición ciertos signos y presagios; uno de ellos, especialmente temido, es el grito de la chotacabras, que abunda en las faldas de la cordillera; ese grito, cuando se oye sobre un campamento ó

sobre un toldo, anuncia enfermedad ó muerte para alguno de los ocupantes. Los indios profesan gran veneración á esa ave y se oponen á que se la haga daño en alguna forma. Otro animal que, según se supone, posee facultades mágicas es un lagarto achatado como un sapo; creen que este animalito deja mancos á los caballos por algún medio misterioso, y lo matan dondequiera que lo encuentran. Otra superstición es que existe en el sur un guanaco de dos cabezas cuya aparición presagia enfermedad. Según mi informante, después de la última aparición de ese monstruo, el sarampión, ó una enfermedad parecida, diezmo á la tribu meridional; la enfermedad se había propagado por las comunicaciones con Punta Arenas, donde reinaba entonces. Todo objeto raro que no entiendan, una brújula ó un reloj, por ejemplo, despierta sus recelos, porque lo consideran ocupado por un espíritu maligno. Á veces suponen que esos objetos traen suerte en el juego, y los buscan ansiosamente. Uno de mis compañeros poseía un reloj, obtenido en Punta Arenas, y, antes de ponerse á jugar á las cartas, muchas veces me pedía que lo hiciera andar; consideraba al tictac como la voz del gualichu oculto. Mi brújula era objeto también de una demanda constante; pero por fuerza estaba circunscripto á unos cuantos amigos favorecidos, el privilegio de la posesión temporaria de ella. Expliqué lo mejor que pude el uso de ese instrumento; muchos lo comprendieron, y se aficionaron bastante á pedirme que señalara la dirección exacta de varios puntos que conocían, alegrándose sobremanera ante la corrección con que, por lo general, veían satisfechas sus averiguaciones. Un relicario, que usaba yo en el cuello, era considerado también como un talismán que garantizaba á su portador contra la muerte.

Á pesar de todas sus supersticiones, de su reverencia á los amuletos y de su creencia en los demonios, los indios no acuerdan fe completa ni respeto alguno á los brujos. Ni confían únicamente en sus conjuros en caso de enfermedad; muchos están familiarizados con las hierbas medicinales, y las aplican con buenos resultados. Además de ser buenos veterinarios, practican la sangría, aplicándola no sólo á los enfermos sino también á los sanos, porque, como nuestros abuelos, se sangran en ciertas épocas del año, creyendo que eso es provechoso. Casimiro decía que la mejor salud de los Tehuelches, en comparación con la de los colonos ó cristianos, se debía á esa práctica. También conocen venenos, y á veces los emplean, no para envenenar sus armas sino para librarse secretamente de algún enemigo. Estos casos son raros, pero en uno de ellos, que estuvo dentro del radio de mi observación personal, la muerte fué causada indudablemente porque se envenenó por dentro una bota de potro cuyo dueño tenía una leve herida en la pierna.

Hay que decir de la manera más terminante que el lenguaje Tsoneca difiere por completo tanto del Pampa como del Araucano. Aunque yo

podía conversar en Tehuelche, nunca pude entender absolutamente á los Pampas. Téngase esto presente al leer las afirmaciones que se hacen en la obra de M. Guinard y que, junto con otras pruebas de género íntimo á que me he referido ya, me obligan á dudar de que el autor haya estado alguna vez en poder de los verdaderos Patagones; sus apresadores y amos fueron Pampas ó Araucanos, cuyas costumbres ha descripto bien.

Hecha abstracción de estos indios, el número de Tehuelches puros, tanto del norte como del sur, que existen en la Patagonia no excede de 1500 hombres, mujeres y niños, según el total de los guerreros válidos determinado en la época en que la unión de todas las partidas, concertada con fines políticos durante mi viaje, me dió una oportunidad para computarla con exactitud. Fuera de las dos grandes divisiones, septentrionales y meridionales, las subdivisiones en tribus que se dan á menudo son imaginarias ó tienen su origen en los nombres de los jefes temporarios. Tampoco es muy apropiado el término *clan* para designar las partidas nómadas, compuestas de elementos unidos por la costumbre y á veces por la casualidad. La población decrece firme y rápidamente, y los estragos de la enfermedad y las malas consecuencias del aguardiente están realizando, como de costumbre, la obra de extirpar esta raza.

Con respecto á su organización, hay que tener muy presente que estos indios no rinden vasallaje en ninguna forma á ningún cacique, como Callfucurá ó cualquier otro, aunque pueden convenir en obedecer á un jefe, á Casimiro por ejemplo; tampoco están unidos entre sí políticamente como los Pampas ó Araucanos, sino por medio del matrimonio ó de la asociación voluntaria. Su cuidado natural es la independencia, y tienen ideas un poco insubordinadas como la de que « un hombre es tan bueno como cualquier otro ». Las palabras de Cuastro al morir: « Muero como he vivido; ningún cacique me manda », expresan apropiadamente el sentimiento que predomina al respecto. Sin embargo, todas las partidas, por pequeñas que sean, están, cuando viajan, bajo el mando de un cacique ó *gownok*, al que á veces se designa también con el epíteto más atrayente de *yank*, ó padre; pero su influencia se limita muy frecuentemente á ordenar la marcha y la caza. Algunos jefes son hereditarios, pero esto no es una regla invariable; y entre los indios del norte hay muchos jefes secundarios, hombres que, por haber llegado á adquirir unas cuantas yeguas y caballos, asumen el título de cacique. Se observa una gran etiqueta entre ellos; la costumbre prohíbe á un jefe entrar en el toldo de otro sin que se hayan cambiado previamente regalos por una y otra parte. Otro punto curioso de etiqueta es que á un hombre no le está permitido mirar á su suegro cuando conversa con él; ésto no se limita solamente á la aristocracia, se aplica también al común de las gentes. Cuando dos partidas de indios se aproximan una á la otra, y están

ya lo bastante cerca para percibir el humo de sus fogatas de cacería, se enciende un fuego de señal, y de uno y otro lado parte un chasque, llamado por los Tehuelches *coeto*, que, por lo general, es algún pariente del jefe. Á su llegada, el enviado desmonta, y, mientras unos se hacen cargo de sus caballos y arreos, otros lo llevan con gran ceremonia á un asiento, donde el recién llegado se deja estar pacientemente, á veces una hora entera, satisfaciendo con cara seria todas las preguntas; y después comunica el parte que se le ha confiado. Aunque esté cansado, debilitado y hambriento, no se mueve sino cuando las formalidades han concluído; entonces se le da la mejor comida y todas las comodidades de que pueda disponer el que lo aloje.

Es de esperar que la vida real en los toldos que se ha narrado aquí habrá habilitado al lector para formarse una idea del carácter de los Tehuelches, más favorable que la que por lo general se sugiere, excepción hecha de los misioneros Hunziker y Schmid. No merecen seguramente los epítetos de salvajes feroces, salteadores del desierto, etc. Son hijos de la naturaleza, bondadosos, de buen carácter, impulsivos, que cobran grandes simpatías ó antipatías, que llegan á ser amigos seguros ó no menos seguros enemigos. Como es muy natural, recelan de los extranjeros, sobre todo de los de origen español, ó, como los llaman ellos, de los cristianos. Y no hay que maravillarse de ésto si se considera el trato, la crueldad traicionera y la explotación pícara de que esos indígenas han sido objeto por parte de los conquistadores y de los colonos alternativamente.

En la región meridional del país, su frecuente comunicación con los loberos de la costa ha hecho que estén favorablemente dispuestos para con los ingleses. Naturalmente, no pasa lo mismo con los Tehuelches del norte, que no han tenido las mismas oportunidades.

En mis relaciones con ellos, los indios me trataron siempre con lealtad y consideración, y dispensaban el mayor cuidado á mis pocas pertenencias, aunque á veces me las pedían prestadas, como acostumbra hacerlo entre ellos; por ejemplo, un indio venía á menudo á pedirme que le dejara ver mis armas, y, después de examinarlas, me las devolvía cuidadosamente. En todo el curso de mi estancia entre ellos sólo perdí dos objetos: un pedernal con su eslabón que, tengo motivos para creerlo, me fué robado por uno de los chilenos, y un par de boleadoras de avestruz, que me substraieron del toldo. Los indios, aunque muy honrados entre ellos, no tienen escrúpulos para hurtar algo á alguno que no pertenezca á su partida. Cuando entran en las colonias á negociar sus efectos se apropian de la manera más natural del mundo un caballo extrañado; y, en Santa Cruz, Gabriel y otros estaban siempre hurtando clavos de hierro y otros pequeños artículos. Con respecto á su sinceridad, mi experiencia es ésta. En cuestiones de poca importancia mienten casi

siempre, inventan historias por puro gusto; por ejemplo, la señora Orkeke vino á verme, cuando estábamos en Teckel, para darme la noticia de que la esposa de Casimiro había muerto. «¡No es chico alivio!» exclamé, y la señora recibió esta observación con una carcajada, y me dijo que la buena mujer estaba tan viva como yo, que lo único que tenía era los ojos enfermos. Podría citar muchos otros ejemplos iguales de inventiva de parte de los indios. Al viejo Orkeke no le sorprendí nunca en una mentira redonda, y, cuando me informaba sobre algo, agregaba siempre: «Yo no miento». Pero en toda cuestión importante, en lo que se refiriera á las garantías de seguridad de una persona, por ejemplo, eran muy veraces siempre que se cumpliese bien con ellos. Al cabo de un tiempo, cuando advirtieron que yo evitaba siempre apartarme ni un ápice de la verdad, dejaron de mentirme hasta en asuntos de menor cuantía. Sirva ésto para demostrar que no tienen el carácter traicionero que les han atribuído algunos escritores ignorantes. Tampoco son crueles por naturaleza, ni con los esclavos ó cautivos. Los desertores chilenos fueron siempre bien alojados y alimentados, y les prestaban caballos para que anduvieran montados; y sólo sus inclinaciones incurablemente malas y sus constantes intrigas les acarrearón una suerte que, en verdad, no podía llamarse inmerecida, mientras que los pocos buenos que había entre ellos llegaron á ser muy apreciados.

Por mi parte, yo me sentí siempre más seguro en medio de los Tehuelches, mientras no hubo bebida ni luchas entre ellos, que más tarde, en el Río Negro. Naturalmente, cuando se embriagan, sus pasiones se desencadenan; recuerdan viejas pendencias, y á veces pelean por mero gusto de pelear. Pero no es necesario ir hasta la Patagonia para observar eso. El rasgo más delicado quizá de su carácter en su amor á sus mujeres y á sus hijos; las reyertas conyugales son raras, y la costumbre de golpear á la esposa es desconocida entre ellos; por otra parte, la intensa pena con que lloran la pérdida de una esposa no es ciertamente una práctica «civilizada», porque entre ellos, el viudo destruye todo su haber y quema todas sus pertenencias. Paliki, por ejemplo, había sido un indio rico antes que muriera su esposa; pero, cuando yo lo conocí, era pobre y abandonado, había destruído todos sus bienes y se había entregado al juego y á la bebida, desesperado por su pérdida. Casimiro me dijo que su hijo Sam, al que nunca había creído yo capaz, por cierto, de un afecto desinteresado con respecto á otro sér humano, se había arruinado y abandonado después de la muerte de su esposa.

En cuanto á las criaturas, los indios las miman en todo sentido, les dejan que monten los mejores caballos y no los corrigen por ninguna travesura. Siempre me sorprendió que los muchachos no se hicieran tercos y voluntariosos al crecer, á consecuencia de esa falta de represión. Los que no tienen hijos adoptan á veces un perrito, en el que derrochan

sus afectos y al que conceden caballos y otras prendas de valor, que se destruyen cuando el dueño de ellas muere.

Otra de las cosas que me han sorprendido es que los misioneros hayan tenido tan poca suerte en sus esfuerzos para enseñar á esas criaturas á leer y á escribir, porque todas son por naturaleza muy inteligentes, aunque, como es natural, hay excepciones. Es una prueba de su facilidad de imitación el muy poco trabajo con que enseñé al hijo de Hinchel á escribir el nombre de su padre y de dos indios más, en muy breve tiempo. Yo tenía la costumbre de estar dibujando siempre buques en una tabla, con un pedazo de carbón, para entretener á las criaturas, y éstas copiaban fácilmente esas figuras. Hinchel mismo, una vez que quería explicar una parte del curso del río Negro, dibujó un mapa tosco en la tabla, que, según vi después, resultó perfectamente correcto.

Poca inmoralidad observé en los indios cuando estaban en sus desiertos nativos; pero en las colonias, una vez que la embriaguez los degrada, es indudable que tienen ideas corrompidas y disolutas. Pero hay que advertir que, en una época posterior, al entrar en las colonias del Río Negro los indios dejaron á la mayor parte de las mujeres jóvenes y de las muchachas en los toldos de Valcheta, del otro lado de la Travesía, para apartarlas de la vía de las tentaciones. Hay ya muchos Tehuelches jóvenes que profesan la mayor aversión al aguardiente, y espero que esta abstinencia se generalizará más entre ellos con el tiempo, porque no poseen bebidas embriagadoras propias y se dan buena cuenta de los malos efectos del aguardiente que obtienen de los cristianos.

Un breve consejo al viajero futuro puede servir de remate á este imperfecto bosquejo. No se muestre nunca á los indios que se desconfía de ellos; manéjese los bienes y efectos propios con la misma libertad con que manejan ellos los suyos en sus relaciones mutuas. No se pretenda nunca que hagan ellos algo por uno; uno mismo debe siempre tomar y ensillar su caballo. No se dé nadie aires de señor, porque los indios no entienden eso, á menos que uno demuestre su superioridad de una manera evidente. Al cruzar los ríos, ó en cualquier otro trance difícil, hay que ser siempre el primero, porque lo probable es que no esté uno trabado por una esposa ó por avíos; así los indios aprenderán poco á poco á respetarlo. En una palabra, del mismo modo que uno los trate será tratado por ellos.

CAPÍTULO VI

DE TECKEL Á GEYLUM

La familia de Casimiro. — Carge-kaik. — El hijo de Quintuhual. — Woolkein. — Perdices. — Encuentro con los Araucanos. — El cacique Quintuhual. — Esgel-kaik. — Damas araucanas. — Comunicación con la colonia Chubut. — Diplaik. — Declaración de guerra de Callfucurá. — Los Tehuelches aprenden á pescar. — Mis parientes indios. — Excursiones en los bosques. — Un paraíso indio. — El Chubut alto. — Cushamou. — Caballos que se extravían. — Funciones oficiales. — Mensaje de Las Manzanas. — Bendición del aguardiente. — Casimiro se embriaga. — El campamento de Foyel. — Gran parlamento. — Las ideas de Foyel. — Gatchen-kaik. — Llegada á Geylum.

El 21 de enero se dió la orden de emprender la marcha, y todas las fuerzas unidas de los Tehuelches, en número de 200 hombres, con la ración habitual de mujeres y niños, se prepararon para salir al encuentro de los Araucanos. Diez toldos, que constituían la partida de Crime, se quedaron atrás á causa de la enfermedad de ese caciquillo, que, sin embargo, mandó decir que partiría después de nosotros.

Todos los caballos se encontraban en excelente estado, y fué para mí un gran deleite ver salir la inmensa cabalgata. En el toldo de Casimiro, nuestro grupo íntimo comprendía, además del jefe, de su esposa, de sus hijos y de su hijita Chingook, un viejo cuñado, Kai, alias Chileno, con su esposa y su hijo, Macho, y una vieja sordomuda, de muy repelente aspecto. El único rasgo bueno del carácter de Casimiro era su caridad. Ese hombre estaba siempre dispuesto á dar asilo á cualquier individuo desamparado ó inválido, y nunca dejaba de haber en su toldo algún objeto de lástima de esa naturaleza. Mi honorable posición de secretario y árbitro general, el primero después del cacique, difícilmente compensaba la comodidad y el orden del hogar de la señora Orkeke y la incomodidad encumbrada de mi nuevo domicilio. Compartía también éste el chileno Meña, cuyas buenas cualidades lo habían elevado sobre el nivel de sus compatriotas. El número de éstos se había reducido á cuatro, porque Arica había desaparecido en el curso de una cacería cerca de

Teckel; indudablemente, su carácter pendenciero había ocasionado su muerte á manos de alguno á quien había insultado ú ofendido.

El camino que seguíamos llevaba hacia el norte á través de un valle, á ambos lados del cual cazamos; y á la tarde llegamos á un campamento llamado Carge-kaik, ó sea, Cuatro colinas. El panorama no tenía nada notable; á uno y otro lado, las faldas de las colinas aparecían cubiertas de matorrales, y se veían masas de rocas en las cimas y en algunas partes peñascos desprendidos, entre los cuales estaban calentándose al sol numerosos armadillos. Se les atrapaba fácilmente, porque eran muy lentos; pero cuando esos animalitos se meten en sus madrigueras es difícil sacarlos de ellas á causa de la fuerza con que se aferran al suelo. Son un buen plato, y por lo general se les cuece en su carapazón, después de sacarles las entrañas, etc., y de llenar la cavidad de piedras caldeadas. Cuando están en buenas carnes, una pierna es alimento suficiente para un hombre, porque ese animalito tiene una capa de gordura como de una pulgada. Con los carapazones, las mujeres hacen cestillos de labor para guardar sus punzones, tendones, etc., cuando cosen, ó sus diferentes colores cuando pintan.

Al día siguiente de nuestra llegada se despachó á Tankelow y á otro indio para llevar un mensaje á la partida de indios Araucanos, ó manzaneros, que, según se suponía, estaba acampada á unas cuantas jornadas de distancia. Durante esa noche nació una criatura cuyos padres eran ricos, y, en consecuencia, se llevó á cabo una gran matanza de yeguas, se erigió la tienda de mandiles y se anunció una fiesta con baile.

Entretanto, como á las cuatro de la tarde, los chasques regresaron, trayendo consigo á un indio araucano que fué escoltado hasta nuestro toldo en debida forma, entre una multitud de curiosos, deseosos todos de verlo, mientras el recién llegado se mantenía en una actitud grave é impasible. Después de las ceremoniosas formalidades de costumbre, el hombre se sentó, y por medio de un intérprete declaró ser hijo de Quintuhual, jefe que residía entonces á unas cuatro jornadas hacia el norte. Su padre había recibido con mucho gusto el cortés mensaje enviado por Casimiro, y el mismo gusto tendría en dar la bienvenida á los Tehuelches; pero expresó el deseo de verse antes con Casimiro solo. Al parecer, este monarca no vió lo último del mismo color, si se me permite la expresión, porque no presagiaba buenas intenciones; pero respondió evasivamente, y así terminó el coloquio.

Ese indio era de estatura mediana, estaba vestido con ponchos de color y tenía un pañuelo de seda alrededor de la cabeza. Sus facciones eran regulares, sus ojos negros, chispeantes é infatigables, y su tez la misma, poco más ó menos, de los gauchos del Río de la Plata. Usaba el pelo cortado, y su figura aseada hacía marcado contraste con las guedejas sueltas y los cuerpos pintorreados de los Tehuelches.

Cediéndole mi cama, en breve lo pusimos á sus anchas, y, después que hubo tomado algún alimento, salimos junto con él á ver los danzarinés, que estaban perneando alrededor de la fogata, delante de la tienda de mandiles. Allí se nos unió Jackechan, cuyo conocimiento de la lengua araucana nos permitió sostener una conversación. En seguida, cumpliendo un pedido particular, entré con Golwin (Blanco) y dos más en la danza, apareciendo en traje completo de plumas de avestruz y cinturón de campanillas, y debidamente pintado, para gran delicia de los indios. Mi ejecución arrancó grandes aplausos, y al fin todos se fueron á acostar y yo tomé mi montura y dormí debajo de un matorral cerca del toldo.

Después de un delicioso desayuno de pescado frito, cocinado muy diestramente por Meña, nos dispusimos á reanudar la marcha; el chasque se despidió de nosotros por el momento, y como á las nueve de la mañana toda la cabalgata de mujeres y criaturas estaba ya en movimiento, y empezó á formarse el círculo para la caza.

Cruzamos varios arroyos bajos, bordados de hayas enanas, que desembocaban en lagunas ó en el río Teckel, cuyo curso se extendía al noreste de nuestra línea; y, en su marcha, la cabalgata de mujeres tocaba de tiempo en tiempo el valle. La falda meridional de las colinas que dividían esos arroyos consistía en cuevas escalonadas cubiertas de hierba dura; mientras que las faldas septentrionales opuestas eran escarpadas, y estaban sembradas de rocas y piedras sueltas. En las marchas anteriores, Orkeke me había dicho muchas veces que el país de los Araucanos era muy pedregoso, y que había en él muchísimos armadillos; pero poca caza de otro género. Ese día casi no se vieron guanacos, pero los avestruces aparecían en gran número y los armadillos abundaban.

Después de atravesar varias crestas y hondonadas, transpusimos un llano montuoso, cubierto de matorrales, como de costumbre, y sembrado de guijarros de pedernal y ágata, y de otras clases; y acampamos para pasar la noche, en un lugar llamado Woolkein, situado junto á una corriente casi seca entonces, pues sólo había agua en los hoyos profundos. Habíamos dejado unas cuantas millas al este al cañón ó valle del río Teckel, que, desde ese punto, parecía torcer bruscamente en dirección al este.

Al oeste se veían las montañas de la cordillera, como á veinte millas de distancia, mientras que al sur estaban las abruptas colinas roqueñas que acabábamos de dejar atrás, y al norte se extendía hacia el oeste una cadena de colinas algo puntiagudas, que parecían bajar en declive, en su extremidad occidental, hacia los llanos situados al pie de la cordillera. Á la mañana siguiente, antes que el pasto estuviera libre de escarcha, nos pusimos otra vez en camino, y, después de bajar una cuesta

roqueña de cincuenta pies quizá, llegamos á otro llano sembrado de piedras en todas partes, lo que hacía muy difícil galopar; sin embargo, se acorraló una gran manada de guanacos, matándose un buen número de ellos, mientras que el avestruz, por el contrario, parecía muy escaso. Vi con gran sorpresa, cuando corríamos á unos guanacos, que surgían dos grandes perdices casi de los pies de mi caballo, y que, después de volar hasta corta distancia, volvían á asentarse. Me habían dicho que había perdices en las inmediaciones de Santa Cruz, pero nunca había visto una sola, y éstas eran las primeras que encontraba en el país. Como á las tres de la tarde salimos de la región pedregosa pasando á un llano cubierto de arena y matorrales; y, después de refrescarnos en un riachuelo, seguimos en dirección al oeste, con la cordillera delante mismo de nosotros, hasta que costeamos una alta escarpa que surgía de las pendientes herbosas por medio de las cuales las colinas bajaban gradualmente al llano; al otro lado de esa escarpa, torciendo de nuevo hacia el norte, entramos en un llano á nivel, en cuyo extremo opuesto notamos con gran contento las humaredas de respuesta de los toldos araucanos. En la orilla sudoeste de ese valle, la alta escarpa saliente ocultaba la vista de las montañas boscosas, que, sin embargo, se dejaban ver entre las colinas, cerrando el valle que habíamos cruzado hasta ese punto. En la orilla oriental se alzaba una cadena de colinas, yermas y desoladas, en las que aparecía, aquí y allá, un solo guanaco majestuosamente aislado, paciendo la hierba desmirriada. Frente á nosotros, directamente al norte, se extendía una gran laguna que cruzaban á vado ó á nado numerosos cisnes y flamencos. Al otro lado de ella se veían los toldos de los araucanos, en número de diez.

Hicimos alto junto á la cabecera de la laguna, al abrigo de un grupo de arbustos gruesos, á fin de concentrar nuestras fuerzas, ponernos nuestros mejores ponchos y adornos de plata, y cambiar de caballo; luego, continuamos lentamente hasta cosa de un cuarto de milla de los toldos. Con gran sorpresa notamos que nadie salía á recibirnos; al fin llegó una mujer con la noticia de que todos los hombres habían ido á cazar, pero se les había mandado buscar y llegarían en breve.

Entretanto, nuestras mujeres armaban los toldos sobre una alfombra de hierba sembrada de fresales, cerca de un arroyuelo que separaba nuestro campamento del de los araucanos. Todos desmontaron para descansar del largo viaje de cuarenta largas millas desde la parada anterior; y al cabo de una media hora aparecieron los Araucanos, galopando como demonios. Como sus mujeres les había traído ya caballos frescos, estuvieron montados en menos tiempo del que se necesita para escribirlo; y, formados en línea excelente, lanza en mano se quedaron esperándonos para llevar á efecto la ceremonia de bienvenida. En unos cinco minutos se formaron nuestras filas, y se realizaron entonces el galope,

la algarada y los ceremoniosos saludos de costumbre. Me llamó especialmente la atención el porte audaz y honesto de los jóvenes de esa partida, que, vestidos con ponchos de vivos colores, calzones de lienzo limpio y sacos de franela blanca, tenían un aspecto muy civilizado. No eran más que 27 en todo, y entre ellos descollaban cuatro hermanos, particularmente guapos, robustos, de tez colorada, que á la distancia, como no podía distinguirse el color de sus ojos, parecían casi europeos; observación que hecha al Zurdo, que era mi brazo derecho durante la función, tuvo esta respuesta en voz baja: «Muy diablos estos indios; tal vez haya pelea». Que se le ocurriera al hombre esa idea cuando el número de los nuestros era, por lo menos, el décuplo del de ellos es algo que habla elocuentemente en favor de la reputación de bravura de los Araucanos.

Sin embargo, todo pasó tranquilamente, y se resolvió que al otro día habría consejo. Cuando regresábamos á nuestros toldos vimos unos cuantos Araucanos que arreaban un rebaño de ovejas, y otros que hacían lo mismo con una manada de vacas, sacando á los animales de unos montes que bordaban la corriente, cuyo curso se dirigía al norte. En la parte oriental del valle estaban paciando la verde hierba unos 400 ó 500 caballos y yeguas, y Hinchel me indicó con gran regocijo los caballos y yeguas, cosa de un centenar de cabezas, que poseía su hijo mayor, casado con una araucana y que vivía con esa tribu; el padre enorgullecido declaró que no nos faltaría alimento porque él también poseía vacas y ovejas.

Casimiro me dijo que, muchos años antes, en uno de sus viajes hacia el norte había encontrado á esos mismos indios á pie. Acostumbraban cazar entonces con grandes perros que mantenían expresamente para ese objeto, y, dividiéndose la carne entre ellos por partes iguales, la llevaban á los toldos en el hombro. En las marchas, cargaban también con sus enseres domésticos, dejando bolsas de grasa colgadas en los árboles para uso futuro. En esa ocasión Casimiro les dejó un par de yeguas, de las que había salido parte de la provisión actual de los Araucanos. Pero hay que aceptar esto con reservas, aunque es muy posible que los Araucanos hubieran perdido sus caballos en alguna pelea, y que luego, cuando se juntaron todos los indios bajo el cacique Lenketrú para invadir las poblaciones, hubieran recibido una parte del botín, aumentando después de eso su caudal por medio del comercio.

Al día siguiente de nuestra llegada se reunió un consejo y se llevó á efecto un cambio mutuo de regalos. Entonces hice relación con el viejo iefe Quintuhual, á quien regalé una daga. Este era un hombre bajo, aunque robusto, y de expresión grave, solemne mejor dicho; pero tenía mala fama porque se embriagaba y hacía entonces libre uso del cuchillo ó del revólver, se ponía furioso realmente. Por supuesto, era pariente, so-

brino según decían, de Casimiro; á pesar de esto, al principio me trató con gran desconfianza, y cuando en respuesta á sus averiguaciones sobre lo que era yo y por qué estaba allí, supo que me encontraba al servicio del cacique de Inglaterra, que quería bien á los indios, pero que estaba visitando esos lugares por gusto solamente, dijo que no era un muchacho para que lo engañaran así no más; pero como hiciera luego una pesquisa privada al respecto, en seguida cambió de tono, se mostró lo más cortés conmigo y no se cansaba nunca de hacerme preguntas sobre Inglaterra y los ingleses.

Allí nos devolvieron las cartas que habíamos enviado poco antes, y que, según pensábamos, debían haber llegado ya á Patagones. Las habían entregado á la gente de Foyel, llamado también Poyel, pero éstos las habían rechazado porque las que enviaba yo á Inglaterra estaban escritas en papel colorado, lo que, para los indios, denotaba guerra.

Quintahual tenía consigo á un valdiviano ó chilote llamado Juan Antonio, que actuaba como intérprete. Este hombrequito, que en un principio solía salir de lo que llamaba su «pago», en las proximidades de Puerto Montt, llevando aguardiente para traficar con los indios, había acabado por quedarse entre ellos considerando que estaría mejor como pobre en las pampas y con los indios que como pobre también en las colonias. Naturalmente, hablaba el araucano, lengua generalizada en Valdivia, pero también estaba familiarizado con el español. Fuera de su caballo era un mezquino tipo de hombre, y, aunque Quintuhual lo toleraba, se le tenía por lo que los españoles llaman «un infeliz». Al cabo de un tiempo, el consejo se disolvió, pero volvió á reunirse al día siguiente, á la llegada de Crime con los diez toldos que se esperaba; y Quintuhual convino al fin en que su partida se uniera á los Tehuelches y siguiese, bajo el pendón de Casimiro, hasta Las Manzanas.

El chilote Juan Antonio nos hizo una visita á la tarde y nos dijo que hacía varios meses que la toltería se encontraba en ese lugar, llamado Eigel-kaik; los hombres habían estado ausentes, cazando primero al guanaco cachorro y apresando y amansando después animales vacunos en la Cordillera. Según su relato, esos indios eran muy diestros para manejar el lazo, y galopaban á través de las selvas cazando animales de la manera más maravillosa; sólo se requería un hombre para tomar y asegurar un animal, después de lo cual seguía en busca de otro. ¡Cuán lejos estaba eso de nuestro terrible fracaso, cuando siete hombres no habían podido enlazar ni un animal siquiera!

Dijo, además, que durante los dos últimos años habían estado ocupados en cazar animales vacunos junto con los indios de Foyel, que estaban á unas cuantas marchas de distancia hacia el norte; y que, como habían logrado formar ya una manada como de ochenta cabezas, pensaban regresar en breve á Valdivia.

Al tercer día de nuestra llegada visité los toldos de nuestros nuevos aliados ; y, mientras conversaba con uno de los principales indios llamado Malakú, que podía hablar un poco el español, se me preguntó si sabía componer armas de fuego, y me presentaron dos ó tres tipos muy antiguos de pistolas y trabucos de chispa, cuyas llaves estaban aseguradas con madera. Media hora de trabajo bastó para ponerlas en regla, lo que alegró mucho á los propietarios, que me ofrecieron tabaco, etc., cosa que rechacé, aceptando en cambio un cuero para hacer un pequeño lazo.

Después de despedirse de mis nuevos amigos, diciéndoles no « adiós » sino « hasta más ver », volvía á nuestro campamento cuando me llamaron de un toldo donde estaban sentadas cuatro mujeres cosiendo mantas. Una de ellas, vieja y fea, que parecía ser de la tribu pampa, hablaba el español y me dijo que había estado antes en Río Negro con el cacique Chingoli. Actuaba como intérprete de las otras, tres muchachas altas y rollizas, hijas de un hermano de Quintuhal que era capitanejo de la partida. Estaban vestidas lucidamente con ponchos de varios colores, y habían ceñido con pañuelos de seda sus cabellos finos y brillantes, divididos en dos largas trenzas, que hacían resaltar encantadoramente sus rostros frescos y despejados. La primera pregunta que me hicieron fué de dónde procedía. Al responderles : « Del lado de donde sale el sol », preguntaron si no hacía allá mucho calor. Después preguntaron si había estado alguna vez arriba del cielo, si no había muerto y resucitado, y varias otras cosas por el estilo.

Una vez que hubo satisfecho su curiosidad lo mejor que pude, estaba fumando una pipa cuando llegó Juan Antonio con el recado de que Quintuhal quería verme en su toldo. Al llegar allá, se me hizo sentar sobre un poncho y estuve conversando con el viejo jefe durante media hora ; después de eso, el cacique me regaló una « jurga », que los Tehuelches llaman « lechu », especie de frazada hecha por las mujeres, parecida al poncho, con la diferencia de que no está hecha de dos piezas con una abertura para pasar la cabeza, sino que es enteriza. Era completamente nueva, como que acababan de terminarla sus hijas.

Después de una buena comida, fuímos á ver las carreras, pues se había concertado un gran partido entre las tribus. La carrera era como de cuatro millas, y su resultado fué un triunfo para los Tehuelches. Ambos bandos habían apostado fuertemente por sus favoritos, y, como en esa ocasión las demás habían tenido una parte importante en las puestas, los Tehuelches estaban muy contentos, porque habían ganado á las bellas Araucanas muchos valiosos mandiles y *lechus*. Á la tarde se hizo una gran fiesta, con tienda de mandil y baile.

Cerca de ese lugar había una cantidad de plantas de papa silvestre, y las mujeres acostumbraban salir por la mañana temprano para volver

á la tarde con sus caballos cargados. Los tubérculos eran los más grandes que había visto yo hasta entonces, y se parecían mucho, por su aroma, á la batata. La manera corriente de cocinarlos era hervirlos en una olla, colocándose encima de todo un terrón de arcilla para que el vapor no saliera.

Hicimos una parada de ocho días en Esgel-kaik, divirtiéndonos en correr carreras y en visitar á los Araucanos; y pasamos, en fin, una temporada muy agradable, con el único contratiempo de la enfermedad de Crime, cuyo estado empeoraba gradualmente.

La víspera de nuestra partida, Jackechan y el Zurdo dijeron que, como temían una reyerta y querían mantenerse ajenos á toda lucha, no nos acompañarían hasta Las Manzanas, pero se proponían seguir en dirección al Chubut y enviar un mensajero á la colonia galense. De modo que aproveché inmediatamente esa oportunidad para enviar una carta á Mr. Lemis Jones pidiéndole cierta provisión de yerba, tabaco y azúcar.

El 5 de febrero, se levantó todo el campamento; Jackechan y dos toldos salieron hacia el noreste, y el resto, que formaba entonces un largo convoy, emprendió la marcha hacia el norte casi directo. Antes de partir, Jackechan envió á nuestro toldo á una de sus mujeres y á su hijo menor, que se había apegado á mí estrechamente, poniéndolos bajo la guarda del padre de ella, Kai Chileno. El Zurdo me había instado para que me agregara á esa pequeña partida, y por un tiempo estuve vacilando, pero pensé que lo mejor era seguir con Casimiro para hacer una visita á Cheoeque y á las muy ponderadas Manzanas, donde los indios iban á encontrar, según preveían, bastante fruta y bastante bebida. Una vez fuera de Esgel, el carácter de la región se transformó. Ya no atravesábamos pampas, con su terrible monotonía; viajábamos por valles á nivel, de dos ó tres millas de extensión, regados por riachuelos bordados de árboles achaparrados y en los que abundan la caza. La línea general de colinas divisorias, que eran collados redondos y una que otra vez escarpas quebradas y carcomidas por las aguas, corría de este á oeste; esos caballos y escarpas parecían ser espolones de la Cordillera, pero sus bases occidentales estaban separadas de ella por un valle que con frecuencia se estrechaba hasta formar una hondonada, por la que se deslizaba una corriente de agua en dirección al norte. Como á la tarde se hizo alto al lado de un arroyo donde había pasto suficiente para los caballos, y era un espectáculo entretenido observar la larga línea de mujeres que costeaban las colinas á la distancia como un reguero de hormigas, los Araucanos que arreaban sus vacas y yeguas separados de nuestra partida, y sus ovejas que formaban la retaguardia marchando lentamente al cuidado de unos muchachos.

El campamento se levantó temprano á la mañana siguiente, y, des-

pués de cruzar una colina que estaba directamente frente á ese lugar, cubierta de hierba alta y lozana, bajamos por la falda septentrional á un llano sombrío, de aspecto árido, en cuya parte norte, cerca de una baja cadena de colinas, unos cuantos árboles y una línea plateada marcaban el curso de un río que fluía de la Cordillera. Las montañas de ésta se alzaban á una altura de 2000 á 3000 pies, con bosques casi hasta la cima, y sus crestas brillaban á causa de uno que otro parche de nieve que había desafiado el poder del sol estival. Atravesando ese llano, que estaba sembrado de agracejos y otros arbustos, y amenizado aquí y allá por pequeñas crestas de hielo brumoso, completamos el círculo de la cacería á orillas del arroyo, á pocas millas de distancia de la Cordillera. Allí se encendieron en diferentes partes los fuegos de costumbre, y se despachó la comida de casa, después de lo cual seguimos hacia los toldos. Los araucanos habían plantado los suyos en la margen meridional del río, entre unos grupos de árboles; mientras que los de los Tehuelches estaban situados en la orilla norte. El río separaba, pues, las dos poblaciones. Al oeste de nuestro campamento, sucedía al llano raso una gran extensión herbosa que llegaba hasta la base de las montañas, como á dos millas de distancia; pero más hacia la cabecera del río, cuyo curso se inclinaba hacia el norte, el llano parecía recobrar su aspecto erial y pedregoso, con una que otra laguna seca, hasta las faldas de las montañas, donde los cercos aislados de árboles marcaban el comienzo de la selva. Del lado sur del río, la hierba no era muy abundante; pero había lo suficiente para que pastaran los caballos, las vacas y las ovejas de nuestros aliados.

Después del ejercicio usual con los caballos, casi todos nos bañamos en el río, que, aun cuando no era muy profundo, tenía de trecho en trecho hondonadas adecuadas para el baño; pero el agua estaba helada. Al día siguiente de nuestra llegada á ese campamento, al que se denominó Diplaik, se festejó un nacimiento en los toldos araucanos, al que se invitó á la mayor parte de nosotros; se había levantado la tienda de costumbre, y á la noche hubo baile. La fiesta y la danza duraron dos días con sus noches, y á su terminación llegó de Foyel un mensajero diciendo que Callfueura, el cacique de los indios acampados en las salinas, al norte del río Negro, cerca de Bahía Blanca, iba á hacer la guerra á Buenos Aires, dando como razón para ello el asesinato de uno de sus parientes, perpetrado por los cristianos; deseaba, por lo tanto, que los Araucanos y los Tehuelches se unieran á él en la correría. Su mensaje era literalmente este: «Tengo el caballo pronto, el pie en el estribo y la lanza en la mano, y voy á hacer la guerra á los cristianos, que me tienen cansado con su falsía.»

Se convocó un parlamento y los jefes estuvieron deliberando por un tiempo, pero al fin resolvieron que nada tenían que ver con el asunto; y

en consecuencia, se expidió un mensaje en el sentido de que Callfucura podía hacer lo que quisiera pero que ellos deseaban mantener la paz.

Permanecimos unos días en Diplaik durante los cuales se corrieron varias carreras en las que resultaron vencedores los Araucanos, que ganaron á sus vecinos muchos caballos y yeguas.

Se varió los deportes internacionales con una riña entre el gallo de Orkeke y otro perteneciente á un araucano. Requirióse mi ayuda para aguzar las espuelas y sorprendió mucho á mis amigos la indignación con que me negué á tener algo que ver con semejante procedimiento. El araucano dueño del gallo tenía también una gallina que, durante la marcha, estuvo echada sobre unos cuantos huevos y crió con buen éxito su nidada de seis pollos; se transportaba cuidadosamente á caballo, con nido y todo á esa gallina que parecía estar en la montura tan á sus anchas como una madre india que lleva su criatura en la cuna detrás de ella.

En las lagunas secas de la parte occidental del valle, las mujeres y los hombres también á veces, se ocupaban con frecuencia en desenterrar una raíz comestible que crecía en grandes cantidades. La hoja de esa planta es muy pequeña y su raíz que aparece como á un pie de la superficie, tiene una longitud que varía entre una y tres pulgadas; es toda blanca, con un diámetro de un cuarto de pulgada, poco más ó menos, y cuando se la come cruda tiene un sabor que se parece al de la castaña, aunque un poco más azucarado. Los indios la cuecen, y beben el agua, que es muy dulce. Los dos últimos días de nuestra estancia allí no tomamos sino ese alimento y pescado sacado del río, porque no se conseguía carne. Varios Tehuelches se decidieron entonces por primera vez á probar el pescado con que nos regalábamos Casimiro, Meña y yo, y algunos se aficionaron mucho á él; me pidieron prestadas las líneas y anzuelos, y en breve se les vió sentados en la ribera esperando pacientemente la picada. Sacaron varios pescados y á la tarde volvieron con mis líneas y con una parte del pescado para nosotros que no lo necesitábamos. Como yo tenía anzuelos en abundancia, los ingeniosos salvajes se hicieron en seguida líneas con tendones de avestruz retorcidos, y supongo que siguen pescando todavía. Es digno de nota el hecho de que, antes de eso, ninguno de los Tehuelches quería tocar el pescado que yo sacaba, llegando hasta manifestar gran repugnancia á la sola idea de ello, aunque se ha afirmado que en la costa sacan y comen pescado de mar, cosa que sólo han podido decir personas que ignoraban las verdaderas costumbres de esos indios ¹.

El día 12 nos pusimos en camino; la causa de que demoráramos esos

¹ Véase GUINNARD, *Tres años de esclavitud*, página 73.

días fué la enfermedad persistente de Crime, que, sin embargo, resolvió al fin hacer un esfuerzo para marchar, aunque apenas podía montar á caballo. Las mujeres siguieron el valle del río, poco más ó menos, mientras los cazadores se alineaban sobre las colinas, que en la parte occidental estaban en su mayoría libres de rocas y piedras y abundantemente provistas de avestruces. En el curso de esa jornada dí de pronto con un par de gatos monteses; á uno de ellos lo atacó y mató mi perro, y el otro fué víctima de mi boleadora. Eran de la especie común en las provincias del Plata, especialmente en las islas del Paraná. Á la tarde llegamos á otro pequeño arroyo que desembocaba en el río principal, á cuyo valle bajamos luego para encontrar plantados ya los toldos, *sub tegmine fagi* podía decirse. Sucedió que, como durante esa jornada nos encontramos con los Araucanos en la misma parte del círculo, cocinamos juntos nuestras comidas y volvimos juntos á los toldos. Por el camino, el hijo mayor de Quintuhual, con quien siempre había mantenido yo buenas relaciones, dijo que deseaba reconocirme como hermano suyo. En consecuencia, nos dimos la mano y cabalgando juntos declaramos formalmente que éramos como hermanos y que siempre recordáramos los deberes de nuestros parentesco y nos ayudaríamos mutuamente, en caso necesario, en cualquiera parte del mundo en que estuviésemos. Todo eso era muy satisfactorio, y el lector se enterará tal vez con interés de que mis hermanas y primas eran las niñas bien parecidas que tan curiosas preguntas habían hecho en Esgel, y con la que, aunque no podíamos entendernos de palabra, yo había mantenido siempre una relación risueña, que despertaba grandes celos en los corazones de mis amigos Tehuelches. La temperatura espléndidamente templada que por maravilla persistió durante nuestra permanencia en Lilly-haik, como se denominó á esa estación, hizo muy gozosa nuestra residencia allí, y nos solazamos en los sencillos placeres de los bosques. Á veces, tres ó cuatro de nosotros cruzábamos el arroyo, y atravesando un llano ocupado por los caballos y las vacas, buscábamos fresas entre los barrancos de las montañas vecinas, ó trepábamos á los altos árboles para recoger los insípidos hongos amarillos adheridos á las ramas, ó nos tendíamos en medio de las violetas silvestres para disfrutar del *dolce far niente*. Esos indios hijos de la naturaleza se demostraban enteramente capaces de apreciar el encanto de la ociosidad de recoger frutos y flores, y de corretear por los bosques como escolares en una excursión de fiesta. En una ocasión Casimiro y varios otros salieron á buscar madera para construir monturas y volteamos varios árboles finos, eligiendo y cortando en ellos pedazos apropiados. Con las hachas melladas, el trabajo era duro, pero los indios son infatigables cuando acometen una tarea. Después de prestar mi ayuda en eso, me interné con un compañero en la espesura en busca de hongos para hacer yesca. Encontramos pocos, pero la sed

nos hizo buscar agua en cambio, y descubrimos un delicioso arroyuelo de agua helada, techado por groselleros con sus frutos ya maduros. Allí nos dejamos estar un rato fumando y cogiendo grosellas, tendidos sobre la blanda hierba hasta que un grito distante nos previno que nuestros compañeros emprendían ya el regreso. Á la vuelta matamos uno de los lagartos chatos como sapos que los indios consideran diabólicos; cazamos también un zorrino cachorro que Casimiro quería conservar para juguete de los chicos, pero al que soltó á instancias mías, para que gozara de las delicias de la libertad. «;Figúrense un zorrino domesticado!» dirá alguno; pero en el toldo de Hinchel había dos zorrinos que andaban por todas partes, perfectamente domesticados y tan juguetones como gatitos, sin hacer nunca uso de su poder ofensivo, y que, al perderse á veces por una ó dos horas, provocaban en los chicos una terrible algarabía hasta que se les encontraba.

Las lomas de las colinas eran un jardín de calceolarias, alisones, endebles geranios silvestres y otras plantas que me eran desconocidas. Entre éstas habían dos magníficas enredaderas una de ellas parecida á la viña, con lindas flores violadas cubiformes y otra que ostentaba primorosas florecencias circulares anaranjadas, con líneas negras que partían del centro como los rayos de una rueda. Busqué las semillas, pero no había ninguna madura, por lo que tuve que contentarme con arrancar una flor que se me perdió después, junto con otras muestras.

Un incidente desagradable que ocurrió allí me facilitó la oportunidad de observar la predisposición de los Araucanos para esclavizar y maltratar á todo «cristiano» que podían robar ó comprar. Uno de los chilenos después de haber estado pasando sucesivamente de un toldo Tehuelche á otro, escuchó las promesas falaces de un Araucano y abandonó á sus antiguos amos, que eran más bien protectores que dueños. En breve vió que había cambiado un empleo cómodo por una verdadera seryidumbre. Un día me suplicó que interviniese para protegerlo contra la crueldad de su dueño que lo instaba á latigazos á continuar su tarea de voltear árboles. Se quejaba de que se le hacía trabajar todo el día, se le alimentaba escasamente y se le obligaba á dormir fuera del toldo; vida muy diferente de la que había hecho entre los patagones, en la que siempre había contado con alimento, techo y un caballo de montar. Por intercesión mía, Quintuhual lo tomó á su servicio para protegerlo, porque ningún Tehuelche quería recibirlo; pero después se dijo que lo había muerto su dueño anterior, en castigo de su deserción.

Durante nuestra estancia en ese lugar, se jugaba en grande á los naipes entre algunos de la partida, y Casimiro y Hinchel trabajaban activamente en la construcción de monturas, que con no menos actividad se aprestaban á perder en el juego en cuanto las concluían. Un casamiento varió también el orden de cosas; y otro pequeño incidente, la separa-

ción por consentimiento mutuo de un marido Araucano y una mujer Tehuelche, dió que hablar á las viejas damas. Poco después, sin embargo, los cónyuges se reconciliaron.

El 16 de febrero salimos de Lilly-haik, despidiéndonos del agradable río y de las delicias silvestres de ese lugar, que nos pareció un paraíso por sus sombras floridas.

Mientras subíamos la pendiente septentrional del terreno alto que limitaba el valle, me detuve para echar una ojeada de despedida, y en ninguna parte se ha ofrecido nunca á mis miradas un paisaje más hermoso que el que ví entonces. El valle se estrechaba al encorvarse hacia el oeste, y en su cabecera, á través de una ciclópea hendidura cuyas paredes perpendiculares tenían centenares de pies de alto, salían las aguas del río de su cuna en la montaña. Tan profunda era la obscuridad en esa garganta, que resultaba impenetrable hasta para los ojos de los indios, y el río parecía entrar en la luz del sol surgiendo de tinieblas insondables. Arriba, á uno y otro lado, las empinadas escarpas iban subiendo gradualmente hasta formar altas montañas cubiertas por el rico manto del follaje verdescuro, semejante al del cedro de los bosques de hayas; y entre sus cimas podían distinguirse los picos deslumbrantes de lejanas montañas, más altas todavía, coronadas de nieves perpetuas.

Volviendo la espalda á ese hermoso panorama, cruzamos una notable serie de terrados ó bancos eriales y pedregosos, de formación curiosamente irregular, que se extendían en diferentes direcciones sin presentar líneas paralelas que indicasen la acción uniforme del agua; las cuevas irregulares y las mesetas llanas parecían una serie complicada de escalones gigantescos. Bajamos al fin á un llano que limitaba á un río, que, según declararon todos los indios, sin discrepancia, era el brazo principal del Chubut. Las orillas del lado meridional llamaban la atención porque estaban ribeteadas por una especie de hierba pampa, mientras que en la parte norte se alzaban unos cuantos árboles, junto á los cuales se plantaron los toldos.

El río tenía unas cuarenta yardas de ancho y era fácilmente vadeable en casi todas sus partes, aunque había encajonados muy profundos en los que el caballo tenía que nadar. La vanguardia de los cazadores cruzó primero y algunos, ó porque no conocían los vados ó porque no querían servirse de ellos, se dieron un baño nadando junto á sus caballos. Á la tarde había llegado ya toda nuestra partida, con las mujeres y el bagaje. Obligó á hacer una parada de unos cuantos días en ese lugar denominado Chupateush, la continua enfermedad del cacique Crime. Cazamos en todo el terreno circundante, que no ofrecía particularidades muy notables. Río abajo, ó más correctamente, hacia el oeste, después de pasar una cadena de colinas del tipo corriente, cubiertas de matas de hierba corta, salpicada de arbustos, por la que se abre paso el río en

una serie de estrechos barrancos, se extendía un amplio llano de nueve millas quizá á cada lado escasamente cubierto de hierba salvo al acercarse á las orillas del río, donde el pasto era exuberante.

Una comparación posterior entre las observaciones hechas por colonos galenses sobre el curso inferior del río Chubut y las mías propias, complementadas por informaciones de los indios, me permito decir, que ese río se caracteriza en todo su curso por estrechas hondonadas que se alternan con amplios llanos análogos, aptos todos para el cultivo. Aparte del Sengel, que es sin duda uno de sus principales afluentes, en nuestro viaje aparecieron otras corrientes de agua que habían sido descritas también como tributarias del Chubut, y por la dirección de su curso parecía que sus aguas, si llegaban hasta el mar, tenían que desembocar en ese río; pero no puedo comprender cómo es que si el Chubut recibe las aguas de una extensión de tierra tan considerable, su corriente cerca de la desembocadura, tal como la describían los indios y los colonos, puede tener tan reducidas dimensiones. Es probable, por lo tanto, que algunos, la mayor parte, tal vez, de los ríos menores se pierdan en lagunas ó pantanos en las regiones centrales, y se ruega al lector quiera tener presente que los cursos de esos ríos, tal como se les indica en el mapa, no han sido determinados siempre por mis observaciones propias, sino en parte por informaciones de los indios y en parte por los datos de un mapa ya existente, trazado quizá en virtud de informaciones análogas.

Hacia el oeste se presentan llanos de trecho en trecho, al parecer hasta que el río desemboca de los barrancos de las altas montañas andinas, como á doce millas del campamento. En ese punto, las aguas llegan del norte, y los indios me dijeron que el río tiene su fuente en un gran lago, que con toda probabilidad es el Nahuel-Huapí. En las inmediaciones, en la parte más próxima al campamento, el pasto era escaso, parecía haber sido quemado recientemente; pero la naturaleza del suelo indicaba un lindo terreno de aluvión. El detalle más notable que podía observarse en las cacerías era la abundancia de armadillos, de los que cada cazador traía con frecuencia dos ó tres. La pesca abundaba también en el río y los pescados eran término medio, de mayor tamaño que los que se habían sacado anteriormente.

El 18 de febrero, se vió humo al norte, no muy lejos, y al caer la tarde llegó un chasque trayendo consigo un par de botellas de aguardiente para Quintuhual, así como la noticia de que las cosas marchaban bien en el campamento de Foyel; y el 21 reanudamos la marcha por una alta meseta quebrada por numerosos barrancos, que parecía haber sido barrida por una inundación. Altas escarpas aisladas se alzaban de la superficie como si las aguas hubieran carcomido y barrido el suelo alrededor de ellas en los espacios intermedios, dejando impresa en sus caras corroídas la señal indeleble de las inundaciones, tan claramente como

se veía en las rocas arrancadas y aventadas de las regiones meridionales las huellas de fuegos volcánicos. Luego un llano menos quebrado terminó de pronto en una cuesta abajo de trescientos á cuatrocientos pies, pared de una torrentera cubierta de hierba y arbustos, y salpicada de peñas diseminadas, por la que seguimos nuestro camino, acampando cerca de la base, donde brotaba del costado un hermoso manantial. En el fondo del cañón, que tenía cerca de media milla de ancho, había una corriente cuyo lecho estaba seco en esa época, salvo uno que otro charco de agua estancada no potable.

Se había resuelto mandar mensajeros desde ese lugar, al que se denominó Cushamon, para prevenir nuestra aproximación á Foyel y también á Cheoque, el cacique de Las Manzanas; por consiguiente, después de nuestra llegada al campamento, escribí á dicho cacique una carta dictada por Casimiro, en la que, en frases bien redondeadas y con mucha ceremoniosa palabrería, explicaba el hecho y las razones de que hubiéramos unido á todos los indios, invitándolo á él á cooperar á ese fin.

Á la mañana siguiente, una vez que se hubo leído y explicado la carta á los caciques reunidos, los dos mensajeros, que eran hijos de cacique, se presentaron con dos caballos cada uno; y, después que se les hubo dado algunas órdenes verbales, emprendieron su viaje entre los aullidos de unas cuantas viejas y un toque de corneta. El resto de la partida, que había montado para que el acto fuera más pomposo y ceremonioso, salió á cazar; unos siguieron en dirección al este el barranco, que, penetrando en las altas pampas, desembocaba en un llano donde había una laguna alimentada por las aguas del arroyuelo, mientras otros rodeaban las altas pampas situadas arriba. Hinchel, á quien acompañaba yo en esa ocasión, me hizo ver varios agujeritos, con montículos de tierra y basura en su orificio, asegurándome que eran cuevas de víbora; pero sus ocupantes no aparecían fuera de ellas. Dijo que las víboras eran de color obscuro, como de dos y medio pies de largo, y enteramente inofensivas, y agregó que eran buenas para comer, hechos que Casimiro corroboró más tarde.

Una de las dificultades de la vida en las pampas es que de vez en cuando se le pierden á uno los caballos, como me sucedió á mí en ese lugar; tuve que pasar un día entero buscándolos antes de recobrarlos, porque se habían extraviado muy lejos, valle arriba, en compañía de una tropa de yeguas. El valle se divide allí en dos brazos que dan á unos llanos húmedos y herbosos que se extienden hasta la cordillera. Como había huellas de caballos en los dos valles, obedeciendo á la ley corriente de la contrariedad tomé al principio por el que no debía tomar y di un largo galope inútilmente. Para cualquiera es una dificultad tener que revisar unos dos mil caballos, todos sin marca y muchos del mismo color, y que á veces se parecen á los que busca. Pero el indio, con su natural perspicacia, distingue á gran distancia sus caballos entre cien más.

Se ha dicho ya que, en esa vida errante, cada cual tiene que cuidar sus caballos, porque los indios no entienden que otra persona pueda hacer eso por ellos, á menos que sea un hijo ó un pariente; pero, toda vez que hay que prepararse para la marcha, se espera que cada cual encontrará y traerá el suyo.

Durante nuestra permanencia en ese campamento, hasta el día 28, volvieron los vientos fríos y una vez cayó nieve, pero no en gran cantidad; por lo que todos nos alegramos mucho cuando al fin recibimos orden de marchar, y partimos con la grata perspectiva de encontrar en breve á los chasques con noticias de los otros indios. En esa época, el guanaco cachorro había adquirido ya gran desarrollo y requería una persecución más prolongada, pero su piel resultaba inadecuada para mantas porque era más lanuda que la del animal adulto. La parada siguiente se hizo en un lugar llamado Telck, un valle muy extenso, en uno de cuyos bordes me hicieron ver la madriguera de un conejo ó cobayo de la Patagonia, cuyo dueño no estaba visible. Allí llegó un mensajero con la respuesta de Foyel á nuestra carta, redactada por un indio valdiviano llamado Antonio Guaitu, que había sido educado por los misioneros y desempeñaba el cargo de secretario de ese jefe. Cuando los caciques hubieron formado corro, en el cual mi puesto estaba junto al presidente, Casimiro, entraron los chasques y me entregaron ceremoniosamente la carta, escrita en un castellano muy particular, carta que, después de un poco de estudio íntimo, pude descifrar y comunicar á la atenta asamblea. Contenía muchas expresiones de benevolencia, y la esperanza de un pronto encuentro, y terminaba pidiendo disculpa porque, como había dejado sus tierras al norte del río Limay para bajar á esas regiones á cazar guanaco cachorro, sentía tener en su séquito muy pocos guerreros para dar la bienvenida al « gran cacique del sur », es decir, á Casimiro. Después de esa tarea, cuyo desempeño, dicho sea con modestia, dejó muy satisfechos á todos los caciques, á quienes halagó también el contenido amistoso del mensaje, uno de los jefes Araucanos me aseguró con muchos cumplidos que sus caballos estarían siempre á mi disposición para un paseo, y se organizó entre todos una partida de tiro, de ejercicio de pistola mejor dicho, en el que los puntos fueron tan decididamente moderados y que el blanco parecía ser el sitio más seguro. Partiendo de allí el 3 de marzo, y siguiendo siempre en dirección al norte, por las altas pampas eriales, casi sin un solo arbusto, entre la especie de muro que formaba la cordillera al oeste y las cadenas de colinas que limitaban la vista al este, como á las dos de la tarde llegamos á un llano cenagoso; íbamos á hacer alto allí para encender fuego cuando vimos surgir de pronto del lado opuesto una nube de humo que indicaba la aproximación del chasque enviado á Las Manzanas. Se despachó inmediatamente á media docena de los nuestros á verificar la suposición, y,

dejando la comida para más tarde, cruzamos el valle á toda velocidad; los indios estaban firmemente convencidos de que los mensajeros traían consigo aguardiente, y todos ambicionaban ser los primeros en beber. Al fin los descubrimos, y ellos, al vernos á su vez, hicieron alto y desmontaron junto á un montecillo, adonde llegamos en breve, y poco después Casimiro, muy tranquilamente, como á tan gran personaje convenía. Los indios sufrieron un desengaño en cuanto al aguardiente, porque los mensajeros no traían consigo nada más que unas cuantas manzanas, que se distribuyeron entre nosotros y algunas de las cuales resultaron muy jugosas y refrescantes, como cualquier manzana europea. La única respuesta á nuestra carta fué un recado verbal en el sentido de que seríamos bien recibidos en Las Manzanas, y de que Cheoeque reuniría una fuerza para salirnos al encuentro, porque toda su gente estaba entonces en las montañas, ocupada en recoger la cosecha de manzanas y piñones; también decía que el cacique había tenido noticias frescas de Patagones porque estaba entonces de visita en Las Manzanas un tal Mariano Linares, hermano del cacique principal de los indios mansos de esa colonia. Casimiro se irritó un poco al no recibir una respuesta escrita, pero, como yo le insinuara que era muy posible que Cheoeque no tuviera secretario en su séquito, el cacique se tranquilizó algo, aunque su dignidad quedó un tanto resentida, por lo que el hombre volvió á tocar el tema unas cuantas veces.

En nuestro camino hacia los toldos, que habían sido plantados mientras nosotros recibíamos las noticias, asábamos las manzanas, etc., Casimiro me indicó la escena de un combate en el que habían sido muertos un cacique y varios indios. Aquel lugar era muy agradable para campamento; pero se le evitó cuidadosamente á causa de esa circunstancia, y nuestra partida ocupó en cambio un terreno húmedo, pantanoso también, á orillas de un arroyuelo que se perdía en un gran cenagal más al este; los Araucanos, por su parte, habían elegido mejor sitio un poco más arriba del valle. Al día siguiente cazamos en unas colinas próximas á las montañas, matando gran cantidad de avestruces; casi no volvió un hombre á la toldería sin una buena provisión de carne.

El 5 de marzo, á la mañana temprano, mientras la mayor parte estábamos llevando los caballos al rodeo, y otros fumaban junto al fuego, aparecieron á lo lejos unos hombres con varios caballos, uno de los cuales parecía cargado. Inmediatamente, un buen número de indios salieron al encuentro de los que llegaban, y uno de ellos volvió á la carrera á decirnos que los jinetes eran indios manzaneros que traían aguardiente para el trueque. Los recién llegados siguieron todos hasta el toldo de Quintuhual, manteniéndose cuidadosamente á respetable distancia. En seguida mandaron á buscar á Casimiro y á mí también, y en cuanto llegamos allá en nuestros caballos se nos invitó á presidir el comienzo de

la fiesta. Cuando desmontamos, en compañía de varios otros caciques, se plantaron en el suelo cuatro lanzas, una de ellas con un trapo ó poncho blanco, y los caciques, tomando cada cual un cuerno ó un vaso de hojalata que contenía muy poco aguardiente, se pusieron á marchar alrededor de las lanzas murmurando palabras mágicas y rociando el suelo con un poco de licor, y también las lanzas al pasar junto á ellas. Esta ceremonia se repitió dos veces, mientras un cuerpo escogido de viejas cantaba y gritaba para ayudar á espantar al espíritu maligno. Después de eso, mi hermano, que parecía ser maestro de ceremonias, hizo circular vasos de hojalata con aguardiente, y pronto se pusieron todos muy alegres. Así que hubé tomado un par de vasos, me retiré en compañía de Orkeke y de Hinchel, que no se sentían dispuestos á beber mucho á causa de la posibilidad de que se produjeran desórdenes. El resto de la partida empezó entonces á comprar bebida, porque terminó el reparto de la primera ración, que era gratuita; y en breve fueron muchos los que se encontraban en avanzado estado de embriaguez, nuestro cacique principal entre ellos. Las condiciones del trueque eran una manta ó un potro sin domar por dos frascos de infame ron valdiviano, lo que, en opinión de los Tehuelches, era un precio exorbitante; pero, como los tratantes ponían á los interesados en la alternativa de irse sin el licor ó de pagar su precio, el artículo se agotó en breve y los vendedores se encontraron en posesión de unas diez y ocho mantas nuevas y de un buen número de yeguas y potros. Pero esa misma noche, los astutos Tehuelches recobraron, robándolas, una parte de las mantas, y engañaron á los Araucanos con respecto á los caballos alegando que no podían apresarlos. Todo pasó tranquilamente hasta eso de las tres de la tarde, cuando se suscitó una riña; pero los combatientes fueron desarmados. Desde entonces hasta las ocho de la noche, Quintuhual, Orkeke y muchos de los que se habían conservado serenos estuvieron ocupados en apaciguar querellas; Casimiro estaba tan mal como los otros, y mandó en busca de su fusil para balear á algún enemigo imaginario. Afortunadamente pude interceptar el arma, y, después de atascarle el oído, la escondí detrás del toldo. De poco sueño pudo disfrutarse hasta la madrugada casi, cuando los ebrios se tendieron por todas partes para dormir sus libaciones. Á la mañana siguiente, Casimiro se despertó con gran dolor de cabeza y de mal humor, y empezó á hablar á propósito de algo que le habían dicho la víspera; por lo que le dije que era menester que no hubiera quedado en él ni un resto de vergüenza cuando se había embriagado de esa manera, y que ningún indio podía respetar á un cacique que era el primero en dar mal ejemplo manifestando deseos de causar un alboroto, mientras que Quintuhual se había mantenido sobrio, cuidando á su gente como conviene á un cacique, como debía haber hecho él, Casimiro. Esto provocó la ira del viejo monarca, que replicó

de la manera más descortés, con tanta rudeza que, para evitar un altercado, lo dejé con su mala cabeza y salí del toldo para no volver sino cuando el hombre estuviera de mejor talante. Poco después de ese pequeño incidente levantamos el campamento y recorrimos unas cuantas millas hacia el norte. Como me detuviera un caballo extraviado, no salí con la partida de caza, pero alcancé á los que habían venido con el aguardiente y que regresaban con lo que les quedaba de las mantas, caballos, potros, etc., insultando reciamente á los Tehuelches como á una cuadrilla de pícaros ladrones. Uno de ellos era un muchacho valdiviano que hablaba corrientemente el español y que me invitó á acompañarlo hasta Los Llanos, á donde pensaba volver entonces. Dijo que esperaba llegar á su destino á los siete ú ocho días, y que desde allá hasta el puerto de Valdivia no había más que día y medio de viaje. Cuando estuvimos en el campamento siguiente me despedí de esa gente, que siguió su marcha hacia el norte, nada dispuestos á volver á dejar sus bienes en las inmediaciones de nuestra toldería.

Sólo hicimos alto para pasar la noche, y reanudamos el viaje poco después de rayar el alba, subiendo por una cuesta un poco empinada hasta una alta meseta sembrada de aguzadas piedras, y cruzada por crestas roqueñas de trecho en trecho.

Los avestruces y los guanacos eran numerosos, y, aunque la caza de ellos implicaba la seguridad de dejar manco al caballo, se mataron muchos. En esa cacería, un guanaco macho vino corriendo hacia mí, espantado por los indios del lado oeste del círculo, y, como yo me lanzara al galope para cortarle el camino, dió vuelta y bajó por una cresta roqueña. Iba á arrojarle la boleadora, por encontrarme á la distancia requerida, cuando el animal tropezó de pronto, y, cayendo de cabeza, se tendió atontado al pie de la escarpa, donde lo despaché inmediatamente con el cuchillo.

Esas pampas eriales terminaban repentinamente en una línea de escarpas, que se inclinaban un poco en algunos parajes y que en otros tenían una ladera perpendicular de 200 pies; al pie de ellas se extendía un gran llano regado por un arroyuelo y cercado al sur, al este, y en parte al oeste, por esas escarpas, y al norte y noroeste por colinas que se alzaban en suave pendiente. Casi en el centro de ese llano, junto á la orilla del arroyuelo, se descubrían los toldos de Foyel, hacia los cuales se dirigían las mujeres después de haber bajado por un barranco situado al este; y á cierta distancia al noreste, en los llanos superiores, se veían los fuegos de caza de los propietarios de esos toldos. Á su debido tiempo se efectuó nuestra llegada; pero, como la partida de caza no regresó sino tarde, no vimos ese día á la gente de Foyel, aunque hubo un cambio de cartas entre los jefes, que se felicitaron mutuamente por el encuentro, fijando el día siguiente para la ceremonia de bienvenida.

Pero el día siguiente amaneció con un furioso vendaval del sudoeste y ráfagas de nieve y aguanieve, y tan frío y ruín que Foyel envió una nota diciendo que « como el día era un poco frío », tal vez sería mejor postergar la ceremonia hasta que el tiempo se compusiera, tanto más que después de ella habría que celebrar un parlamento que considerara las cuestiones en general. Casimiro respondió, por mediación mía, que era de la misma opinión, pero que iba á tener la honra de hacer una visita personal. Poco después salimos, pues, en plena tormenta, llevando los regalos y el número necesario de mujeres que gritaran, y fuímos al toldo de Foyel, donde entregamos los regalos mientras las mujeres aullaban melodiosamente. Hubo luego una breve conferencia entre los dos caciques, aunque conviene recordarlo, ninguno de los dos podía entender el lenguaje del otro. Y, cuando terminó esta ceremonia, que se efectuó fuera de la tienda, en medio de una nevasca que nos dejaba ciegos, volvimos á nuestros toldos. Á poco, el cielo se despejó algo, y se pudo ver á la gente de Foyel trayendo vacas y ovejas de lejanas partes del valle, adonde se les había arreado para darles abrigo contra la tormenta. Algunos de esos animales tomaron en dirección á nosotros, y se les arreó hasta el toldo sobre el cual ondeaba orgullosamente la bandera de Buenos Aires, para indicar la morada del cacique. Foyel llegó entonces y tuvo una entrevista con Casimiro y le regaló unas vacas, que enlazaron varios indios valdivianos y un hombre de cabellos claros, vestido de cristiano pero de aspecto más bien salvaje. Mi primera impresión fué que ese hombre era escocés ó inglés, y al acercármeme, mientras despachaba una de las vacas, le pregunté en castellano de dónde era y si no era inglés; respondió que era de Chile pero que había pasado casi toda su vida en Valdivia cuidando vacas, y que desde hacía dos años andaba con los valdivianos apresando ganado en la cordillera, y tenía su cuartel general en el campamento de Foyel. Se llamaba Ventura Delgado y había estado en Patagones el año anterior en compañía del secretario, Antonio Guaitu, que presentó entonces un pedido de raciones para Foyel. Como los dos estábamos ocupados, convinimos en encontrarnos más tarde, ese mismo día, para conversar. Á la tarde se comió bastante, y para huir de la multitud, y también del engorro de tener que estar escribiendo continuamente algún mensaje disparatado de Casimiro á Foyel, que habían establecido la práctica de cambiar misivas entre ellos casi cada media hora, aunque los toldos no estaban á más de doscientas yardas de distancia, salí de la tienda del cacique para dar una caminata. Andaba errando por el campamento en busca del toldo en que se alojaba mi nueva relación valdiviana cuando me llamaron á otro toldo, donde la tía de Casimiro, perteneciente á nuestro grupo doméstico, y mi « compañera de pipa », estaba sentada junto al fuego bebiendo aguardiente, en cuya operación me invitó á ayudarla; sin repugnancia alguna, me senté

y tomamos juntos dos ó tres tragos, después de lo cual llegó el dueño del toldo, un indio pampa, cuñado de Foyel. Éste hablaba el castellano corrientemente, porque había estado mucho tiempo cerca de las colonias, y era un hombre inteligente, de linda figura; con mucha cortesía me acompañó hasta el toldo de Foyel, donde pasé la tarde en compañía de Antonio Guaitu y de Ventura Delgado, el valdiviano.

El 8 de marzo, como el día era limpio y apropiado para la ceremonia de bienvenida, Casimiro dió órdenes temprano para que montaran todos y estuvieran prontos á hacer las necesarias evoluciones. Como á la hora de haberse dado esas órdenes, la mayor parte de los Patagones estaban montados y listos; de modo que nos dirigimos hacia el lado del valle donde los indios Araucanos unidos, al mando de Quintuhual y de Foyel, estaban formados ya en línea, lanza en mano, esperando nuestra abigarrada gente, que dió mucho que hacer á los caciques, á causa de sus disolutas ideas sobre formación militar; en cuanto los caciques y su ayudante conseguían establecer en una parte de la línea algo que parecía orden, los del otro extremo se apiñaban en grupos y se ponían á conversar ó á fumar. Foyel mandó pedir varias veces á Casimiro que hiciera formar debidamente á su gente, y al fin los Tehuelches se ordenaron un poco y empezó la ceremonia. Cuando ésta hubo concluído, se celebró un gran parlamento, que duró hasta la tarde; se confirmaron en él todas las resoluciones anteriores, esto es, que Casimiro quedaba reconocido como cacique del sur, con jurisdicción sobre todos los indios al sur del río Limay; que garantizaría con su gente la seguridad de Patagones y tendría en jaque á los indios pampas de Las Salinas, al mando del cacique Callfucura, en el caso improbable de que éste tratara de atravesar el río Limay para hacer correrías en las colonias; y, en segundo lugar, que todos juntos iríamos hasta Las Manzanas á visitar á Cheoeque para proponerle que garantizara con sus fuerzas la seguridad de la orilla norte del río, lo que refrenaría eficazmente á Callfucura y aseguraría á Patagones. Después del parlamento fuí á visitar á Foyel, que me recibió con toda clase de manifestaciones de amistad y consideración. En el curso de nuestra entrevista me pidió que le enseñara la brújula, cuya fama la había precedido. Me la saqué en seguida del cuello, donde acostumbraba llevarla, é intenté explicarle su objeto. Al contrario de los demás indios, y aunque al principio la miró más bien con temor supersticioso, Foyel entendió en breve el objeto del instrumento, insinuando, sin embargo, que tal vez no sólo podía ser útil para encontrar de noche el camino sino también para dar suerte en el juego. En consecuencia, le pedí que la aceptara, lo que, después de cierta indecisión, hizo con manifiesta alegría, envolviéndola cuidadosamente y dándosela á su hija para que la guardara.

El cacique inició entonces una conversación á propósito de los indios

y de sus relaciones con los blancos. Declaró que estaba en favor de un comercio amistoso tanto con los valdivianos del lado occidental como los argentinos en las costas orientales. Voy á citar algunas de sus palabras textuales: « Dios nos ha dado estos llanos y colinas para vivir en ellas; nos ha dado el guanaco, para que con su piel formemos nuestros toldos, y para que con la del cachorro hagamos mantas con que vestirnos; nos ha dado también el avestruz y el armadillo para que nos alimentemos. Nuestro contacto con los cristianos en los últimos años nos ha aficionado á la yerba, al azúcar, á la galleta, á la harina y á otras regalías que antes no conocíamos pero que nos han sido ya casi necesarias. Si hacemos la guerra á los españoles, no tendremos mercado para nuestras pieles, ponchos, plumas, etc.; de modo que en nuestro propio interés está mantener con ellos buenas relaciones, aparte de que aquí hay lugar de sobra para todos. » Siguió hablando luego, y dijo que estaba procurando hallar un camino para Valdivia que no pasara por Las Manzanas, ni por la tribu de indios Picunches, que están contra todos los extranjeros; y que, si podía, iba á traer familias de indios valdivianos para cultivar algunos de los valles situados á inmediaciones del río Limay.

Yo ignoraba entonces que Mr. Cox había bajado del lago Nahuelhuapi; sino, podría haber revelado inmediatamente á Foyel ese medio de comunicación con las colonias del lado occidental; pero dudo de que ese camino sea practicable para mujeres y niños cargados de enseres domésticos y de instrumentos agrícolas. Después de un rato más de conversación, y de haber recibido una invitación general para visitar el toldo del cacique toda vez que tuviera ganas, y la seguridad hospitalaria de que allí habría siempre comida para mí cuando tuviera hambre, me retiré á la tienda de Casimiro mientras Foyel salía á jugar á los naipes, llevándose mi brújula como amuleto, y es curioso el hecho de que ganó á los Tehuelches varios caballos, estribos de plata y otros objetos de valor.

Al día siguiente se efectuó una carrera; antes de ella, los tehuelches llevaron su caballo á la cima de una colina inmediata donde el doctor celebró una ceremonia mágica para asegurar su triunfo, que el animal obtuvo, aunque al parecer era inferior á su adversario. En ese llano, llamado por los indios Gatchen-kaik ó Colinas roqueñas, la enfermedad de Crime nos obligó á permanecer acampados hasta el 21 de marzo, y la mayor parte de ese tiempo la pasamos, yo y varios otros, sufriendo de neuralgia y aftas en la boca, causadas, creo, por el agua que teníamos para beber, y quizá también por la falta de sal, que se había hecho un artículo muy escaso.

Una rivalidad amistosa se mantuvo siempre entre las tribus en el juego, en la caza y en otros deportes, en los que la suerte pasaba conti-

nuamente de un bando al otro. Yo visitaba día por medio al pobre Crime, cuyos quejidos podían oírse de noche acompañados por el canto de alguna vieja bruja. El enfermo me preguntaba siempre cuánto tiempo viviría. Al principio traté de convencerlo de que se mejoraría, pero, al cabo de un tiempo, como estaba consumiéndose realmente, le di á entender que viviría un mes si tenía suerte. Me ofrecí para abrirle la pierna y tratar de curarlo, pero no quiso permitirlo, diciendo que, si llegaba á morir durante la operación, lo pasaría mal el médico, en lo que tenía mucha razón, por lo que desistí de mi propósito de hacer una operación quirúrgica.

Antes que levantáramos el campamento, llegaron de la toltería de Cheoeque un valdiviano y otros indios, pero con pocas noticias; dijeron que los manzaneros seguían dispersos por los valles de la cordillera, ocupados en recoger la cosecha anual de manzanas y piñones. Habíamos recibido ya una buena cantidad de estos frutos de manos de la gente de Foyel, que estaba en comunicación constante con sus parientes establecidos cerca del río Limay.

El 21 todos dejamos el valle y recorrimos unas cuantas leguas por una región accidentada. En la línea de la marcha, las escarpas, que se alzaban en los valles en forma irregular y pintoresca, eran de arenisca amarilla y roja, pero al oeste podían verse elevaciones basálticas negras, lindantes con los llanos, mientras que en nuestras cacerías en las tierras más altas encontrábamos esparcidas por la superficie masas de mineral de hierro y de roca ígnea. Pasamos la noche en un valle llamado Changi, y, reanudando la marcha al siguiente día, llegamos como á las doce á un gran llano cercado por escarpas de arenisca en la parte este, y al norte del cual se alzaba una roca particularmente puntiaguda, tal vez de 300 pies de alto, que surgía sola sobre la graduada pendiente; vista del lado occidental, esa roca parecía una columna natural compuesta de capas de arena estratificadas, amarilla, roja y negra, y en su cúspide un cóndor tenía su nido.

El llano se extendía unas cuantas millas hacia el oeste, donde lo cerraban otra vez las escarpas, que diferían de las del este en que eran de basalto. En ese llano, llamado Geylum, situado, según las informaciones indias, unas cuantas leguas al este del lago Nahuel-Huapi, á sesenta millas de distancia del río Limay y á setenta y cinco de Las Manzanas, se resolvió pasar el tiempo necesario para enviar chasques que dieran noticia de nuestra aproximación, antes de marchar todos juntos hacia el cuartel general de Cheoeque.

CAPÍTULO VII

LAS MANZANAS

Persiguiendo á un ladrón. — La señorita Foyel. — Partida para Las Manzananas. — Primera aparición de los manzaneros. — Presagios de guerra. — La toldería de Inacaval. — Cruzando el río Limay. — El naufragio de Mr. Cox. — Malón de Lenketrú. — Noche de alarma. — La bravura de mis primos. — El gran Cheoeque. — Un parlamento montado. — Manzanas y piñones. — La locura de Gabriel. — Las Manzananas. — El palacio de Cheoeque. — Las orgías. — Rencillas entre los caciques. — Los picunches y los pasos á Valdivia. — Comercio y política. — Resoluciones de paz. — Un gran banquete. — El poder de Cheoeque. — Costumbres araucanas. — Regalos de despedida. — Invitación á volver. — La generosidad de Orkeke. — Regreso á Geylum. — Aparición de una epidemia. — Mi lindo paje. — Salida de Geylum.

Al día siguiente de nuestra llegada á Geylum vino del norte una partida de manzaneros ó araucanos con sidra fabricada por ellos y guardada en cueros de oveja, manzanas y piñones, para traficar con eso; y, como de costumbre, resultó de ello una francachela escandalosa. Á la noche se hizo una tentativa, casi afortunada, para robar en nuestro toldo; pero una de las mujeres, que estaba despierta, oyó al ladrón en sus esfuerzos para introducirse en la parte trasera de los dormitorios, donde estaban depositadas unas mantas recién concluidas. La mujer dió la alarma á dos de los hombres, que trataron de apresar al ladrón en cierne, que, al sentir las voces, huyó velozmente; no sin recibir antes una cuchillada que le hizo una herida profunda en el hombro; y, lo que era peor, dió lugar á que se le reconociera cuando huía.

Foyel me invitó á beber á su costa, pero sólo me dejé estar en su toldo lo suficiente para no faltar á la etiqueta; y me retiré á hacer compañía á Hinchel, que no quería beber y que se había quedado al lado del fuego. Conversando juntos esa vez, me contó que, muchos años antes, aquel lugar había sido teatro de una gran batalla entre los tehuelches y los manzaneros, en la que él, aunque sólo era un muchacho entonces, había sido volteado por una bola perdida y había recibido un lanzazo

estando en el suelo; esa batalla había terminado con la victoria de los Tehuelches.

Al otro día, como la carne escaseara, comí en el toldo de Foyel parte de una pequeña torta de maíz y un postre de manzanas y piñones; comida en la que hizo los honores la hija de Foyel, linda muchacha de diez y ocho años con largos cabellos negros y sedosos, que su doncella, una chica Tehuelche cautiva, tenía que peinar diariamente como obligación especial. Esa señorita no se humillaba nunca haciendo algún trabajo doméstico, aunque de vez en cuando aplicaba sus delicados dedos á la aguja; su dote de cerca de ochenta yeguas, y la influencia de su padre, hacían de ella, como es natural, un partido muy deseable; pero, hasta el momento de mi partida, la niña había ejercido el privilegio de una heredera rechazando todos los ofrecimientos. Esa tarde estaba muy agitada, porque había perdido una manta nueva y varias otras prendas de valor, robadas indudablemente por los Tehuelches. Prometí conseguir, por medio de Casimiro, que se hicieran averiguaciones, y de ellas resultó que los bienes robados fueron devueltos y que el ladrón era el mismo individuo que había tratado de robar en nuestro toldo.

Poco después de eso se enviaron á Cheoeque dos mensajeros, que volvieron el 25 de marzo con la noticia de que ese cacique estaría pronto para recibirnos el 2 de abril, y de que «debíamos llevar nuestras armas», mensaje un poco ambiguo este último. Se me había ofrecido la comisión de llevar á Cheoeque el mensaje de nuestro jefe, pero por tener manco uno de mis caballos, y por otras razones también, preferí ir con todos más tarde. Meña, el chileno, fué honrado entonces con los despachos, en lugar mío, porque sólo él podría leer las cartas que había escrito yo en español como secretario; y volvió haciendo ponderaciones de la cortesía que le habían dispensado en Las Manzanas, y de la figura civilizada que esos indios tenían en general. Pasamos en Geylum varios días desagradables de mucha hambre y antes de la partida; había poca caza en las inmediaciones, y el tiempo era frío y húmedo, con una que otra nevada. Durante dos días enteros, Casimiro, Meña y yo, que éramos comunmente compañeros de mesa, no tuvimos para comer más que un armadillo y unos cuantos pescados que saqué yo de un charco en el arroyo. Junto á la Roca de la columna, estando de caza, descubrimos un escondrijo, perteneciente á los indios de Foyel, que contenía algo que estaba envuelto y atado con cueros; era grande la tentación que sentíamos de registrar el contenido del bulto, dejamos á éste como estaba y pusimos á Foyel sobre aviso, porque no era probable que otros fueran tan escrupulosos como nosotros. Esto confirmaba lo que había dicho Casimiro á propósito de que esos indios dejaban previsoriamente bolsas de gordura y provisiones en diversos sitios, á los que esperaban volver en tiempo no remoto.

El día establecido por el consejo, que se reunió después del regreso de los chasques, partimos todos, completamente equipados, en viaje á Las Manzanas; los indios unidos sumaban 250 hombres, é íbamos sin toldos ni bagaje, y preparados para una marcha liviana, con sólo unos cuantos caballos de repuesto. Se cargó á algunos caballos con cubiertas para toldos, mantas, etc., que las mujeres esperaban vender con ventaja á los Araucanos, y unas cuantas mujeres formaban parte de la expedición para hacer el negocio, quedándose en el campamento una guardia de cuarenta hombres para proveer de alimento á las mujeres y niños que iban á esperar allí nuestro regreso.

Atravesamos los llanos irregulares, en suave pendiente, cubiertos de arbustos achaparrados, pero que no merecían casi el nombre de altas pampas, que limitaban la parte norte del valle Geylum; y, después de pasar por entre dos murallas de roca paralelas que formaban una especie de calle natural, salimos á una serie de llanos herbosos, separados unos de otros por colinas roqueñas y eriales sembradas de matorrales, al llegar á cuyas cimas aparecía á nuestros ojos, á unas cuantas millas de distancia del lado occidental, la boscosa cordillera. Como á las once de la mañana, cuando habíamos hecho una marcha de cuatro horas, encontramos dos hombres que llevaban un caballo cargado con un par de pellejos de aguardiente para la gente de Foyel. En breve los rodearon los Tehuelches, que hicieron la proposición de ponerse á beber allí mismo, y que tenían muchas ganas de servirse con sus propias manos; pero, como llegó un mensajero de la gente de Foyel, que venía á retaguardia, se les dejó hacer tranquilamente su camino á Geylum, y seguimos nuestro viaje formando un círculo para cazar. El terreno se hizo más impracticable para las cabalgaduras cuando dejamos los llanos inferiores y subimos unas colinas quebradas por profundas gargantas y erizadas en todas partes de rocas cubiertas de láminas de mica extraordinariamente grandes, que chispeaban como vidrio bajo los rayos del sol; esas colinas terminaban en empinadas escarpas sobre las cuales arreamos los avestruces que una partida había ido á buscar previamente en la parte baja. Era un espectáculo curioso el que ofrecían los avestruces al dejarse caer desde alturas que variaban entre diez y cincuenta pies, muchas veces de á dos y tres juntos, con las alas abiertas. Por lo general, permanecían atontados un par de minutos al llegar al suelo, y cuando iban á ponerse de pie se encontraban trabados por la bola que había lanzado el brazo certero de algún robusto Tehuelche, y á las dos ó tres yardas caían con las patas quebradas.

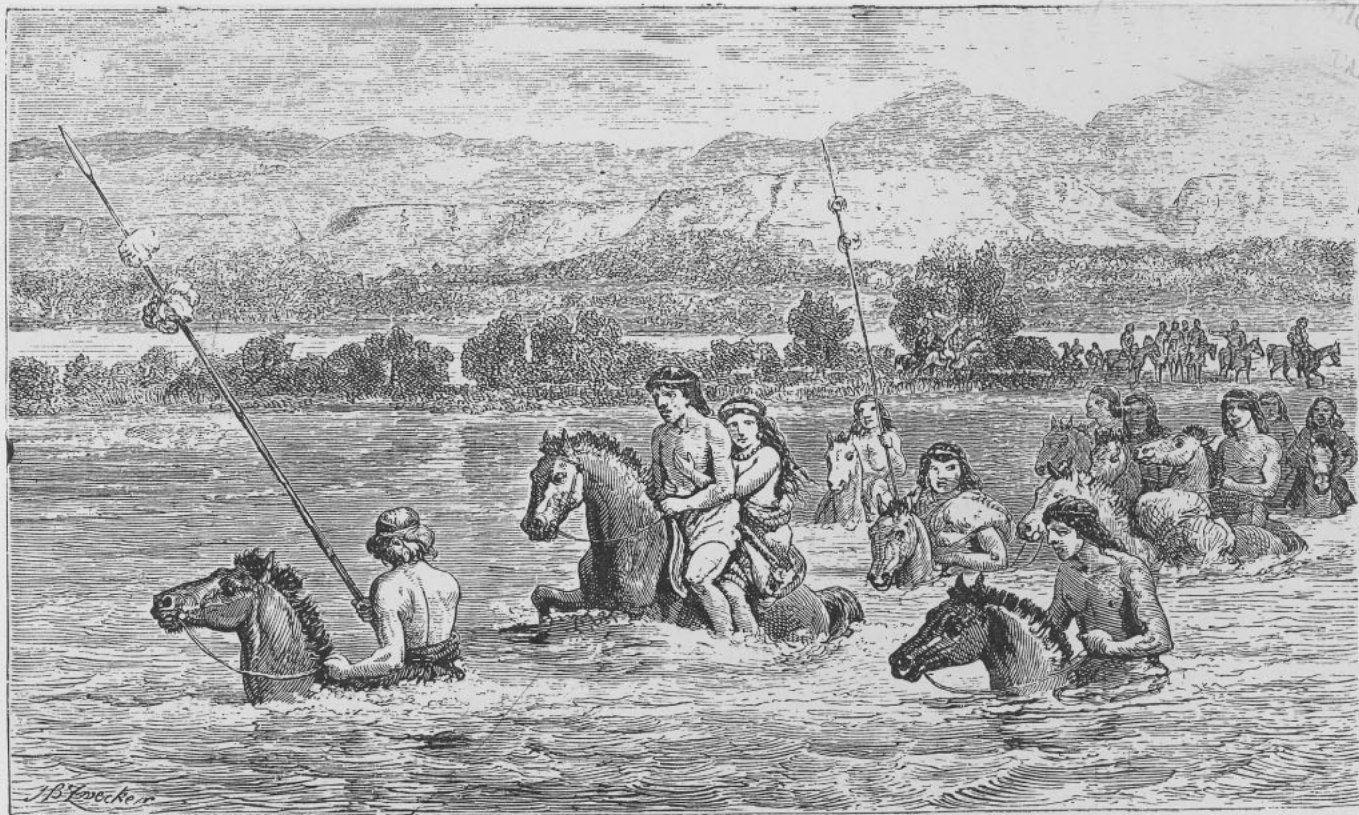
Al bajar de esas escarpas trepamos una cadena de colinas de más de 2000 pies de altura, por una huella regularmente practicable; y, al llegar á la cumbre, hicimos alto para esperar al resto de la cabalgata. Desde ese punto se dominaba un magnífico panorama; directamente al pie

de nosotros, muy cerca al parecer, pero, en realidad, á unas treinta millas de distancia, se extendía una línea negra, como una cortadura profunda, que marcaba el valle del río Limay, limitado en su parte occidental por altas montañas boscosas de laderas casi á plomo. Á lo lejos, hacia el noroeste había una altísima montaña cubierta de nieve, sobre la cual los rayos del sol poniente vertían una luz de color rosa. Entre ella y la línea del río surgían cadenas de colinas también boscosas... los manzanares de que tanto habíamos oído hablar; debajo de ellos se veía una eminencia baja y puntiaguda al pie de la cual, invisible aun para nuestros ojos, estaba nuestro punto de destino, esto es, la toldería de Cheoeque. Desde hacía semanas Las Manzanas y Cheoeque eran casi el único tema de conversación, y la excitación general, que había sido intensa á la partida, llegó á su colmo entonces, á la vista de la distante meta. Al hacer alto, todos los indios se llevaron las manos á la frente saludando al lejano río é invitando al Espíritu del lugar á que favoreciera nuestra empresa, sobre cuyo resultado había grandes dudas. La tarde anterior, Casimiro había llamado la atención sobre el color rojizo del sol poniente, declarando que eso era un presagio de guerra; pero, sin dar importancia al presagio, que en verdad mis ojos no veían, la visita sin precedentes de 250 Tehuelches con propósitos de paz ostensiblemente podía con muchas probabilidades ser interpretada de otra manera por Cheoeque; y lo cierto es que, como resultó después, el hombre no estaba entonces nada seguro de nuestras pacíficas intenciones.

Cuando todos estuvimos reunidos y preparados para bajar la montaña, se supo que Casimiro, que se había perdido desde que empezó la cacería había vuelto á embriagarse, en compañía de varios otros indios Tehuelches y de Foyel. Eso era muy irritante y todos los presentes nos aunamos para denostarlo por dar un ejemplo semejante cuando estábamos por entrar en una parte del país á la que íbamos con permiso, en medio de un puñado de gente no muy bien dispuesta para con nosotros. Al ponerse el sol hicimos alto en un valle junto á un rápido arroyuelo, cuyas orillas estaban cubiertas hasta corta distancia por altas matas de hierba pampa de hoja ancha, junto á las cuales vivaqueamos, aunque la noche era fría y estaba helando. La leña abundaba, la suministraban montones de madera arrastrada por las inundaciones del invierno ó de la primavera; de modo que, al calor de chispeantes fogatas y al abrigo de la hierba pampa, dormimos bastante cómodos. Había que vigilar activamente á los caballos, sin embargo, porque el pasto escaseaba. Antes que amaneciera, después de una breve consulta, se dió á Guenalto el comando en jefe y nos pusimos otra vez en marcha; seguimos hasta corta distancia un valle sinuoso, y subiendo luego una empinada loma, escalamos una colina de considerable altura y llegamos á una región más despejada, cuya parte occidental estaba limitada por la cordillera. En uno

de los valles que contorneaban las montañas dimos de pronto con los valdivianos que volvían á su país arreando el ganado por el camino; Cheoeque había enviado órdenes á los Picunches, que ocupaban las tierras inmediatas á los únicos pasos conocidos á través de la cordillera, para que los dejaran pasar sin molestarlos; á pesar de esa precaución, los valdivianos nada seguros estaban de que los Picunches no lo aliviaran del trabajo de arrear sus animales cuando llegasen á las cercanías de los pasos. Al dejar esa región descubierta, subimos una suave loma en cuya cima se alzaba en majestuoso aislamiento un sólo manzano despojado de sus frutos desde hacía mucho. Bajando esa cresta, entramos en un cañón y al cabo de media hora de marcha, un pronunciado recodo descubrió inmediatamente debajo de nosotros, el valle del río Limay. Después de atravesar el cañón hicimos alto sobre una pequeña eminencia situada al pie mismo de la barranca que limitaba al sur el valle. Desde esa escarpa hasta la orilla del río se extendía un llano herboso, cuya anchura variaba entre media milla y una milla, cortado aquí y allá por corrientes de agua y con arboledas de trecho en trecho. Como á una legua al oeste, la barranca se confundía con los declives de altas y empinadas montañas y el río parecía abrirse paso desde el sur por entre precipicios á plomo antes de dirigirse al valle. En la parte norte, éste era más descubierto, aunque aparecía moteado aquí y allá por grupos de árboles y la distancia hasta la barranca era más grande que en la parte meridional. Frente mismo á nuestro puesto estaba situada la toldería de algunos indios de Inacayal, y se veían vacas, ovejas y muchos caballos pastando en los campos adyacentes. El río parecía ser de una anchura considerable, aunque muy rápido en todo su curso por el valle descubierto. Como á una milla al oeste de la boca del cañón, se dibujaban tres islotes, que Hinchel me hizo ver diciendo que eran el paso, ó el vado, si es que puede dársele ese nombre. Tomamos, por lo tanto, en esa dirección, y sacándonos todas las prendas de vestir no indispensables, atándonos las mantas bien arriba ó poniéndonoslas como capas sobre los hombros, bajamos por entre los árboles y en breve nos metimos en el río.

El vado, en su primera parte, era profundo, pero el fondo se alzaba luego, al acercarse á la orilla y la velocidad de la ruidosa corriente aumentaba de una manera considerable. Sin embargo, llegamos con bastante facilidad á la primera isla; pero pasar de ésta á la más pequeña pareció al principio hazaña que desanimaba un poco á los Tehuelches mismos. El agua corría como en el saetín de un molino, y hacía espuma sobre el fondo desparejo con choques y rugidos que impedían oír las instrucciones. Parecía que sólo podrían cruzar los caballos más fuertes; pero unos cuantos audaces dieron una arremetida, y, aunque no conocían el paso, llegaron en salvo á la segunda isla, á alguna distancia río abajo;



Vadeando el río Limay

de modo que el resto cruzó en seguida, las mujeres detrás de los hombres. Aquí y allá, en algunos parajes había que nadar, y en otros puntos se alzaban enormes peñas, sobre las cuales se arremolinaban el agua en amplias ondas. Al fin llegamos todos á la orilla sin accidente alguno, y allí fuimos recibidos por algunos indios de Inacayal. Como yo estaba entre los afortunados que habían llegado primero, recibí unas manzanas y otros alimentos que algunos de esos indios habían llevado consigo previsoriamente al salir de los toldos.

Una vez que nos juntamos todos, y cuando hubimos vuelto á ponernos las ropas, partimos para los toldos, donde nos recibió Inacayal; y como había que esperar á los que se habían quedado atrás bebiendo, vivaqueamos á la orilla del río y en seguida trajeron unas cuantas vacas y yeguas que fueron sacrificadas para calmar las ansias de nuestra hambre. Después de haberme bañado en el río, estaba sentado junto al fuego, viendo cómo se cocinaba nuestra comida, cuando recibí el recado de que me necesitaban en uno de los toldos. En el que me indicaron encontré á un indio viejo, hermano de Quintuhual, que hablaba corrientemente español. Me invitó á que me sentara y se puso á contarme luego que un inglés llamado Cox había bajado antes por el río en un bote, desde el lago Nahuel-Huapí; pero que, al querer andar de noche, había naufragado en los rápidos del recodo, como una milla arriba del vado que acabábamos de cruzar nosotros; se había asilado entonces entre esos indios, que lo habían recibido hospitalariamente, y luego había vuelto á Valdivia cruzando las montañas, porque no podía seguir hasta Patagones. El indio viejo demostraba los más amistosos sentimientos para Mr. Cox, á quien había conocido mucho porque se había dejado estar unos cuantos días en su toldo.

Después de un rato de conversación sobre este tema, se sirvió la comida, y el indio pasó entonces á preguntarme mi opinión sobre el trato que los indios estaban recibiendo de los que él llamaba «españoles», diciendo que los chilenos estaban invadiendo las tierras por un lado y los argentinos por el otro, á causa de lo cual los indios se verían barridos en breve de la faz de la tierra, ó tendrían que pelear para defender su existencia.

Se conversó otro poco sobre esto, y después volví á nuestro fuego acompañado por un mestizo, sobrino de Inacayal, que había salido de Patagones unos ocho meses antes porque lo *necesitaba* el juez de paz á consecuencia de que había desertado del ejército, y también á causa de que, en una riña, había muerto ó herido á un francés. Estaba ansiando induirme á que hiciera valer yo mi influencia sobre Casimiro para que éste le permitiera agregarse á nosotros, cosa que no hice por la mejor de las razones, esto es, porque el hombre parecía ser un gran pícaro; pero me ofrecí para llevar un mensaje á algunos amigos suyos en Patagones.

Como á medianoche unos toques de corneta en la orilla opuesta del río indicaron la aproximación del resto de la partida, que llegó al día siguiente; pero Casimiro estaba con su mal humor habitual después de un desarreglo y se negó terminantemente á avanzar aprovechando el buen tiempo, de modo que tuvimos que pasar un día más, vagando junto á la orilla del río y comiendo gran cantidad de carne de vaca.

Mis primeros primos, que eran sobrinos también del viejo que había tenido relaciones con Mr. Cox, salieron en compañía de él á buscar manzanas y piñones, prometiéndome bastantes cuando volvieran. Entretanto, yo trabé relaciones con un indio pampa llamado Grabino, que en su origen debía haber sido cautivo de los cristianos; él mismo dijo que su madre había vivido cerca de las colonias, y la describió como india pampa; á la muerte de ella, su hijo, como de quince años de edad entonces, había dejado las colonias para unirse á los indios de su tribu, y á los tres días de viaje había encontrado la partida unida de Tehuelches, Pampas y Araucanos, ó de chilenos, como decía él á las órdenes del cacique Lenketrú, que iban á dar un malón á las colonias; no le había quedado más recurso que volverse para robar y muy contra su gusto, á la gente bajo cuya protección había estado. Durante lo correría, él y otro muchacho de su edad consiguieron arrear una tropa de caballos y yeguas, y sintiéndose mortalmente cansado, se había acostado á dormir en un sitio aislado, después de asegurar á su caballo por medio de un lazo que se ató en el tobillo. De noche lo despertó la fuga espantada de todos los animales, y como el suyo se asustó también, lo arrastró unas cuantas yardas hasta que lo libró el compañero, cortando el lazo; trataron luego de recobrar los animales, pero se encontraron con que los Araucanos les habían tomado los mejores, por lo que esa invasión no les dió mucho. Desde entonces había estado, como indio manso, al servicio del gobierno argentino; pero, como no le gustara el trabajo, había vuelto á las pampas y se había casado con una parienta de Inacayal. Era un mozo bien parecido, aseadamente vestido con ponchos hechos, según me dijo, por su mujer.

Al día siguiente, en medio de una tormenta de viento y lluvia, salimos para Las Manzanas. Después de bajar las barrancas septentrionales del valle del río, cruzamos un llano raso, donde hicimos un círculo de caza, por la forma solamente porque los avestruces eran muy raros y sólo ví matar uno. Pasando luego al noroeste de la colina ya citada, bajamos á un valle regado por un arroyuelo; seguimos esa corriente hasta cierta distancia, hasta que llegamos á un punto en que se abría otro valle, que al unirse con el anterior, hacía de los dos uno solo, de considerable anchura. Allí, al abrigo de unos árboles, hicimos alto y encendimos fuego para calentarnos, porque la fuerte lluvia había calado ya por completo nuestras mantas. Mientras conversábamos, tratando de

poner á mal tiempo buena cara, llegó de improviso un mensajero, salpicado de sangre y mostrando en su cara los efectos de la bebida ó de una excitación furibunda. Todos se apiñaron alrededor de él para oír las nuevas, y el recién llegado nos dijo brevemente que la partida que había salido la víspera á buscar manzanas había encontrado otra partida de indios con aguardiente. Una orgía había seguido á eso, y luego una riña en la que había habido un muerto; pero los demás habían seguido bebiendo, dejando fuera el cadáver, que los perros habían devorado. Esto irritó tanto á uno de los compañeros de las víctimas, que salió á escape á ver Cheoeque, á cuya tribu pertenecía la partida, y el cacique había enviado en seguida veinticinco indios montados para que rodearan á mis primos y les exigieran el pago de la muerte que habían hecho. Los otros se negaron á pagar, y entonces hubo una refriega en la que cuatro de los cinco hermanos y otro indio habían quedado por muertos, todos llenos de lanzazos, escapándose el más joven, en su caballo ó en el de algún otro, después de voltear con un revólver, que había llevado yo de Santa Cruz, á cuatro enemigos que intentaron cerrarle el paso. Esta noticia era mala para nosotros, obligados como estábamos á proteger á esa gente, que pertenecía á nuestros indios unidos. Se efectuó una consulta en el medio de la cual Inacayal llegó de pronto con una partida toda bien provista de lanzas aparte de las demás armas. La gente de Foyel llegó después, ansiosa de pelea. Pero los Tehuelches, que no perdían de vista el negocio, esto es, el propósito de vender las mantas que llevaban consigo, se sobrepusieron á las ideas belicosas de esa gente diciendo que «era mejor esperar un poco». Entretanto, se cargaron fusiles y se aprontaron armas, y se estaba disponiendo que una partida saliera para el lugar de la refriega á levantar los heridos, cuando llegó un mensajero de Cheoeque con proposiciones de paz. Yo y el resto de los parientes de los que habían sido muertos, como suponíamos entonces, fuimos puestos bajo una guardia de Tehuelches por un tiempo, hasta que salió la partida en busca de los heridos. Entonces, todos marchamos hasta corta distancia valle abajo, y vivaqueamos entre la hierba pampa como á milla y media de los toldos de Cheoeque, pero fuera de la vista de ellos. Dos ó tres veces cruzaron mensajeros entre la residencia de ese cacique y nuestro vivaque, y últimamente llegó una mujer muy vieja que pronunció un largo discurso sobre los beneficios de la paz. Todo esto estaba muy bien, pero como ambos bandos sospechaban evidentemente uno del otro, se mantuvo una guardia para prevenir una sorpresa; y, considerando probable que las negociaciones fracasaran, pasamos la noche tirando alrededor de los fuegos y haciendo bolas perdidas. Aseguré á Quintuhual y á Casimiro que no habría pelea, y al oír eso Casimiro se puso muy enojado, diciendo que él sabía mejor las cosas, que todo no era más que una trampa para conseguir los avíos y las armas de fuego

de nuestra partida, y agregando que yo no conocía á esos indios y él sí. Tarde ya de la noche se recibió la noticia de que, aunque terriblemente tajados todos, ninguno de mis « primos » había muerto; pero el bando opuesto había tenido peor suerte, porque contaba tres muertos cabales. Que seis hombres peleen contra veinticinco parecerá extraño, pero, en mi opinión, la gente de Quintuhual y de Foyel son los indios más valientes que se encuentran en la parte sur de América, y merecen perfectamente el orgulloso epíteto de « indios guerreros ».

Á la mañana siguiente, al romper el alba, todos montamos nuestros mejores caballos y formados en columnas de seis, nos dirigimos con los lanceros á la cabeza, hacia los toldos, situados en un valle que formaba ángulo recto con el que nosotros habíamos ocupado la noche antes. Al llegar á la vista de los reales de Cheoeque, vimos á los Araucanos ó manzaneros formados en línea y maniobrando, como á media milla de distancia; nos acercamos hasta unas 300 yardas y extendiéndonos en línea desplegada para ostentar todas nuestras fuerzas (mi proposición de ocultar una reserva detrás de una eminencia había sido desechada) esperamos los acontecimientos. Permanecemos como media hora así, observando á los manzaneros que ofrecían un lindo aspecto, vestidos con ponchos de brillantes colores y armados con sus largas lanzas; maniobraban en cuatro escuadrones, cada uno con su jefe, en cuya lanza flameaba una pequeña grímpola, y se movían con precisión disciplinada, formando línea, girando y manteniendo sus distancias de una manera que no habría desacreditado á una caballería regular.

Al cabo de media hora de espera se cambiaron rehenes y se desarrolló la ceremonia de bienvenida. Los Tehuelches estaban todos muy excitados, y como vine á quedar en el centro de la tropa cuando formamos columna y nos precipitamos hacia los manzaneros, al principio creí que nos lanzábamos á una zafacoca general. Pero, al llegar á la línea, nuestros jefes giraron bruscamente, é hicimos las evoluciones de práctica con la excepción desagradable de que ambos tenían los fusiles y revólveres cargados con bala, y de tiempo en tiempo un proyectil silbaba junto á las orejas de uno, ó arriba mismo de la cabeza. Después de los acostumbrados apretones de mano entre los jefes, el gran Cheoeque, hombre de aspecto inteligente, como de treinta y cinco años de edad, bien vestido con poncho de tela azul, sombrero y botas de cuero, recorrió á caballo nuestra línea, estrechando la mano á todo el mundo y haciendo una que otra observación. Cuando llegó á mí el individuo, me sentí un poco avergonzado de mi traje, una simple manta no en muy buen estado de conservación. Él, por su parte, pareció sorprenderse algo cuando, habiendo preguntado quién era yo, supo que era inglés, y como se le dijera además, que yo había escrito las cartas en español que se le habían enviado anteriormente, y que un valdiviano había traducido, se detuvo á conver-

sar conmigo por unos minutos. Después de eso se celebró un parlamento durante el cual todos permanecieron montados, y la discusión duró hasta la puesta del sol, á cuya hora todos sentían ya mucha hambre. Las conclusiones á que se llegó se referían principalmente á efectuar una paz firme y duradera entre los indios presentes, punto sobre el cual hubo feliz unanimidad. Se fijó otro día para discutir la proposición de Casimiro referente á la guarda de Patagones y la guerra chilena con los indios de más al norte; así como para considerar el mensaje de Callfucurá acerca de un malón á Bahía Blanca, y en general, la frontera bonaerense.

Uno de los principales personajes presentes en el parlamento era un cacique subordinado á Cheoeque, llamado Mafulko, viejo de linda figura, magníficamente vestido con ponchos que, como sus brazos, estaban profusamente adornados, cubiertos casi de plata; tenía una notable voz estentórea que, cuando se alzaba en la discusión, se hacía verdaderamente un rugido, como el de un toro de Bashan. Este hombre me distinguió más tarde particularmente, mostrándose muy cortés y me instó á que fuera á visitarlo á sus tierras, que se extendían al norte de la Montaña Nevada.

En su séquito había un hombre que trabó conversación conmigo en español puro, diciéndome que había leído y traducido mi carta y previéndome que esos indios aborrecían el nombre de español. Antes que yo pudiera hacerle pregunta alguna lo llamaron, pero, cuando estuve en Patagones, se me interrogó con respecto á un desdichado colono que vivía cautivo y esclavo entre los Araucanos, y cuya filiación coincidía exactamente con la del pobre español. Indudablemente, su amo temió algún reconocimiento y mediación de mi parte, y se había apresurado á interrumpir así nuestro coloquio.

Nos dispersamos y vivaqueamos en las inmediaciones de los toldos de Cheoeque, donde se enlazaron y mataron animales para satisfacer nuestras necesidades inmediatas; y llegaron indios manzaneros y Picunches á negociar con piñones, manzanas y un poco de harina á veces, por cuchillos, bolas, etc. Los piñones tenían sus cáscaras en parte, y en parte eran pelados; las blancas pepitas, parecidas á almendras, pero del tamaño de un dátíl, estaban ensartadas en hilos; asadas como castañas en sus cáscaras, ó cocidas, resultaban exquisitas. Las manzanas eran también deliciosamente frescas y jugosas, y consideré que una veintena de ellas valía bien un par de bolas, aunque mis compañeros declararon después que los Picunches ladrones me habían estafado.

Al cerrar la noche, Cheoeque mandó decir que, como era tarde y podían ocurrir desórdenes, creía que sería mejor no permitir que se vendiera aguardiente hasta el otro día, en el que se depositarían en lugar seguro todas las armas, para que todo el que quisiera emborracharse

podiese hacerlo á su gusto. Casimiro convino en eso y me aseguró también, de la manera más terminante, que él, por su parte, se mantendría sobrio. Estando sentados junto al fuego, un pájaro, muy parecido á nuestra chotacabras común, pasó por sobre nuestras cabezas lanzando su chillido particular; todos los indios parecieron sobresaltarse, asegurando que ese era un signo de mal agüero, porque toda vez que ese pájaro chillaba cerca de algún grupo de gente, con seguridad se enfermaba ó se moría alguno. Esta creencia supersticiosa en el pájaro fatídico tuvo ocasión de confirmarse, porque á medianoche, cuando estaba durmiendo junto al fuego, me despertó Gabriel que, sacudiéndome el brazo y gritando: «¡Vámonos, vámonos!», salió corriendo de la claridad para sumirse en las sombras de la noche. Su padre y yo lo seguimos, y, al cabo de una larga persecución, lo atrapamos y lo sujetamos con alguna dificultad. El muchacho estaba loco furioso; forcejaba violentamente y vociferaba disparates é incoherencias. Cuando se le pasó el primer ataque cayó en una extenuación y postración tan grandes que todos creímos que iba á morir; pero se restableció por el momento.

Al romper el día, todos estábamos alerta; y como la tarde anterior nos habíamos sentido demasiado cansados y famélicos para observar el paisaje, salí á reconocer la localidad en general. Ví con gran sorpresa que el cuartel general de Cheoeque consistía simplemente en cuatro toldos, pertenecientes al jefe y á su cuñado; los hombres que nos habían recibido habían llegado de lejanas residencias sin hacerse acompañar por sus mujeres, y estaban vivaqueando, como nosotros, al aire libre. El sitio del campamento era un valle que corría de este á oeste, y su extremo occidental parecía cerrado por varias altas montañas, contrafuertes de la cordillera. Una buena corriente de agua regaba ese valle, que en todas partes era más ó menos boscoso; á lo lejos, hacia el noroeste, como á cuatro millas de distancia, podían verse los manzanares. Estos árboles habían sido despojados ya de sus frutos, y había que seguir mucho más al norte para encontrar manzanas; pero resultó impracticable una expedición que proyectamos Orkeke, Hinchel, yo y otros, para visitar ese distrito y recoger fruta. Se nos indicó, también, del otro lado de los manzanares, el paraje donde crecían las araucarias de que se sacan los piñones, situado justamente al pie de las nevadas montañas que habíamos divisado desde la cresta de arriba del río Limay, y como á treinta millas de distancia.

En nuestro valle el pasto era algo escaso, aunque parecía suficiente para mantener en buen estado á los tres rebaños de pequeñas ovejas que poseía cada una de las esposas de Cheoeque; pero en cualquier parte pastan las ovejas. Inmediatamente detrás de los toldos había un corral para encerrar ganado vacuno, pero no se veía ningún animal de esos; probablemente habían sido arreados á algún valle retirado, próxi-

mo al lugar, para quitar á nuestra gente la oportunidad de que se sirvieran. Alrededor de ese corral se habían agrupado los indios de la tribu de Cheoeque y los Picunches con fruta, etc., para traficar; y entre el corral y el río estaba el vivaque de los Tehuelches, en el que indicaba nuestro hogar la bandera de Casimiro, esto es, la bandera de la Confederación Argentina. Valle arriba y valle abajo, y también por las colinas vecinas, estaban desparramados nuestros caballos. Yendo á examinar los toldos, á los que sólo había echado una ojeada superficial la noche anterior, ví que todas eran viviendas estables; es decir, no armadas de modo que se las pudiera transportar en marchas, como la de los Patagones. Es cierto que estaban construídas de la misma manera, pero los palos eran mucho más sólidos, y el conjunto de la construcción se parecía más á una casa.

El toldo de Cheoeque tenía precisamente dieciseis pies de altura y podía alojar cuarenta hombres, mientras que en su parte delantera ardían tres fogatas de enormes leños. Era completamente cerrado, salvo en el ángulo, donde una cortina de piel servía de puerta; y á lo largo del frente se extendía una especie de corredor, hecho de ramas entrelazadas, que formaban una agradable enramada á cuya sombra nos sentábamos á fumar. En el interior, las camas se alzaban sobre maderos; y el lugar en conjunto, eso y las ovejas, el corral, etc., tenía tal aspecto de civilización que, con un pequeño esfuerzo de imaginación, podría uno haberse figurado estar en una estancia fronteriza de las colonias. Había otros toldos ocultos entre los árboles en la parte septentrional del valle, pero no los visité.

Como á las ocho se avistaron varios caballos cargados; traían aguardiente que había sido escondido en el valle donde acampamos la noche después del desorden. Tan pronto como se descargaron las orzas y pellejos en el toldo de Cheoeque, se hizo circular la orden de entregar todas las armas, y con algún trabajo se recogieron casi todas, y se las depositó en lugar seguro. Entonces se invitó á beber á los jefes, ceremoniosamente, y luego á todos los que fueron llegando, porque Cheoeque proveía el aguardiente con la mayor liberalidad. Este cacique tenía plena conciencia de su alta posición y de su poder; su cara redonda y jovial, cuya tez, más oscura que la de sus súbditos, había heredado á su madre Tehuelche, mostraba una astucia disimulada, y su risa frecuente era algo sardónica. Tenía la cabeza regiamente fuerte y estaba dispuesto á despreciar á Casimiro por su embriaguez; en verdad, era evidente que se consideraba, y no sin razón, superior á todos los caciques, aunque éstos no estaban sujetos á él.

Hinchel, yo y muchos Araucanos se habían quedado fuera; y yo me disponía á echar una ojeada á los caballos cuando me llamaron al corral algunos Picunches. Estos hombres tenían una fisonomía enteramente

diferente de la de los Araucanos, y muy inferior también; se les distinguía fácilmente de ellos por su tez más morena; pero se mostraron muy corteses, preguntándome cómo me encontraba entre los Tehuelches y qué clase de país era el mío; y se alegraron cuando les dije que ese país tenía colinas y bastantes bosques, y, en lo que se refería á Devonshire, abundantes manzanas. Naturalmente, toda nuestra conversación se hizo por medio de un valdiviano que sirvió de intérprete. Después de unas cuantas preguntas más, trajeron un poco de aguardiente, y, cuando hube tomado un vaso, subí á caballo y fuí á hacer mi proyectada diligencia. Hinchel me acompañó en parte del camino, porque él iba en busca de una antigua relación cuyo toldo estaba plantado como á cuatro leguas de distancia, y de quien dijo que era el mejor platero entre los indios. Más tarde ví muestras del trabajo de ese hombre, bajo la forma de tubos de plata para adornos, y el aspecto de esos y de otros ornamentos de plata, hechos de metal macizo y por modelos especiales, al parecer ideados por él mismo, dejaron en mi mente pocas dudas de que esos indios ó algunas de las tribus vecinas, conocían los lugares donde podía conseguirse el precioso metal, que fundían ellos mismos.

Á mi regreso, después que hube contado y arreado hasta los mejores pastizales la tropa de caballos perteneciente á nuestra partida, supe que Cheoeque había mandado varios mensajeros en busca mía; por lo que fuí inmediatamente á su toldo. Allí encontré al cacique sentado en un sitio regio, á Mariano Linares sentado en otro igual, tocando la guitarra, á Casimiro un poco ebrio y jurando amistad eterna, y alrededor varios indios, hombres y mujeres, aullando en diferentes estados de embriaguez. Cheoeque me estrechó la mano invitándome á que tomara asiento, y me sirvió, de su propia botella, un vaso de aguardiente, que, casi es inútil decirlo, no estaba aguado como el resto. En breve aproveché la pequeña confusión que causó un indio empeñado en abrazar á Cheoeque, y me retiré; pero me cerraron el paso, y tuve que beber con varios conocidos antes que pudiera llegar al vivaque. Como nuestro toldo se vió invadido en seguida por unos cuantos indios bulliciosos, medio ebrios, entre ellos el hijo de Hinchel — que, muy borracho, había ido á buscar su fusil con el propósito de matar al director de la francachela, pero que por suerte fué volteado y atado por su padre, que llegó oportunamente — pasé al vivaque de Foyel, donde Grabino y otros estaban alerta, prontos para salir en busca de su jefe. Éste llegó poco después de medianoche, para gran alivio de ellos.

La rivalidad existente entre Foyel y Cheoeque, que había provocado el desorden tan fatal casi para mis primos, existía desde que ese jefe y Quintuhual habían emigrado al sur; y en esas circunstancias todos los araucanos de ambos caciques se mantenían lo más retirados posible, absteniéndose de tomar parte en las fiestas, mientras que los Tehuelches,

que nada tenían que ver en la cuestión, se divertían con toda libertad.

Al siguiente día, Foyel y Quintuhual pusieron en marcha á su gente, en formación regular, dirigiéndose á sus tierras seguidos por muchos Tehuelches. Se había desistido ya de las grandes carreras concertadas, á causa de la inquietud reinante y de los consiguientes temores de riña; la lucha en ese caso habría sido obstinada, porque las fuerzas de Cheoeque no habrían sido demasiado poderosas para dominar á sus adversarios, aunque les sobrepujaban en número. Nos había sorprendido no encontrar á nuestra llegada más indios prontos para recibirnos, por cuanto contamos solamente noventa lanzas; pero se supo que había algunos escondidos en los bosques junto al río, que no aparecieron. Además, setenta ó cien hombres habían ido á Patagones á buscar la ración de ganado para su jefe; pero otros 200, amigos y parientes de Foyel, que se dirigían al punto de reunión de Las Manzanas, habían vuelto la espalda al tener noticia del ataque hecho por la partida de Cheoeque á sus amigos, mis primos. Si esa gente se hizo á un lado para mantenerse neutral, ó para acudir en auxilio de sus parientes, eso no llegó á verse; pero Foyel había estado jactándose continuamente de que 200 indios de Cheoeque tomarían su partido. Los Picunches era la causa originaria de la enemistad. Esa tribu, una rama de los Araucanos según afirmaba Antonio Guaitu, que la llamaba de Chollo, está bajo el dominio de Cheoeque, aunque á las órdenes de caciques locales. Como se ha dicho ya, los Picunches viven cerca de los pasos de la cordillera y saquean á todos los viajeros. No habían respetado á un mensajero de Foyel que llevaba á su jefe artículos de Valdivia, y últimamente se habían apropiado por la fuerza dos pellejos de aguardiente, en cuya ocasión había habido alguna lucha. Entonces, Foyel envió á Cheoeque un mensaje provocativo en el sentido de que, si volvían á producirse robos por sus súbditos, recurriría á represalias, y agregando que Cheoeque debía haberse figurado que él, Foyel, se había olvidado de andar á caballo y de manejar su lanza. Todo esto se arregló amistosamente, pero al fin Foyel, que estaba por derecho bajo la autoridad de Cheoeque, prefirió desprenderse de su vasallaje retirándose al otro lado del Limay. La principal razón que alegaba era el hecho de que Cheoeque, aun cuando recibía cuantiosas raciones de ganado del gobierno bonaerense, nunca había creído conveniente compartirlas con los jefes subordinados á él. No puedo decir hasta qué punto eran ciertas estas cosas. En cuanto á los Picunches y á su sujeción á Cheoeque, los valdivianos habían estado detenidos más de un año esperando un salvoconducto, que consiguieron la víspera de nuestra llegada; y, por lo que pudo averiguarse más tarde, pasaron sin que los molestaran, aunque sufriendo probablemente pérdidas de ganado á causa del tiempo, porque la estación era demasiado avanzada para transitar por los pasos, obstruídos durante el invierno por la nieve y los ríos desbordados.

Antonio y Ventura Delgado me aseguraron que iban á tener que cruzar un río siete veces á causa de lo tortuoso de su corriente, y que, en todos esos casos, tendrían que hacer nadar á los animales. Al principio me había figurado que ese río debía ser un brazo del Limay, pero en su respuesta á otras preguntas los valdivianos dijeron que sus aguas corrían hacia el oeste. Á propósito de esa ruta, diré que á un alemán emprendedor, que poco tiempo antes había llegado de Valdivia para traficar con los indios, se le permitió pasar tranquilamente con todas sus mercaderías; el hombre hizo un comercio provechoso y emprendió al fin el viaje de vuelta con una buena provisión de caballos y avíos, pero cerca de los pasos lo despojaron de todo dejándolo que siguiera su viaje á pie, si le era posible. Era realmente desesperante estar tan cerca de Valdivia y no poder explorar el camino hasta allá y visitar á los Picunches; en verdad, Casimiro y yo llegamos á proyectar una excursión desde Las Manzanas, pero tuvimos que abandonar el proyecto á causa de lo avanzado de la estación y de otras circunstancias, á lo que se unía mi convencimiento de que, si el cacique llegaba á entrar en Valdivia, por largo tiempo no podría arrancarse de los placeres del mundo civilizado.

Después de la francachela y de la partida de la gente de Foyel se dedicó un día á las operaciones comerciales, postergándose las discusiones políticas á causa de la indisposición de Casimiro, que necesitó veinticuatro horas para reponerse de los efectos de la hospitalidad de Cheoeque. Nuestros Tehuelches, gracias á la profusa generosidad de Cheoeque, colocaron todos sus artículos provechosamente, haciéndose felices poseedores de numerosos caballos, adornos de plata y mandiles. Si hubieran tenido que pagar el aguardiente que bebieron, se habrían vuelto con las manos vacías y mal humorados. Los manzaneros parecían depender de los Tehuelches en su provisión de cubiertas para toldo, así como los últimos, á su vez, tenían que conseguir de los otros los mandiles tejidos y los ponchos. Noté que los caballos que ofrecían en venta los manzaneros se parecían al tipo corriente en los estados argentinos más que los que eran comunes entre los Tehuelches: eran mejores en ciertos detalles de su estructura y más veloces en las carreras de pista llana, aunque inferiores en cuanto á la resistencia necesaria para la cacería.

El segundo parlamento ó consejo, al que asistieron numerosos jefes, se celebró debidamente, y en él tomó parte Mariano Linares, hermano del cacique de los indios y al servicio del gobierno. Era pariente político de Cheoeque, y lo habían enviado de Patagones para que indujera al cacique á mantener la paz. Los Araucanos pronunciaban sus discursos con un canto particular, realmente entonado, en una forma muy parecida á la que he notado después en algunas iglesias nuestras. Cheoeque entonó así una arenga, declarando que habían ido á verlo jefes procedentes de la Araucanía misma para solicitar que los ayudara en la gue-

rra contra Chile. Al principio, él se había negado á recibirlos, pero después había oído lo que tenían que decirle, y era probable que enviara una pequeña fuerza para ayudar á sus paisanos.

El mensaje de Callfucura, relativo al malón á las colonias, nos había sido entregado ya. Se pronunciaron muchos discursos, y Linares y Casimiro demostraron que al cacique no le convenía intervenir porque perdería inevitablemente las valiosas provisiones de caballos y de vacas que le daba el gobierno bonaerense y que era más provechoso recibir las raciones anuales que saquear y desbaratar las colonias del Río Negro. Al fin se resolvió unánimemente que se enviara un mensaje á Callfucura pidiéndole que limitara sus hostilidades á Bahía Blanca y haciéndole saber que Cheoeque protegería la orilla norte del río Negro y cuidaría á Patagones por ese lado, mientras que Casimiro garantizaría el sur, arreglo al que se adhirieron debidamente ambas partes. Por consiguiente, Callfucura vengó sus injurias, reales ó supuestas, haciendo contra los « cristianos » dos asoladoras correrías en Bahía Blanca, de donde sacó botín y cautivos. Pero cartas de Río Negro me han hecho saber que se ha restablecido la paz, efectuándose un cambio ó rescate de prisioneros. En otro lugar se tratará este punto más detalladamente; sólo se le cita aquí para demostrar que los indios tienen plena conciencia de las ventajas de la paz, aunque es indudable que todos ellos, y los Araucanos especialmente, se resisten de las usurpaciones de los extranjeros, y las tradiciones de su historia de otros tiempos les han hecho aborrecer hasta el nombre de español ó « cristiano ». También es difícil para los caciques superiores impedir en toda circunstancia á los caciquillos las pequeñas depredaciones; pero un sistema de « raciones » justo y bien ordenado les evitará hacer correrías, y es realmente deplorable que los planes liberales y bien intencionados del gobierno bonaerense para la defensa de la frontera resulten muy á menudo desbaratados por los agentes sin escrúpulos que se enriquecen apropiándose las provisiones destinadas á los indios. No faltará quien considere indigno el método de tener tranquilos á los caciques por medio de pensiones; pero esa política es seguramente más humana y económica que la de continuas guerras de represalias, que llevarían en definitiva á la exterminación de los indios ó de los colonos, más probablemente de estos últimos, y al empobrecimiento positivo del país.

Después del parlamento, Cheoeque dió un gran banquete á todos los caciques reunidos y á sus hijos. En tres enormes fogatas encendidas dentro de su espacioso toldo se colocaron sobre trébedes grandes ollas de hierro que contenían carne de vaca, de carnero y de caballo. Los convidados se acomodaron como pudieron, mientras que Cheoeque se sentó « á caballo », como dicen los españoles, en una silla en medio del toldo, vestido con una magnífica manta de piel de gato y blandiendo un « re-

benque» con el que castigaba de vez en cuando á algún perro intruso, y también á alguno de sus numerosos hijos, si llegaban á acercarse mucho ó á hacer demasiado ruido.

Era evidente que los muchachitos estaban acostumbrados á eso, porque demostraban gran agilidad para esquivar el golpe, ó una indiferencia no menos grande cuando lo recibían. Las tres esposas del cacique presidían junto á las fogatas, y en el primer servicio se hicieron circular platos de madera cargados con grandes trozos de carne y la correspondiente ración de gordura. El convidado debía consumir todo lo que había en el plato, y, cuando éste quedaba libre se lo llevaban para lavarlo y volvían á llenarlo para otro. El segundo servicio consistió en manzanas y piñones, fruta que se servía natural ó cocida, según los gustos, y la etiqueta imponía estrictamente que el convidado comiera ó se guardara en el bolsillo todo lo que se le servía. Después de las viandas se hizo circular agua, única bebida que se ofreció fuera de una botella particular, con cuyo contenido el cacique obsequió á dos ó tres de sus huéspedes más distinguidos. Deben haber sido por lo menos, treinta los que estuvieron presentes allí á un tiempo; sin embargo, espacio no faltaba y las provisiones eran abundantes. Y después se atendió á otra serie de huéspedes de menor distinción; en verdad, todos los Tehuelches, así como los Araucanos y los Picunches, fueron mantenidos durante su permanencia por el cacique.

Me llamó mucho la atención la obediencia y el respeto que esa gente profesaba á su jefe. La autoridad de Cheoeque se extiende al norte hasta Mendoza, sobre centenares de indios que residen en tolderías fijas, unos cuantos en el valle próximo á Las Manzanas, pero la mayor parte cerca de los bosques de araucarias. Sin embargo, el poder del cacique es absoluto y su palabra es ley hasta para sus súbditos más distantes. Á una orden suya dejan sus toldos, sus mujeres y sus hijos, y acuden, montados, y listos para cualquier servicio, á su cuartel general. Su riqueza es considerable: aparte de numerosos rebaños y manadas, tenía uno de los toldos destinado exclusivamente para depósito, y en él se ponían á buen recaudo sus adornos de plata, ponchos, mantas, etc.

Yo estaba presente en su toldo cuando llegó un mensajero. El indio, que parecía venir de muy lejos, no se atrevió á entrar mientras no recibió la orden de que lo hiciera, y entonces, con el mayor respeto, fué á sentarse á alguna distancia del cacique, entregó su mensaje, recibió órdenes y se marchó; listo ya para el camino, recibió al parecer instrucciones finales, después de lo cual montó su caballo y se alejó sin más ni menos.

Los caciques subordinados, cuyo oficio y calidad son hereditarios, parecían ser hombres más delicados é inteligentes que el resto. Si se debía eso á una diferencia de raza ó simplemente á su linaje aristocrático

y á un refinamiento hereditario de facciones y de porte, no podría decirlo ; pero lo cierto es que su superioridad era muy marcada, mientras que, en los Tehuelches, no se observaba semejante diferencia entre los caciques y su gente. La superioridad de esos Araucanos casi civilizados con respecto á sus vecinos meridionales era evidente en todo sentido menos en el de la fuerza física solamente. Su residencia en un país más fértil, cerca de los bosques de manzanos y araucarias, les da grandes ventajas sobre los Patagones nómadas. Cultivan el trigo, del que nos trajeron pequeñas cantidades para la venta ; almacenan, además, la cosecha natural de piñones y manzanas, con las cuales, como se ha dicho ya, fabrican una cidra de fuerza extraordinaria, y también destilan el « pulco », bebida embriagadora que extraen del fruto de la algarroba. Mis tratos con la gente de Foyel y con la de Las Manzanas no fueron lo bastante prolongados para que llegara á familiarizarse con su lenguaje y con sus costumbres, que otros han descripto ya. Su lenguaje, del que aprendí unas cuantas palabras, parecía más suave y más melodioso, y provisto también de un vocabulario más copioso que el actual Tehuelche, y me hizo la impresión de ser muy afín de la lengua Pampa ; pero Jackechan, que sabía hablar los dos, y Grabino también, insistían decididamente en que había diferencias entre ambos dialectos. En materia de hábitos personales eran en extremo limpios y decentes ; el baño matinal no lo omitían nunca los hombres, las mujeres y las criaturas, que en grupos ordenados bajaban al río poco antes de amanecer ; y todos cuidaban sus ropas con mucho más esmero que los Patagones. No tuve oportunidad de presenciar sus ceremonias religiosas, pero se me aseguró que son adoradores del sol, y no había indicio alguno de que tuvieran ídolos de ninguna especie. Sus ceremonias con motivo de nacimientos, etc., eran muy parecidas á las de los Tehuelches, salvo que el doctor se presentaba en esas ocasiones más cuidadosamente engalanado de diversos colores.

Cuando la sobrina de Quintuhual se enfermó, el hermano de éste hizo el papel de *brujo*, debidamente pintado y adornado con un tocado de plumas. En lugar de la tienda de mandiles se colgó de los postes una cortina de ponchos y se exhibieron todos los esplendores de la familia. Asistí al festín de yeguas sacrificadas, pero no así á los preparativos del mismo, porque las sujeciones inherentes á la dignidad de caciquillo me impedían entonces andar de un lado á otro como mirón desocupado.

Observaban escrupulosamente la práctica de no empezar á comer sin haber tirado antes al suelo un poco de caldo, ó un pedazo chico de carne, al mismo tiempo que murmuraban un conjuro para propiciar al *gualichu*, y en general son más supersticiosos y tienen más miedo á las brujerías que los otros indios. Poseen cierto conocimiento de las piedras preciosas, á las que parecen atribuir ciertas virtudes. Foyel, por ejem-

plo, poseía una que tenía el aspecto de una magnífica turquesa en bruto. Y una vez estuvo á punto de regalarme ; pero como su mujer y su hermano hicieran alguna objeción á eso, el hombre se disculpó diciendo que no quería desprenderse de ella, porque hacía mucho tiempo que estaba en poder de la familia. Sin embargo, esos indios se oponían decididamente á que algún extranjero recogiera piedras para muestras, ó pareciese estar explorando el suelo de algún modo, cosa que, prevenido por Ventura Delgado, me abstuve cuidadosamente de hacer. M. Guinnard ha descripto alguno de sus juegos, que difieren de los que están en boga entre los Tehuelches; por ejemplo, el que juegan con porotos negros y blancos. Casimiro es la autoridad en que me fundo para decir que esa gente conserva la singular costumbre del rapto en el matrimonio. El novio en cierne, no se cuida de obtener el consentimiento de la novia, sino que, después de pagar á los padres de ella el dote ó precio convenido, llega al galope y apoderándose á la fuerza de la muchacha se la lleva, sentada delante de él, á la espesura, donde, después de una luna de miel forzada de dos días, vuelven como marido y mujer á la vivienda del esposo. Pero esto no se hace cuando la que se casa es la hija de un cacique. La poligamia está permitida ; el gran Cheoeque, por ejemplo, tenía tres mujeres ; la favorita, cuyo amable buen humor la hacía digna de ese honor, ocupaba la parte central del toldo, pero las tres vivían en perfecta armonía y se cuidaban mutuamente los hijos con imparcial afecto.

Como he dicho, estos Araucanos son aficionados á robar ó comprar cautivos, y me inclino á suponer que hay escasez de mujeres entre ellos, de lo que son una causa probable las crueldades exterminadoras que los *cristianos* de la frontera cometen contra las mujeres y criaturas. Estos indios son positivamente más peligrosos para los extranjeros que los meridionales, y es arriesgado meterse entre ellos sin los debidos salvoconductos del cacique.

Á mí, Cheoeque me ofreció su consentimiento para viajar por el interior del país en dirección al norte, hasta las provincias argentinas, garantizando mi seguridad, y sólo pude resistir á la tentación al pensar en la necesidad de permanecer fiel á mis amigos Tehuelches siguiendo hasta Patagones. También me invitó cordialmente á que volviera, asegurándome que siempre sería recibido como amigo. Cuando quedaron arreglados todos nuestros asuntos, tanto comerciales como políticos, y una vez terminado el banquete de despedida, Cheoeque repartió regalos de caballos, etc., entre los Tehuelches, en cambio de los numerosos obsequios que había recibido de ellos. En compensación de un juego de tachones de oro, me regaló una de las lanzas particulares que usaba siempre su gente, como de quince á diez y ocho pies de largo, y muy liviana porque el mango estaba hecho de una caña muy parecida al bambú, que crece en

los bosques de la Cordillera, y que tiene el grueso del asta de una pica sólida. Dicho sea de paso, este regalo me hizo cometer una falta de etiqueta. Dejé la lanza arrimada al toldo, y en seguida me pidieron que la sacase de allí porque eso era señal de guerra, aunque no se puso en claro si se consideraba la cosa como un desafío ó como un presagio; pero se me hizo saber que había que tender la lanza en el suelo ó plantarla en él perpendicularmente. También se regaló una lanza á Casimiro, aparte de un buen número de caballos y de otras prendas de valor. Nos despedimos del poderoso Cheoeque y de Linares, con quien convinimos en encontrarnos en Patagones, por cuanto se había arreglado que yo seguiría como chasque, y el día 11 emprendimos el regreso á nuestros toldos, muy satisfechos todos del buen éxito de nuestra visita. Atenuaba mucho el natural regocijo de Casimiro la enfermedad persistente de su hijo Gabriel, al que había que vigilar cuidadosamente para poder contenerlo á tiempo en caso de que sufriera otro ataque de locura.

Cabalgando por el valle donde habíamos dormido la noche antes de llegar al campamento de Cheoeque, vimos algunos animales vacunos en los bosquecillos de la orilla del arroyo; esa era una parte de la manada del jefe, que había sido escondida en varios lugares retirados de las inmediaciones. Cruzamos la alta pampa, y como á la una bajamos á la orilla del río Limay, vivaqueando en el mismo sitio que habíamos elegido en nuestro viaje á Las Manzanas, cerca de los toldos de Inacayal. Encontramos allí á Orkeke y á muchos otros Tehuelches, así como á los cuatro heridos, dos de los cuales estaban ya en vías de curación.

Fuimos al toldo de Inacayal, á pedido personal de éste, y estuvimos en él hasta la caída de la tarde, cuando trajeron, apresaron y sacrificaron unos animales vacunos para repartirlos entre los jefes. Estando ocupado en raspar un pedazo de cuero para hacer con él algún arreo, recibí un recado de Orkeke, cuyo fuego estaba á un centenar de pasos quizá del nuestro, diciéndome que deseaba verme cuando estuviera libre, y así que hubo cenado fuí allá y encontré al veterano sentado, cargando su pipa. Después de una fumada me invitó á que lo acompañara á examinar su tropa de caballos recién adquirida, y á que le indicara el mejor de ellos á mi juicio. Señalé un animal blanco, joven, que había pertenecido á la yeguada de Cheoeque mismo. «Muy bien», dijo Orkeke entonces: «tómelo; es suyo. Hasta ahora no había dado á usted nada en cambio del revólver que me regaló en Teckel». Aunque yo no necesitaba el caballo, habría sido un insulto rechazarlo; de modo que salí de allí con mi corcel del ronsal. La mención de este pequeño episodio tiene por objeto corregir la noción corriente entre algunos de que el afán de lucro es un rasgo predominante del carácter indio.

Á la mañana siguiente dijimos adiós á Inacayal y á su gente, y pusimos las cabezas de nuestros caballos en dirección al paso del río Limay,

que estaba tal vez más hinchado y correntoso que en la ocasión anterior; pero todos lo cruzamos sin contratiempo, aunque el caballo de Casimiro y el mío se cayeron una vez, afortunadamente en un sitio donde había poca agua. Sin embargo, todo el mundo se caló por completo, y una lluvia que sobrevino desbarató toda probabilidad de que se nos secaran las mantas. Volvíamos por un camino situado al oeste del que habíamos tomado á la ida, pasando por entre las altas montañas boscosas, en cuyas alturas podíamos divisar de vez en cuando un cóndor posado en soledad majestuosa, mirándonos como un predicador desde su púlpito.

Como á las cuatro de la tarde, la lluvia cesó y vivaqueamos en un valle herboso, en cuyos costados crecían inciensos y otros arbustos. Allí, á causa de la enfermedad de Gabriel y de otro de la partida, pasamos horas de aflicción, sin poder secarnos siquiera; y, para agravar nuestras incomodidades, junto con el crepúsculo empezó á caer una helada, y cuando me desperté á medianoche, para echar una ojeada á los caballos, mi manta estaba como una tabla.

Encendí fuego, porque el tiempo se había despejado ya, y en breve todos los de la partida estaban apiñados en torno de él, calentando sus miembros medio ateridos para volver luego á acostarse.

Á la otra mañana, al rayar el día, aunque helados y hambrientos, dos de nosotros fuímos á buscar los caballos, y, como lo esperábamos, vimos que algunos de los nuevos habían vuelto sobre sus pasos hasta unas cuantas millas del río Limay. Pero el sol había subido ya á suficiente altura para calentar un poco cuando nos reunimos á la partida, y, sin dar descanso á los caballos, á las dos de la tarde transpusimos la calle de rocas y avistamos los toldos, á los que llegamos en breve.

Antes de ponerse el sol todos los Tehuelches habían vuelto al seno de sus familias, contentos de poder dormir otra vez á cubierto de un toldo después de haber pasado doce días y doce noches á la intemperie, con tiempo tormentoso, sin más abrigo que nuestras mantas.

El 14 de abril, á la mañana siguiente de nuestro regreso, unos indios de Foyel se quejaron de que los Tehuelches que habían quedado á la zaga, considerando innecesario ir á cazar á los llanos situados á pocas millas de distancia puesto que en las cercanías pastaban vacas y ovejas que podían suministrar carne á los toldos, se habían apropiado algunos de estos animales á favor de la obscuridad de la noche. Meña corroboró el hecho; aunque él había estado fuera, cazando con la mayor actividad, había tenido poca suerte, y se quejaba amargamente de los momentos de hambre que había pasado.

Poco después de nuestra llegada atacó una enfermedad á Kai Chileno, y en el curso de unos cuantos días varios de los viejos y de los chicos se enfermaron también, con dolor de cabeza y fiebre, presentando

todos síntomas de una fuerte influenza. Alarmados, temiendo que se desarrollara la epidemia, el 16 de abril la mayor parte de los Tehuelches levantaron los toldos y tomaron el camino que llevaba á Patagonia; pero nuestro toldo y otro más se quedaron atrás á causa de la persistente enfermedad de Gabriel y de los demás. Al caer la tarde de ese mismo día oímos de pronto exclamaciones y gritos en los toldos de Foyel, y todos, excepto Casimiro, que se quedó sentado junto al fuego, completamente inmóvil, salieron á tomar sus armas, pensando naturalmente que había llegado de Las Manzanas una partida en són de guerra. Al cabo de un breve intervalo vimos una fila de hombres que avanzaba á pie hacia nuestros toldos, gritando, descargando y blandiendo sus armas. Casimiro, que se estaba riendo tranquilamente de nosotros, explicó entonces que esa gente estaba peleando sólo contra la enfermedad. La partida llegó hasta nuestro toldo, golpeó la trasera de él con sus lanzas, para espantar al gualichu, y se retiró.

Todos nos reímos de lo ocurrido, y me divirtió mucho ver á Meña, que era un joven inteligente, alegando que los indios tenían mucha razón, porque la enfermedad no atacaba nunca á los hombres armados.

Vivimos principalmente del aire los últimos cuatro días de nuestra estancia en Geylum, porque no hubo cacería alguna; pero, al tener noticia de nuestras necesidades, Foyel acudió en nuestro auxilio regalándome un par de ovejas que recibí con gratitud y que distribuí entre los de la partida.

Se había proyectado que esta partida acompañara á los Tehuelches á Patagones; pero, como para ello sería necesario que dejara sus mujeres y criaturas en Geylum con sólo unos cuantos muchachos para cuidar los rebaños y manadas, y, por otra parte, como no tenían fe en las intenciones pacíficas de los manzaneros, Casimiro y Quintuhual consideraron más prudente dejarse estar por entonces en su campamento, para alcanzar después, con marchas forzadas, á la partida en viaje, antes que ésta llegara á las poblaciones.

Me despedí afectuosamente de la señorita Foyel, que me había demostrado siempre la mayor bondad y cuyas maneras naturalmente graciosas habrían adornado un salón del mundo civilizado. Sus últimas palabras fueron una invitación para que volviera, si era posible, á hacer otra visita al toldo donde habían tratado de que me sintiera yo á mis anchas.

El padre me pidió que le consiguiera un organillo, porque Casimiro le había dicho que había visto que se podía hacer música haciendo girar un mango. Le prometí obtener uno si podía, y después de una cordial despedida volví á nuestro toldo, porque nos proponíamos salir á la madrugada del 17.

En consecuencia, nos preparamos para la partida; y de los otros tol-

dos vino á unirse con nosotros un muchacho. Era un tehuelche á cuyo padre habían muerto por sospechas de brujería, y que, como pariente lejano de Casimiro, había pedido protección á éste, lo que, naturalmente, Casimiro le había concedido, resolviendo llevarlo con nosotros después de haberle hecho saber que iba á servirme á mí de paje, á cuidar mis caballos, etc., y á ser útil en todo. La idea era muy buena, pero una ojeada á la cara y á la figura del ilustre joven bastó para hacerme ver que probablemente iba á tener que perder yo mi tiempo en andar cuidándolo, y la verdad es que nunca he visto un pillete más bandido. Cuando se le dijo que tenía que apresar uno de mis caballos para la marcha, inmediatamente eligió el que no debía, un caballo que yo había montado apenas, durante seis semanas tal vez, para ponerlo en condiciones de hacer el viaje á Patagones.

Apresó ese caballo y volvió á los toldos á todo galope por sobre rocas, piedras y matorrales, con una mueca de júbilo en su rostro. Cuando se le previno en términos blandos que no iba á montar ese caballo, después que se lo quité para soltarlo otra vez, se fué á atrapar uno de los de Casimiro, al que trató del mismo modo; pero al fin tomó el que debía, y entonces, sin pedir permiso, salió al galope, aullando á grito herido, para seguir el camino por donde el día anterior se habían marchado los indios.

Íbamos á partir también nosotros cuando, en el último momento Quintuhual mandó decir que quería que se celebrara consejo. De modo que Casimiro y yo nos quedamos en medio de la lluvia que caía, de cuclillas sobre la hierba, escuchando la repetición de lo que habíamos oído la víspera.

Terminada la sesión, trajeron una oveja y la sacrificaron. Atado el pobre animal á un poste, con la cara mirando al cielo y el cuello cortado, se introdujo sal en la herida, cuyos labios se apretaron *secundum artem* para condimentar la sangre y los pulmones, etc., que constituyeron el refrigerio. Todas las muchachas se apiñaron entonces en corro, haciéndonos cada cual su pedido de un poco de yerba, de harina, de azúcar, etc., de las poblaciones, hasta que, prontos ya los caballos, y cargado además el mío con la oveja muerta, á guisa de provisiones para el camino, salimos de entre la multitud en medio de repetidas conminaciones, encargos y despedidas afectuosas, y como á las cuatro de la tarde partimos para alcanzar á la ya distante cabalgata.

CAPÍTULO VIII

DE GEYLUM Á PATAGONES

Un campamento de enfermos. — La colina volcánica Oerroé. — El lecho de muerte de Crimé. — Ascenso de Gabriel. — El suelo ardiente. — Termas. — Peleando al gualichu. — Pelea de veras. — Un lago de sosa. — Campamento en Telek. — El doctor sufre un accidente. — Un avestruz servicial. — Nombrado chasque. — Miserias de la vida pampeana. — Malos tiempos. — Los llanos de Margensho. — Desconfianza de Casimiro. — El médico y el niño enfermo. — Deberes de un mensajero. — Partida de los chasques. — Marcha rápida. — La pampa empedrada. — Un bandido ideal. — Carta de la colonia Chubut. — Trinita. — Los pampas de Teneforo. — La generosidad de Champayo. — Bebería matinal. — Salida de Trinita. — Valcheta. — El camino de los Cerdos. — Caballos salvajes. — La Travesía. — Límite de la fauna y flora patagónicas. — Primera vista del Río Negro. — Sauce Blanco. — La Guardia. — San Javier. — Aproximación á Patagones. — El señor Murga. — Hospitalidad galense. — Al fin entre amigos.

Al fin estábamos todos en marcha, en nuestro viaje al este hasta el río Negro, por mi parte con sentimientos contradictorios, de pena al dejar á mis amables parientes recién adquiridos y de jubiloso afán de llegar á Patagones para encontrar allá lo que los viajeros, á pesar de toda la excitación provocada por comarcas nuevas y gente extraña, anhelan tan vehementemente: noticias de los suyos. Nos adelantábamos al galope echando miradas ansiosas hacia atrás, á las faldas boscosas y á los picos nevados de la cordillera, cuya inolvidable belleza hacía más tétrica aun el triste aspecto de la región que teníamos por delante.

Mis amigos habían estado todos de acuerdo al decir, en su descripción del distrito situado entre Geylum y el lugar llamado Margensho, á nueve marchas de distancia, que ese distrito era difícil de atravesar y suministraba poco pasto para los animales y poca caza para la gente. La lluvia que caía en el momento de nuestra partida se había convertido en aguanieve impelida por un ventarrón del oeste, y mi carga de carne estorbaba penosamente el manejo de la protectora manta. Por suerte, como la dirección de nuestra marcha era al este, no teníamos que afrontar la tormenta, y el viento á nuestra espalda aguijoneaba á los caballos y á los jinetes, haciéndonos desarrollar la mayor velocidad posible.

Al entrar en la garganta sembrada de rocas que formaba la vía de acceso oriental del valle Geylum, al sur del cual se alzaba la columna de roca aislada, nos sorprendió la aparición repentina de unos indios montados que venían al galope hacia nosotros por el camino que nuestra partida avanzada había tomado. En breve se disiparon las conjeturas que hicimos sobre una calamidad posible bajo la forma de una lucha ó de un accidente, porque esos indios resultaron ser Tehuelches que se volvían en busca de caballos perdidos, que, según aseguraban, habían sido robados y hábilmente escondidos por los Araucanos. De suerte que continuamos nuestra marcha atravesando una serie de estrechas gargantas roqueñas que serpenteaban por entre las colinas, hasta que, cuando el crepúsculo se hacía ya noche, llegamos mojados y cansados, y con síntomas de enfermedad, al campamento situado en uno de los consabidos valles herbosos. Encontramos el toldo en completo desorden, porque dos de las mujeres y una criatura habían sido atacadas por la epidemia; de modo que tuvimos que ponernos á la obra de encender fuego, de asegurar el techo de pieles del toldo y de arreglar las camas, y á poco andar el interior presentó un aspecto más ordenado, aunque el pasto que constituía nuestra alfombra, así como todo lo demás, estaba mojado. Por todas partes se oía gemir á las criaturas que habían caído enfermas, y el lamento general de las mujeres: « ¡ *Ah gelay loo!* » junto á sus hijitos hacía imposible el sueño. El día siguiente amaneció limpio y despejado, y en vista de eso se resolvió seguir adelante con la esperanza de que un pronto cambio nos librara de la epidemia, pero la salida resultó tan penosa como la estancia allí.

De los de nuestra partida, Meña se había vuelto para buscar un caballo perdido, Crime estaba moribundo y Casimiro lo atendía; y como todos estaban ocupados ó entretenidos junto á los amigos ó chicos enfermos, la tarea de apresar los caballos recayó en mí, que estuve sólo al principio. Después de asegurar la tropa, lo que tuve que hacer fué dar caza á mi corcel recién adquirido; la vista de un lazo bastaba para hacerlo galopar una legua, y, como era muy veloz, se perdieron tres horas en inútiles esfuerzos; pero al fin, como llegaron en mi ayuda dos ó tres compañeros, se le pudo apresar. Confiando al rapaz de mi paje el cuidado de los caballos restantes, partí en compañía de uno de mis amigos para reunirme al círculo de la cacería que ya se estaba formando.

Subimos por un valle que se extendía en dirección al este, y en nuestro camino pasamos junto al inválido Crime, que gemía de dolor, tendido cuan largo era en una especie de cama hecha de mantas sobre el lomo del caballo, al que conducía su mujer soltando fuertes lamentos. Pero como las expresiones de condolencia tenían poca utilidad, seguimos adelante en silencio, y en breve salimos del valle; éste iba subiendo en pendiente regular á un amplio llano de suelo arenoso y arbustos acha-

parrados, limitado en el horizonte oriental por una línea de altas colinas crestadas, que se extendía hacia el sur, hasta donde podía alcanzar la vista. Estaba sentado junto al fuego, al pie de un matorral, cuando sentí dolor de cabeza y malestar, síntomas precursores de la epidemia; monté, sin embargo, y me uní á la partida de caza, y cuando terminó ésta me sentí mucho mejor, aunque no podía comer.

Al concluir nos encontramos á la entrada de un valle que serpenteaba entre las empinadas colinas roqueñas de la sierra que habíamos visto desde el otro extremo del llano. Mientras observábamos la cabalgata de mujeres y bagajes, estuve largo rato tratando de descubrir mi tropilla de cuatro caballos, y al fin la divisé trotando sin guía á la zaga de la columna; su sagacidad natural, ó la sed tal vez, había inducido á esos animales á seguir á sus compañeros. El fiel paje los había dejado que se cuidaran solos y había ido á cazar por su propia cuenta, hecho que, como se repitiera en una ocasión subsiguiente, causó la pérdida de la tropilla. Al caer la tarde acampamos en un valle cercado por tres colinas, una de las cuales, de aspecto marcadamente volcánico, se llamaba Oerroó. La falda de esta colina estaba abundantemente sembrada de fragmentos de lava vesicular, de la clase que suministra el material preferido para las bolas de mano. Como la mayor parte de nosotros habíamos cambiado en Las Manzanas nuestras armas de caza por manzanas, piñones, etc., muchos se pusieron en seguida á juntar piedras y á fabricar bolas. Tuve buen cuidado de que mi paje no se proveyera de instrumentos de caza, pero ¡ay! el pícaro cayó enfermo entonces, ó simuló estarlo, y resultó tan inútil como siempre. Al día siguiente de nuestra llegada terminaron los sufrimientos de Crime. Fuí llamado á su lecho de muerte; el cacique, aunque deliraba, reconocía á sus amigos y los llamó á todos para que atestiguaran que su muerte había sido causada por un Tehuelche meridional, al que nombró y describió; y luego, alzando el brazo, indicó un lugar vacío y gritó: «¡ Véanlo! ¡ ahí está! » Me pidió después que le « reconociera el brazo »; para complacerlo le tomé el pulso, y éste fué latiendo cada vez más despacio hasta que, con una boqueada repentina, el hombre expiró. De conformidad con la etiqueta, nos retiramos en silencio, y resonó en el toldo el clamoroso llanto de las mujeres y las lamentaciones de la viuda. Se hicieron precipitadamente los acostumbrados ritos funerarios, pero la mayoría estaba demasiado embargada por sus propias penas para tomar parte en ellos. Durante la noche murieron tres criaturas, y otras estuvieron á las puertas de la muerte; y, como era abundante la provisión de carne de caballo de las víctimas del funeral, se abandonó toda idea de marcha, y llenaron el campamento los lamentos de las mujeres. Todos los ocupantes de nuestro toldo estaban enfermos, y la tarea de cuidar los caballos recayó en mí y en Casimiro, que empezaba á reponerse de su ataque.

Se nos unió en ese lugar el hijo de Hinchel con su mujer araucana, y venía con ellos otro hombre en busca de una muchacha que se había escapado del toldo Foyel, pero su pesquisa resultó inútil porque la fugitiva permaneció invisible, escondida en alguno de los toldos. Este hombre trajo la noticia de que la gente de Cheoeque, una vez que habíamos salido nosotros, había reanudado su vieja contienda y estaba preparándose para la lucha; dijo también que, después de nuestra partida, habían muerto á un hombre en una riña de borrachos, que corría el rumor de que á los valdivianos les habían quitado las vacas y contó varias otras cosas, que en su mayor parte fueron calificadas de mentiras por Orkeke, que había ido á Geylum á buscar un caballo que se le había perdido; de modo que este puñado de noticias alarmantes resultó ser un nuevo ejemplo de la tendencia de los indios á inventar cuando no tienen nada de verdadera importancia con que asombrar á sus oyentes. La viuda de Crime estableció su domicilio en nuestro toldo; y como el puesto de capitanejo, junto con el título de teniente del ejército bonaerense y el derecho á sacar raciones, quedaba vacante por la muerte de ese jefe, Casimiro me consultó á propósito del sucesor. Pero el cacique hizo objeciones á cada una de las propuestas de los que parecían mejor preparados, empezando por Waki, y acabó por declarar que designaría como jefe á su hijo Gabriel, casi loco, para que el gobierno argentino lo pusiera en la lista de los caciques cuya buena voluntad se conciliaba mediante una paga anual. El 22 de abril se efectuó la partida, pero nosotros nos dejamos estar hasta el último momento porque cuatro caballos de Casimiro, que yo había llevado al valle la tarde anterior, se habían extraviado, por lo que el caudillo volvió atrás en busca de ellos, y el resto del toldo prosiguió su viaje.

Después de echar una ojeada de despedida á la cordillera, que ocul-taron inmediatamente las colinas cuya contraescarpa íbamos bajando, una marcha apresurada nos llevó á través de una región pedregosa muy árida, sembrada de colinas quebradas é irregulares, casi sin una mata para abrigarse y con poco pasto cuando había alguno. Acampamos, ó mejor dicho llegamos al campamento ya instalado, en un cañón que contenía un pequeño manantial y muy poco pasto verde, y nos acostamos sin cenar porque, como no era hora de cacería y como la caza escaseaba mucho, lo que pudimos conseguir de nuestros vecinos fué cedido, naturalmente, á los que estaban reponiéndose de la epidemia.

La mujer y el hijo de Jackeehan estaban muy mal todavía, y como se creía que la criatura moría ya, se mandó á buscar al médico. Éste se puso á curarla, después de tenderla en el suelo, mascullando un conjuro y palmeándole la cabeza: luego acercó su boca al pecho y gritó para echar de allí al diablo, y en seguida puso á la criatura boca abajo y re-

pitió la misma operación. El estado del enfermo mejoró al otro día y en breve se encontró fuera de peligro.

Como á las diez de la noche volvió Casimiro con sus caballos, que se habían alejado á gran distancia por el camino á Geylum. Al día siguiente, una larga marcha de veinte millas nos llevó á un campamento situado en la orilla occidental de un ancho llano regado por un arroyuelo. En esa cacería se apresaron las primeras liebres patagónicas, ó cabiayes. Estos animalitos viven en madrigueras, pero durante el día están por lo general fuera de ellas, comiendo ó durmiendo entre la hierba. Son excesivamente veloces hasta cosa de una milla de distancia, pero como las zorras de este país, se cansan pronto. La caza de estas pequeñas piezas rompió agradablemente la monotonía del viaje. Tan pronto como entrábamos en un llano ó valle donde abundaban, porque aparecían siempre en gran número en los sitios en que el pasto era bueno, todos nos apresurábamos á « atascar los agujeros », esto es, á cerrar las madrigueras con ramillas; pero muchas veces los astutos animalitos se nos escapaban metiéndose en alguna madriguera que los atascadores habían pasado por alto. Voltarlos con las boleadoras requería gran destreza porque, si les envolvían solamente las patas ó el cuerpo, se zafaban en seguida; pero un golpe en la cabeza resultaba fatal inmediatamente. Suministran un buen plato, aunque su carne es un poco seca cuando se la asa. Con sus pieles se hacen mantas, pero de poco valor porque el pelo se cae en breve.

Como una milla más abajo del campamento, en un punto donde el llano arenoso se estrechaba y descendía á un valle herboso profundo, ocurrió un curioso fenómeno. Á la mañana siguiente de nuestra llegada, cuando salíamos á buscar los caballos, un furioso vendaval del este levantaba el polvo en remolinos que formaban densas nubes y advertí con gran sorpresa que la arena que nos golpeaba la cara estaba tan caliente como cuando el fuego nos había rodeado de tan cerca. Cegados casi, mientras nos abríamos paso á través de esa cortina de arena movediza, nos metimos derechamente en una hondonada, donde la tierra parecía estar incendiada; al hundirse los caballos en la candente superficie, se les quemó las cerdas de las cuartillas y se enloquecieron casi de miedo, y para los jinetes, sin monturas ni estribos, fué una hazaña difícil mantenerse en su asiento. En una ocasión estuve casi junto á las orejas de mi caballo, y más bien por buena suerte que por hábil maniobra me libré á duras penas de que me arrojara al fuego, podría decirse. Cuando el vendaval hubo amainado un tanto fuí á examinar el sitio, y ví que, aun cuando el suelo no estaba incendiado, precisamente como había creído al principio, humeaba por todas partes como si hubiera allí una combustión interna. La superficie presentaba una costra de arcilla amarilla cocida, que cedía bajo los cascos de los caballos descubriendo un

subsuelo negro; no había llamas, pero salía del suelo un tenue vapor blanco. Como me aventurara imprudentemente á dar un paso sobre la traidora costra, ésta cedió, pero conseguí zafarme sin más daño que haber quemado mis botas de potro. Los indios decían que el fuego había tenido su origen pocos años antes, porque habían quemado el pasto valle arriba, y el suelo estaba ardiendo desde entonces. No me fué posible descubrir si había allí alguna capa subyacente de materia combustible que hubiera podido incendiarse de esa manera, pero como hay pozos y fuentes termales en la misma cadena, no á muchas millas de distancia hacia el sudeste, lo más probable es que el fuego se deba á algún agente volcánico. Me describieron la fuente termal más importante como un estanque circular de unos seis metros de diámetro, en el que el agua, cuya temperatura no la llevaba al grado de escaldar la mano, subía en burbujas por numerosos agujeros abiertos en un fondo arcilloso. En muchas de las colinas circundantes hay lava y piedra pómez de formación no muy antigua; algunas de esas colinas presentan también el aspecto de haber servido de escape, en un período reciente, á las fuerzas eruptivas, que han esparcido sobre las faldas de los extintos cráteres enormes peñas arrancadas.

En ese campamento tuve con nuestro jefe, una seria desavenencia que estuvo á punto de terminar en abierta querella; pero habiendo meditado en la cosa, convenimos en darla por concluída, porque, aun cuando en dos ocasiones de peligro el hombre me había abandonado á mi suerte pensé que en definitiva sería mejor mantenernos amigos por el momento. Á la tarde del día de esa querella, como una partida de tres toldos iba á destacarse para ir al Chubut y Casimiro estaba deseoso de extender su fama hasta la colonia galense, escribí una carta á las autoridades preguntando por unas monturas que formaban parte de las raciones de Casimiro y que habían sido enviadas allá por error; el jefe declaraba que esas monturas estaban destinadas á él, pero habían sido distribuídas entre otros indios. La carta fué enviada por un indio al que se suponía de descendencia inglesa por un lado, aunque su tipo ofrecía pocos indicios de sangre inglesa, salvo quizá el pelo, que de color más claro que el corriente; ese indio tenía muy buen carácter, y lamenté su partida porque era uno de mis adictos, pero el hombre era de costumbres sobrias y no quería verse envuelto en la orgía universal que iba á efectuarse probablemente cuando llegáramos á inmediaciones de Patagones. Con esa partida se fué también la joven viuda que me había hecho proposiciones matrimoniales después de una afectuosa despedida, en la que recibió un pañuelo como recuerdo. Á la mañana siguiente partimos también nosotros, y como pidiera caballo uno de los bribones universales que habían disipado sus bienes en el juego se le dijo que tomara el « caballo blanco » regalado por Orkeke; en consecuencia, pidió prestado un ca-

ballo para ir á buscarlo, y al terminar nuestra jornada no había conseguido más que hacerlo entrar en nuestra estela, para usar una expresión náutica; ésto era justamente lo que yo me había propuesto, porque ese indio era un gran pícaro que, jugando á las cartas, me había trampeado un juego de bolas de metal, equivalente á un caballo.

Nuestro camino se extendía valle arriba, y se formó el círculo de la cacería en las colinas volcánicas circundantes, cuyas faldas ofrecían además de la lava vesicular, grandes masas del mineral de hierro que, según se ha dicho en oportunidad, se encuentra en Santa Cruz. En esas colinas, los arbustos estaban diseminados en número reducido y la caza era en extremo escasa.

Al caer la tarde acampamos á orillas de un arroyo en un paraje denominado Telck por los indios. Allí reapareció la enfermedad en su forma más grave, y varias criaturas murieron, por lo que los padres, en su aflicción, sacrificaron una cantidad de yeguas y caballos y quemaron muchos ponchos, atavíos y otros objetos. Era en extremo penoso ver y oír las melancólicas manifestaciones de pesar; y el ruido de los terribles gemidos del llanto, y el tétrico ululato de las viejas me asediaban hasta en el sueño. La noche de nuestra llegada se efectuó un combate burlesco con el gualichu, en el que tomaron parte todos. Después de obscurecer cuando muchos estaban sentados junto al fuego conversando, y yo fumaba tendido en mi cama, el médico entró en el toldo y habló con el jefe que mandó á todos que aprontaran sus armas mientras él cargaba su fusil; al sonar un grito, todos los fuegos se apagaron inmediatamente y empezó el disparo de los fusiles, el chasquido de los sables y el apaleo en la trasera de los toldos, con el aullido de « ¡kanu! » á cada golpe: al mismo tiempo las mujeres lanzaban al aire tizones, con gritos y alaridos lastimosos. El espectáculo era salvaje é impresionante; los fogonazos de los fusiles ó las chispas de los tizones lanzados al aire era lo único que brillaba en la obscuridad de la noche. Á una señal que se dió, todos pararon simultáneamente y por dos ó tres minutos el campamento quedó completamente envuelto en las tinieblas, después de lo cual volvieron á encenderse las fogatas y las cosas recobraron su ordinario aspecto.

Extraño es decir que, al día siguiente, hubo un combate de veras, en el que fué herido un hombre, y por un momento pareció inminente una refriega general. Se formaban ya bandos para cancelar viejas disensiones sangrientas cuando impidió nuevos males el regreso de Hinchel, de mí y de otros. Habíamos estado ausentes probando caballos nuevos en la pista de carreras, que, como en casi todos los campamentos desde nuestra salida de río Sengel, era un camino trillado, llano y regular, de cosa de un par de millas de largo; y mi caballo nuevo había dejado sentada fama como corredor al ganar una partida en la que la distancia

había sido de milla y media, y fué entonces cuando estalló la reyerta... tales son las eventualidades de la vida india.

Permanecimos algunos días en ese lugar, y mientras cazábamos en el terreno adyacente, que abundaba en liebres, vimos una nueva clase de arbusto espinoso, de hojitas ovaladas y flores amarillas, parecido al acebo, que crecía hasta unos dos pies de altura. Casimiro y yo convenimos en probar si las hojas eran medicinales, para lo cual se hizo machacar y cocer una cantidad de ellas; la infusión resultó excesivamente amarga, recordándome á la quinina y obró como admirable sudorífico, por lo que se la administró á los enfermos con éxito excelente. En una de nuestras excursiones habíamos transpuesto las montañas bajando á una alta meseta y habíamos concluido nuestra cacería de una amplia eminencia que tenía todo el aspecto de un enorme túmulo invadido por arbustos, desde el cual avistamos algo que, para gran delicia nuestra, era al parecer una salina. Hinchel y yo estábamos solos entonces, y como teníamos para comer un avestruz gordo, resolvimos saborear nuestra comida á la orilla de esa salina, probando antes la calidad de la sal, condimento de que estábamos desprovistos desde hacía mucho tiempo. Desmontando, fuímos á examinar la cosa, pero después de recorrer el terreno en todas sus partes y de abrir en su superficie hoyos de un pie de profundidad vimos con gran contrariedad que la supuesta sal era nitrato de sosa amargo y nauseabundo.

Al alejarnos de las inmediaciones de la cordillera, el tiempo había estado haciéndose de día en día cada vez más cálido y las heladas nocturnas más leves; á la verdad, en Telck hubo unos cuantos días calurosos aunque el invierno se acercaba ya rápidamente. Cerca de ese campamento se encontró en abundancia la raiccita comestible que, como se ha dicho ya, crece en las lagunas agotadas, y fué recogida por las mujeres y eriaturas.

Los cabiayes eran numerosos en las hondonadas y valles de las colinas vecinas y también junto al campamento, pero la caza de otras piezas resultó difícil porque las faldas de los montes estaban tan sembradas de piedras que hacer galopar allí al caballo era mancarlo con seguridad. Hinchel indicó en las inmediaciones de ese lugar un pináculo de roca aislado, muy parecido al que había en Geylum, y de acuerdo con la costumbre pidió su bendición al espíritu guardián; entonces me hizo saber que al tercer día de marcha íbamos á pasar por un yacimiento de metal amarillo, situado al sur del camino, depósito que me mostraría durante la cacería. Orkeke corroboró esa información, y tengo muchas razones para creer que existe en esa localidad un yacimiento de mineral de hierro, ó de cobre más probablemente.

Como la carne de los caballos sacrificados se había acabado casi, al día siguiente atravesamos una región muy pedregosa, peñascosa é in-

hospitalaria y al fin llegamos á una cadena de colinas, por entre las cuales se desarrollaba un barranco estrecho y empinado. Bajando por sus tortuosos recodos, encontramos un manantial cuyas aguas, al juntarse con las de otro arroyuelo, se desbordaban formando una especie de pantano en la cabecera de un vasto llano. Desde la falda de la colina que bordaba el barranco se podía contemplar un lindo panorama hacia el este, y toda la superficie de esa región parecía quebrada con más uniformidad que las enmarañadas cadenas de colinas por cuyos vericuetos habíamos estado viajando y cazando desde que salimos de Geylum. En el primer término se veían unos bultos negros que se movían rápidamente á la distancia, á través del llano, en persecución de numerosos avestruces; y hacia el este, á lo lejos también, se alzaba una columna de humo, cuya causa se comentó ansiosamente.

Me doy cuenta de que la descripción de esta parte del viaje no va á dar probablemente una idea muy clara de la región recorrida, y comprendo que se deja demasiado á la imaginación del lector la dirección de las sierras sucesivas y el carácter general del terreno; pero, para evitar críticas y censuras, alegaré que estaba entonces en la creencia de que esa región había sido recorrida y medida y descripta exactamente por un perito al servicio del gobierno argentino, y también que me veía privado de la ayuda, de mi brújula, regalada á Foyel. Los apuntes tomados en ese períodos son muy escasos, y mis recuerdos muy confusos por cuanto trabajaba entonces bajo la influencia de la epidemia cuyos ataques se repetían constantemente y á la que sólo conseguía tener á raya mediante decididos esfuerzos para no ceder á ella; pero ésto, agregado á las tareas de la caza y á las penurias corrientes de la marcha, hacía imposibles las observaciones y las notas. Más forzoso aun era para mí tratar de tenerme en pie cuanto que todos estaban más ó menos enfermos y se ponían cada vez más tristes y desalentados. Para aumentar las dificultades que deprimían el ánimo de los indios en ese lugar, el caballo del doctor se cayó al bajar una empinada colina peñascosa. El infortunado médico se quedó atontado, y casi murió aplastado por el caballo que se desplomó sobre él; todo el mundo manifestó gran pesar ante esa catástrofe, porque no había ningún otro que curara á los enfermos y que peleara con el maligno gualichu, y, como era natural, los indios se figuraban que éste había armado un lazo á su adversario, volteando el corcel del médico, para despejarse el terreno.

Acampamos en una especie de pantano, junto á las colinas que denominaban el llano, y al amanecer nos despertó la cháchara de una bandada de loros azules y anaranjados; estos pájaros que traían viejos recuerdos agradables de las márgenes del Paraná y que parecían casi anuncios de la vida civilizada, abundaban en esa localidad, aunque eran los primeros de su clase que había observado yo en la región.

Se llegó á la conclusión de que la señal de humo distante indicaba la presencia de Jackechan y de los indios pampas al mando de Teneforo, y todos se animaron ante la perspectiva de tener noticias de Patagones, y tal vez regalías bajo la forma de harina, yerba, etc. Por consiguiente, se dió orden de marchar y en respuesta á la otra se encendió una gran fogata en un pastizal seco que bordaba la falda de la colina, al mismo tiempo que se despachaba un mensajero para averiguar las cosas. Después de una marcha un poco larga por un llano erial sembrado de masas angulares de calcedonia y de rocas salientes que parecían de alabastro, llegamos á un tétrico campamento abrigado por una escarpa, de la que brotaba una fuente que formaba un refrescante arroyuelo.

La rebelión de mi paje me había obligado á tener el gusto de arrear yo mismo mi ganado siguiendo la huella delante de los demás; por otra parte, un ataque de fiebre me tenía indispuerto, al punto de impedirme la caza. Mientras iba zangoloteándome lánguidamente en el centro del círculo que se había hecho á ambos lados de la huella, y maldiciendo á uno de los caballos que de tiempo en tiempo trataba de ir á la cacería por cuenta propia, vi un avestruz que venía hacia mí directamente; el espectáculo era reanimador, y dejando solos á mis caballos galopé hasta ponerme al abrigo de un matorral amigo, y cuando el animal estuvo á corta distancia me precipité hacia él lanzando las bolas, y tuve la satisfacción de verlo dar un salto mortal y tenderse atontado, con las alas extendidas. Un indio que llegó á caballo en ese momento reclamó la parte acostumbrada y se hizo cargo del animal, con el que obsequiamos á nuestros amigos al terminar la cacería. Muchos de los cazadores llegaron con las manos vacías ó trayendo colgado de la montura sólo un zorrino, de los que había muchos en las cercanías. En esa época, los armadillos estaban refugiados en sus cuarteles de invierno subterráneos y no salían de sus madrigueras sino los días de sol espléndido.

Á la noche acampamos al pie de una barranca ó cuesta que subía en dirección al este. Á su llegada, Hinchel me hizo saber que habíamos pasado la veta de mineral de que se ha hablado, y las fuentes termales, porque los indios habían acortado el viaje desviándose de la ruta acostumbrada.

El chasque volvió tarde esa noche con la noticia de que el humo había sido causado por una partida de indios pampas que iban á unirse con Quintuhual, ó, en todo caso, que viajaban en esa dirección; pero las provisiones ó el tabaco que podían tener los guardaban para ellos, y habían evitado nuestro encuentro adrede. Jackechan y Teneforo habían partido para Valcheta, en camino á Patagones, después de haber estado esperando por más de un mes nuestra llegada á Margensho, lugar fijado para el encuentro. Durante su estancia allá habían recibido de Patagones aguardiente y otras regalías, pero no se habían producido distur-

bios, pues el único accidente había sido que una mujer que estaba ebria se había quemado gravemente al caerse en una fogata. Se decía que todo estaba tranquilo en Patagones, y corría el rumor de que el comandante Murga iba á renunciar á la gobernación. Al recibir todas estas noticias, Casimiro quiso dictar inmediatamente un despacho, aunque le observé que sería mejor esperar á que llegáramos á un punto más cercano: pero el hombre tenía tanta prisa que á la mañana siguiente escribí una carta detallada, explicando la unión de las tribus, así como las precauciones tomadas para proteger á Patagones, y pidiendo cien yaguas para Casimiro y su gente. Una vez concluída, esa carta fué cuidadosamente envuelta y guardada en mi equipaje hasta que se la necesitara.

Como era natural, la conversación giró luego sobre la elección de los mensajeros que iban á enviarse á Patagones cuando llegáramos á Margensho. Se había arreglado anteriormente que se me enviaría á mí con plenos poderes, porque yo estaba en mejores condiciones para exponer á las autoridades lo que se había resuelto, así como para hacerles sentir las necesidades inmediatas de los indios, y entonces se ofrecieron varios para acompañarme, poniéndose muy alegres al pensar que iba á haber bebida. Pero estábamos aún á tres marchas de Margensho. Al día siguiente nos pusimos otra vez en camino, atravesando una serie de llanos en los que surgían de trecho en trecho crestas roqueñas, hasta que al fin llegamos á un valle herboso cercado por empinadas paredes de roca, de sesenta pies de altura; gravemente encaramadas en los picos de esa muralla se veían varias águilas chilenas de color pizarra, ocupadas en impedir la multiplicación excesiva de los pequeños cabiayes. En las faldas de las colinas que rodeaban ese valle, crecía con profusión lujuriente nuestro viejo amigo el arbusto del incienso, que durante muchas marchas había sido muy escaso. En esa época estaba cubierto de bayas que, aun cuando no son comestibles, los indios las echan en agua para preparar una bebida; esta infusión tiene un gusto muy dulce, pero me parece que debe ser muy malsana. Al llegar al campamento, situado en la cabecera del valle, cerca de unos charcos de agua estancada, supimos por el lúgubre són de los monótonos cantos de las mujeres que el número de las criaturas había disminuído más aun á causa de varios fallecimientos. Como una de las víctimas de la epidemia ese día era Algo, la hija menor de Tankelow, el padre estaba tan afligido como enojado, porque atribuía la muerte no á enfermedad sino á brujería.

Al tiempo cálido y regularmente lindo que habíamos tenido desde nuestra partida de Telek había sucedido una atmósfera pesada, oscura y estancada, y el cielo nublado prometía una lluvia que llegó muy pronto. Al otro día murieron más criaturas y la vieja sordomuda; por ésta se gemió poco, pero era terrible oír los lamentos por las criaturas, y en

todas partes se sacrificaban yeguas. La abundancia de carne y la confusión general se unieron á la lluvia para frustrar el deseo ansioso de Casimiro de seguir andando. La acumulación de aficciones había hecho á todos los indios melancólicos y malhumorados, y desde nuestra partida de Geylum habíamos tenido amplio conocimiento personal de la faz miserable de la vida en la pampa.

Esa región es siempre temida por los indios, que aseguran que, cuando están en ella, siempre los ataca una enfermedad análoga; á pesar de ésto, algunos consideraban que la epidemia había sido causada por veneno ó por drogas deletéreas que nos habían administrado nuestros vecinos. Por lo tanto, las marchas habían sido forzadas y prolongadas, y el aumento de la fatiga había favorecido indudablemente á la enfermedad en sus efectos fatales. Cerca de la mitad de las criaturas y varios adultos murieron durante nuestro camino á Margensho, y es imposible describir la completa aficción y el malestar reinantes. La lluvia había estado calándonos continuamente; las mujeres, absortas en sus esfuerzos para aliviar á las criaturas enfermas ó en su pesar por los muertos, no podían cumplir sus deberes domésticos; las mantas estaban sin remendar y constituían un pobre abrigo contra la lluvia, no poca desgracia en ese clima; y el arreglo de los toldos estaba enteramente desprovisto de su acostumbrado aseo y comodidad. El usual buen humor y la jovialidad de todos había huído, y el pesar, la enfermedad y el recelo irritado ponían una sombra en todos los rostros. Una aficción, la del hambre, había sido evitada, es cierto, por la abundancia de carne de caballo; pero fácil es imaginar que el hambre la habríamos podido soportar mejor. Habíamos sufrido ya frío, y hambre, y fatiga, y también peligros, pero nada ha dejado una impresión tan indeleble de momentos realmente malos como esa marcha de Geylum á Margensho.

Al fin Casimiro dió orden de marchar, y salió adelante con dos ó tres de nosotros. Mientras esperábamos, al abrigo de una masa de rocas, que nos alcanzara el resto, me quedé dormido, y al despertar vi que la lluvia estaba cayendo á torrentes y que el jefe mandaba en esos momentos á Meña que se volviera para averiguar qué hacían las mujeres. Nuestro paje llegó un poco más tarde diciendo que los indios se habían negado á marchar y que sólo los ocupantes de nuestro toldo se habían puesto en camino para unirse con nosotros. Éstos aparecieron en breve, y entonces reanudamos la marcha en medio de la tormenta, porque se consideró que volvernos allá, una vez que habíamos salido, sería un procedimiento ignominioso.

Seguimos hasta cierta distancia por el valle, ó mejor dicho por el llano á que el valle había dado acceso, y luego salvamos unas cuantas alturas peñascosas en su extremidad oriental; transponiendo esas colinas, en cuyos valles ó barrancos los arbustos de incienso crecían casi en bos-

ques, hicimos alto por un tiempo junto á un arroyuelo que manaba de una fuente en la falda de la colina.

Después de encender fuego para calentarnos el cuerpo, mojados como estábamos y helados por el viento, que, oeste al principio, soplabá entonces del sur con gran fuerza, la vista de numerosos guanacos en la altura nos decidió á tratar de rodear una manada; por consiguiente, subimos á estas alturas, y, como nuestra tentativa fracasara por completo, bajamos al otro lado. Á nuestros pies yacía una gran laguna, y á lo lejos, al este, una serie de llanos se extendía hasta el campamento llamado Margensho.

Esos llanos estaban limitados á corta distancia hacia el norte por una cadena de colinas, que terminaba de pronto en la extremidad de la laguna, al sur por otra cadena que torcía gradualmente en dirección al este, y al oeste por las alturas pedregosas que bajábamos entonces. El panorama habría sido agradable en un lindo día, pero en medio de una tormenta patagónica de viento y lluvia como ésa no había lugar alguno para apreciar paisajes. Cerca de la laguna divisamos otra manada de guanacos, como de tres mil cabezas, que nos hizo acometer la vana empresa de cercarla, porque los animales nos avistaron antes que pudiéramos aproximarnos á una milla de ellos, y en seguida se perdieron de vista en los llanos que llevaban á Margensho. Cuando bajábamos costeando el pie de las colinas, Casimiro me hizo ver una matas de tomillo, del que juntamos un poco para sazonar nuestra sopa de la tarde. Nos apeamos entonces, abrigándonos al pie de la orilla saliente de un arroyo en seco que llevaba á la laguna. Las mujeres y el resto de la cabalgata llegaron en breve, y cargando á mi paje con la leña, para gran contrariedad de él y extrema alegría de todos los demás, seguimos un poco más adelante hacia el sur, donde el pasto era bueno, y nos quedamos allí para pasar la noche.

Á la mañana siguiente todos salimos á cazar temprano, y fuimos más afortunados que la víspera, aunque soplabá un terrible vendabal del sudoeste, con uno que otro chubasco de aguanieve. Á la tarde, cuando, terminada la cacería, estábamos cómodamente instalados bajo el toldo, llovió fuerte, y los indios empezaron á llegar junto con la lluvia, hasta que, antes que oscureciera, una población de toldos ocupaba ya las orillas de las colinas.

Esa tarde Casimiro mandó buscar á los voluntarios que querían ir conmigo á Patagones, como mensajeros ó chasques, cuando llegáramos á Margensho, á sólo una milla de distancia entonces. Pero de los que tan deseosos de ir habían estado antes no apareció uno solo, y ningún indio quiso consentir en prestar sus caballos para tan largo viaje. El cacique se quedó tristemente desconcertado, y maldijo á los caciquillos en general. Después trató de disuadirme á mí de ese viaje diciendo que la

distancia era grande, que la travesía ó desierto era un paraje horrible, que iba á perder probablemente mis caballos, que muchos se habían muerto de hambre, y pidiéndome al mismo tiempo que prestara mis caballos á algún otro. Contó que él mismo había empleado doce días en cruzar ese paraje, que se había visto obligado á abandonar un caballo y la montura y arreos del que le quedaba, y con gran penuria, muerto de hambre, á pie y arreando su caballo casi reventado, había hecho el camino hasta un establecimiento. También, un indio joven que había partido con la intención de atravesar el desierto se había perdido, y el cacique dijo en tono impresionante: «Allá están ahora sus huesos.»

Mi propia experiencia me hizo verificar más tarde una de esas afirmaciones, la de que los chañares ó espinos blancos crecían á la altura de la cabeza del caballo y destrozaban las mantas de los infortunados jinetes que se abrían paso por entre ellos. Sin embargo, persistí firmemente en mi primera intención de ir, como habíamos convenido con él mismo, llevando en mis propias manos la carta que había escrito; y por fin se dispuso que, al llegar á Margensho, Meña, Nacho y yo emprendiéramos nuestros viajes como chasques. El verdadero motivo que tenía Casimiro para procurar disuadirme era la desconfianza, porque en dos ó tres ocasiones habíamos estado en desacuerdo, y una vez habíamos venido casi á las manos; de modo que temía que, al llegar yo á Patagones, trabajara contra sus intereses y hablara mal de él. Meña, que me había tomado mucho apego, se ofreció con el propósito de vigilar á Nacho, que era mi *bête noire* y en el que no podía confiar.

Llevados estos arreglos á una conclusión satisfactoria, fuimos al tollo de un amigo, donde presenciarnos la ceremonia que hizo el doctor para curar una criatura enferma, especialmente la parte relativa á la pintura con ocre rojo y al sacrificio y comida de una yegua blanca.

En esa ocasión, los padres invitaron solemnemente á los principales jefes y á sus parientes y amigos, y la ceremonia empezó de esta manera. Todos los hombres estaban sentados ó de pie, formando un círculo en cuyo centro había tomado asiento la madre con la criatura en sus brazos. El doctor entró entonces, y bajo su dirección la madre untó al enfermo, de pies á cabeza, con arcilla blanca, mientras el brujo mascullaba unos conjuros; terminado ésto, el doctor desapareció por un par de minutos para volver trayendo en la mano una bolsa de cuero adornada; abrió esta bolsa y sacó del fondo de ella unos amuletos cuidadosamente envueltos en harapos, y, después de hacer con ellos unos cuantos juegos de manos místicos, los guardó otra vez en la bolsa. Le tomó después la criatura á la madre, y palmeándole suavemente el cráneo mientras mascullaba algo en voz baja, metió en la bolsa dos ó tres veces la cabeza del enfermo, y devolvió luego la criatura á su madre. Trajeron entonces una yegua blanca, y así que la hubieron llenado toda de marcas de

ocre rojo hechas con la mano, la voltearon de un golpe en la cabeza, la cocinaron y la comieron en el sitio, colgando el corazón, el hígado y los pulmones de una lanza en cuya punta estaba suspendida la bolsa que contenía los amuletos. Como en otras ceremonias, también se tuvo cuidado en ésa de que los perros no se acercaran á comer los desperdicios, que fueron enterrados; y se llevó la cabeza y el espinazo á una colina inmediata.

Partimos el 9 de mayo, llegando la misma tarde á Margensho, que, tal como me lo habían descripto ya los indios, era un vasto llano herboso situado al pie de una grada ó barranca, y regado por un arroyuelo que corría de noreste á sudoeste. Durante la cacería en los llanos ya descriptos, no se observó nada digno de nota fuera de la escasez extrema de la caza, pues sólo los zorrinos abundaban; afortunadamente maté un guanaco macho, y como la víspera había aplicado un correctivo á mi paje, éste trajo los caballos muy cuidadosamente, por lo que todo estuvo pronto para que saliéramos temprano. Antes de ponerse el sol, se reunieron los jefes y se les leyó el contenido de la carta; todos parecieron satisfechos, y después de agregarle una posdata con los nombres y el número de los jefes que pedían raciones, cerré la correspondencia.

Hinchel vino á proveerse de tabaco, pidiéndome como un favor que, si alguno de sus amigos en la colonia llegaba á preguntar si él se embriagaba cuando se le ofrecía la oportunidad en las pampas, atestiguara yo su sobriedad; también me suplicó que volviera al encuentro de los indios ó que me quedara en Patagones hasta que él llegase, y le prometí esto último.

Á riesgo de incurrir en una repetición hay que decir que este hombre era el mejor Tehuelche que he tratado, excepto Waki tal vez; era franco, honrado, generoso, sobrio y apto en todo sentido para el cargo de cacique, artista rápido y diestro en todos los trabajos indios, desde domar un potro hasta fabricar una montura ó un collar de plata; su único vicio era el juego, á no ser por el cual habría sido el jefe más rico y poderoso; y era respetado por todos.

Orkeke me mandó buscar también y puso en mis manos un paquete de tabaco para el viaje, asegurándome que éste sería largo, tedioso y peligroso. Prometí pedir particularmente su ración, y hacerle un regalo por mi propia cuenta si el gobierno no se la concedía. Me pidió que volviera, pero le hice presente que por varias razones sería mejor que no hiciera éso, y nos despedimos conviniendo en encontrarnos en Patagones.

Es bueno decir también que, si el cargo de chasqui ó heraldo, como podría denominarse, es honorable, á tal punto que, por regla general, sólo los parientes cercanos de los jefes lo desempeñan, sus deberes son bastantes duros. Se considera que el chasque debe andar como el joven

Lochinvar, del poema de Walter Scott, tanto y tan rápidamente, todos los días, como puede aguantar el caballo; no debe desviarse ni hacer alto, ni siquiera para cazar, y á menos que un avestruz ú otra pieza se le atravesase en el camino, puede tener que quedarse sin cenar después de su jornada de cincuenta ó de sesenta millas, en tanto que su cama y sus cobijas son el suelo y la manta. Naturalmente, la resistencia, la sobriedad y una firmeza de propósito segura son dotes esenciales, sobre todo si la distancia que hay que salvar es grande. Nacho se había demostrado siempre un chasque excelente, y era un guía infalible, hasta en medio de la no trillada travesía.

Cuando el chasque se encuentra con otros indios en marcha ó acampados, se le recibe ceremoniosamente y se le atiende de una manera honrosa; y es corriente considerar que, en caso de necesidad, se le proveerá de caballos nuevos para cumplir su misión.

Á la mañana siguiente, al romper el día, se efectuó otra consulta, y hubo que sacar otra vez la carta, para agregarle otra posdata. Anoté entonces en el librito de apuntes los pedidos urgentes de Casimiro y de otros amigos, que, según lo convenido, debían ser enviados por medio de Meña y Nacho, quedándome yo en la colonia hasta que llegara Casimiro, para ir entonces juntos á Buenos Aires, ya fuera por tierra, vía Bahía Blanca, ó por vapor.

Como á las 8, cuando la escarcha se había levantado apenas del pasto, tomamos nuestros caballos y partimos después de despedirnos de todos los amigos. Yo llevaba conmigo sólo mis ropas en una bolsa, y las cartas. Á cada uno de los de la partida se le proveyó de un pedazo de carne sacada del guanaco que había muerto yo la víspera por vía de provisiones, y con dos caballos por cabeza nos pusimos al fin en marcha mientras las viejas cantaban melodiosamente para apartar al diablo de nuestro camino. Mi paje afectó sentir gran pesar por mi partida, pero como quedaba á cargo del resto de mis caballos, y había recibido como legado una manta que yo no podía aprovechar ya en forma alguna, porque la había usado casi sin interrupción desde que salí de Santa Cruz, lo más probable es que el pícaro se deleitara más bien al pensar que me veía por última vez entonces, cuando desaparecíamos detrás de la cresta.

Viajamos lentamente durante la primera media hora, y acabábamos de sacarle á nuestros caballos de repuesto el lazo que hasta entonces les había impedido juntarse con sus compañeros, cuando oímos un grito detrás de nosotros, y apareció un indio arreando una tropa de caballos. Procedía del campamento y era un Pampa que iba á unirse con su tribu, á la que esperaba encontrar en los alrededores de Valcheta, á cinco días de viaje, y de la que íbamos á conseguir caballos frescos para cruzar la Travesía hasta las colonias. Este agregado á nuestra par-

tida era imprevisto, pero consideramos que, cuanto más numerosos fuéramos, tanto mejor lo pasaríamos, y que, en todo caso, tres es un pobre número para viajar en entretenida compañía. Poniendo á nuestros caballos al galope corto, partimos entonces en debida forma, dejando atrás los cuidados, y animándonos con la perspectiva de pan, café y otras buenas cosas no saboreadas desde hacía mucho. Pasamos el tiempo charlando de lo que íbamos á conseguir y de cómo se nos recibiría, y fumando y cantando. Nuestro camino costeaba la barranca, que, al adelantarnos, torcía en dirección al noroeste, hacia otras colinas escabrosas y más altas, mezcladas con valles cubiertos de matorrales y de arbustos de incienso.

Al anoecer habíamos llegado á una colina puntiaguda, y acampamos al abrigo de su cumbre. Habíamos visto avestruces y gusanos en abundancia, pero no nos detuvimos á cazar; sólo hicimos alto para recoger un armadillo que acertó á estar tomando el sol en nuestro camino.

Al apearnos atamos todos los caballos con los lazos ó maneas, porque era probable que se sintieran inclinados á extraviarse. Después de juntar un poco de leña, de encender fuego y de despachar el armadillo y un pedacito de carne cada cual, nos envolvimos en nuestras mantas y nos acostamos á dormir, levantándonos de tiempo en tiempo durante la noche para echar un vistazo á los caballos. La estrella matutina brillaba espléndidamente sobre el horizonte cuando ensillamos, y atravesando la cumbre de la colina subimos á una pampa contigua, donde la naturaleza pedregosa del terreno obligó á nuestros desherrados caballos á andar al paso. Un viento frío penetrante y una fuerte llovizna que se agregaron á eso no mejoraron nuestro humor por cierto, hasta que, después de un par de horas de marcha lenta y penosa, el sol brilló magnífico y dispersó las nieblas y la llovizna, devolviéndonos la animación. Al fin bajamos á un barranco que llevaba á una serie de pequeños valles, en los que aparecían aquí y allá estanques cubiertos de cercetas y otras aves acuáticas. Cruzamos al galope una región siempre igual hasta las cinco de la tarde, cuando, habiendo transpuesto una alta meseta desierta, análoga á la que habíamos encontrado al partir, llegamos de pronto á un empinado declive, al pie del cual y en un llano de unas cinco millas de extensión, había una gran salina.

Bajamos por donde el terreno era practicable, y después de detenernos á recoger un poco de sal seguimos adelante para acampar junto á una fuentecita de agua fresca. Como á una milla hacia el este se veían en el llano grandes manadas de guanacos y varios avestruces, y cerca de nuestra parada descubrimos las huellas de un puma, al que buscamos empeñosamente pero sin resultado.

Después de asegurar los caballos como en la noche anterior, comimos,

no ya armadillo, sino un pedazo de carne flaca, y nos acostamos. La sal de esa salina era de excelente calidad; fué menester raspar la de la superficie exterior, que se había deteriorado un poco por la acción del aire, y entonces la cortamos en pedazos, como panes de hielo, que sirvieron para platos. Es extraño el hecho de que, tanto á esa como á otras salinas iban á parar pequeños arroyuelos de agua fresca, alimentados por manantiales en las colinas vecinas.

Á la siguiente mañana, si se la puede llamar así, y á la misma hora, estuvimos montados, y atravesando el llano transpusimos algunas crestas de mediana altura y seguimos adelante por una región densamente poblada de incienso y otros arbustos. Como á las 2 de la tarde llegamos á un arroyuelo, junto al cual había señales de campamento reciente, y al examinar esas huellas acabamos por decidir que había transcurrido quizá una semana desde que los ocupantes se habían marchado. Continuamos el viaje con la mayor celeridad por un terreno casi de la misma naturaleza, accidentado de trecho en trecho por cadenas de bajas colinas, levantando de tiempo en tiempo una perdiz, de las que observé dos especies diferentes, una crestada y casi tan grande como un faisán, y la otra más chica que sólo daba cortos vuelos para agacharse luego; y tuvimos la suerte de matar un par. El sol se puso detrás de unas colinas, cuando no habíamos encontrado aun un lugar conveniente para hacer alto; al fin llegamos á unos estanques, y allí desmontamos, bastante cansados todos, y atando á dos de los caballos soltamos á los demás. El agua resultó salobre, aunque potable, pero los animales no la tocaron casi y se pusieron á vagar, requiriendo que se les vigilara durante toda la noche; esto resultó un poco fastidioso, sobre todo cuando empezó á caer una fuerte helada, y, á pesar de todo nuestro cuidado, á la hora de la partida se habían perdido dos caballos. Se les encontró al cabo de una hora de pesquisa; se habían alejado en busca de mejor agua, y, más hábiles que nosotros, habían descubierto un manantial como á dos millas al este.

El sol había salido ya cuando partimos, después de calentarnos y de comer nuestras últimas provisiones, que habíamos cocinado la noche anterior; la carne era seca y terrosa, y todos los lavajes del mundo no habrían podido quitarle la arena: sin embargo, nos reímos de la cosa diciendo que pronto tendríamos una botella de vino para sacarnos el polvo de la garganta. De una cosa nos felicitábamos, y era de estar bien provistos de tabaco, y aunque no podíamos jactarnos de tener pipa, porque yo había perdido la mía en un campamento anterior, la correspondencia de Casimiro con Foyel y Cheoeque, conservada por mí cuidadosamente, nos suministró papel para cigarrillos. Echamos á andar, pues, contentos, y saliendo de esa región boscosa atravesamos una serie de altas pampas, adornadas de pequeños pedazos de granito muy parecidos á adoquines

y colocados tan apretada y ordenadamente como si hubieran estado trabajando allí empedradores. Esta formación singular me trajo vívidamente á la memoria el aspecto de una calle de Londres en reparación. Esas pampas terminaban en escarpas roídas por las aguas y cuajadas de piedras, y nuestros caballos, al trepar las cuestas como gatos, hacían rodar ruidosamente las piedras, y les costaba trabajo afirmar el pie entre ellas. Desde la base de esas escarpas se extendían valles regados, y cuando bajábamos á uno de estos ví por primera vez el algarrobo, que estaba con fruto. Había dos clases : uno de fruto negro, que Nacho me dijo que no tocara porque era venenoso, y el otro con algarrobas amarillas, que, aun cuando estaban un poco secas, á causa de lo avanzado de la estación, recogimos y comimos mientras seguíamos andando ; su sabor resultó ser un término medio entre el del tamarindo y el del durazno.

En uno de esos valles hicimos alto por un momento cerca de una laguna, y al reanudar nuestra marcha avistamos un jinete con una tropa de caballos de repuesto, que se acercaba por la parte opuesta. Yo me había detenido y ví que mis compañeros sujetaban sus cabalgaduras ; entonces, yendo á averiguar qué había, observé al que llegaba. Todos hicieron alto á unas 200 ó 300 yardas de distancia, y Nacho se adelantó, produciéndose ceremoniosas explicaciones, á las que siguieron presentaciones en forma. El hombre era un indio Pampa que iba para afuera, á unirse con los que, como se ha dicho, habían pasado junto á nosotros al este de Margensho ; nos dió la noticia de que los indios de Jackechan, de Teneforo y otros estaban en un lugar llamado Trinita, á una distancia de sólo cuatro horas al galope. Cuando supo que yo era inglés, habló con gran elogio de mis compatriotas, con los que se había encontrado en Río Negro.

Ese hombre era una figura perfecta ; estaba espléndidamente montado y tenía una tropa de caballos, tan buenos todos como el que cabalgaba. Bien vestido con ponchos y calzoncillo blanco, usaba un pañuelo de seda alrededor de la cabeza. Sobre su montura había un poncho que contenía, según supimos, una provisión de yerba, harina y otras regalías, y el hombre tenía una cara resuelta, desenfadada y bien humorada, de ojos inquietos ; en conjunto sugería la idea de los generosos bandidos imaginarios que encuentra uno en las novelas, y para que el personaje fuera completo resultó después que, casi con seguridad, había robado en Trinita los caballos.

Después de cinco minutos de conversación, nos marchamos en direcciones opuestas, y nuestra partida siguió adelante rápidamente. Desde la empinada colina que dominaba el valle vimos con alegría el humo de unas partidas de cazadores, que, al parecer, no estaban lejos. Sin embargo, eran ya las cuatro cuando llegamos á inmediaciones de los fuegos en un valle de verdes pastizales. De uno de los dos toldos plantados allí

salió un hombre con un mate en la mano y en la boca una bombilla, ó sea la caña que se usa para chupar el mate, como la paja de los refrescos helados. Como resultó que esos no eran los indios que buscábamos, después de saludar al hombre seguimos al galope, y cruzando el valle, donde tuvimos que hacer saltar un arroyo á los caballos, subimos la colina opuesta. Una nueva clase de maleza, que se alzaba á dieciseis pies de altura, con largas varillas como de mimbrera, se imponía desagradablemente á nuestra atención, porque, cuando andábamos ligero, sus ramas nos golpeaban la cara al enderezarse, de la manera más penosa y fastidiosa. En la falda de la colina alcanzamos y pasamos á una caravana de mujeres que viajaban en nuestra misma dirección, y desde la cumbre de la cadena vimos en el valle inferior dos grupos distintos, de treinta ó cuarenta toldos cada uno, como á media milla de distancia uno de otro. Siguiendo al galope, llegamos como á las cinco á la toldería más próxima; pero, al preguntar por Patricio, á quien nos había recomendado Casimiro que nos dirigiéramos, supimos que estaba en los otros toldos. Fuimos allá, y se nos recibió debidamente, atendiéndose á nuestros caballos, etc., y llevándonos con toda ceremonia á presencia de Patricio, un mestizo Pampa y Tehuelche. Después de haber satisfecho preguntas durante la hora impuesta por la etiqueta, se nos dió á cada uno una costilla de guanaco. Yo tenía tanta hambre que me habría comido una docena al menos; de modo que, so pretexto de lavarme, salí en busca del toldo de Jackechan, lo encontré en breve y fuí recibido con los brazos abiertos por mi amigo y por el Zurdo. Cuando su «señora» me hubo dado un poco de alimento, seguido por la regalía de un mate con azúcar, Jackechan narró sus andanzas desde que se había destacado de nuestra partida.

Al cabo de unos cuantos días de marcha en dirección al Chubut, encontró animales, que cazó y mató, y entonces, estando todavía en ese lugar, despachó al mensajero para el Chubut con la carta, y el enviado volvió á los quince días con la respuesta pero sin provisiones.

La carta, cuidadosamente envuelta en un pedazo de lienzo viejo que había servido de sobre á mi propia epístola, me fué entregada ceremoniosamente á la luz de una llamarada producida por un poco de grasa echada al fuego. Leí é interpreté su contenido á Jackechan. El firmante, Mr. Bughes, si recuerdo bien, expresaba su satisfacción al saber que yo estaba bien, pero lamentaba no poder enviarme provisiones ni ropa alguna, porque la existencia en la colonia era en extremo escasa á causa de la demora del buque que, con Mr. Lewis Jones á bordo, se estaba esperando desde hacía meses. Casi es inútil decir que yo había estado ignorando por completo las privaciones que sufrían esos infortunados colonos, que los despachos del comandante Dennistoun han hecho conocer al público mientras se preparaba la impresión de estas páginas, y á

las que me referiré en el siguiente capítulo. Después del regreso de su mensajero, Jackechan siguió hasta Margensho, en cuyas inmediaciones encontró las partidas al mando de Teneforo, Patricio, Antonio y otros caciquillos. Todos estos se unieron, y enviando gente á Patagones consiguieron aguardiente y otros víveres, con lo que, como se ha dicho ya, tuvieron bebida para diez días, pero sin que ocurrieran reyertas ni peleas, hecho que redundaba en honor de los jefes. Después de esperar durante un mes á nuestra partida, á causa de la escasez de la caza habían ido aproximándose á jornadas descansadas á ese lugar, Trinito. Jackechan explicó entonces que los primeros toldos eran de los indios Pampas al mando de Teneforo y de Champayo, el primero de los cuales estaba ausente, en Patagones, gestionando su ración de animales; sus indios eran Pampas puros, y frecuentemente se les llama quirquinchos, ó armadillos, por una razón que no conozco. Algunos de ellos están al servicio del gobierno argentino y en situación de ser llamados por Linares, cacique de los indios mansos. Los toldos restantes pertenecían á los indios que estaban al mando de Antonio y Patricio, partida compuesta de Tehuelches y de Pampas mezclados. Los dos campamentos se encontraban como á media milla de distancia uno de otro, y los separaba un arroyo tortuoso, oculto en algunas partes por cañas de altura extraordinaria. La posición estaba completamente rodeada al este, al sur y al oeste por altas eminencias roqueñas; pero, al norte, el valle continuaba, al parecer, hasta algunas millas más lejos; su anchura era como de tres millas, y á inmediaciones del arroyo, que en algunos parajes se había desbordado formando un pantano, crecía en todas partes el pasto más lujuriante.

Al volver al toldo de Patricio pedí en forma los caballos necesarios para continuar nuestro viaje, pero nos los negó fundándose en que no tenía ninguno disponible; de modo que, como nuestros caballos presentaban síntomas de fatiga y uno de ellos estaba manco, resolvimos darles un día de descanso antes de seguir adelante. Pasamos el siguiente día con nuestros amigos, é hice relación con el caciquillo Champayo, por el que escribí una carta pidiendo una ración que se le debía. Era muy cortés y me presentó un indio llamado Luis Aguirre. Éste hombre había sido criado en Patagones, donde había recibido su nombre, porque sus padres habían sido muertos, según tengo entendido. Era muy inteligente, y había estado antes en la tropa de Linares, de la que se había alejado luego disgustado por el carácter pendenciero y generalmente rebelde de esos indios, yéndose á la pampa, donde podía hacer una vida libre y feliz con su esposa, según lo afirmaba él mismo, al menos.

Después de haber tomado varios mates en compañía de Champayo, éste, al oírme manifestar la causa de que no nos fuéramos ese día, dijo: «No le faltará caballos á su gente; yo se los daré, y mandaré á Luis Aguirre con ustedes para que me traiga la respuesta sobre lo de la

ración. » Visité después, á pedido de él mismo, al cacique Antonio, por el que escribí también una carta pidiendo que se enviara su ración á la Guardia del Sauce Blanco, porque, como había perdido su tropilla de caballos en una tormenta, difícilmente podría llegar á la Alta Guardia. Esto era cierto, porque en los primeros toldos que habíamos visitado en el valle inmediato de Trinita nos habían informado de la pérdida de Antonio, que muy probablemente había sido una ganancia para nuestro elegante y bandido amigo; pero el hombre tenía algunos enemigos en el camino á Patagones, y esa era la verdadera razón de que no fuera hasta Alta Guardia.

Después de la comida, y una vez que me lo hubo preguntado todo con respecto á nuestros propósitos, empezó á darme consejos sobre lo que debería hacer al llegar á Patagones. Me aseguró que encontraría empleo en seguida, pero me previno especialmente contra la bebida, porque al comandante no le gustaban los borrachos, y no los ayudaría...

Tarde ya me retiré al toldo de Patricio, y me acurruqué en un rincón. Á la mañana siguiente, cuando estábamos aprontando los caballos para la partida, un muchacho entró al galope en el campamento con la noticia de que llegaba gente de Patagones. Todo el mundo montó en seguida y se fué para escoltar á los recién llegados, que resultaron ser Teneforo mismo y dos de sus afiliados. Habían llevado un centenar de caballos y vacas hasta Valcheta, á dos días de viaje desde Trinita, y habían dejado allá á los animales trayendo sólo consigo un poco de aguardiente y de yerba, que descargaron en seguida. Y la bebida empezó una vez que hube sido presentado al jefe recién llegado, que me saludó como á un hermano y me honró con un puesto entre los cuatro caciques, que, vasos en mano, se pasearon alrededor de las lanzas haciendo en debida forma la ceremonia de bendecir el aguardiente.

El sol acababa de salir cuando llegó esa gente, y como á las diez la mayor parte del aguardiente, que consistía en un poco de ginebra y de caña, ó ron blanco, había desaparecido ya. Muchos de los indios estaban ebrios, pero todos con una embriaguez alegre, de buen carácter, que nunca había tenido yo la suerte de ver hasta entonces. Después de beber bastante copiosamente con mis numerosos amigos, que, si se le hubiera dejado hacer, me habrían puesto tan ebrio como estaban ellos, monté mi caballo y fuí á darme un baño entre las altas cañas de la margen del arroyo, volviendo luego al toldo, donde encontré al viejo Patricio cantando solo, muy borracho. Al ponerse el sol todos estaban otra vez en su sano juicio, y Patricio me comunicó que había resuelto seguir con nosotros, junto con varios otros amigos, su esposa y dos ó tres mujeres más, pero que íbamos á tomar el camino inferior, que, aunque más largo, resultaba más fácil y más seguro que el superior, donde los espinos eran más altos y tupidos; á este último se le prefiere por lo general en vera-

no, cuando el agua escasea, de lo que en esa estación no había peligro alguno.

Á la mañana siguiente, después de despedirme de Antonio, de Champayo y de Jackechan, cuya ración había prometido yo conseguir, partimos, once hombres y cuatro mujeres, provistos de un buen número de caballos, aparte de una tropa de yeguas para un indio llamado Hernández, establecido cerca de la Guardia Chica, yeguas que llevaban la misión de trillar su cosecha de grano. En breve perdimos de vista el campamento de Trinita, y siguiendo ora al galope ora al trote por una región quebrada, en la que abundaban el incienso, el algarrobo y otros arbustos, llegamos cuando iba á ponerse el sol á un arroyo, en cuya orilla norte acampamos, entre densos matorrales. Á corta distancia al oeste había una gran salina, de la que toma su nombre, hasta varias millas de distancia, ese lugar, llamado Hitchin-kaik, ó Colina de Sal. El arroyo corre junto á uno de los costados de la salina, y creo que es el mismo que atravesamos después cerca de Valcheta. Esa vez viajábamos á lo grande, porque las mujeres llevaban consigo provisiones de carne de caballo y yerba.

Después de la comida, todos nos sentamos alrededor del fuego y tomamos un mate y un poco de torta india, una pasta amarilla hecha de algarroba machacada y mezclada con agua. El viejo Patricio, que había cambiado por completo de modo de ser poniéndose muy chacotón después de la comida, dijo que yo era un hombre feliz porque llevaba esposa conmigo; aludía á una de las mujeres del cacique el Inglés, que iba con nosotros á juntarse con su marido cerca de Patagones.

Á la mañana siguiente al amanecer reanudamos la marcha, y atravesando una región muy parecida á la de la víspera llegamos como á mediodía al lugar donde Teneforo había dejado sus animales. Desmontamos allí y merendamos con unas bayas redondas del tamaño de un rábano, fruto de una plantita que crecía á la orilla del agua y cuyo sabor era muy agradable. El río tenía en ese paraje una franja de mazorcas de hierba pampeana, bajo la cual nos tendimos y fumamos.

Los animales estaban agrupados por allí entre esas mazorcas, y Golwin, el hijo de Jackechan de pelo rubio, se entretuvo en hacer vanas tentativas para contarlos. Después de media hora de holganza echamos á andar otra vez, abandonando á uno de los caballos de Meña que estaba extenuado, y seguimos poco más ó menos la línea del río hasta que, como á las tres de la tarde, llegamos al campamento de Valcheta. Como era temprano todavía, algunos de la partida salieron á cazar, pero volvieron con las manos vacías. Llenamos los pellejos y las botellas de agua, previendo que íbamos á entrar en la Travesía al día siguiente; y después de la comida y mate de costumbre, cada cual hizo su nido propio en la hierba pampeana y se echó á dormir sin temor de que los caballos se

fueran lejos, porque tanto el pasto como el agua eran de la mejor calidad. Como, según Casimiro, en ese campamento era donde el difunto Mendoza había descubierto oro, busqué cuidadosamente rastros de eso, pero sólo noté que ciertas partes de la pampa adjunta estaban sembradas de pedazos de cuarzo, entre otros guijarros. Partimos á la hora habitual para iniciar la ascensión de la Travesía, ó desierto, que se alzaba sobre nosotros, hacia el norte, en una elevada meseta. Á poco andar vimos á nuestra izquierda, hacia el oeste, una salina de varias leguas de largo que bordaba la orilla de la Travesía en dirección este á oeste, poco más ó menos. Me inclino á creer que el río Valcheta se pierde en esa salina. Ese río está sujeto á grandes crecientes, como lo demostraban la maleza y la broza que colgaban de los arbustos y matorrales en todo el valle, dejados allí evidentemente por la inundación primaveral. Por una pendiente gradual llegamos al fin al nivel de la meseta y vimos delante de nosotros una extensión asolada é interminable, sembrada de pedrisco y cubierta de matorrales cuya altura variaba entre cuatro y doce pies, y más también, y con matitas de hierba aquí y allá. No se veían signos de vida alguna. El cielo estaba brillante y despejado, aunque en el horizonte meridional se amontonaban nubes, y el viento, que en la Patagonia sopla casi siempre, era penetrante. Dije á Luis Aguirre que probablemente llovería, y su respuesta: « ¡ Ojalá!... sería espléndido, porque entonces se llenarían todas las lagunas » dejó traslucir el peligro de la sequía; pero no lo acompañé en sus votos porque el tiempo húmedo reinante durante la excursión á Las Manzanas me había dejado harto. Mientras andábamos me hizo saber que conocía la diferencia que había entre la religión católica y la protestante, y que prefería á esta última; me preguntó también si había estado alguna vez en la China, de donde venía el té, y me hizo varias otras preguntas que revelaban un importante caudal de informaciones, acabando por proponerme que estableciera una casa de comercio cerca del Chubut, pues Jackechan, que era el verdadero dueño de la tierra, si es que ésta tenía alguno, había ofrecido cederme el terreno necesario. Ese indio astuto consideraba que si llegaba á establecerse un almacén en esas inmediaciones todo el comercio indio saldría de las manos de la gente de Patagones, que usaba notoriamente pesas falsas, aparte de recargar de una manera exorbitante el precio de todos los artículos que suministraba á los indios.

Como á las dos de la tarde, cuando el áspero pedrisco había empezado ya á hacerse sentir en los cascotes de nuestros caballos, se encontró un paradero cerca de una laguna que contenía agua llovida de color café con leche. Se dejó sueltos entonces á los caballos para que comieran lo mejor que encontraran en la hierba achaparrada que crecía junto á la orilla de la laguna. Pero antes que oscureciera se ató á la mayor parte y se les vigiló cuidadosamente toda la noche, no fuera á ser que se vol-

viesen á Valcheta en busca de pasto y agua. Después de una prolongada conversación junto al fuego, en la que se hizo saber que la ruta que seguíamos se llamaba de los Cerdos porque cerca de una de las lagunas del camino se habían muerto cerdos monteses, pecarís quizá, nos envolvimos en nuestras mantas y nos refugiamos como erizos debajo de los matorrales, levantándonos de tiempo en tiempo para echar una ojeada á los caballos. Al otro día seguimos por el mismo desierto interminable de piedras y de breñas de las siguientes especies: el chañar ó espinó blanco; el picayun, que suministraba la mejor leña; la clase de mimbrera ya descripta; la zarza negra, inadecuada para leña á causa del olor pestilente que despide; el algarrobo y el incienso, muy escasos sin embargo, y varias otras, cuyos nombres no pude conseguir. El chañar es el único que dificulta la marcha del viajero, por cuanto sus espinas son grandes y afiladas. En el otro camino, situado más al oeste, que nosotros habíamos desechado aunque es el más corto para cruzar el desierto, y, por consiguiente, el más frecuentado por los Tehuelches, que temen hacer esa travesía en verano ó en partidas reducidas, el chañar crece hasta diez y quince pies de altura, y, como los espinos de Albania, impiden andar rápidamente á caballo.

Ese día estábamos por salir á cazar cuando se descubrió en un matorral una damajuana de aguardiente. Eso puso término al deporte, porque, aun cuando se la volvió á esconder en otro sitio, se sacó de ella lo bastante para soltar la lengua á la mayor parte, y, á más, un par de botellas para despacharlas junto al fuego del campamento.

Á las cuatro de la tarde acampamos al lado de una laguna parecida á la anterior, y como el agua de Valcheta se había acabado, diluímos el aguardiente con harina y agua hasta darle la consistencia del chocolate á la española. Me olvidaba de decir que, á causa de la excitación del hallazgo, no se atendió á los caballos, y al reunirnos para marchar se notó la desaparición de uno de los de Nacho, y aunque se le buscó empeñosamente no se le pudo encontrar.

Al otro día, á pesar de los excesos de esa noche, estábamos montados ya al amanecer, y habíamos salvado apenas una legua del fatigoso desierto cuando dimos de pronto con siete caballos salvajes. Un esfuerzo que hicimos para rodearlos fracasó á causa de la naturaleza abrupta del terreno; pero, para mí, compensó bien ese fracaso el magnífico espectáculo de esos animales espléndidos corriendo con su fuerza y su belleza indómita á través del llano.

Después de eso cazamos y matamos guanacos y avestruces, y vimos también algunas liebres y perdices. Como á las diez de la mañana alegró nuestros ojos la vista del mar, y el llano raso se hizo en seguida una región más quebrada, y desde las crestas de sus lomas pudimos tener de tiempo en tiempo una vista completa de la ensenada llamada Lago de San Antonio.

Se veía humo al frente, y en consecuencia seguimos adelante, haciendo una marcha larga y rápida, porque allí la superficie estaba enteramente libre del pedrisco que tanto había estropeado anteriormente los cascos de los caballos. Esa noche hicimos alto, como de costumbre, junto á una laguna, cuyas aguas no tenían más de dos pulgadas de profundidad.

En el curso de esa jornada, Patricio me hizo ver una laguna junto á la cual se habían hecho trabajos para abrir un pozo á fin de obtener una provisión permanente de agua, pero aunque el hoyo tenía cierta profundidad no se había encontrado agua, y, perdida la esperanza, se había abandonado la obra. Para los indios mismos es un misterio el lugar donde encuentran agua los guanacos, caballos salvajes, pumas y otros animales que existen en ese desierto, porque como la provisión de agua de esas lagunas está subordinada por completo á las lluvias, estas represas tienen por fuerza que estar secas por muchos meses del año en esa región donde la lluvia que cae es poca. Es indudable que existen manantiales en parajes no descubiertos hasta ahora.

Antes de dejar la Travesía consignaré algunas observaciones que, aun cuando no constituyen una descripción, pueden ser interesantes.

Este desierto consiste en una meseta situada á unos trescientos pies de altura sobre el nivel del valle del río Negro, y que se prolonga al sur á más de treinta leguas, hasta Valcheta. Sobre su extensión al oeste no tengo informaciones precisas; pero se estrecha notablemente en el interior formando un triángulo irregular que tiene su base en la costa y su vértice cerca de la confluencia del río Limay y de los arroyos septentrionales.

El suelo es terroso ó de arena y casquijo, y la superficie está abundantemente sembrada de piedritas; mientras que la única vegetación que se encuentra allí consiste en las breñas ya mencionadas, y en raquíticas matas de pasto duro.

La región es muy temida por los viajeros, y ahora que la he atravesado creo ciertas las historias que circulan á propósito de gente que ha perecido en esa travesía; sería muy difícil volver á encontrar el camino si se le llegara á perder, mientras que la falta de agua en verano, y el peligro de que los caballos se extravíen y dejen al viajero desamparado son riesgos probables ambos. Á pesar de toda nuestra vigilancia, dos caballos se extraviaron y perdieron. En invierno no hay peligro de que falte el agua; pero las penurias del viaje son grandes en toda estación, y al terminar la travesía los caballos están casi extenuados. De modo que ese desierto es una especie de barrera que protege á Patagones de todo peligro de ataque por parte de los indios del sur que en sus malos lleguen á bajar el río. Difícilmente encuentra allí pasto suficiente una tropa de caballos numerosa, y después del rápido viaje no estarían en condiciones de que sus jinetes atacaran con buen éxito si fueran rechazados vigorosamente por gente capaz de defenderse.

Ese distrito parecía constituir un límite preciso y bien definido entre las regiones particulares de ciertos animales; por ejemplo, entre el *Rhea Darwinii*, ó avestruz chico de la Patagonia, y el *Rhea Americana*. Este último, según lo que he visto, no se encuentra nunca al sur de él, y no puedo comprender cómo Mr. Cunningham pudo haber hallado muestras de ese animal, según parece sugerirlo ¹.

Los Tehuelches decían á menudo que el *Rhea* mayor se encuentra al norte de la Travesía, y lo representaban distinto del que se caza en sus tierras. Insistían también particularmente en el hecho de que la gama, que abunda en el valle del río Negro y en la región situada al norte de él, no se encuentra nunca al sur de la Travesía. Lo mismo decían de la vizcacha y del aguara (*Lupus manatus*), aunque á este último se le encuentra probablemente en los contrafuertes de la cordillera.

De suerte que sería apropiado considerar cortada á la Patagonia por el río Negro y por la línea de la cordillera, y poseedora de razas propias y de una fauna y flora especiales.

Hay que agregar que sólo una especie de armadillo, el quirquincho (*Dasypus minutus* de Gay) aparece dentro de esos límites. El algarrobo y otros arbustos, aunque se encuentran en la Travesía y en sus orillas, no crecen en las inmediaciones al sur de ella.

Fué un momento jubiloso para todos cuando, el cuarto día, después de haber estado galopando desde el alba hasta la diez de la mañana, avistamos al fin el valle, á tres millas de distancia todavía, donde marcaban el tortuoso curso del río Negro grandes sauces, árbol desconocido en la Patagonia, dicho sea de paso, salvo unos cuantos que hay en Chubut, introducidos probablemente por los pobladores. Hicimos alto en la cabecera de un abra, ó abertura lateral, que subía del valle principal hasta entrar en la barranca, y vimos á lo lejos un rancho solitario, la primera vivienda civilizada que contemplaba yo desde mi partida de Santa Cruz.

Después de descansar un rato, para dar tiempo á que todos llegaran, porque algunos, con sus caballos muy cansados, habían tenido que quedarse á la zaga, bajamos la cuesta y llegamos al fin al río, en el que nuestros sedientos corceles bebieron en breve hasta saciarse.

Se visitó entonces el rancho, que pertenecía á Hernández, á quien iba destinada la tropa de yeguas. El dueño de casa estaba ausente, pero su esposa india hizo los honores, por lo menos en cuanto á servirnos mate, porque no apareció comida alguna, aunque todos teníamos un hambre horrible. Quise detenerme allí para ponerme lo que un americano llamaría las ropas de ciudadano, en la creencia de que íbamos á seguir inme-

¹ *Natural History of the Straits of Magellan*, página 134.

diatamente hasta la Guardia, de la que tanto había oído hablar á Luis Aguirre; pero éste me dijo que no me apresurara, y me dejé estar entonces en mi sucia manta.

Después de media hora de descanso, salimos del rancho y seguimos la orilla meridional del río, que tenía allí una rápida corriente de 200 yardas de ancho, pasando junto á la chacra de Hernández, donde había un hombre ocupado en arar, y yeguas y vacas pastando. El río hacía en ese paraje un recodo en dirección á la barranca del sur, que iba á terminar tan cerca de él que tuvimos que andar junto mismo al agua. Pequeñas perdices se levantaban á cada paso, y formé en mi mente el propósito de ir á pasar un día de caza, en algún tiempo futuro, entre los magníficos sauces que bordaban el río; pichones azules arrullaban en los árboles; y por una abertura pudimos entrever, en la orilla opuesta, una estancia bien construída, llena de comodidades al parecer, en el fondo de una amplia extensión de rica tierra llana, con corral, galpones y los anexos usuales, establecimiento que, según me informó Luis Aguirre, pertenecía á Mr. Kincaid. La impresión de haber salido salvos del desierto para entrar en las poblaciones nos puso del mejor humor, á pesar del mucho hambre que sentíamos; y después de una animada cabalgata de una hora, en la que pasamos junto á un rancho arruinado, deshabitado, llegamos á Sauce Blanco; allí, el río, torciendo hacia la parte norte, deja un vasto rincón, ó espacio de rico terreno de aluvión. Este terreno se considera de pertenencia de los indios que estuvieron á las órdenes del cacique el Inglés y de los que hay siempre algunos acampados cerca del rancho; y entonces había allí tres toldos plantados.

Entregamos al jefe su mujer, á la que habíamos llevado con nosotros, y se me recibió calurosamente como pariente, porque el cacique era sobrino de Quintuhual. Ese jefe ha sacado su nombre de su pretendido parentesco con uno de los oficiales de la expedición exploradora de Fitz-Roy, por lo que la acogida que se me hizo fué doblemente afectuosa en virtud de mi doble carácter de inglés é indio. Allí acampamos entre las pajas, ó hierba pampeana, y como me regalaran una yegua y varias calabazas, en seguida hice arder un buen fuego y cociné la carne y las calabazas; se prepararon éstas cortándolas en mitades, sacándoles las semillas y rellenándolas de ceniza caliente, para cocerlas luego al rescoldo, con un resultado delicioso, al menos para mi gusto entonces. Yo quería ir directamente á la Guardia, pero como Patricio y los demás aplazaron éso para el día siguiente, me vi obligado, por ignorar el camino y los usos del lugar, á seguir el precepto de «adonde fueres, haz lo que vieres».

Un buen lavaje en el río fué una de las primeras cosas que me permití, y el placer de librarme de la acumulación de polvo y barro de varios días en la Travesía, es algo más fácil de imaginar que de describir.

Á la mañana siguiente, antes que amaneciera, todos nos bañamos en el río, y, después de tomar mate con el cacique el Inglés y de calentarnos al fuego, para disipar la impresión de haber dormido en medio del aire helado, nos preparamos para ir á la Guardia. Haciendo á un lado la manta india, volví á ponerme el traje usual de un inglés de la época, saco de cazador, etc., y, provistos de caballos frescos por nuestro amigo, media hora de galope nos llevó á la orilla norte, frente á la Guardia, pero no sin percances, porque, cuando íbamos por el sendero estrecho y desigual, lleno de huellas y ribeteado de hierba pampeana, el caballo de Luis Aguirre tropezó y volteó á su jinete, rodando sobre él y hundiéndole el revólver en las costillas.

El aspecto mezquino de la ponderada Guardia disipó en seguida la idea que me había formado de ella por las imaginarias descripciones de los indios, pero cierta experiencia anterior de las poblaciones españolas fronterizas me evitaron una desilusión. La población consiste en un pequeño fuerte provisto de un cañón, con un cuartel y unas cuantas casas, una ó dos de ladrillo y las demás de adobe, agrupadas alrededor del fuerte. La mayor parte de estas casas, si no todas, son pulperías, ó despachos de bebida, y almacenes, destinados al tráfico con los indios, para el transporte de los cuales hay una lancha. Lo primero que se ve en las poblaciones fronterizas, una iglesia en construcción, es algo que brilla allí por su ausencia, porque en la Guardia nada hay que satisfaga las necesidades espirituales. Después de cosa de media hora de espera en la orilla, se notó un alboroto en la otra banda, causado por los preparativos para soltar una gran lancha que en breve llegó á nuestro lado; y, después de atar á nuestros caballos con lazos y maneas, saltamos dentro de ella, y fuí recibido por un oficial subalterno, que me felicitó por mi llegada diciendo que el comandante, el señor Murga, me estaba esperando desde hacía meses. Cruzamos el río con gran pompa, mientras un soldado tocaba el clarín en la proa de la embarcación; y al desembarcar fuimos á un almacén atendido por un tal don Fermín, donde se nos hizo entrar á todos en una pieza que había detrás del despacho, y en la que los indios expusieron las pieles y plumas que llevaban para traficar. Mi amigo, el oficial subalterno, me había dejado porque me negué á entregar mis cartas á otro que no fuera el comandante en persona, y éste estaba entonces en Patagones, á diez y ocho leguas de distancia de la Guardia. Entretanto, observé las operaciones que se hacían entre don Fermín y los indios.

De tiempo en tiempo entraba gente á vernos, como si fuéramos una especie extraña de animales salvajes; pero como yo no hacía negocios, nadie dió la bienvenida al forastero, y me formé una mala idea de la cortesía de los habitantes, aunque es probable que mis largos pelos y mi traje, que no eran de lo más limpio, me hayan hecho poco favor entonces.

En breve los indios estuvieron paladeando á sus anchas un poco de aguardiente y galleta, de lo que, como era natural me ofrecieron parte. Después de tomar un bocado y de echar un trago, como viera que las cosas marchaban lentamente, salí de la pieza, y á poco andar encontré á Mr. Alexander Frasser y á Mr. Grenfell, dueños de una estancia situada á unas cuantas millas de distancia río abajo; y, cuando me hube presentado á ellos, fuí recibido muy bondadosamente y se me proveyó de dinero, recurso civilizado de que carecía yo entonces absolutamente para satisfacer mis deseos de convidar á mis amigos indios con un par de botellas de vino y aguardiente y unos cuantos panes de harina.

Mr. Frasser me instó hospitalariamente á que fuese á su establecimiento en seguida, pero, como deseaba entregar las cartas al comandante sin demora, volví á atravesar el río junto con los indios.

En la otra banda tuvimos un anticipo de las costumbres del Río Negro, porque se perdió uno de los caballos, con montura, lazo y todo, robado por alguno de los habitantes civilizados. El caballo pertenecía al Inglés y se lo había prestado á Meña para que fuera del campamento á la Guardia; el lazo era de mi pertenencia.

En el campamento, la mayor parte se pusieron más ó menos ebrios, y Nacho recibió una bien merecida azotaina por pendenciero, después de lo cual lo ataron y lo dejaron en el suelo por una hora para que la helada lo refrescara.

Á la otra mañana salía para Patagones, acompañado por el Inglés y otro indio; pero, como nuestros caballos resultaran estar demasiado cansados para seguir hasta Patagones, paramos para pasar la noche en San Xavier, cuartel general de Linares y de sus indios mansos.

Senté los reales en el toldo de un tal Chalupe, y después de cenar, como deseaba comunicar al jefe los arreglos políticos realizados, fuí á caballo á su residencia, una casa baja y larga, detrás de otro jinete que resultó ser un hermano de Roque Pinto.

Después de una corta espera se me hizo pasar á la sala, donde las dos esposas del cacique estaban sentadas cosiendo. Se sirvió el acostumbrado mate, y por largo tiempo estuve esperando en vano al jefe, que había salido á reunir á sus hombres con el propósito de perseguir á unos indios de Callfucura que recientemente habían arreado del valle algunos animales.

Al fin di las buenas noches á las simpáticas dueñas de casa, llamé á mi acompañante, que había estado tomando mate en la cocina, y emprendí el regreso. Habríamos recorrido cien yardas apenas cuando se oyó el rumor de gente que se acercaba; recomendándome mi acompañante que guardáramos estricto silencio para evitar «accidentes», detuvimos nuestros caballos al abrigo de unos árboles hasta que los jinetes hubieron pasado. Cuando sus voces se habían perdido ya á la dis-

tancia, seguimos adelante y reanudamos nuestra conversación, en el curso de la cual mi compañero me dijo que en esas inmediaciones era peligroso encontrarse de noche con gente á menos que se estuviera bien armado. Ésto me sorprendió un poco, y discurrí largamente sobre los beneficios que la civilización confiere á las razas indias. En el toldo de Chalupe encontré á Antonio Linares, hermano del jefe, que había llevado consigo una botella de cognac, y con una copa de éste por delante le confié el asunto, que prometió comunicar al cacique, y después de tomar « la de la cama » se marchó en busca de más alegres compañeros. Ese joven estaba muy bien vestido, con poncho y chiripá de tela, botas de cuero y ropa blanca limpia, y llevaba un revólver en la cintura. Me hizo saber en tono chancero que había estado buscando toda la tarde á uno con quien había reñido, y que lo habría muerto si lo hubiera encontrado.

La señora Chalupe me hizo una cómoda cama con ponchos y con mis arreos de montar, y en verdad todos los ocupantes del toldo, me dieron muestras de la más delicada cortesía.

Á la mañana siguiente partí temprano en mi caballo ya cansado con la esperanza de ver á Linares, pero al llegar á su casa se me informó de que el hombre había salido ya para el Carmen, donde iba á tener una entrevista con el comandante señor Murga.

Rechazando el mate que me ofrecieron, me apresuré á seguir adelante y en breve alcancé á Linares, que estaba tomando un trago de paso en casa de un amigo. Me presenté á él, lo acompañé á tomar una copa y me alegré de poder contar con su compañía, por cuanto nuestras rutas seguían la misma dirección, y de poder despachar el asunto con él por el camino.

Á la hora de marcha llegamos á vista de Patagones, en cuyo punto me aparté de mi compañero dirigiéndome á la chacra de mi esperado dueño de casa don Pablo Piedrabuena, situada en la orilla del río. Media hora después llegué á la casa, pero no encontrando á nadie en ella, fuera de un bull-dog corpulento, partí en seguida en busca de alguien, y pronto dí con dos hombres que estaban arando. Previos los saludos de costumbre, pregunté por don Pablo, y se me respondió muy atentamente que se le esperaba en breve en la chacra, pero que si iba yo directamente á Patagones lo encontraría tal vez en el camino. Entonces, como tenía muchas ganas de almorzar, hiqué las espuelas al caballo y al galope me dirigí al pueblo. El aspecto de éste, visto á la distancia, aunque parecía un poco irregular era bastante imponente; el fuerte y los edificios de la orilla norte, que están sobre una eminencia, resaltaban marcadamente, mientras que en la orilla sur, la catedral inconclusa naturalmente, y la estación misionera inglesa eran las construcciones más notables. Después de un corto rodeo que impuso mi ignorancia del ca-

mino, llegué á la orilla misma del suburbio meridional, que, como todas las poblaciones españolas, nuevas ó viejas, no resistía á un atento examen.

Un gran barrial que probablemente resultaba impracticable después de un aguacero, bordaba sus contornos, y al llegar á éstos se veía que estaban abundantemente sembrados de desperdicios, montones de ladrillos y otros residuos, lo que hacía indispensable abrirse paso cuidadosamente por los senderos.

Como había oído decir que era probable que el comandante fuese al barrio sur á arreglar una carrera, visité una pulpería que me indicaron como lugar donde probablemente me informarían sobre su paradero, y allí encontré á Linares y á su capitanejo ó ayudante, tomando una copa de cognac, y fuí presentado por ellos al propietario don José Real, que me ofreció sus servicios y me hizo saber que el comandante Murga llegaría dentro de media hora. Seguí, por consiguiente, hasta la estación misionera, donde, una vez que me hube presentado al doctor Humble, dejé en su quinta mi caballo ya extenuado, y después de descansar un rato volví á la pulpería de José Real y encontré allí al comandante Murga, al que entregué la carta de Casimiro y mi propia carta de presentación.

En el primer momento no me sentí predispuesto en favor del señor Murga; era un hombre de mediana estatura, vestido con la camisa garibaldina, pantalones de uniforme y botas y gorra con los galones que indicaban el grado de coronel. Despachó mi asunto diciendo que lo consideraría « mañana », respuesta que se aplica á todo en las provincias del Plata, y apartando evidentemente el tema de su pensamiento, reanudó una discusión con don José á propósito de un caballo corredor.

Este coronel Murga es aficionado á toda clase de deportes campestres, es buen jinete, un perfecto gaucho realmente, y rara vez pierde una riña de gallos los domingos después de la misa.

Un poco disgustado por el recibimiento, fuí á la casa del botero con la intención de cruzar el río hasta la orilla norte, y, llamando á la puerta, pregunté en español por Salomón. Me abrió una mujer bien vestida, y en el interior divisé un individuo de anchos hombros, bien formado, que estaba almorzando. Iba á retirarme pidiendo disculpa cuando el hombre reconoció en mí un inglés, y conjeturando quien podía ser, inmediatamente me hizo entrar y sentar á la mesa, en tanto que la buena mujer cortaba rebanadas de pan con manteca y preparaba más té. Yo estaba tremendamente hambriento, como dicen los americanos, y saborée el el pan con manteca y el té, como en ninguna parte he saboreado nunca comida alguna. La acogida benévola y honrada de esta familia galense será siempre para mí un recuerdo agradable de Patagones.

Saliendo de la casa con Salomón, encontramos á don Pablo, cuya

bienvenida fué también cordial, y en compañía de él pasamos á la orilla norte, donde mi amigo puso á mi disposición su casa, en la que senté los reales; allí, después de las necesarias abluciones, de reducir á un tamaño decente el largo de un año que tenía mi pelo, y de ponerme un traje nuevo que se trajo del almacén del señor Aguirre, me sentí otra vez cristiano civilizado.

Esa tarde fuí presentado por don Pablo á varias de sus relaciones, todas las cuales se mostraron muy bondadosas y amables, y su agradable compañía disipó la idea que había abrigado yo de salir al encuentro de los indios; en vez de eso resolví enviar á Meña y á Nacho con la respuesta á sus cartas y algunas provisiones, y esperar en Patagones la llegada de los demás, ocupando el tiempo en examinar el lugar y estudiar sus probabilidades de porvenir.

CAPÍTULO IX

LAS POBLACIONES DE RÍO NEGRO

Patagones ó la antigua población del Carmen. — El fuerte y los edificios. — La población meridional. — La misión inglesa. — Elementos de la población. — Los negros. — Los presidiarios. — Estado social desordenado. — El cementerio. — Los primeros tiempos de la colonia. — Estratagema afortunada. — La ascensión de Villarino por el río. — Expedición de Rosas. — La isla de Choelechoel. — La Guardia Chica. — Estancia de los señores Kincaid. — Antiguas tumbas indias. — Armas de piedra. — El pastor y los pumas. — Estancia San Andrés. — Los indios y los colonos. — Malón de Callfucurá. — Método de ataque de los indios. — Los indios mansos. — Vista del Valle. — Comercio de Patagones. — Fertilidad del suelo. — Vino de Río Negro. — El sportsman. — Consejo á los emigrantes. — Entrevista con el coronel Murga. — Las concesiones del gobierno á los jefes. — Otra vez Casimiro. — Los Tehuelches en la ciudad. — Despedida. — La utopía galense. — Vida social en Patagones. El vapor al fin. — Encallados. — El piloto. — Pat Sweeny. — Adiós á la Patagonia.

Tengo que confesar francamente que, como no se me ocurrió pensar entonces que las nacientes poblaciones del Río Negro podían no haber sido ampliamente descriptas todavía, la tarea de llevar mi diario fué descuidada durante mi permanencia allá, y sólo los recuerdos han suministrado los materiales para hacer lo que se me ha presentado perentoriamente como un complemento necesario de mis viajes: una descripción de Patagones. Este nombre, que parece tener por objeto designar á la futura capital de la Patagonia, ha usurpado totalmente su lugar á la denominación primitiva de El Carmen, dada á esta población en honor á nuestra señora del Carmen, bajo cuyo patrocinio fué colocada.

La población moderna, situada en un recodo del río Negro, como á diez y ocho millas del mar, se compone de dos partes separadas por el río, que tiene en ese lugar unas 450 yardas de anchura; la más antigua é importante está en la orilla norte, donde residen las autoridades y la gente principal, y la de la orilla sur es un suburbio nuevo, llamado La Merced, que aunque recién surgido, amenaza rivalizar dentro de poco con la parte norte. Los medios de comunicación entre ambas partes los suministran unos ferry-boats que pueden conseguirse casi á cualquier hora.

En la orilla norte ha levantado un muelle de madera, frente á su almacén, el señor Aguirre, gran capitalista, banquero y factótum del lugar, para que el vapor pueda descargar con más facilidad. Es probable que la parte norte siga conservando su importancia por algún tiempo á causa de la falta de facilidades análogas para descargar mercaderías en la otra banda, donde la bajamar deja al descubierto un gran banco de lodo, que hay que situar para llegar á la orilla.

En la posición elegida para fundar El Carmen se unían la seguridad con el fácil acceso al río, y no deja más que un estrecho espacio intermedio. Una colina un poco empinada se eleva hasta una meseta, que al norte, es decir, detrás de la población, baja otra vez, por medio de una grada, al nivel de la pampa. Su cresta está coronada por el fuerte, y la población que se extiende cuesta arriba, ha sido construída con escrupulosa sujeción al modelo establecido, aunque para el forastero no es muy perceptible la regularidad de sus calles y manzanas á causa de la formación del terreno. Después del fuerte, los edificios más importantes son la casa del comandante, presuntuosa construcción de ladrillo colorado, y la vieja iglesia de Nuestra Señora del Carmen, edificio insignificante, situados ambos un poco más abajo de la cresta de la colina y, puede decirse, al abrigo de las alas del fuerte.

En cuanto al fuerte, como éste corona la cresta de la colina ó barranca, tiene un aspecto imponente cuando se le ve de lejos, pero un examen más próximo disipa la ilusión y revela su completa inutilidad para fines defensivos. Sus muros se encuentran en miserable estado, y toda la construcción está tan arruinada que, cuando una de las cañoneras americanas estacionadas en el Río de la Plata visitó el lugar hace unos cuatro años, y saludó debidamente á la bandera argentina, la repercusión de la descarga de su gran cañón echó abajo una parte de la pared frontera al río... Su armamento consiste en unas cuantas piezas de campaña de pequeño calibre, montadas en barbetas, muy poco eficaces, porque una sola granada bien dirigida demolería todo el aparato; pero si se aprovechara la posición para construir una batería sólida montada con artillería moderna, las cercanías de la ciudad podrían ser enteramente dominadas y fácilmente defendidas por todas partes.

La plaza está inmediatamente detrás del fuerte, que forma uno de sus costados, y en ella están situadas varias casas cómodas, algunas en vías de construcción aun. El estado de las calles es muy malo, especialmente el de las que bajan la colina en dirección á la ribera; en algunas partes los peatones se hunden hasta los tobillos en la arena y en otras tropiezan con rugosas masas de arenisca. La parte más agradable de la ciudad es la calle que parte del muelle y almacén tierra adentro, costeano la base de la colina; allí, en una gran extensión de terreno bajo, que comienza á espaldas de las casas del lado este del río, se han formado jar-

dines, ó quintas, llanas de toda clase de árboles y resguardados por una fila de altos álamos que orillan la ribera.

Una de esas casas era la hospitalaria vivienda de mi estimado amigo don Pablo Piedrabuena. Era una casa baja y larga, hecha de ladrillos secados al sol y blanqueada. Ocupábamos un extremo de ella, compuesto de tres piezas, y la parte contigua estaba ocupada por don Ramírez, capitán del transporte del vapor *Choelechoel*, anclado al alcance de la voz frente á la quinta que habitaba con su esposa. El resto lo tenía don Domingo, un italiano que había establecido allí un restaurant y hotel. La población se jactaba de poseer otro hotel, aparte del de don Domingo; ese, de propiedad del señor Aguirre y situado junto á su almacén y muelle, era una linda casa de piedra, bien construída, y la única de ese material que ví en Patagones, porque casi todos los demás edificios eran de ladrillo, excepto en el barrio de los negros, donde eran de simple adobe. Fuera cual fuese su material, muchos de los edificios, en todas partes de la ciudad se encontraban, como el fuerte, en un estado muy ruinoso, y un empleo más liberal del agua de cal, si los habitantes la hubieran conocido, habría disimulado una multitud de atentados, tanto contra la decencia como contra la limpieza interna.

En la costa sur se extiende desde el río un considerable espacio de tierra baja sujeto á inundaciones en las altas mareas primaverales. Está destinado al cultivo del trigo, y se han abierto en él zanjás que suministran un riego imperfecto; un terraplén que atraviesa esos bajos, y cuya construcción se debe principalmente á los esfuerzos de mi amigo el botero galense Salomón, lleva á la nueva población de La Merced, construída en el terreno más alto, fuera del alcance de las inundaciones. Esa población está hecha también de acuerdo con el plan universal, y á juzgar por las pilas de ladrillos y por los numerosos terrenos destinados á futuras casas, está creciendo rápidamente en tamaño é importancia. En la época de mi visita, sin embargo, sus caminos eran tan execrables como en la parte norte, y los arrabales eran repugnantes por los residuos y la basura que había en ellos, mientras que el pantano parecía constituir una barrera infranqueable para amigos y enemigos. Los edificios más notables eran: en primer lugar, la nueva iglesia de Nuestra Señora de la Merced, en la plaza, que, con sus dos torres, dejaba casi en la sombra á su rival de más años El Carmen, en la parte norte; y después la estación misionera inglesa, importante edificio que ocupaba dos lados de la plaza, una de cuyas alas contenía el local destinado á capilla, y la otra la residencia y el dispensario del misionero, el reverendo doctor Humble. Este caballero, de cuya hospitalidad disfruté frecuentemente, desempeñaba á un tiempo las funciones de médico y de sacerdote. En lo que se refiere á la misión, los convertidos no parecían ser numerosos; á la verdad, una muchacha india, que hacía de sirvienta y niñera, era,

al parecer, la única muestra de ellos. En todo el establecimiento se advertía un cuidado y una limpieza escrupulosos, y ésto lo presentaba en agradable contraste con los edificios circundantes. Al frente, un vasto espacio de terreno se extendía hasta la ribera, parte de él convertido en un agradable jardín ó quinta, aprovechándose el resto como potrero para los caballos del establecimiento, mientras que una zanja abierta en el extremo inferior suministraba un puerto para el bote del médico y misionero.

El doctor Humble había tenido anteriormente una escuela de niños, pero la cerró, según tengo entendido, á causa de la oposición que hizo el cura. La iglesia estaba por lo general bastante llena los domingos, cuando se iza la bandera inglesa para indicar la hora de la oración; y como la mitad del servicio se hacía en español en la concurrencia había comunmente un buen número de hijos del país, algunos de los cuales iban allá tal vez con el propósito de conseguir consejos del pastor en su carácter de médico, en el que su habilidad y su bondad lo hacían merecidamente simpático.

Según sir Woodbine Parish, la población de Patagones en 1832 era sólo de 800 almas; aunque no tuvé á mi disposición medios seguros de información estadística, me inclino á calcular el número actual de sus habitantes en no menos de 2000, cifra baja probablemente.

Están divididos en cuatro clases muy claramente definidas: 1° los descendientes de los primeros pobladores españoles; 2° los inmigrantes extranjeros más recientes; 3° los negros; y 4° los presidiarios enviados allá de la República Argentina. Los descendientes de los primitivos pobladores, á los que sus conciudadanos llaman «maragatos» no sé por qué razón, manifiestan con su nombre como con su carácter su genuina descendencia de los tozudos gallegos, ó pobladores procedentes de Galicia. Estrechamente unidos por los matrimonios entre ellos, forman una sola familia, puede decirse, cada uno de cuyos miembros casi es un Crespo ó un Real. Aunque celosamente excluyentes hasta ahora en lo que se refiere á la mezcla de su «sangre azul» por alianza con los extranjeros, exceptuados tal vez los ingleses, los hombres se hacen notar por su bondad y cortesía hospitalarias, mientras que las damas rivalizarían con las de cualquier parte de la vieja España ó de las provincias argentinas en modales graciosos ó en belleza. Constituía un rasgo prominente de su carácter el hecho de que tanto los hombres como las mujeres demostraban tener á la religión un respeto mucho más puntilloso que el que he podido observar en otros países católicos. Todo el mundo se imponía el deber de asistir á la misa, cuando quiera que se celebrase. Yo estuve entre los invitados cuando don Benito Crespo daba una comida á varios en celebración del natalicio de su hija, que cayó precisamente durante la novena en honor de Santa Rosa, y cuando la campana

sonó llamando á vísperas todos se levantaron de la mesa y salieron apresuradamente para la iglesia.

La segunda parte de la población, los extranjeros, constituyen un grupo abigarrado de gente de todas las naciones, pero en su mayoría son italianos y vascos españoles. Hay unos cuantos franceses, ingleses, galenses, suizos y alemanes.

Los negros son los descendientes de una importación de esclavos, hecha cuando la trata de negros era un tráfico legal para el gobernador, un francés llamado Viba, patrón de Casimiro, que parece haber tenido la idea de emplearlos en el cultivo de las tierras fiscales. Todos viven juntos en un barrio de la ciudad, excepto, naturalmente, los que se colocan como sirvientes, y conservan muchas viejas tradiciones y costumbres. Los gauchos los llaman « blandengues », término que puede ser una corrupción de « mandinga », y son de una raza fina y sufrida, cuyos hábitos industriosos y cuyo carácter general difieren mucho del tipo degenerado de los negros del Brasil. Ignoro su número exacto, pero me informaron que en otro tiempo fueron muchos, y que su rápida disminución se debe á las levass para el ejército y á los estragos de la plaga universal de la viruela.

Llega al fin el elemento presidiario. En uno de los primeros períodos de su historia, se hizo del Carmen un presidio, ó establecimiento penal fronterizo, asemejándose en tal sentido á Punta Arenas; pero falta totalmente en Patagones la estricta disciplina de la colonia chilena. En Patagones hay una importación constante de desertores del ejército, ladrones y bribones de toda clase, enviados de Buenos Aires. Á su llegada, se enrola á esos hombres como soldados ó se les deja sueltos, permitiéndoseles trabajar donde y como les plazca, ó que se ganen la vida de alguna otra manera. Es cierto que no se pueden escapar, porque no hay probabilidades de salir de allí por mar, y el peligro casi seguro de muerte ó de cautiverio entre los indios Pampas es suficiente impedimento para que se larguen tierra adentro; pero, fuera de éso, no se les impone restricción alguna. El robo de caballos, cuando se deja á algún animal sin vigilancia, es una seguridad moral, y los robos de toda clase son frecuentes y quedan casi siempre impunes; mientras que el asesinato, en los raros casos en que se descubre á los criminales, implica sencillamente que se les vuelva á enviar á Buenos Aires para que lo juzguen, de lo que resulta una sentencia de deportación otra vez á Río Negro. Se decía que un tal Ruíz había ido y venido cuatro veces, á Buenos Aires y de Buenos Aires, por crímenes que había cometido, y ese hombre se jactaba abiertamente de que toda vez que quería hacer un viaje mataba á alguno. Otro individuo, que había robado al obispo de Buenos Aires un reloj adornado con piedras preciosas presentándole una orden falsificada, ocupaba el puesto de apuntador de billar en el hotel y se le conside-

raba más bien un mozo vivo. El ordenanza del comandante era un hombre enviado también allá por homicidio. Más fácil es imaginar que describir el estado de la sociedad cuando se permitía que quedaran así sueltos esos malhechores, cada uno de los cuales llevaba su cuchillo, para usarlo en cuanto encontraba la más pequeña oportunidad para ello.

Mi amigo don Pablo fué atacado una noche junto á su casa, pero afortunadamente pudo escapar ileso. Asesinatos ocurren todas las semanas, y todo el mundo tiene que llevar algún arma para su defensa propia, en tanto que son pocos los que llegan á salir de la población sin revólver.

Ante la falta completa de protección legal, algunos extranjeros discutieron un proyecto para establecer una comisión de vigilancia sobre la sencilla base de la protección mutua y del compromiso de vengar cualquier daño hecho á algún miembro de la sociedad. Así como sir Lucius consolaba á su amigo con la observación de que «en la abadía se está cómodamente», los desamparados habitantes de Patagones pueden jactarse de tener un excelente cementerio nuevo, situado al norte, como á media milla de la población, rodeado por una pared de ladrillo, con portones de hierro y mantenido en buen estado de orden y limpieza. Un poco al este, más cerca de la población, se encuentra el cementerio viejo, cuyo estado de abandono, cuando lo visité, ofrecía un triste contraste; la pared de barro mostraba numerosas brechas; asomaban ataúdes por entre la arena, y en algunos casos los féretros estaban enteramente destapados; calaveras y huesos yacían tirados y á la vista, y, para colmo, un gato saltó fuera de un ataúd en que había establecido su domicilio. Me sorprendió en extremo que los residentes demostraran semejante falta de respeto á los restos de sus antepasados, é hice esta observación á mi acompañante, que se encogió de hombros y murmuró algo que me pareció ser el inevitable «mañana».

La más interesante reliquia de los fundadores de la colonia son una cantidad de cuevas, ó viviendas, abiertas en la escarpa de arenisca, cuatro millas más abajo de la población; esas viviendas se componen de tres ó cuatro cámaras que se comunican entre sí y que tienen de ocho á diez pies cuadrados de superficie. En una de ellas vi una especie de artesa, tallada en la piedra, que más bien parecía un pesebre que otra cosa. Dice la tradición que los primeros pobladores usaban esas madrigueras para habitaciones, ó quizá como escondrijos, para ellos ó para sus animales, en los tiempos de guerra con los indios.

El progreso de la colonia durante el dominio español fué lento á pesar de haber desistido de todas las demás tentativas de colonización en la costa patagónica, lo que dejaba en manos de la gente de El Carmen todos los beneficios que podían dar las valiosas pesquerías de ballenas y focas; su inercia hizo que esta mina de riqueza siguiera intacta y cayera en manos de pescadores ingleses y americanos, que la explotaron hasta

hace poco. El gobierno argentino ha proclamado sus derechos y ha concedido las pesquerías en arrendamiento á don Luis Piedrabuena, con facultad para desalojar á todos los intrusos ; pero temo que las pesquerías no rindan un provecho proporcionado con la energía del empresario. Alternativamente, los pobladores de El Carmen traficaban con los indios ó eran saqueados por ellos, y preferían los beneficios de este dudoso comercio á la pesca de ballenas y focas, más provechosa pero también más arriesgada. Que la hostilidad de los indios tenía algo que ver con la concentración de las fuerzas españolas en Río Negro es lo que parece resultar de un hecho que ha sido deliberadamente omitido en los anales españoles. Los indios conservan una tradición exacta á propósito de que los colonos de Puerto Deseado provocaron las iras de los indígenas, que hicieron un ataque afortunado ; los colonos se retiraron á la iglesia, donde perecieron todos en manos de sus enemigos. Los edificios y los árboles frutales que existen todavía son los únicos vestigios que quedan de la destrucción de esa colonia.

Desde la época en que las colonias sudamericanas proclamaron su independencia, Patagones tuvo su parte como ya se ha dicho en el aumento de población y desarrollo comercial consiguientes. Después de lo que escribió sir Woodbine Parish, la población se ha acrecentado grandemente y el valor de la propiedad ha subido ; y aunque los « antiguos » habitantes se quejaban ante mí de la falta de progreso, probaban lo contrario la creciente demanda de tierras y de casas y el precio cada vez más alto que se pagaba por ellos entonces, en comparación con los de años anteriores. Es digno de mención el siguiente episodio de su historia. Durante la guerra entre el Brasil y la Confederación Argentina, los habitantes de Patagones se distinguieron derrotando y apresando á una expedición brasileña enviada á apoderarse de esa plaza. Según me contaron, una numerosa fuerza de brasileños desembarcó cerca de la costa marítima y marchó por tierra en dirección á El Carmen, haciendo alto como á una legua al norte de la población. La guarnición, compuesta de unos cincuenta soldados de línea y unos cuantos voluntarios hizo entonces una salida, provista de un gran surtido de ponchos de color. Tomando posiciones detrás de una colina, para ocultarse del enemigo, que ignoraba su fuerza real, los astutos habitantes de El Carmen se desplegaron como para hacer un reconocimiento y se retiraron en seguida, pero sólo para cambiar de poncho y reaparecer como un nuevo destacamento ; y el enemigo, guiándose por estas ficciones y transformaciones repetidas, multiplicó considerablemente el número verdadero de las tropas argentinas y vaciló en atacar á una fuerza tan grande al parecer. Después de obscurecer se incendió la hierba en las inmediaciones del vivac del ejército invasor. Desconcertados por el número, los brasileños se retiraron pero se vieron detenidos por otro fuego á retaguardia, y entonces,

creyéndose rodeados y atacados por fuerzas superiores, el jefe capituló. Atestigua esta historia la existencia de los restos de un buque de guerra brasileño, visibles aun en el río.

Hay que describir el fértil valle del río Negro para dar una idea adecuada de los recursos de Patagones como colonia. La parte más considerable de este valle está hoy tan inculta como cuando la exploró por primera vez don Basilio Villarino, que á las órdenes de Biedma ascendió el río para descubrir su fuente, y de cuyo diario, que se encuentra en la colección de De Angelis, ha dado un valioso extracto sir Woodbine Parish, aunque el tiempo que hace ya de eso ha bastado para que se le olvide casi, en la era rápida en que estamos. Villarino subió con lanchas primero hasta la isla de Choelechoel, á setenta leguas de El Carmen, y recomendó que se fortificara esa posición como puesto avanzado contra los indios; desde allí, venciendo increíbles dificultades, consiguió llegar al pie de la Cordillera, manteniéndose siempre en buenas relaciones con los indígenas. Encontró allí á los araucanos, llamados por mí «manzaneros», y tenía grandes esperanzas de llegar á Valdivia mediante su ayuda, porque todos se mostraban bien dispuestos, cuando desgraciadamente los indios riñeron entre ellos y uno de los jefes fué muerto en la refriega. El jefe que había causado esta muerte fué con su gente á pedir ayuda á los españoles, lo que se le prometió. Ésto hizo que el resto de los indios se constituyera en liga y declarara la guerra á los españoles, cuyo nombre detestan hasta ahora. Obligado á desistir de su intención de llegar á Valdivia, Villarino, contrariado, resolvió volverse, y en consecuencia, después de haber recibido de sus aliados una provisión de manzanas y piñones, bajó el río y regresó á El Carmen.

Por esta descripción de su viaje, así como por la circunstancia de que obtuvo una provisión de manzanas y piñones en el punto más remoto de su expedición, me inclino á creer que, si no era el mismo, ese punto estaba cerca del lugar por donde pasamos al Limay en nuestra excursión á Las Manzanas, una milla ó dos más abajo de los rápidos en que naufragó Mr. Cox.

Villarino dice que entró con su botecito en un canal donde las aguas corrían por sobre cantos rodados en dirección al sudeste. Ahora bien: en el sitio en que se perdió el bote de Mr. Cox había unos rápidos impracticables, al parecer, para un bote; es posible, sin embargo, que Villarino haya empleado indios á caballo para hallar su bote y que el estado del río fuera más favorable para la navegación en el período de su visita.

La circunstancia de que los indios amigos lo acompañaron en su regreso y se establecieron bajo la protección de los españoles, sugiere la idea de que éstos deben haber sido los antecesores de los indios mansos que están ahora al servicio del gobierno. Casimiro contaba una

leyenda á propósito de unos indios amigos de los primitivos pobladores españoles, que fueron después maltratados por ellos, y que se rebelaron según creo. Luis Aguirre decía también que su padre era uno de los jefes primitivos de Río Negro, que por largo tiempo había sido amigo de los españoles, pero que al fin, como ocurriera una revuelta, fué preso y guardado como rehén en El Carmen, donde murió. En 1832, cuando Rosas, para proteger la frontera sur, llevó su gran ataque á los indios rechazándolos hasta las cercanías de la cordillera y obligándolos á aceptar sus condiciones, estableció un puesto militar en Choelechoel, como había aconsejado Villarino. Tengo entendido que su plan era extender desde ese punto una cadena de fuertes hasta Mendoza, manteniendo así á los indios de las Salinas enteramente dentro de la cadena y llevando á los Araucanos hasta sus valles nativos en la cordillera.

Este plan no se realizó nunca, y se abandonó el puesto, al que se había dado el nombre de Isla de Rosas. Á pesar de que los había vencido, Rosas era muy simpático para los indios, y, cuando fué derrocado, un pariente suyo, don Pedro Rosas, se refugió en las Salinas con su artillería y batallón. Orkeke y varios otros amigos míos me preguntaban á menudo por Rosas, diciendo que era « un buen hombre », etc.

La siguiente expedición por el río se efectuó un año apenas antes de mi llegada al Río Negro, cuando el vapor *Choelechoel* subió hasta la isla, acompañado por una fuerza terrestre á las órdenes del comandante Murga. Se encontró la isla ocupada por indios, entre los cuales, según se dijo, residía un europeo que ejercía el cargo de cacique. Aunque éste se negó á ponerse en comunicación con el comandante argentino, es muy probable que ese europeo haya sido el célebre francés Aurelio I, que, según se decía, había conseguido desembarcar una partida de armas en Río Negro y la había llevado á esa isla. La expedición no creyó conveniente perturbar á los indios, y volvió con poca cosa que presentar como resultado de su viaje.

Se estaba proyectando despachar otra expedición, pero hasta ahora mis corresponsales de Patagones no me han enviado noticias de ella, y probablemente debe haber sido aplazada para « mañana ».

La gran isla de Choelechoel, que sólo conozco por descripciones porquenenunca la he visitado, parece ser no sólo una posición importante desde el punto de vista militar sino también una tierra admirablemente apta para el cultivo. Varias razones impiden, sin embargo, que se la ocupe con este último objeto; la primera es la inequívoca hostilidad de los indios á toda empresa que tienda á apoderarse de lo que consideran su país; la segunda es su distancia desde El Carmen, ó Patagones, como base de provisiones para llevar allá herramientas ó artículos importados, en el supuesto de que se vencieran las primeras dificultades. Creo positivamente que á poca costa se podría construir un ferrocarril ó tranvía

que recorriera todo el valle del río, ó que unas cuantas lanchas á vapor de gran poder, adaptadas para consumir leña, suministrarían un medio eficaz de comunicación. El vapor fiscal actual *Choelechoel* cala demasiado por una parte, y por la otra carece de la fuerza necesaria para prestar ayuda importante en la obra de explotar el río. Su capitán, el mayor Ramírez, hizo presente al gobierno esos defectos antes que se llevara el vapor al Río Negro, pero su opinión no fué escuchada.

Foyel y un cacique llamado Limaron, que alega derechos territoriales á la isla, tenían un proyecto para cultivar Choelechoel y otros puntos ventajosos, importando al efecto pobladores valdivianos acostumbrados á la labranza al otro lado de la cordillera, y sacando de El Carmen sus provisiones y herramientas.

El límite extremo de la colonización en el valle es actualmente el puesto militar avanzado llamado Guardia Chica, situado unas siete leguas arriba de la segunda Guardia, y como á veinticinco leguas de El Carmen. Tengo entendido que no hace muchos años que existe, y dos años atrás fué teatro de una revuelta de la guarnición, hecho que me describió gráficamente, junto al fuego del vivac en Las Manzanas, Roque Pinto, que había presenciado evidentemente, si no como actor, por lo menos como espectador. Las tropas, que según su relato estaban compuestas en su mayor parte de extranjeros, se sublevaron de pronto, balearon ó acuchillaron al oficial que las mandaba, y luego al teniente, que fué muerto cuando intentaba escapar á nado por el río. Los amotinados saquearon entonces el lugar, embriagándose naturalmente con el contenido de los despachos de bebida, y estuvieron en posesión de la plaza un par de días, cuando entró en ella una partida mandada por un tal Bonifacio, agente del gobierno para negociar con los indios, y tomó á los cabecillas, que, según tengo entendido, fueron fusilados inmediatamente. Cuento la historia como me la contaron, y sólo puedo dar fe de la verdad en cuanto al hecho de que los oficiales fueron muertos en un motín, dominado después por la determinación y coraje de Bonifacio.

Los leñadores suben frecuentemente el río hasta allá para proveerse de sauce colorado. Su procedimiento es sencillo: van á caballo, llevando sus hachas, cuerdas y provisiones, y una vez llegados á su campo de trabajo sueltan los caballos, que fácilmente encuentran el camino de vuelta. Los hombres forman con su madera una balsa, y en ella bajan el río con toda seguridad. Este trabajo, aunque duro, resulta provechoso para los que saben manejar el hacha. Es probable que en lo futuro sus operaciones se extiendan más al oeste, y que de las selvas de la cordillera bajen por el agua balsas de pino araucano, de manzano y de otros árboles.

Desde la Guardia Chica, siempre del lado norte, se extiende un vasto llano raso hasta la Guardia descripta en el capítulo anterior; en este llano están situadas varias chacras destinadas en su mayor parte al cul-

tivo del trigo. El señor Aguirre arrienda al gobierno casi toda esa tierra, y actualmente tiene un gran número de hombres empleados en abrir un canal ó zanja con el objeto de irrigar una considerable extensión de terreno. Los hombres ocupados en este trabajo son casi todos naturales de Santiago del Estero, é inútil es decir que la obra es muy costosa; es de esperar, sin embargo, que el señor Aguirre vea compensados su trabajo y sus gastos por fructuosas cosechas.

Hay unas cuantas chacras arrendadas por colonos galenses, procedentes del Chubut, que han preferido cuerdamente el valle del Río Negro á aquella infortunada población.

Un poco más arriba de la Guardia está situada la estancia de los señores Kincaid, de la que tuvimos una vislumbre al llegar al mundo civilizado. Con placer estuve unos días en ese establecimiento, donde se había puesto en cultivo una buena extensión de tierra, y en el que podían verse rebaños de ovejas pastando en el rico llano.

Por la circunstancia de encontrarse en lo que se llama un « rincón », es decir, en una península formada por un recodo del río, la estancia tenía grandes ventajas, y, como es uno de los parajes más convenientes para pasar ganado al lado sur, su propietario, que tiene un bote en el río, estaba en condiciones de hacer un negocio provechoso con los indios cuando éstos recibían sus raciones, ayudándolos á transportar sus animales á la otra banda.

El mayordomo al servicio de Mr. Kincaid era un pastor escocés, cuya buena esposa dirigía la casa; el edificio, que era sólido, había sido construído principalmente por los señores Kincaid, y sus vigas habían salido de los sauces volteados en el rincón. Hasta la época de mi visita esos caballeros habían estado trabajando contra la suerte, porque no habían dado ni siquiera un buen término medio ninguna de las cosechas de grano de los dos años anteriores.

Existen junto á esa estancia una cantidad de antiguos cementerios indios, en los que, además de calaveras y huesos, se encuentran numerosas puntas de flecha hechas de piedra, algunas de las cuales, que tengo en mi poder, han sido exhibidas á los eruditos miembros del Instituto antropológico, en opinión de los cuales presentan el tipo peculiarmente indio. Aparte de las puntas de flecha hay también morteros y manos de mortero hechos de una piedra porosa. Estos artículos pertenecían probablemente á alguna antigua raza de indios que habitaban en el Río Negro antes del advenimiento de los españoles y de los caballos, y que usaba esos utensilios tal vez para machacar la algarroba y hacer una pasta como la que fabrican ahora los indios pampas al mando de Teneforo; á la verdad, Luis Aguirre me dió á entender que esos Pampas eran una raza primitiva que habitó antiguamente el valle del río Negro, pero dejo estas conjeturas á la consideración de etnólogos más entendidos que

yo. Cerca de esas antiguas tumbas reanudé mis relaciones con una antigua conocida, la vizcacha de los llanos de Buenos Aires, que, como lo he dicho ya, no existe en la Patagonia propiamente dicha, esto es, al sur del río Negro. Me dijeron que en esas inmediaciones había dos especies más de armadillo aparte del quirquincho, pero no tuve la suerte de encontrar ejemplares de ninguna de esas dos especies, por cuanto en esa estación estaban invernando. Se ha matado también pumas en las cercanías de una de las cabañas de ovejas. En una ocasión, el pastor oyó á dos junto al corral, y al ser perseguidos los pumas se treparon á un árbol bajo. El pastor estaba vestido sólo con ropas livianas, pero se quitó la camisa y la ató á un palo que plantó junto al árbol, y ese objeto blanco desconocido aterrizó de tal modo á los leones que se quedaron allí inmóviles mientras el cazador fué á buscar su fusil, con el que mató á ambos.

También me mostraron la piel de un agnara muerto en la casa, pero no tuve la suerte de ver vivo alguno de esos animales. La escasez de éstos hace que su piel tenga un gran valor, pues en El Carmen se paga cinco libras esterlinas por cada una.

Un corto galope desde la segunda Guardia, más allá de las primeras barrancas, junto á las cuales el río forma otro recodo, lleva al viajero á otro vasto llano, que hacia el norte sube hasta un abra profundamente metida en la barranca que se retira. En ésta hay varias chacras, una de las cuales, perteneciente á los señores Fraser y Grenfell, y situada seis millas más abajo de la Guardia, se llama estancia San Andrés y se encuentra también, en cuanto á la casa y á la tierra destinada al cultivo del trigo, en un rincón dividido por un buen cerco de espino blanco ó chañar, que termina por ambos extremos en el río. Las ovejas y las vacas pastan en el campo durante el día, pero á la noche se trae siempre al cercado á estas últimas y á los caballos, por temor á los ladrones. Esta medida previsora de encerrar el ganado ha evitado al señor Fraser pérdidas considerables. Poco tiempo antes de mi visita, una partida de indios merodeadores pasó á caballo junto al cerco, por el lado exterior, y, como no encontrara más que ovejas, que viajan demasiado despacio para que se las pueda robar con seguridad, siguieron hasta la estancia inmediata y arrearon de allá las vacas y los caballos, después de sacarle al pastor sus ropas, aunque no le causaron lesión corporal alguna.

Cuando Mr. Fraser tuvo conocimiento de esto reunió unos cuantos hombres y salió en activa persecución de los ladrones; aunque toda caza encarnizada es larga, las vacas se cansaron, y los indios, gente de Callfucura probablemente, las abandonaron, huyendo con los caballos solamente.

Pasé varios días en la estancia San Andrés, empleando la mayor parte del tiempo en leer, primero los diarios y después todos los libros disponibles, y vagando de tiempo en tiempo con una escopeta para cazar per-

dices ó palomas, mientras mis compañeros enterraban la semilla, cada cual con su yunta de bueyes, ó acarreaban ladrillos á la casa nueva, en vías ya de quedar concluída.

La casa que ocupábamos era de adobe, y se estaba poniendo ya en estado de ruína; pero la nueva era un sólido edificio de ladrillo; este material había sido fabricado por los futuros ocupantes y las paredes las habían levantado unos cuantos albañiles italianos. Esta casa nueva estaba situada en la extremidad del rincón, esto es, en el sitio donde su vértice toca el río; frente á ella había un islote, que estaba convirtiéndose rápidamente, de cañaveral que había sido antes, en un fértil jardín en el que se había recogido ya una buena cosecha de papas y donde estaban plantándose entonces árboles frutales.

La casa vieja iba á ser entregada al capataz, que residía con su mujer en un departamento de la misma. Ese hombre era un natural del país llamado Medado; y he sabido después que, en una ocasión que perseguía á los indios que habían invadido algunos establecimientos cerca de la bahía San Blas, atravesó el río á nado enteramente solo y rescató á dos cautivos, por lo que se le hizo oficial de la guardia nacional. Su principal ocupación consistía en vigilar las vacas y los caballos, y en adiestrar al caballo de carrera, del que Mr. Fraser estaba con razón orgulloso.

Durante mi permanencia, el regalón de San Andrés entró en una carrera corta contra un caballo de Linares y triunfó fácilmente, ganando apuestas de cerca de ochenta cabezas de ganado.

Estando en San Andrés conocí una especie muy linda de halcón chico, muy parecido á nuestro esparaván, y maté á uno de ellos.

La gente de San Andrés, como la de Rincón Barrancas, estaba luchando contra la mala suerte desde hacía dos estaciones; la última vez la cosecha era buena, pero por desgracia demoraron mucho en trillarla esperando una trilladora de Inglaterra, que, cuando llegó al fin, no funcionaba debidamente, lo que los obligó á recurrir en definitiva al método nacional de hacer la trilla con yeguas; luego, el tiempo se puso malo, perdiéndose una parte considerable del grano. He ahí los infortunios de los chacareros del Río Negro, especialmente de los progresistas. Durante mi estancia se hacía diariamente la rutinaria tarea de labrar la tierra, de marcar el ganado, de domar caballos, etc.; pero tuvimos tiempo para visitar la estancia próxima, de propiedad de un caballero suizo residente en Buenos Aires y dirigida en su ausencia por un compatriota suyo llamado don Juan. Allá, como en esos tiempos la esquila casi no compensaba los gastos, se estaba haciendo un experimento para curar perniles de carnero destinados á ser exportados á Buenos Aires, y se había preparado ya una buena cantidad, que estaba pronta para el embarque; pero ignoro el resultado que ha tenido ese experimento, y el ingenioso don Juan ha muerto entretanto.

En el curso de mi visita á San Andrés y á Rincón Barrancas recogí un buen número de informaciones con respecto á las relaciones de los indios con los colonos, que tal vez no carecerán de interés para el lector. Todas las poblaciones y guardias ya descriptas se encuentran en la orilla norte del río, y la ribera sur está casi toda, hasta ese punto, en poder de los indios mansos y de otros indígenas. Las partidas indias más temidas son los Araucanos al mando del cacique Roque, y los Pampas de Callfucura; éste tiene su cuartel general en las Salinas, cerca de Bahía Blanca, mientras que el otro anda de un lado á otro entre las inmediaciones de Choelechoel y la cordillera. Aunque no estoy seguro de ello, me inclino á creer que Roque es un cacique subordinado á Cheoeque, porque éste, durante mi visita á Las Manzanas, se refirió á él diciendo que estaba con su gente en los bosques de manzanos y de pinos, recogiendo la cosecha de otoño; pero después encontré algunos de esos indios en la Guardia esperando la ración de Roque y reconocí á uno que había asistido á nuestro consejo y á las fiestas subsiguientes en Las Manzanas. El agente del gobierno para negociar con los indios, Bonifacio, me mostró un magnífico par de estribos que se enviaba de regalo á Roque desde Buenos Aires, porque las autoridades habían adoptado la política de evitar que él y Cheoeque se unieran á Callfucura en el proyectado malón á la frontera. La razón que este último aducía para la declaración de guerra era la muerte de uno de sus caciques inferiores, considerando quizá como muerte la prisión; pero el verdadero motivo era probablemente que el gobierno argentino, á causa de robos cometidos por algunos de los suyos, se había negado á renovar su ración de animales. No se preveía entonces la revuelta de Entre Ríos, que tuvo por resultado la muerte de Urquiza, y se proyectaba despachar, al mando del señor Mitre, un gran cuerpo de tropas que reforzara toda la frontera y que aniquilara á Callfucura en caso necesario; pero los disturbios causados por López Jordán impusieron el envío inmediato á Entre Ríos de todas las fuerzas disponibles, y el proyectado plan de asegurar la frontera fué aplazado.

Callfucura se aprovechó luego de eso atacando la frontera en varios puntos, llevándose cautivas mujeres y criaturas, aparte de numerosos rebaños de vacas, y acabando con el ataque y saqueo de las nuevas poblaciones en las cercanías de Bahía Blanca, hazaña en la cual sus indios penetraron audazmente, casi sin resistencia, en el corazón mismo de la población, para salir de ella con un botín abundante. Patagones no fué atacada, lo que tal vez se debió en parte á los arreglos hechos en Las Manzanas, á la repugnancia de los indios á unirse en esa empresa, y á que Roque había sido atraído. Lo más probable, sin embargo, es que este último caudillo hiciera entonces un juego doble, recibiendo las raciones y dádivas con una mano y permitiendo con la otra que su gente colaborara en los malones y tuviera su parte en los saqueos.

Una de las razones por las cuales los indios no llevan grandes malones á las poblaciones del Río Negro es simplemente la de que allá casi no hay vacas y caballos en número suficiente para compensar una correría en gran escala. Á veces hacen irrupción pequeñas partidas, como en el caso ya descrito, cuando se llevaron caballos de la China Muerta, la estancia del vecino de Mr. Fraser; pero esos son más bien robos que invasiones hostiles. Á la verdad, no han ocurrido malones de importancia desde los tiempos de Lenquetrú, que unió á todos los indios con ese objeto y barrió el valle con un malón que, como se recordará, me describió Grabino, que tomó parte en él, en los toldos de Inacayal, cerca del paso del río Limay. Como era natural, los pobladores estaban ansiosos por conocer mi opinión sobre la seguridad probable de Río Negro, y les aseguré que, por lo que yo sabía, las probabilidades de un malón eran pocas, y, al contrario, Bahía Blanca iba á ser atacada con seguridad; y previne especialmente á uno de nuestros compatriotas, que se disponía á marcharse á Bahía Blanca, que no se arriesgara á establecerse fuera de la ciudad en aquellas circunstancias. Los ingleses se inclinan á suponer que, porque tienen buenas armas, fusiles y revólveres, y saben manejarlas y están dispuestos á usarlas, pueden resistir á un ataque de los indios; pero la manera de pelear de éstos consiste exclusivamente en sorpresas repentinas. Reunén secretamente sus fuerzas, y manteniéndose á prudente distancia durante la noche hacen irrupción al rayar el día; el poblador confiado, que va al corral ó que busca sus caballos, verá tal vez á la distancia algo que parece ser una tropa de caballos arreada, como de costumbre, por uno ó dos ginetes; éstos se aproximan sin obstáculo, pero, en un segundo, sobre todos los caballos aparece un hombre armado lanzando su grito de guerra. Entonces, todos se esparcen, como para formar un círculo de cacería, á fin de no ofrecer blanco á los fusiles de sus adversarios, y arremeten lanza en ristre; y mientras unos aseguran los animales, otros pegan fuego á las viviendas y se llevan cautivas á las mujeres, si las hay. En algunos casos matan á los hombres, pero, por lo general, sólo cuando se les hace mucha resistencia.

Aunque su principal objeto en la guerra es llevarse vacas y cautivos, los indios pelean siempre desesperadamente, sin fijarse en desventajas y muestran poco ó ningún temor á la muerte; y los sobrevivientes no dejan nunca á sus heridos ó muertos en el campo. Los indios al servicio del gobierno, cuyo número es de unas cincuenta lanzas y que residen principalmente en la ribera sur, son comandados por un tal Linares, del que se ha dicho ya que vive en San Javier; éste recibe la paga y las raciones de un oficial del ejército, no sé de qué grado, y lo mismo reciben con regularidad todos sus hombres. Se les ha asignado funciones de policía; pero, aunque se puede confiar tal vez en Linares y en sus cuatro hermanos, dudo mucho de que los soldados rasos permanecieran fieles á

su bandera si llegara á producirse un malón combinado como el que organizó Lenquetrú.

Á causa de su prolongada resistencia cerca de los pícaros, esos indios han adquirido un carácter pendenciero, fanfarrón, que, por lo que he visto, no es corriente entre sus hermanos no civilizados; y los pobladores establecidos en la ribera sur sufren frecuentes pérdidas de ganado, que hay que atribuir sin duda á esos equívocos aliados y defensores.

Entre San Andrés y El Carmen, el tortuoso curso del río hace que éste se acerque y se aleje dos veces de la barranca formando dos vastos llanos aluviales sucesivos, en parte poblados y en parte en su estado natural; en uno de ellos se estaba construyendo entonces un molino movido por el agua, diferente de los actuales, que son aparatos engorrosos y anticuados, movidos por caballos.

La barranca termina, pues, en el río, salvo en un sitio, donde hay una granja y un muelle que sirve para cargar sal, y forma una escarpa sobre la ribera, que llega hasta El Carmen. Más arriba de esa granja y muelle está situado un antiguo fuerte, al parecer desocupado y provisto de un cañón; y al nordeste, en una escotadura del llano, hay una gran salina que está en explotación.

Desde las inmediaciones de ese fuerte se ofrecía un lindo panorama del valle situado abajo; frente mismo á él, casi al sur justo, al otro lado del río, está San Javier, oculto en parte por árboles; se veían chacras diseminadas al oeste de esa población y á lo largo de la ribera, hasta la parte sur de la población. En el río aparecían varias islas cultivadas, de delicioso aspecto, y la más notable de ellas era el viñedo de don Benito Crespo. Al otro lado de la población, al sudeste, la vista recorría llanos rasos, moteados aquí y allá por cabañas de ovejas ó pequeñas chacras. De la banda sur poco se ha dicho; cerca de la población hay muchas pequeñas estancias; pero me aseguran que, para establecerse allí existe el gran inconveniente de que no pueden conseguirse títulos de propiedad seguros, y, por lo tanto, no habría derecho seguro á ocupar una fracción de tierra. No debo pasar por alto un establecimiento importante, esto es, el saladero del señor Aguirre, situado como una legua más abajo de la población de El Carmen, de donde se exporta para Inglaterra una gran cantidad de cueros y de sebo. Durante mi estancia, una embarcación alemana ú holandesa estaba frente al lugar recibiendo una carga. Aparte de esos artículos, las exportaciones de El Carmen consisten en sal, trigo, plumas de avestruz y pieles obtenidas de los indios, y algunos ponchos y cojinillos; mientras que las importaciones pueden entrar en el capítulo de varios, desde los ponchos imitados y los adornos baratos hasta la yerba paraguaya y el mal aguardiente.

Aunque para mis ojos, por tan largo tiempo habituados á los eriales sin árboles, á las montañas roqueñas con figura de espolones y á los sal-

vajes valles herbosos, el valle del Río Negro parecía casi un jardín del Edén, no hay duda de que no tendría el mismo aspecto para el que llegara recientemente de Inglaterra. El valle por donde corre el río está desprovisto de toda clase de árboles, fuera de la franja de altos sauces que ciñe la corriente, y que, con la excepción tal vez de Sauce Blanco, no se extiende en ninguna parte á más de 200 yardas de la ribera. Los llanos que en ambas orillas llegan hasta los desiertos cubiertos de chañares y matorrales estaban en muchas partes tan roídos por las ovejas y las vacas que ofrecían el mínimum de vegetación, por lo menos en invierno.

Por pelada y poco prometedora que la tierra pueda parecer, la fertilidad del suelo es tal que puede sembrarse trigo, y cosechar año tras año, en la misma tierra. Las papas alcanzan un tamaño muy grande y son de excelente calidad, pero se las cultiva especialmente en las islas del río.

El gobierno ha decretado últimamente que todas las islas pertenecen inalienablemente al estado, y sus ocupantes actuales tienen que pagar á las autoridades un pequeño arrendamiento por cabeza, por lo que se puede conjeturar que la ocupación de Choelechoel será un hecho en lo futuro.

Además de las papas, toda otra clase de legumbres y de frutales europeos crece bien; el tabaco parece prosperar y las viñas prometen suministrar un producto de exportación en forma de vino del Río Negro. En una de las islas, ocupada por don Benito Crespo y arrendada por él en lotes á unos españoles de las cercanías de Cádiz, se ha plantado un crecido número de viñas y se prensan todos los años grandes cantidades de uvas. El vino, que se llama «chacolí», tiene el gusto del moscatel y el aroma del Mosela, y es un vino puro delgado, excelente como bebida en tiempo caluroso, porque no resulta fuerte ni espirituoso. Yo habría creído que no podría ser exportado, pero don Benito abriga la esperanza de que sus andaluces estarán en breve en condiciones de producir una calidad superior. Aparte del vino, en la mesa de ese hospitalario caballero probé un poco de cognac, producto de la misma uva; naturalmente, no tenía color, pero su sabor era bueno y su graduación un poco alta.

Un sportsman puede encontrar siempre entretenimiento ya sea cazando patos, perdices, gansos y otras aves silvestres, ó montando á caballo para bolear avestruces ó venados en las abras que suben á gran distancia, como canales de hierba, entre los promontorios de la barranca, cubiertos de matorrales. En el río puede pescarse sobre todo, según creo, el delicioso pejerrey (*Atherinichthys argentinensis*, Cunningham, pág. 54) y el pez parecido á la perca, que, como se ha dicho ya, existe en los ríos de la Patagonia.

Para encontrar guanaco hay que visitar las pampas próximas á San Andrés, pero el valle y las lagunas formadas por remansos del río suministran abundantes cisnes de cuello negro, gansos de tierras altas, patos de cabeza colorada, patos silbadores, cercetas, flamencos y espátulas rosas.

Se verá que hay mucho que decir en pro y en contra del Río Negro como campo de operaciones para jóvenes activos y emprendedores, dispuestos á pasar penurias y poseedores de una pequeña suma de dinero efectivo, que quieran adquirir tierras y cultivarlas. La tierra puede obtenerse á precio razonable y requiere poca limpieza. Las herramientas pueden llevarse de Buenos Aires, ya sea en algún velero ó en el vapor que debe correr todos los meses pero cuyos viajes son un poco inseguros. El clima es agradable y saludable, y un buen año de cosecha compensa casi los gastos de instalación de un establecimiento mediano.

En cuanto á los inconvenientes que hay que colocar en el otro platillo, el río está sujeto á inundaciones de tiempo en tiempo, y otras veces predominan las sequías, y las cosechas fracasan á menos que se recurra al riego artificial, aparte de lo cual un millón de langostas pueda ahorrar al chacarero el trabajo de segar sus sembrados; las vacas, que la mayor parte de los pobladores poseen en número suficiente para estar provistos de leche y carne para el consumo propio, pueden ser arreadas por los indios; y por último, el poblador puede perder su vida en manos de algún malhechor. Pero no hay colonia que ofrezca la seguridad de hacer fortuna rápidamente.

El error que comete la mayor parte de los pobladores ingleses es ir á un lugar con la idea de que en un par de años van á llenarse los bolsillos, para volver luego á Europa.

En mi opinión, el poblador debe ir con la intención de establecer su hogar en el sitio que ha elegido; entonces, si le va bien, podrá volver, pero no debe proponerse eso. En las provincias argentinas se considera á la población vasca como los mejores inmigrantes, porque, por lo general, se dejan estar en el país. Los italianos, por el contrario, trabajan con ahínco unos cuantos años, sufriendo hambre y estrecheces, hasta que reúnen una suma de dinero reducida pero suficiente para permitirles vivir con holgura en Italia; y á los ingleses y á todos los demás se les considera gente que hay que explotar en lo posible. Á mi juicio, en el Río Negro, como en otras regiones de las provincias argentinas, hay que hacer á un lado la cría de ovejas. El señor Aguirre me contó que había perdido en esa industria una fuerte suma de dinero, y muchos de mis compatriotas establecidos en el Río de la Plata pueden decir lo mismo.

Dos resueltos escoceses están haciendo actualmente el experimento

cerca de El Carmen, y es probable que tengan buen éxito porque el precio de las ovejas era bajo cuando empezaron.

Para mí es una cuestión no resuelta aun la de si medrarían ó no los alerces ó las araucarias en los llanos que bordean el río; tal vez el clima es demasiado seco para las últimas, pero valdría casi la pena de que intentara el experimento el que contase con recursos y se sintiera inclinado á establecer su domicilio por unos cuantos años en el Río Negro. Por mi parte, si yo fuera poblador, me sentiría tentado á limitar mis esfuerzos al cultivo de la viña, y del tabaco quizá, manteniendo, como es natural, los animales necesarios para el consumo propio.

Entiéndase bien que yo no recomiendo el Río Negro, ni me intereso por él, como un paraje al que los inmigrantes en perspectiva deben dirigir sus pensamientos; pero, indudablemente, esa región posee grandes ventajas naturales, que la mayor parte de los colonos no han desarrollado suficientemente todavía. Sus estancias, salvo las de mis amigos escoceses é ingleses, son por lo común pequeños cortijos, de miserable aspecto, en los que los desperdicios están sembrados alrededor del mal cuidado corral; y su agricultura es negligente, como bien lo sugiere la apariencia abandonada de las casas. Pero, á pesar de todo eso, en El Carmen y en sus inmediaciones no hay realmente un hombre pobre, salvo, por supuesto, que deba eso á su propia holgazanería ó al vicio de la bebida; y hay gran demanda de trabajo á altos precios, mientras que la vida es barata, circunstancias que, según he visto á mi regreso aquí, están en doloroso contraste con la condición en que se encuentra la población de nuestro país.

Me sacó de Rincón Barrancas y de mis meditaciones sobre el Río Negro como campo para emigrantes, la aparición lejana de los indios, á los que ví desde el mirador de la casa en que me hospedaba cuando bajaban de la Travesía; y volví apresuradamente á la población para recibirlos cumpliendo mi promesa. Se recordará que á mi llegada como chasque presenté al señor Murga mis despachos, en los que Casimiro detallaba sus arreglos para la protección de Patagones. Se incluía también en ellos una lista de los jefes á quienes se debían raciones ó regalos de vacas, caballos, etc., y el pedido de que se enviaran en seguida cien yeguas, aprovechando el regreso de los mensajeros. Después de una demora de unos cuantos días, me mandó llamar el señor Murga, que, dicho sea de paso, tiene fama de conocer perfectamente á los indios y de desplegar gran habilidad para manejarlos. Era divertido observar el recelo y la perplejidad naturales que despertaba en la mente del comandante mi situación entre los indios; y mi respuesta á su pregunta sobre qué título é influencia tenía yo entre ellos, y en qué sentido me interesaba yo por ellos, respuesta que fué simplemente la de que yo era huésped y amigo de ellos, no pareció suficiente para explicar las cosas. Pero exa-

minó la cuestión de los jefes y sus pedidos y me aseguró que todos los que tuvieran derecho á raciones las recibirían debidamente; pero se negó categóricamente á enviar las yeguas, declarando que Casimiro recibiría á su llegada todo lo que le correspondiera.

Como hacía varios años que el gran cacique no retiraba su asignación anual, que ascendía á 200 vacas, 100 yeguas y 500 ovejas y una cantidad de ropa y de yerba, fácil es imaginar que, obrando lealmente y con prudencia en esa visita, podía llegar á ser un cacique tan rico como poderoso, en recompensa á sus trabajos. En su visita anterior había dejado una cantidad de vacas y ovejas á cargo de unos indios mansos para que crecieran y se multiplicaran, pero ¡ay! á su llegada, en respuesta á sus averiguaciones sólo apareció un reducido rebaño de ovejas, porque el resto, en vez de multiplicarse, había sido perdido en el juego por sus guardianes. La liberalidad de los argentinos y la importancia de las dádivas pueden parecer sorprendentes; y la verdad es que el valor nominal que se cobra al gobierno por esos dones anuales á los indios es considerable. Yo he visto, con mis propios ojos, mil cabezas de ganado vacuno en marcha con destino á Roque, y Cheoeque estaba esperando mil doscientas. El ganado era traído del Tandil por los proveedores, cuyo negocio debe ser tan lucrativo como el de los contratistas del ejército americano; porque á veces, cuando están serenos y frecuentemente cuando están ebrios, los indios se ven tentados á desprenderse por una bagatela de sus bienes recién adquiridos, y los animales, al volver á manos de los traficantes, prestan por segunda vez servicio como ración, quizá para el mismo cacique. De modo que los indios aprovechan poco, mientras que el gobierno paga una suma considerable, y los proveedores y otros agentes se enriquecen; al parecer, se considera al gobierno y á los indios como pichones naturales y legítimos, á los que se puede desplumar por cualquier medio.

La respuesta del comandante había sido enviada á Casimiro, junto con un poco de aguardiente y algunos regalos para mis amigos; y á la mañana siguiente de mi regreso del campo me despertó temprano un llamado á la puerta, y al abrirla encontré cinco ó seis Tehuelches que habían pasado el río para llegar á mi casa. Después de darle mate, todos fuímos al almacén y á uno ó dos de ellos les hice pequeños regalos. Entre los que habían llegado primero se encontraba mi amigo Jackechan, el cacique del Chubut, que me confió que había estado muy borracho la noche antes. Pero los Tehuelches no habían esperado llegar á las poblaciones para tener una oportunidad de entregarse al pernicioso placer de la bebida. Pronto se puso en claro que su demora en Valcheta había sido impuesta por una prolongada bacanal sostenida con aguardiente conseguido en la Guardia. Casimiro, por supuesto, había dado el ejemplo, y, como de costumbre, la bebida había causado riñas que remataron

en pelea general; varios habían sido muertos, entre ellos Cayuke, tantas veces citado como amigo seguro, y me apenó sobremanera no poder con seguir noticias precisas de mi hercúleo camarada el bondadoso Waki que, sin duda alguna, había sido muerto en la misma ocasión.

Poca importancia daban á estos hechos corrientes mis visitas, que eran todas caciquillos, y á los que en seguida despaché regocijados, con la promesa de ir á visitarlos en la ribera sur á la tarde. Pero mis trabajos no habían hecho más que empezar. Durante todo el día estuvieron llegando Tehuelches, que no sabiendo qué hacer de sí mismos, me seguían á todas partes adonde yo fuera, con gran diversión de algunas de mis relaciones.

Por la tarde crucé á la otra orilla y pasé la noche con mis antiguos compañeros. Todos estaban muy contentos porque iban á darles sus raciones sin demora: la yerba, el azúcar y el aguardiente de los almacenes de Aguirre y las vacas y las yeguas de la Guardia, frente á Sauce Blanco. Al viejo Orkeke, que no esperaba recibir raciones, se le había asignado, á causa de mis empeños en favor de su pedido, lo mismo que á otros jefes inferiores, y, por consiguiente, estaba lleno de júbilo.

Pero, por otra parte, estaban muy disgustados por los precios extremadamente bajos que habían obtenido sus plumas y pieles, é insultaban á los traficantes abiertamente como una manga de bribones. Para esta- far á los indios se habían empleado pesas falsas y otras artimañas del comercio; y los almaceneros cobraban también á precios exorbitantes los artículos que les suministraban. Los indios tienen la costumbre de vivaquear en los patios ó corrales que hay detrás de los almacenes, donde encienden fogatas y cocinan como en sus tierras, pagando al fin tan caras sus comodidades como en un hotel del Far West americano. Hice las delicias de la señora Orkeke regalándole una olla de hierro y un chal prometido de mucho tiempo atrás y al hijo de Hinchel le entregué una baraja también prometida, y á las criaturas les di uvas, caramelos ó pan.

Á la mujer y á la hija de Jackenchan, que se habían mostrado siempre muy bondadosas conmigo, las llevé al almacén y les dije que eligie- sen lo que más les gustara: y en el acto, sin vacilar, las dos indicaron dos frasquitos de perfume para los cabellos. Tengo que advertir de paso, que toda esa familia era excepcionalmente limpia en sus ropas y perso- nas, y prometí viajar en el toldo de ella si volvía á la Patagonia, porque tenía entonces la vaga intención de ir por la costa del mar hasta el Chubut y tal vez hasta Santa Cruz. El hijo de Jackenchan, el muchacho del pelo y tez claros, se ofreció para venir conmigo á Inglaterra, y con- sentí en tomarlo á mi cargo; pero, cuando supo que no había avestruces ni guanacos en el país adonde íbamos, cambió de parecer.

También llegaron algunos de los indios de Quintuhual y de Foyel, pero éstos se condujeron de muy diferente manera que los Tehuelches.

Sus mujeres y criaturas habían quedado todas en Geylum, y los hombres andaban de un lado á otro con un talante de gran independencia, con un porte orgulloso, de superioridad, sin descender á admirar nada ni á pedir regalo alguno. Uno de ellos negó resueltamente al botero el importe del pasaje que le reclamaba por haberle hecho pasar el río, y sacó luego su revólver para reforzar su negativa.

Al fin, pero no en último término, como correspondía á tan gran personaje, llegó Casimiro acompañado por Meña, que hacía de secretario. Su traje había sufrido mucho á causa de las últimas andanzas, y no mejoraba por cierto su aspecto un chirlo en la cara que le había hecho un manzanero en una riña en Sauce Blanco. Se instaló en el hotel, alquiló la banda de música de la guarnición para que tocara mientras él almorzaba, y por dos días tuvo la puerta abierta para todos los que llegaran, acabando el día en grave estado de embriaguez.

Cuando esta bacanal hubo concluído, se le entregó una cuenta que, mucho temo importaba casi la mitad de sus raciones. Eso lo serenó, y siguiendo mi consejo, dejó el hotel, cruzó el río y fué á Sauce Blanco á vigilar sus raciones y sus indios. En general, los indios se portaron muy bien mientras estuvieron en la población. Ví algunos beodos, naturalmente, pero no tantos como esperaba. Todos se despidieron de mí con los votos más cordiales, y me instaron á que volviera á la pampa, como la llaman ellos, lo más pronto posible. Jackechan fué uno de los últimos que se marchó. Él, así como uno ó dos indios más, habían encontrado una antigua relación en Mr. Humphreys, colono del Chubut antes, pero establecido entonces en Patagones como carpintero. Todos nos reunimos en casa de Mr. Humphreys un domingo después del servicio religioso, y tuvimos una larga conversación sobre esa colonia del Chubut y sobre la respuesta á mi carta que había traído el chasqui de Jackechan. La declaración que se hacía en ella de que los pobladores no tenían provisiones de ninguna especie, y la que había hecho el mensajero indio en el sentido de que estaban casi faltos de ropa, han sido plenamente confirmadas por los despachos del comandante Dennistoun, del buque de guerra británico *Cracker*, publicados mientras se escribían estas páginas. Mr. Humphreys se consideraba muy feliz, junto con los pocos compañeros con que había venido al río Negro, por haber salido entonces de esa colonia; y todos convinieron en que sería mejor que los pobladores se trasladaran al río Negro, donde los industriales hábiles podían vivir con una comodidad relativa y donde los simples obreros encontrarían trabajo de sobra, y, por lo menos, conseguirían sostenerse. No puedo menos de consignar aquí mi sorpresa ante el hecho de que Mr. Lewis Jones, que á juzgar por los informes que me han dado de él los indios, porque yo no los conozco personalmente, es un hombre de inteligencia no común, se empeñe en mantener la colonia en un lugar que habían probado

ya otros, y abandonado por malo, y en el que sólo la distancia hasta el puerto, unas treinta millas, es un positivo obstáculo para su prosperidad.

Este visionario plan de fundar una utopía galense, para cuya realización se establecieron esos infortunados pobladores, no debería ser alentado, visto que es probable que acaban por morir de hambre las víctimas de él. Á no haber mediado la caridad del gobierno argentino, esa habría sido ya su suerte. Jackenchan me contó que había visto á los pobladores «comiendo pasto», y había enseñado á algunos de ellos á cazar, proveyéndolos de boleadoras. El *Libro Azul* que acaba de publicarse confirma la verdad de esa información, y hace tal vez inútil que profundice yo más el tema; pero tengo que añadir, que ese jefe, aunque amigo y bien dispuesto entonces, consideraba á los pobladores intrusos en su territorio y declaraba su intención de exigir el pago más adelante pudiendo asegurarse que la negativa á pagar arrendamiento sería seguida en tal caso de un procedimiento muy sumario de arreo de ganado y expropiación.

El Río Negro, con todos sus inconvenientes de indios, langostas, inundaciones y sequías, es con seguridad infinitamente superior al Chubut. Si los galenses quieren vivir como una comunidad aislada, estoy convencido de que el señor Aguirre tendrá sumo placer en permitirles que se establezcan en su campo, situado entre la Alta Guardia y la segunda, donde han tomado ya tierra algunos de sus compatriotas, los señores Williams y Owen.

Cuando los indios se hubieron marchado, me entregué á los goces de la vida social en Patagones, que no resultaron suficientes para conformarme con la postergación que imponía el hecho de que el vapor no llegara. Pasaba los días andando de un lado á otro, jugando al billar y tomando mate, y en visitar á la tarde el hotel de don Domingo, donde acostumbraba reunirse un grupo para jugar al truco por caramelos. Á veces alternábamos ese entretenimiento con una visita á alguna de las lindas señoritas, ó pasando la velada en casa de Mr. Davis, el ingeniero del Choelechoel, en compañía de su amable señora. Todas las damas jóvenes convenían en que Patagones era muy triste, especialmente las que habían ido á Buenos Aires y habían saboreado las delicias de la ópera y de las bandas de música en la plaza.

Los domingos, después de la misa y el servicio en la estación misio-nera, al que asistían todos los ingleses, se corría á veces una carrera, y cuando faltaba ésta, con seguridad había una riña de gallos en la ribera sur; espectáculos á los cuales asistía siempre por igual el comandante Murga. Había también una cancha de pelota, en la que por lo general jugaban siempre unos vascos ó los hijos del país. Una ó dos veces acompañé al doctor Humble, aunque no en día domingo, á remar en el río.

Todos los días buscábamos ansiosamente al vapor en el horizonte, y su atraso era ya tan considerable que parecía probable que hubiera sufrido un accidente. Cansado de la espera, acababa de negociar mi pasaje en una goleta holandesa cargada de grano para Buenos Aires, cuando una tarde, llegó el vapor que se había demorado en Bahía Blanca.

Á la mañana siguiente, me sorprendió agradablemente el tamaño del vapor, que era el *Montauk*, de Boston, vuelto á bautizar con el nombre de *Patagones*, y de propiedad de los señores Aguirre y Murga. Estaba muy bien equipado en lo que se refería á comodidades, pero los puentes y camarotes y todas sus partes en general, tenían un aspecto muy sucio.

Después de una estadía de dos días, el vapor izó la bandera de salida y así que hube tomado mi pasaje, junto con los señores Fraser y Kincaid, que iban á Buenos Aires por negocios, y con Mr. Gibb, que volvía á Europa, nos trasladamos á bordo, donde encontramos reunidos un gran número de pasajeros, entre ellos el distinguido apuntador de billar que se había apropiado el reloj del obispo. Como á las cuatro de la tarde levamos ancla, y despidiéndonos de Patagones partimos; bajamos el río con la marea menguante, proponiéndonos anclar por la noche en la Boca y cruzar con la marea de la mañana la larga línea de bancos de arena, que forma una barra peligrosa. Navegamos bastante cómodamente hasta que avistamos las embarcaciones estacionadas en la Boca; entonces, un choque repentino nos hizo saber que el vapor había encallado en un banco, en el que se había encajado firmemente. Dimos poca importancia al percance pensando que la marea alta nos sacaría de allí, y algunos bajamos á la orilla y merendamos en los llanos que bordan el río. Volvimos como á las diez, y á media noche me despertó el chasquido que hizo oír al cortarse, uno de los cabos de la chimenea; subiendo á la cubierta ví que, aunque la proa estaba bien fuera del agua, la popa se había hundido y, en consecuencia, el centro de la embarcación sufría seriamente. Pocos momentos después se rompió el caño principal del vapor, pero afortunadamente, la llave de éste estaba cerrada; de otra manera, las consecuencias de ese nuevo percance, habrían sido desastrosas para los que estaban en la parte posterior de la embarcación. Se desembarcó entonces á las damas, por temor á accidentes, y el resto de nosotros celebró una consulta para determinar como iríamos á Buenos Aires, y al fin nos fuimos á dormir con ese tema en la cabeza.

Á la mañana siguiente, llegó el *Choelechoel* y consiguió sacar al vapor fuera del banco, y el capitán holandés de la goleta subió á bordo y convino en llevarnos á mí y á algunos otros á Buenos Aires. En consecuencia, saltamos dentro de un bote y nos embarcamos en la goleta con la esperanza de darnos á la vela al día siguiente, pero estábamos condenados á sufrir otra decepción más.

El capitán se fué á comprar provisiones y no volvió sino al día si-

guiente, tarde ya. Luego, el viento se puso contrario por la mañana, y la línea de blancas rompientes en la barra demostraba la imposibilidad de hacerse á la vela; de modo que nos vimos obligados á esperar, contemplando los tétricos médanos que estrechaban la entrada del río á ambos lados.

Algunos bajamos á la costa á visitar la estación del piloto y tuvimos una conversación con éste, un bravo viejo alemán ú holandés. Este veterano y sus hombres habían defendido su estación contra una gran fuerza de indios en el malón de Lenquetrú. El enemigo deseaba apoderarse de un *howitzer* que existe en esa estación, y los indios llegaron al pie mismo del cerco mientras los hombres hacían fuego sobre ellos casi á quema ropa, consiguiendo al fin rechazarlos con inmensas pérdidas.

La tripulación de la goleta estaba formada por hombres de todas las naciones. Entré en conversación con uno, al principio en español y luego en inglés. Después de presentarme su pipa, se quedó mirándome fijamente y dijo: «Yo lo conozco; soy Pat Sweeny, que deserté del *Sheldrake*. Y usted ¿de qué buque se escapó?» Yo no tenía puestas entonces mis mejores ropas, y es indudable que tenía un aspecto bastante deteriorado; pero reconocí á mi amigo, aunque á él no le sucedió otro tanto y siguió ignorando mi identidad. Se pasaron varios días aburridos bebiendo ginebra y tratando inútilmente de pescar algo, y al fin se levantó un buen viento que nos llevó rápidamente lejos de la vista de las costas patagónicas, y después de una borrascosa travesía de seis días se echó el ancla frente á Buenos Aires.

